

A man with dark hair and a beard, wearing sunglasses and a white tank top, is sitting on a tiled floor. He is looking to the side with a thoughtful expression. He has a black beaded bracelet on his right wrist. The background is a blurred outdoor setting.

*Te necesito nena,  
perdóname*

*Natalia Román*



Te necesito nena, perdóname

Natalia Román



Primera edición en digital: diciembre 2017  
Título Original: Te necesito nena, perdóname

© Natalia Román

©Editorial Romantic Ediciones, 2017

*www.romantic-ediciones.com*

Imagen de portada ©kiuikson Somjai Jaithieng

Diseño de portada: Olalla Pons

ISBN: 978-84-16927-78-4

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.





# Menú de navegación

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO2](#)

[CAPÍTULO3](#)

[CAPÍTULO4](#)

[CAPÍTULO5](#)

[CAPÍTULO6](#)

[CAPÍTULO7](#)

[CAPÍTULO8](#)

[CAPÍTULO9](#)

[CAPÍTULO10](#)

[CAPÍTULO11](#)

[CAPÍTULO12](#)

[CAPÍTULO13](#)

[CAPÍTULO14](#)

[CAPÍTULO15](#)

[CAPÍTULO16](#)

[CAPÍTULO17](#)

[CAPÍTULO18](#)

[CAPÍTULO19](#)

[CAPÍTULO20](#)

[CAPÍTULO21](#)

[CAPÍTULO22](#)

[CAPÍTULO23](#)

[CAPÍTULO24](#)

[CAPÍTULO25](#)

[CAPÍTULO26](#)

[CAPÍTULO27](#)

[CAPÍTULO28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO30](#)

[CAPÍTULO31](#)

[CAPÍTULO32](#)

[CAPÍTULO33](#)

[CAPÍTULO34](#)

[CAPÍTULO35](#)

[CAPÍTULO36](#)

[CAPÍTULO37](#)

[CAPÍTULO38](#)

[CAPÍTULO39](#)

[CAPÍTULO40](#)

[CAPÍTULO41](#)

[CAPÍTULO42](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

*Se lo dedico a Lola,  
por su apoyo cada vez que me hundía,  
ya que siempre encontraba las palabras necesarias  
que me hacían falta para volver a intentarlo.*

# CAPÍTULO 1

Jaime estaba que se lo llevaban los demonios, no podía soportar que su hermano fuera a casarse con una mujer así, una mujer fría, calculadora y manipuladora. No la conocía, pero por lo poco que su hermano le había contado de ella, él ya había sacado sus propias conclusiones, y es que para él una mujer que fuera capaz de negarle a su prometido el derecho de mantener relaciones sexuales hasta la noche de bodas, era una mujer fría. Sobre todo, si esa mujer ya había tenido una hija con otro hombre, eso la convertía en una mujer calculadora. Ya que para él era injusto negarle a uno lo que ya le había dado a otro. Y que a su hermano lo obligara a esperar hasta la noche de bodas, la convertía en una mujer manipuladora. Ya que por esa misma razón su hermano debía estar deseándola tanto que por eso se casaba con ella, para conseguirla y llevársela a la cama.

Por todas esas razones Jaime odiaba a esa mujer que convertía a su hermano en un títere, pues él siempre fue demasiado blando con las mujeres y siempre se dejó llevar por ellas. Como también sabía perfectamente que si su hermano se había enamorado de esa arpía ella podría hacer con él lo que le viniera en gana. Pues lo tendría comiendo de su mano, y estaba completamente seguro de que esa mujer lo único que buscaba era el dinero y la posición de su familia.

Estaba ensimismado en sus pensamientos cuando su primo le puso la mano en el hombro y lo hizo volver a la realidad preguntándole.

—¿Ya has conocido a tu futura cuñada?

—No. Y tampoco tengo muchas ganas de conocerla. Debe de ser una manipuladora que tiene a mi hermano comiendo en la palma de su mano. Ya sabes lo buenazo que es él, y seguro que esa arpía sabía quién era mi hermano, sabía que tenemos pasta y ha pegado el braguetazo de su vida.

—No te pases, tío. Igual está enamorada. Espera a conocerla al menos, y dale un voto de confianza antes de juzgarla con tanta severidad.

—Mira, esa tía es muy lista, y sé por qué te lo digo. Pero no me preguntes, le dije a Carlos que no diría nada. Fíjate la hora que es y aún no se ha dignado a bajar. Si se quiere hacer la interesante...

Cuando notó la mano de su hermano en el hombro y oyó su voz

diciéndole:

—Bueno, hermanito, ¿quieres conocer a mi prometida?

Jaime se dio la vuelta y cuando vio a Nátali las palabras se le cortaron en la garganta.

—Pues claro...

—Cariño, este es mi hermano Jaime.

Ni siquiera escuchó las últimas palabras de su hermano, pues se quedó sin respiración creyendo que era una alucinación. Porque no podía ser ella. Tenía que tratarse de un error.

Hacía muchos años que no la veía, y pudiera ser que tuviera un gran parecido con ella, y que su imaginación le estuviera gastando una mala jugada. Pero cuando vio sus ojos se dio cuenta inmediatamente de que no era ningún error, era ella, eran sus ojos, nadie podía tener unos ojos como esos.

Cuando vio cómo empezaba a perder el color de la cara, aun debajo del poco maquillaje que llevaba, supo que iba a desmayarse, y antes de que tocara el suelo, él ya la tenía en sus brazos.

Llevándola rápidamente hacia la puerta más cercana le ordenó a su primo:

—¡Abre la puerta! ¡Joder, reacciona!

Josemi se había quedado tan sorprendido que le costó trabajo volver en sí, así que Carlos abrió la puerta y Jaime entró con ella dejándola en el sofá. Cuando se incorporó, se pasó las manos por la cabeza, nervioso, y empezó a dar vueltas por la sala, ya que no podía creer lo que acababa de ocurrir.

¿Era ella esa mujer fría, calculadora y manipuladora? ¿Era Natalia? No, no podía ser ella. Ella no podía ser así. Ella no podía ser la prometida de su hermano.

Se preguntaba desconcertado ante tal descubrimiento.

Josemi se acercó a él y le puso la mano en el hombro, preguntándole:

—¿Estás bien?

—No, no estoy bien. ¡Cómo coño quieres que esté bien!

Gritaba en voz baja.

—Tienes que tranquilizarte, sino tu hermano se va a dar cuenta de que algo está pasando. ¡Dios!, no quiero ni pensar el escándalo que se puede liar si se entera de la verdad.

—¿Qué estáis cuchicheando? —preguntó Carlos—. No. ¡No puedo creerlo! ¿Vais a seguir con el cuento del embarazo? —Carlos estaba sentado en el sillón con Nátali tomándole el pulso—. Solo ha sido un desmayo por los nervios. No debí decirle lo que pensabas de ella, eso la ha puesto más

nerviosa.

Jaime respiró profundamente y se acercó al sofá preguntándole a su hermano.

—¿Cómo está?

—Bien, ya te lo he dicho. Solo ha sido un desmayo. Ha estado todo el día muy nerviosa, y apenas ha comido.

Jaime volvió con Josemi para decirle nervioso.

—Avisa a tu mujer, a mi cuñado, y a Silvia, para que mantengan la boca cerrada y que no digan nada.

Josemi salió de la habitación y Jaime volvió a acercarse al sofá para preguntarle a su hermano.

—¿Por qué no reacciona? Ya tendría que haber vuelto en sí, ¿no?

—Bueno, no todos los desmayos duran lo mismo. Depende de la impresión causada, de la flojera, del estado de nervios. Y por lo que está tardando parece que estaba muy nerviosa. Me dijo que estaba intranquila, pero no imaginé que pudiera estarlo tanto. Aunque no te lo creas, es bastante sentida, y tener que conocerte le causaba bastante inquietud por todo lo que dijiste de ella. Solo te pido que cuando vuelva en sí, seas amable con ella, por favor.

—Lo intentaré.

Pero Jaime sabía que la impresión de volver a verlo había sido muy fuerte, porque a él le había pasado exactamente lo mismo. Por un momento se había quedado sin aliento e incluso había perdido la conciencia. Aún no podía creer que ella estuviera ahí, desmayada en el sofá de su casa.

Justo en ese momento ella empezó a reaccionar, y, cuando abrió los ojos, vio a Jaime observándole con una mirada de hielo, lo primero que pensó fue en que se lo había contado todo a Carlos. Así que se sentó en el sofá, respiró profundamente, y dijo muy triste y con un hilo de voz:

—Lo siento mucho, pero no te preocupes ahora mismo me voy...

Jaime la interrumpió rápidamente.

—Sí, será mejor que vayamos fuera. Mamá debe de estar esperándonos para poder presumir de nueva nuera. No deberíais hacerla esperar más.

—Un momento.—Carlos sujetó la cara de Nátali entre sus manos para preguntarle—: ¿Estás bien, cariño? —Ella asintió con la cabeza pues no se atrevía ni hablar—. Si quieres, te disculparé con mis padres y puedes subir a descansar.

Cuando le dio un tierno beso en los labios ella se dio cuenta de que Jaime

no había dicho nada, entonces dijo un poco más calmada, al ver que de momento Carlos no sabía nada:

—No, estoy mejor.—miró a Jaime y añadió—: Solo ha sido un susto, nada importante. Anda, vámonos, necesito salir de esta habitación.

Se levantó para dirigirse a la puerta, pero Carlos la cogió de la mano volviéndola hacia él y poniéndola frente a su hermano y dijo:

—Espera, con tanto lío, aún no te he presentado a mi hermano. Además, deberías darle las gracias. Él es el que te ha cogido antes de que cayeras al suelo y te ha metido aquí dentro. Si no hubiera sido tan rápido ahora tendríamos que estar dando explicaciones a todo el mundo, y habría sido muy embarazoso para ti.

—Gracias —dijo Nátali con un hilo de voz sin atreverse a mirar a Jaime.

—No es necesario que me des las gracias lo hubiera hecho por cualquiera.

Su voz y su mirada eran tan frías que le daban ganas de salir corriendo y no parar hasta estar a miles de kilómetros de distancia.

—Bueno, olvidemos ese incidente. Cariño, como ya te habrás dado cuenta este es mi hermano Jaime —anunció muy orgulloso, como siempre le pasaba cuando hablaba de él; después, mirando a su hermano añadió—: Jaime. Ella es Nátali.

Jaime se acercó a ella y le dio dos besos en las mejillas, tan fríos como su mirada y su voz al decir.

—Es un placer.

—Igualmente —respondió ella temerosa.

—Bueno, pues ahora que ya estáis presentados formalmente, podemos salir fuera e ir con mis padres que estarán esperándonos ansiosos.

Jaime salió delante de ellos como alma que lleva el demonio y nada más salir cogió un vaso de whisky a uno de los camareros que pasaban y se lo bebió de golpe.

Acto seguido se acercó su primo para decirle:

—Ya he hablado con todos, puedes estar tranquilo, ninguno dirá nada. Pero están todos flipando. ¿Crees que es una buena idea?

—Ahora mismo será mejor que no me preguntes, porque no estoy seguro de nada.

Jaime no dejaba de mirar cómo Nátali y su hermano, se alejaban hacia la entrada para reunirse con sus padres cogidos de la mano. Jaime cogió otro vaso y se lo bebió de golpe, otra vez.

—No puedes seguir bebiendo así, tienes que controlarte. ¿Qué piensas

hacer? No puedes tapar el sol con un dedo, tarde o temprano se va a saber.

—¡No sé qué voy a hacer! Pero no quiero estropearle el cumpleaños a mi madre. Mañana ya veré lo que hago. Esta noche tendré que aguantarme y morderme la lengua. Anda, vamos a beber algo, y por favor, no me sermonees, que ya tengo bastante con todo lo que está pasando.

\*\*\*

Al llegar al lado de su madre, Carlos la saludó.

—Hola, mamá. Antes con las prisas no te he felicitado.—Dándole un abrazo y muchos besos le habló al oído—: Estás guapísima. ¡Felicidades!

—Gracias, hijo. Por fin estáis aquí.—Mirando a Nátali le preguntó—: No tienes buena cara, querida. ¿Te encuentras mal?

—No, no es nada importante. Tendrá que disculparme a mí también, se me olvidó felicitarla antes. Lo siento.—le dio dos besos diciéndole—: Felicidades.

—¿Alguien va a presentarme por fin a mi futura nuera?

Cuando Nátali se volvió, vio a un hombre alto, robusto y muy guapo. E inmediatamente se dio cuenta de que era el padre de Jaime. Eran igualitos. Solo que este que tenía delante era más mayor, tenía el pelo canoso y unos cuantos kilos demás.

—Cariño. Te presento a mi padre: Jaime. Ella es Nátali.

Sonrió al ver cómo su padre la miraba.

Su padre le dio dos besos y la miró de arriba abajo. Tenía la misma mirada intensa de su hijo que años atrás la ponía tan nerviosa.

—Hijo, te felicito. Es mucho más guapa de lo que nos dijiste. Y si los ojos de tu hija me han impactado —le dijo a Nátali—, los tuyos son fabulosos. A ti también tengo que felicitarte, tienes una hija preciosa. Aunque tiene a quién parecerse.

Justo en ese momento, al escuchar lo que ese hombre acababa de decir, Nátali se dio cuenta de que Jaime podía ver a la niña y le entró el pánico.

—Muchas gracias. Tengo que ir a buscar a mi hija.

—No te preocupes, está con su tía y su prima. No se han separado desde que se han visto. Ahora están jugando con los hijos de mi sobrino y de Silvia —le informó Elena que no quería retrasar más las presentaciones—. Ven, voy a presentarte a mis hermanos y a mis cuñadas.

Carlos la acompañaba todo el tiempo. No dejaban de presentarle gente,

pero ella no podía concentrarse en nada. No dejaba de pensar y se preguntaba: ¿Cuándo iba a explotar la bomba? Y, cada vez le resultaba más difícil aguantar los nervios.

Mientras la gente le preguntaba cosas, ella contestaba por inercia, pues su mente estaba en otro sitio. Ya que no podía dejar de pensar que Jaime iba a encontrarse con su hija, que podía darse cuenta de que era su hija, y entonces ese secreto que se llevó con ella cuando desapareció, dejaría de ser tal. Tenía unas ganas locas de coger a la niña, marcharse de allí y desaparecer.

Pero esta vez para siempre.

\*\*\*

Cuando Silvia encontró a Jaime le preguntó muy sorprendida:

—Jaime, no puedo creer lo que me ha contado Josemi. ¿Es verdad que esa chica es la prometida de tu hermano? —Jaime asintió con la cabeza—. ¿Estás bien? Vaya pregunta más tonta, cómo vas a estar bien. ¿Qué has sentido cuando la has visto?

—Rabia. Impotencia. Ganas de matarla. De sacarla de la casa a patadas y decirle a mi hermano que su prometida es una mentirosa. Porque a la primera de cambio en cuanto surja un problema, se irá sin decir nada y no volverá a verla.

Sus palabras sonaban con furia.

—¡Vaya! Sí que te ha dolido volver a verla. ¿Qué vas a hacer?

—No lo sé, hasta no estar seguro de qué es lo que quiere de mi hermano. No voy a dejar que le haga daño.

—Mira, este es tu tío Jaime.

Al escuchar a Helen los dos se volvieron, y cuando Jaime vio a la niña le dio un vuelco el corazón. Se agachó y miró sus ojos.

¡Dios mío! Tenía los mismos ojos que su madre, y eran tan hermosos como los de ella. Esos ojos que un día lo enamoraron y le hicieron perder la razón.

—Hola —saludó Sara con una sonrisa.

—Jaime. ¿Qué te pasa? Te has quedado tonto.—Su hermana le dio un golpe en el brazo volviéndolo a la realidad.

—¿Así que tú eres mi nueva sobrina? —le preguntó Jaime cogiéndola en brazos, dándole un beso.

—Sí.

—Vaya, pesas mucho.

—Sí, mi mami dice que estoy muy grande para mi edad. Por eso peso mucho —explicó, haciendo reír a Jaime.

—¿Cuántos años tienes?

—Cinco.

Jaime se quedó paralizado al oír a la niña decir su edad, e inmediatamente se dio cuenta de que esa niña era su hija. Estaba completamente seguro. Y, justo en ese momento, recordó lo que le contó su hermano. Ese hijo de puta era él. ¿Cómo podía ser que ella hubiera tenido un hijo suyo sin decirle nada? ¿Qué clase de mujer era?

—¿Ya has conocido a la madre de Sara? —le preguntó Helen a su hermano.

Jaime miró a Kiko y le dijo a su hermana dejando a Sara en el suelo:

—Te robo a tu marido un momento.

Cogió a Kiko por los hombros y se lo llevó, sin dar más explicaciones.

—Qué raro está mi hermano esta noche, ¿no? —preguntó Helen a Silvia.

—Bueno, no le hagas caso. ¿Por qué no me presentas a tu cuñada?

Silvia sentía curiosidad por volver a ver a esa mujer.

\*\*\*

Nátali y Carlos estaban hablando con sus tíos dentro de la terraza. Todos los invitados habían llegado y la gente comenzó a comer. El que quería se acercaba a las mesas y cogía lo que le apetecía.

Había también varios camareros ofreciendo comida y bebida a todo el mundo.

—Hola. Os robo un momento a Nátali—dijo Helen a sus tíos—. Ven, quiero presentarte a Silvia.—Arrastró a Nátali tras ella cogiéndola del brazo.

Cuando Nátali vio a Silvia se quedó mirándola muy seria y paralizada, esperando que ella dijera algo y que se descubriera por fin toda la verdad. Solo la había visto unos minutos hacía muchos años, y aún podía recordar después de tanto tiempo sus palabras tan hirientes y esa manera de mirarla, con desprecio y por encima del hombro.

—Silvia, esta es Nátali.—Silvia le dio dos besos sonriéndole—. Silvia fue la mujer de mi hermano, o mi excuñada, como prefieras. Aunque para mí es como la hermana que nunca tuve. Nos conocemos desde que nacimos.

—Me alegro de conocerte.

Nátali se quedó muy sorprendida ya que no esperaba esa reacción, sino más bien un: ¡Qué hace esta puta aquí!

—Igualmente —dijo Nátali con una sonrisa forzada—. ¿Dónde está mi hija? —le preguntó inmediatamente a Helen.

—Pues no lo sé, estábamos con mi hermano y después ya no la he visto. Pero no te preocupes andará por ahí con los niños.

—Vamos a buscarla, por favor —suplicó a Carlos, nerviosa.

—Está bien. Pero mi hermana tiene razón, no debes preocuparte. La niña no va a salir de la casa.—Carlos intentó tranquilizarla, sin saber porqué, a Nátali le ponía tan nerviosa que la niña anduviera por la casa—. Allí está mi primo, vamos a preguntarle. Antes estaba con sus hijos.

A Josemi sí era a la única persona que le apetecía ver en ese momento.

Cuando Josemi los vio llegar, miró a Nátali y le dedicó una sonrisa de oreja a oreja. Ella le devolvió la sonrisa.

—Hola, primo. ¿Aún no conoces a mi prometida, verdad?

—Pues no, no tengo el gusto. Cuando la he visto antes no estaba en condiciones de conocer a nadie.—Sonrió a Nátali recordando el momento en que se había desmayado—. Pero ahora que está bien me encantaría conocerla.

—Ya, es que antes con tanto lio no he podido presentártela.

—Hola, soy Josemi, y tú debes de ser... ¡la famosa Natalia!

Josemi no pudo evitarlo, le dio un abrazo muy apretado y dos besos. Nátali le devolvió el abrazo con la misma intensidad y le susurró al oído:

—Me alegro de volver a verte.

Carlos se quedó un poco mosqueado, ya que en toda la noche ella había estado bastante distante con todo el mundo. Pero con su primo era como si hubiese algo especial entre los dos, y ese abrazo tan efusivo lo mosqueaba bastante.

—¿Has visto a la hija de Nátali? Porque es Nátali. No sé por qué la has llamado Natalia.

—Lo siento me equivoqué. Tu hija está con mi mujer, Lola.

Nátali le miró y le sonrió con una sonrisa radiante, ya que esa noticia la hacía muy feliz. Se alegraba mucho de que por fin se hubieran casado, era lo mejor que le habían dicho en toda la noche. Esa noticia consiguió ponerla de buen humor y, se moría de ganas de volver a ver a Lola.

—¿Cuántos hijos tienes?

—Dos chicos varones que me vuelven loco.—Los dos se rieron.

—¿Os conocíais de antes? —preguntó Carlos aún mosqueado—. Hay

como mucho *feeling* entre vosotros.

—No, ¿porqué? —preguntó Josemi sorprendido y preocupado de que su primo hubiera podido notar algo.

—No te pongas celoso, cariño —dijo Nátali rápidamente para que Carlos dejara de hacer preguntas—. Hay gente que en cuanto la ves, te cae bien. Y eso es lo que me pasa con tu primo.

—¡Mami! ¿Has visto cuántos primos tengo?

Nátali se dio la vuelta y miró a su hija que llegaba acompañada con dos niños y dos niñas.

—¡Vaya! Sí que vas bien acompañada. ¿De quiénes son todos estos niños? ¿Supongo que los chicos son tuyos? —preguntó a Josemi.

—Sí. El mayor es José y el pequeño, Raúl —respondió Lola.

Cuando Nátali la vio le entraron ganas de darle un fuerte abrazo, pero tuvo que controlarse y disimular dándoles dos besos a los niños, diciendo:

—Son muy guapos.

—Sí. Se parecen a su padre —bromeó Lola—. Hola, soy la mujer de Josemi, Lola.—Se dieron un abrazo y dos besos.

—Hola, soy Nátali. Me alegro de conocerte. ¿Y esas dos niñas tan preciosas de quiénes son? —preguntó para disimular la emoción que sentía al volver a ver a Lola.

—Esta niña tan preciosa es mi sobrina Noelia —contestó Carlos cogiendo a la niña más mayor en brazos. Era muy guapa y se parecía mucho a su madre—. Y esta pequeñaja es la hija de Silvia, Paula —dijo, alborotándole el cabello.

—¡Ay, tío! No me hagas eso que me despeinas —protestó la niña haciéndoles reír. Era rubia como su madre, pero no se parecía a ella y tampoco a Jaime.

—Bueno, pero Paula también será tu sobrina, ¿no? —preguntó Nátali, confusa.

—No, yo nunca tuve hijos con Jaime —informó Silvia acercándose.

—Es de su segundo matrimonio —aclaró Helen.

Entonces Nátali recordó lo que Carlos le había contado de su hermano, y le parecía muy raro que él no pudiera tener hijos, ya que a ella sí la dejó embarazada.

—Te he estado buscando, trasto, ¿dónde estabas? —le preguntó Silvia a su hija cogiéndola en brazos para decirle a Nátali—: Tengo otro de diez meses, pero lo he dejado en casa, es muy pequeño para tanto jaleo.

—Ahora que creo que ya te han presentado a todo el mundo, ¿por qué no vamos a comer algo? Me muero de hambre —dijo Carlos.

Ella le sonrió.

—Sí, es una buena idea.—Acercándose a su hija, le dijo—: Sara, cariño, vamos a comer.

No tenía hambre y no sabía si le entraría algo con tantos nervios que llevaba acumulados durante toda la noche. Lo único que quería era mantener a su hija lejos de Jaime, y si no fuera por Carlos, ya estaría bien lejos de esa casa y, sobre todo, de Jaime.

—Yo ya he comido mucho con los primos, no quiero más.

—No te preocupes, han comido demasiado. Silvia y yo les hemos dado de cenar antes. Como estabais tan ocupados con mis padres saludando a todo el mundo, hemos pensado que era mejor que la niña cenara. Lo que no sé es cómo vosotros no habéis comido todavía, es muy tarde.

—Anda iros tranquilos, nosotras cuidamos de los niños —dijo Lola.

—¿Estás segura de que no quieres venir? —insistió a su hija para que fuera con ellos.

—Déjala, vamos nosotros, tengo hambre.—Carlos cogió su mano y la arrastró con él hacia las mesas.

—No tardamos mucho. Pórtate bien y haz caso —advirtió Nátali a su hija.

—Sí, mami, me portaré bien.

## CAPÍTULO 2

Jaime estaba en la barra bebiendo un whisky con Kiko. Quería beber hasta perder el sentido y que después de la borrachera todo lo que había pasado esa noche solo fuera producto del alcohol, para que al día siguiente Nátali no estuviera.

—¿Por qué, tío? ¿Por qué ha tenido que volver? Y para colmo de males siendo la novia de mi hermano. Esto es una puta pesadilla. Como si quisiera vengarse de mí o algo parecido. ¿Pero sabes lo que más me cabrea? Que haya tenido una hija mía y no haya sido capaz de decírmelo.

—¿Por qué estás tan seguro de que es tu hija?

—Porque las matemáticas no fallan. Hace seis años que estuvimos juntos y la niña tiene cinco. En cuanto me ha dicho los años que tenía, supe que era mi hija. Además, nada más verla he sentido algo aquí, tío.—Se puso la mano en el corazón—. No se lo voy a perdonar. Tenía que haberme dicho que estaba embarazada antes de irse, y no llevarse un secreto como ese.

Nada más decir eso, no pudo evitar buscarla con la mirada y la encontró en una mesa. Su hermano y ella estaban muy juntos comiendo de pie al lado de una mesa. Carlos le daba canapés con los dedos y ella se reía mientras se los comía.

Desde que la había vuelto a ver no se había fijado en ella, pues la ira no le había dejado. Pero verla justo allí, frente a él, riéndose, comiendo y bebiendo con su hermano, una furia lo iba invadiendo poco a poco. No podía dejar de mirarla. La recordaba flaca como un palo. *Sin chicha ni limoná*, como solía decir la gente. Pero los años le habían sentado muy bien. Había ganado unos cuantos kilos. Tenía unas buenas curvas. Un pecho increíble. Y ese vestido le sentaba de maravilla.

«Cómo ha podido cambiar tanto —pensaba—. Si antes no tenía casi pecho, y muy pocas formas. Y ahora, sin embargo, es perfecta».

Recordó que era apenas una cría cuando la conoció, y ahora se había convertido en una mujer demasiado hermosa y exuberante. De repente, oyó la voz de su padre por el altavoz y salió de sus pensamientos.

—¡Hola, a todos! Espero que hayáis comido bien y bebido mejor.—Todos se rieron al oír ese comentario—. Ahora va a empezar el baile, así que coged

a vuestras chicas y disfrutad, porque yo voy a por la mía. Pero antes quiero que mi hijo y mi futura nuera hagan el honor de abrir el baile. Ya que esta noche también es de ellos.

—Tenemos que bailar, cariño —le dijo Carlos ofreciéndole la mano.

—Pero yo bailo fatal.

Carlos, sin hacerle caso, tiró de ella; cuando llegaron al centro del patio, su padre bromeó:

—Bueno, tenemos que reconocer que le ha costado mucho decidirse a sentar la cabeza, pero el condenado ha tenido muy buen gusto, ¿verdad?

Cuando Nátali oyó reírse a la gente, avergonzada, se apoyó en el hombro de él, escondiendo la cabeza en su cuello.

—¡Dios mío! Qué vergüenza.

—Vamos, papá, vas a hacer que se arrepienta —siguió Carlos la broma de su padre.

—No te preocupes, ya se acostumbrará a las bromas de su suegro. Solo espero que el próximo baile sea para mí.

Nátali sonrió y aceptó con un movimiento de cabeza.

Cuando empezó a sonar la música, él la acercó hacia su cuerpo y ella le abrazó. Justo en ese momento, ella vio a Jaime mirándolos y se puso muy nerviosa. Por un momento se había olvidado de él, ya que no lo había vuelto a ver en toda la noche y, hubiera preferido no volver a hacerlo. Porque él no dejaba de mirarlos como si quisiera matarlos.

—Cariño, es un vals, no podemos bailar tan pegados. Aunque he de decirte que me encanta que me abrasces así.—Ella se apartó de él—.Tampoco tienes que alejarte tanto.

—Lo siento. Nunca he bailado un vals.

—Relájate. Solo tienes que dejarte llevar.

—Es muy fácil de decir, pero no de hacer cuando está todo el mundo mirándonos.

Intentaba relajarse, pero sentía la mirada de Jaime persiguiéndoles y no podía hacerlo. Era inútil.

—Solo tienes que ignorarlos, y sé cómo conseguirlo.—La besó con mucha ternura— ¿Estás más tranquila?

—Sí. Lo que estoy es mareada. Nunca en mi vida he conocido tanta gente de golpe.

La gente se había puesto a bailar alrededor de ellos y gracias a eso ya no veía a Jaime. Eso sí la ayudaba a relajarse.

—¿Por qué no cogemos la segunda opción y nos vamos a casarnos a las Vegas? —preguntó, haciéndole reír.

—Sé que mi familia en grandes dosis es un poco empalagosa. Y tú, esta noche tienes un atracón. —Esta vez fue ella la que se rio—. Pero verás cómo mañana te parecen todos encantadores.

—Seguro que sí.

\*\*\*

Mientras ellos bailaban, Jaime no dejaba de mirarlos, y su mal humor crecía por segundos.

—¡Mírala! Bailando y riéndose —comentó Jaime a Kiko muy molesto—. ¿Cómo puede estar tan tranquila? Actúa como si no pasara nada. Como si no me conociera. ¿De verdad puede creer que esto le va a salir bien? En cuanto le cuente todo a mi hermano se queda plantada y sin marido rico. No voy a dejar que se case con mi hermano, de eso puede estar segura.

—¿Porqué no te aseguras primero de sus sentimientos? A lo mejor quieraa tu hermano. Que yo recuerde, ella no se portó mal contigo, tú la dejaste por otra.

—¿Y tú te consideras mi amigo? —le preguntó muy cabreado.

—Por eso mismo. Porque soy tu amigo y te conozco mejor que nadie, sé porque estás tan cabreado. Él va a conseguir lo que tú no pudiste. Casarse con la mujer que ama. Y lo que a ti te está matando es que sea la misma mujer que tú amaste una vez. Si hubiera sido otra mujer ni te hubieras inmutado esta noche. Pero qué casualidad, que sea justamente ella. Y por tu bien, espero que ese cabreo, sea eso, un cabreo, y no celos. Porque después de tantos años la habrás olvidado, ¿verdad?

—Pues claro que sí, no digas tonterías. Ni siquiera me acordaba de ella. ¡Celos! Por dios, eso no lo he sentido nunca, ni por ella, ni por ninguna otra mujer. Y puedes estar seguro de que nunca tendré ese sentimiento tan estúpido. Ninguna mujer vale tanto como para eso.

—¿Estás seguro? Porque estuviste a punto de partirle el brazo a tu primo por ella, y fue por un ataque de celos. Yo estaba allí, ¿recuerdas?

—Será mejor que vuelvas con mi hermana. Si no, esta noche vas a dormir en el sofá.

—Veo que no te interesa lo que te cuento. Pero tienes razón, tu hermana me va a tirar de las orejas, y será por tu culpa. Voy a buscarla.

Cuando Kiko se fue, él volvió a buscarla con la mirada, y vio que estaba bailando y riéndose con su padre. Hasta a él se lo había camelado, pensaba más molesto todavía, así que volvió a sentir una furia inmensa.

\*\*\*

Nátali, avergonzada, le dijo a Jaime:

—Perdone, pero soy muy patosa para bailar. Siento haberle pisado. Los pasodobles no se me dan nada bien.

—No te preocupes, cuando lleves unos meses en esta familia bailarás estupendamente. Nos gustan mucho las fiestas y los bailes, ya verás cómo te acabarás acostumbrando. Porque espero que vengáis a menudo después de la boda. Seguro que mi mujer quiere que vengáis todos los fines de semana, pero yo me conformaría con que fuera cada dos. Sé que a mi hijo no le gusta venir, y espero que tú le hagas cambiar un poco, ya que mi mujer lo echa mucho de menos.

—No se preocupe, volveremos, aunque su hijo tenga que venir a punta de pistola.

Él se rio, y en ese momento Nátali vio que su sonrisa era igual que la de su hijo y la de su nieta.

Los dos habían heredado de ese hombre la misma sonrisa, esa que tanto le gustaba a ella. Así que empezó a sentirse fatal, por tener que mentirle. Pero no podía decirle que nunca más pensaba volver a esa casa. Que nunca más quería volver a ver a su hijo mayor. Y que la nieta postiza que le había salido de repente era su nieta de verdad.

Cuando terminó el baile, Jaime la acompañó hasta donde estaba Carlos y volvió con su mujer.

Carlos estaba hablando con un primo y cuando fue a presentárselo ella bromeó.

—Vaya, no pensé que pudiera conocer a alguien más esta noche. ¿Dónde estabas escondido?

Con esa broma les hizo reír, pero a Nátali se le borró la sonrisa de repente cuando escuchó la voz de Jaime detrás de ella diciéndole a su hermano:

—Bueno, chiquitín, ¿vas a dejarme bailar con tu prometida? Me gustaría conocerla un poco mejor.

Jaime no podía dejar de mirar su espalda, admirando el escote que le llegaba a la cintura ajustándose a su cuerpo, y por un momento no quería que

se diera la vuelta. Pues quería seguir mirando esas caderas y esa cintura bien modeladas, que en esos seis años habían cambiado de una forma espectacular. Pero ella, sin volverse porque no quería volver a enfrentarse a su mirada de hielo, dijo ladeando un poco la cabeza sin mirarle:

—Lo siento, pero estoy muy cansada y no me apetece bailar.

—¿No me digas que vas a negarme un baile cuñadita? —preguntó con sarcasmo—. Con un desplante como ese nunca podremos llevarnos bien y ser buenos cuñados.

Carlos cogió su cintura diciéndole al oído:

—Vamos, cariño, baila con él. Hazlo por mí. No quiero que os llevéis mal, es mi hermano.

Nátali se llenó de valor y se dio la vuelta con una sonrisa dibujada en los labios, diciéndole con sarcasmo también:

—Está bien, estaré encantada de bailar contigo.—Cuando fue a cogerla por la cintura para llevarla donde estaban los demás bailando, lo miró fríamente diciéndole—: No necesito ayuda, puedo andar solita y prefiero que me toques lo menos posible, por favor.—Una vez en el centro él la cogió por la cintura y pegó su cuerpo al suyo con fuerza—. ¡¿Qué haces?! Suéltame, nos están mirando.

—¿Crees que eso me importa? —preguntó muy cabreado.

Él no dejaba de mirarla con esa mirada de hielo, así que se puso muy nerviosa y le habló suavemente para que la soltara.

—Por favor, Jaime.

Él aflojó los brazos y la mantuvo a una distancia prudencial para bailar el vals que acababa de empezar.

—Eso está mejor, no vuelvas a provocarme.

Justo en ese momento, él pasó la mano por su espalda desnuda acariciándola suavemente.

—Deja de hacer eso. Ya te he dicho que no quiero que me toques.

—Llevas toda la espalda al aire así que no puedo evitarlo. El único sitio que me queda es el culo.—Su mirada se volvió provocadora y le preguntó sonriendo con malicia—: ¿De verdad quieres que ponga la mano ahí?

Al no hallar ninguna respuesta, pues Nátali se había quedado muda por esa sonrisa y esa pregunta tan provocativa, volvió otra vez a acariciarle la espalda, y sintió cómo a ella se le erizaba la piel y cómo su nerviosismo aumentaba al contacto de sus dedos.

—¡Déjame, no quiero bailar contigo!

Necesitaba alejarse de él desesperadamente al darse cuenta de cómo su cuerpo había reaccionado, pues no podía dejar que él se diera cuenta de eso. Pero cuando intentó alejarse, él volvió otra vez a pegarla contra su cuerpo.

—No vas a dejarme aquí plantado, ni se te ocurra.

—Por favor —le suplicó en un susurro.

—¿Tanto poder tiene mi hermano sobre ti que con solo unas palabras te ha convencido para hacer algo que no quieres hacer? ¿Como bailar conmigo?

Su mirada volvía a ser otra vez fría, y volvió a separarla de su cuerpo dándole un margen y un respiro.

—Le quiero, y solo le he hecho un favor. Lo que no entiendo es por qué tú quieres bailar conmigo.

—Bueno, es la única manera de tenerte cerca y que así te dignes a hablar conmigo. Ni siquiera me has mirado en toda la noche.

—La primera mirada que me has dedicado ha sido como si me clavaras un puñal helado. Así que ya no me han quedado ganas de mirarte de nuevo.

—¿Porqué estás aquí? ¿A qué has venido?

—Es evidente. Me caso. ¿A qué crees que he venido?

—A vengarte de mí. A torturarme. Dicen que la venganza es un plato que se sirve frío, pero después de seis años, has debido de planearlo todo con mucho detalle y muy fríamente.

—Solo ha sido una casualidad, y muy desagradable, por cierto. Pero una casualidad, al fin y al cabo. Como bien acabas de decir, han pasado seis años y después de tanto tiempo, ya ni me acordaba de ti.

—¿Quieres hacerme creer que todo esto es una casualidad? ¿Tan ingenuo crees que me he vuelto con los años? No sé cómo lo conociste, pero debías de saber que era mi hermano y por eso lo engatusaste.

—¿Por qué tenía que saberlo? ¿Alguna vez me contaste algo de tu vida? Nunca supe tu apellido. Ni dónde vivías. Solo venías para meterte en mi cama. Nunca quisiste contarme nada de ti porque yo no era importante para ti, solo un pasatiempo ya que tenías a tu novia. Ella seguro que sabía todo sobre ti. A ella sí podías lucirla delante de la gente. Yo solo fui un capricho para que se divertiera el niño rico. Así que, no se te ocurra decirme otra vez que yo sabía dónde venía, porque no te lo voy a permitir. Si hubiera sabido en algún momento que iba a encontrarte aquí jamás hubiera venido. Pero no soy adivina, lo siento mucho, y tu hermano no lleva un cartel en la frente que diga: Soy el hermano de Jaime. ¡¿Te acuerdas?! El hombre que te usó y te dejó para casarse con otra.

—¡Basta! ¿Por qué no me dijiste que estabas embarazada?

Nátali, al oír esa pregunta se quedó pálida, pero reaccionó inmediatamente porque no podía dejar que él se diera cuenta de que le aterraba tocar ese tema.

—¿Por qué debería de haberlo hecho? No era de tu incumbencia.

—Porque Sara es mi hija, por ejemplo. Porque tenía derecho a saber que iba a ser padre.

—¡Sara no es tu hija, no vuelvas a decir eso!

—Tiene cinco años, eso quiere decir que hace seis años te quedaste embarazada. ¡Qué casualidad! Justo cuando tú y yo estábamos juntos.

—Sí, hace seis años me quedé embarazada de ti. Pero tú quisiste que ese niño muriera, ¿recuerdas?

—¡No digas eso, te dije que no volvieras a decir eso! —Le estrujaba la mano que tenía agarrada con la suya, pero ella aguantaba el dolor sin quejarse. Se dio cuenta inmediatamente al ver el dolor que reflejaba su cara, e inmediatamente aflojó su mano, diciéndole arrepentido—: Lo siento, pero te he dicho que no me provocarás. No estoy de humor hoy, y sabes que no me gusta hablar de ese tema.

—No es tu hija, es de Josemi, y te pido por favor que no digas nada. Cuando te casaste tuvimos un pequeño romance, no duró casi, y no quiero que lo sepa.—No se atrevía a mirarlo, no quería que él notara que estaba mintiendo, y mirando el cuello de su camisa le preguntó cambiando de tema —: ¿Por qué no le has dicho la verdad a tu hermano si tanto te molesta que esté aquí?

—No quiero estropearle la fiesta a mi madre.

Jaime se quedó callado y al notar su silencio fue cuando ella se atrevió a mirarlo por primera vez. Llevaba el pelo muy corto. Por arriba de punta y los lados mucho más recortados. Se había dejado perilla y estaba bastante cambiado. Parecía más maduro, más serio. Aquel muchacho alegre, divertido, atrevido y sinvergüenza, había desaparecido. Pero seguía estando igual de guapo que hace seis años, o mucho más, porque ese corte de pelo y la perilla le sentaban muy bien. En lo que no había cambiado nada era en su cuerpo, no tenía ni un gramo de grasa más que antes, incluso podría jurar que estaba más musculoso.

Llevaba un traje gris marengo, con una camisa lila, corbata morada con rayas muy finas en lila como la camisa, y el traje le quedaba tan perfecto que parecía hecho a medida. En ese momento, no pudo dejar de mirarlo embobada, como siempre le había pasado cuando lo tenía tan cerca. De

repente, volvió en sí cuando escuchó su voz susurrándole al oído:

—Te dije hace mucho tiempo que no me miraras así, nena.

—No vuelvas a llamarme así, te lo prohíbo.

En ese mismo instante terminó el vals, ella aprovechó para soltarse de él de un empujón, y se fue corriendo con su hermano, buscando esa seguridad que él le proporcionaba. Al llegar a su lado se abrazó a él y le dio un beso.

—Parece que me has echado de menos. ¿Tan malo ha sido bailar con mi hermano?

—No te lo puedes ni imaginar, me pone muy nerviosa.

Se quedó helada cuando vio a Jaime coger el micrófono y clavar sus ojos en ella. Pensó que iba a decir delante de todos, la verdad, y sintió que no podía respirar, que se ahogaba.

—Hola, buenas noches a todos. Quiero que me presten mucha atención. Deseo hablaros esta noche de una mujer que hace ya muchos años me robó el corazón.—Nátali se quería morir, quería que se abriera un agujero en el suelo y desaparecer—. Y por esa misma razón nunca podré querer a ninguna otra mujer como la quiero a ella.

Nátali estaba pasmada al oírle decir eso, sabía que eso no podía estar diciéndoselo a ella, pero entonces, ¿a quién? Carlos no le dijo que tuviera novia, así que cuando le vio alargar el brazo y su madre le cogió de la mano, respiró profundamente.

—Gracias a Dios —susurró para sí misma.

—Felicidades, mamá.

Jaime le dio dos besos y se apagaron las luces. Aparecieron dos camareros con una tarta enorme y con muchas velas.

Todos empezaron a cantarle cumpleaños feliz, y cada vez que su madre apagaba las velas se volvían a encender por arte de magia. Su madre, con mucho cariño le dijo, cogiéndole de una oreja y haciendo reír a todos:

—¡Bandido!, me la has vuelto a pegar.

Jaime cogió a su madre por la cintura y se la comió a besos dándole un regalo. Cuando su madre lo abrió le dio un beso y un abrazo muy fuerte, diciéndole:

—Es precioso cariño, muchas gracias.

Era un camafeo muy bonito. Tenía la cara de una mujer en nácar. Estaba encastrado en un metal grisáceo envejecido con muchas piedras preciosas, haciendo una forma alrededor ovalada en tonos rosas. El enganche era un lazo pequeño formado con el mismo metal y las piedras que engarzaban el

camafeo.

—Ábrelo lleva una sorpresa.

Cuando lo abrió, vio la foto de sus tres hijos cuando eran pequeños, su madre muy emocionada exclamó:

—¡Me encanta!, es perfecto.—Lo abrazó y volvió a besarle de nuevo.

Jaime le puso el camafeo y le dio un beso en el cuello y, en ese momento todos empezaron a darle los regalos y se armó mucho jaleo. Carlos cogió a Nátali de la mano.

—Ven, vamos a darle nuestro regalo.

La cogió por la cintura y cuando consiguieron llegar le dieron el regalo a su madre y un beso.

—Muchas gracias, no teníais que haberos molestado.

—No, si seguro que no se ha molestado, ¿verdad, chiquitín? —bromeó su hermana—. Todos sabemos lo que es.

—Sí. El perfume preferido de mamá.

Esta vez fue Jaime el que siguió con la broma poniéndose al lado de su hermano.

Cuando su madre abrió el regalo evidentemente era un frasco de perfume. Todos empezaron a reírse.

—Te habrás dado cuenta de que tengo una familia muy graciosa —informó Carlos a Nátali malhumorado.

—Vamos, no te enfades, chiquitín.—Jaime lo cogió por el cuello dándole en la cabeza con los nudillos revolviéndole el pelo mientras le decía—: Pero deberías de forzar tu imaginación y regalarle otra cosa a mamá, así no nos reiríamos de ti.

—Para eso ya estás tú. ¡Suéltame! No me despeines.

Nátali encontró esa escena tan graciosa que le dio la risa, no podía dejar de mirar a los dos hermanos discutiendo en broma como dos niños. Cuando Jaime la miró riéndose, ella se quedó embelesada sin poder dejar de admirar esa sonrisa. Hacía tantos años que no veía esa sonrisa que tiempo atrás la dejaba boba, que sintió cómo el corazón le dio un brinco. Él también estaba mirándola fijamente hasta que escuchó a su madre y los dos reaccionaron al mismo tiempo.

—Dejad de fastidiar a vuestro hermano, él sabe que me encanta este perfume, por eso me lo regala. ¿Verdad, cariño? —Le dio un beso diciéndole a Nátali—: Gracias a ti también, querida. ¿Has visto lo que me ha regalado Jaime?

Se acercó para enseñárselo, pues ya lo llevaba colgado al cuello. Nátali, al mirarla, le pareció la joya más bonita que había visto nunca.

—Es precioso, me encanta.

—Jaime, ven.

Cuando Jaime se acercó su madre, le dijo:

—A tu cuñada le ha encantado tu regalo, si algún día tienes que hacerle un regalo, ya sabes.

Nátali sintió tanta vergüenza que no supo cómo reaccionar exclamando nerviosa:

—¡No, por dios! Debe de ser carísimo. Yo nunca podría llevar una joya como esa.—La vergüenza le hizo ponerse colorada y Jaime la miró fijamente al oírla decir—: Además, él no tiene por qué regalarme nada.

—Tienes razón, eso es cosa de mi hermano. Espero que te gusten los perfumes.

Los tres se echaron a reír con esa broma.

—No os estaréis riendo de mí otra vez.

Carlos estaba detrás de ella y le rodeó la cintura con sus brazos, dándole un beso en el cuello; en ese momento la sonrisa de Jaime desapareció, y había vuelto su mirada de hielo, dejando a Nátali paralizada por esa reacción que solo ella podía percibir y que no entendía. Pues se suponía que la odiaba, entonces, ¿qué más le daba que su hermano la tocara? Sin embargo, parecía querer fulminarlo con la mirada, como tantas veces hizo en el pasado cuando su primo se acercaba demasiado a ella.

—¡Chicos! ¿Por qué no venís a tomaros una copa con nosotros?—les propuso Josemi—. No hemos tenido ocasión de hablar en toda la noche.

Nátali sonrió, diciéndole a Carlos:

—Vamos, ya estoy harta de tantas presentaciones, quiero divertirme un poco y estar con mi hija.

—Está bien, relajémonos un poco.

## CAPÍTULO 3

Todos estaban sentados en una mesa, Josemi, Lola, Helen y Kiko. Cuando Nátali lo vio y se lo presentó Helen, se quedó muy sorprendida. No podía imaginar que el cuñado de Jaime fuera su compinche de correrías, y cómo no, él también fingía no conocerla. También estaba Silvia y su marido Pablo. Era rubio, no muy alto y bastante delgado. Unos ojos oscuros casi negros, y una gran sonrisa siempre en los labios. Parecía muy simpático.

—Mami, por fin has venido.—Nátali cogió a la niña en brazos y empezó a darle muchos besos—. Te he echado de menos.

—Yo a ti también, mi amor. Pero estaba ocupada. Ahora soy toda tuya.— Se sentó en una silla con la niña en brazos comiéndosela a besos para preguntarle—: Bueno, cuéntame, ¿cómo te lo estás pasando esta noche?

Mientras la niña le contaba un montón de cosas, Jaime no podía dejar de mirarla.

Estando con su hija, sí volvía a ser la chica que él conoció, dulce, tierna y cariñosa. No la mujer fría y calculadora que iba a casarse con su hermano para torturarle y hacerle la vida imposible.

Carlos llegó con las bebidas dándole una Coca-Cola a Nátali, y cuando lo vio Sara se le tiró a los brazos, contándole las mismas historietas que le había contado a su madre. Nátali se incorporó en el grupo hablando y riéndose con todos, pero no podía evitar mirar cómo Jaime observaba a su hermano y a su hija.

Ella creía que se había tragado lo de su primo, pero al ver cómo los miraba le entraron dudas. Cuando él se volvió y la miró, ella esquivó su mirada y se puso a hablar con Lola. Entonces, Jaime le hizo una pregunta que la dejó muy sorprendida.

—¿Cuánto tiempo hace que viniste de París?

Todos se quedaron mirándola y ella no supo qué decir.

—¿Por qué preguntas eso? Ella nunca ha estado en París —aclaró Carlos.

—No sé. El nombre de Nátali es... como muy francés. Aquí se suele decir Natalia, por eso he supuesto que viene de París. Pero ya veo que nunca ha estado en París.

Cuando dijo eso, su mirada se volvió fría y cortante nuevamente, como si

estuviera reprochándole algo. Nátali se dio cuenta por su comentario que había leído la carta que ella escribió a su primo hace seis años, y se preguntaba: ¿Cómo podía acordarse aún de aquello?

—¿París es donde está Disneyland, tío? —le preguntó Sara acercándose a él.

Jaime cogió a la niña en brazos y la sentó en su regazo.

—¿Y tú cómo sabes dónde está Disneyland?

—Porque quiero ir. Es lo que más deseo en el mundo, por eso sé dónde está.

—Si tanto lo deseas podríamos ir unos días en vacaciones.

—No le digas eso, si alguien tiene que llevarla seremos tu hermano y yo, y ya decidiremos cuándo. Sara, cariño, por qué no vas a jugar con tus primos por favor, sabes que no me gusta que estés en las conversaciones de los mayores.

—Dile a tu madre que si tiene miedo de que te rapte puede venir con nosotros.

Su mirada era penetrante y desafiante, tanto que a Nátali se le aceleraba el corazón.

—Sí, mami, podíamos ir todos juntos, con los primos. Sería muy divertido.

—Por favor, Sara, ve con los primos a jugar. Luego hablaremos.

—Está bien, me voy.—Antes de irse le dijo a Jaime—: Pero tío, que no se te olvide, ¿vale?

Jaime se rio.

—No te preocupes, no se me va a olvidar, princesa.—Sara se rio también y le dio un beso, él la abrazó fuerte y le devolvió el beso, y cuando se dio cuenta de que Nátali lo miraba con muy mala leche le dijo a la niña—: Anda, ve a jugar con tus primos.

—Te agradecería que antes de ofrecerle a mi hija cualquier cosa me lo dijeras a mí primero. No me gusta que le den falsas esperanzas.

—Bueno, bueno, ¿por qué no dejamos ese tema y me concedes un baile? —dijo Josemi.

Sabía que si seguían discutiendo podían meter la pata, porque su primo estaba que se lo llevaban los demonios, y cuando estaba así era mejor no provocarle. Nátali, sin embargo, parecía dispuesta a provocarlo, pues también estaba nerviosa y le costaba controlarse. Así que se levantó y le ofreció la mano, ella le sonrió y cogió su mano. Cuando llegaron a la pista, abrazó su

cintura, diciéndole:

—Estás fabulosa. Los años te han sentado muy bien.

—Pues tú estás igualito, es como si no hubiera pasado el tiempo. ¿Has hecho un pacto con el diablo? —le preguntó sonriendo.

Después de tantos años su sonrisa seguía siendo contagiosa para él y no podía evitar devolverle la sonrisa.

—¿Entonces nunca estuviste en París?

—No, solo fui a la ciudad. Lo de Paris fue para que no intentarais buscarme. No quería volver a ver a tu primo, ni quería volver al pueblo. Por eso lo hice. Cuando decidí dejarlo todo y cambiar de vida, me cambié hasta el nombre. Siempre me gustó Nátali, es el mismo nombre, pero suena diferente. ¡Bueno!, pero no hablemos de mí ni del pasado, y cuéntame: ¿Cuánto tiempo llevas casado con Lola? Es lo mejor que podías haber hecho. Me alegro un montón.

—Nos casamos hace cinco años, igual que mi prima Helen. Más o menos las dos se quedaron embarazadas al mismo tiempo. ¿Por qué no me dijiste que estabas embarazada? ¿Por eso te fuiste, verdad? ¿No querías que Jaime lo supiera?

Pudo ver cómo el semblante le cambiaba, poniéndose triste.

—No quiero hablar de eso, por favor, no me preguntes.

No quería mentirle por eso prefería cambiar de tema.

—Está bien. Pero desde que esta noche me he dado cuenta de que esa niña es de Jaime, no he podido dejar de pensar en lo mal que lo tuviste que pasar tú sola, criando un bebé.

—Sara es lo mejor que me ha pasado en la vida, y no tiene padre, solo me tiene a mí. ¿Vale?

—¿De verdad crees que Jaime no se ha dado cuenta? ¿No te has fijado cómo la ha abrazado antes?

—No me importa. Lo negaré mil veces si hace falta, pero él nunca va a ser el padre de mi hija, ¡nunca!

—Está bien, no te enfades.—Cambió de tema para que ella se tranquilizara—. ¿Sabes?, al final tenías razón.

Nátali lo miró extrañada y le preguntó:

—¿A qué te refieres?

—A que Lola era la mujer perfecta para mí.

Los dos se echaron a reír.

—Siempre lo supe. Ese fue uno de los motivos por los que me fui. Sabía

que, si yo no estaba, acabarías dándote cuenta tarde o temprano. ¿Y tu padre no ha venido? No lo he visto en toda la noche. Aunque estoy segura de que en cuanto me vea va a estallar la bomba y se va a acabar toda esta farsa. Porque él no va a entrar en este juego tan absurdo.

—Tranquila. Mi padre no está aquí, murió el año pasado.

—Vaya, lo siento mucho —le dijo muy apenada.

—Lo sé.

—Te juro que me gustaría desaparecer. Si hubiera sabido en algún momento que iba a encontrarme con tu primo, jamás hubiera venido. ¿Por qué tiene que pasarme esto precisamente ahora? ¿Por qué de entre todos los hombres del planeta tengo que elegir a su hermano? Es como una pesadilla.

—Debes intentar tranquilizarte.

—No puedo. Cuando tu primo cuente todo yo me voy a querer morir. No podré mirar a Carlos a la cara, y Sara se llevará un disgusto muy grande. No puedes imaginarte las ganas que tiene de que Carlos sea su papá.

—Cuando mi primo te conoció, tú ya tenías un pasado y él te aceptó, ¿no es cierto?

—Sí. Pero ¿quién iba a imaginar que mi pasado era su hermano? No creo que pueda aceptar eso y estoy aterrada.

—Conoces a mi primo tan bien como yo, habla mucho pero luego no hace nada. No creo que vaya a destrozarse la felicidad de su hermano, así que no dirá nada, ya lo verás.

—Ojalá, porque si lo hace, no sé qué voy a hacer.

Cuando acabó el baile, volvieron a la mesa. Nátali necesitaba el contacto y la seguridad que Carlos le proporcionaba así que se sentó encima de él y le dio un beso en los labios, diciéndole en el oído:

—¿Por qué no bailas conmigo un baile lento? —Él sonrió.

—Me encantaría, pero no ponen ninguno.

—Bueno, pues pide que te pongan uno.

Volvió a decirle al oído, mientras Jaime no podía dejar de mirarlos.

—Si quieres un baile lento, tendrás un baile lento, cariño.

La levantó y la cogió de la cintura, y cuando llegaron a la mesa del pincha-discos, le dijo Carlos:

—Oye, ¿por qué no pones una canción lenta?, tengo ganas de achuchar a mi novia.

Nátali le sonrió, y cuando sonó la música, se abrazaron y se pusieron a bailar.

—Ha sido una buena idea, me moría de ganas de estar contigo. Hemos estado toda la noche juntos y, al mismo tiempo, tan distantes...

—Yo también me moría de ganas de estar contigo.

Ella empezó a acariciarle el pelo y justo en ese instante vio cómo Jaime los estaba mirando, así que besó a Carlos. Quería demostrarle que estaba con su hermano, que lo quería, y que él ya no era importante para ella. Carlos empezó a besarle muy apasionadamente y a acariciarle la espalda desnuda. Jaime no pudo evitar sentir una rabia muy profunda dentro de él, tanto, que no se dio cuenta de que tenía un vaso en las manos y lo hizo añicos entre sus dedos, al descargar toda su furia en él. No fue capaz de reaccionar hasta que no escuchó a su hermana gritarle asustada.

—¡Dios mío, ¿te has cortado?!

—No, no me he cortado. No sé cómo se ha roto, estaría defectuoso.—Se levantó, diciéndole a su primo—: Tengo que salir de aquí, necesito aire, o de lo contrario, voy a matar a alguien. Si preguntan por mí, invéntate algo, no creo que vuelva en toda la noche.

—No. Te acompaño. No voy a dejarte solo en estos momentos. No estás bien, y cuando estás así, eres capaz de cometer cualquier tontería.

—No quiero que tengas problemas con Lola por mi culpa.

—No te preocupes por Lola, lo entenderá.

Cuando Nátali y Carlos volvieron de bailar había un camarero limpiando el suelo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Carlos.

—Nada, a tu hermano que se le ha roto un vaso en las manos. Pero tranquilo, no le ha pasado nada. Además, se ha marchado.

—¿Cómo que se ha marchado?

—Pues que se han ido, él y el primo. Cuando se entere mamá, verás.

—¿Y dónde han ido?

—Nadie lo sabe.

Nátali miró a Lola y ella le hizo un gesto de resignación.

\*\*\*

Cuando la gente empezó a marcharse eran las tres de la madrugada. Nátali se despidió de Lola, diciéndole:

—Siento que Josemi te haya dejado sola. Seguro que Jaime se ha ido porque no soporta mi presencia aquí. Y Josemi no le ha querido dejar solo,

por eso se ha ido.

Lola le sonrió.

—No te preocupes, vivo aquí al lado, y Jaime no se ha ido por eso.— Después de seis años seguía mintiéndole para que no se sintiera mal—. Bueno, ya hablamos. Tengo que irme, los niños están agotados.—Se dieron dos besos y se fue.

\*\*\*

Todos los invitados se habían ido y ellos estaban en la entrada a los pies de la escalera. El padre y la madre de Carlos, su hermana, su cuñado, y ellos dos. Carlos llevaba a Sara en brazos, pues estaba dormida, igual que su prima que estaba en los brazos de su padre.

—No puedo creer que Jaime se haya ido de mi fiesta sin decirme nada. Nunca lo ha hecho. ¿Le habrá pasado algo?

Preguntó su madre preocupada.

—¡Qué le va a pasar! Le habrá llamado alguna de sus amiguitas, y se habrá ido.

—No. Tu hermano no haría eso el día del cumpleaños de tu madre. Además, Josemi no habría ido con él en ese caso —dijo su padre, pensativo.

—Bueno, mañana ya nos dirán qué ha pasado. ¿Le habéis llamado al móvil? —preguntó Carlos.

—Sí, y no lo coge. Lo tiene apagado —volvió a decir su padre.

—Si está con Josemi estará bien. Se habrá agobiado por cualquier cosa y se habrá ido, ya lo conocéis —mientras decía eso, Kiko miraba a Nátali.

—Sí. Será mejor que vayamos a dormir, son casi las cuatro de la madrugada.

Al terminar de decir eso, Jaime cogió a Nátali por los hombros y subiendo las escaleras, le preguntó:

—Y bien, ¿cómo lo has pasado? Debes de estar agotada con tanto jaleo.

—Pues la verdad es que sí, ha sido bastante agotador.

Cuando llegaron arriba cada uno se metió en su habitación. Carlos acostó a Sara, y en el marco de la puerta se despidió de Nátali con un beso.

—Buenas noches, cariño.

Cuando se fue, Nátali no podía dormir. No dejaba de pensar qué pasaría al día siguiente. Jaime le había dicho que no quería estropear la fiesta de su madre. Eso quería decir que por la mañana lo contaría todo y se armaría un

escándalo de miedo.

Carlos no podría soportar que su hermano hubiera sido su antiguo amante. La noche que le contó todo, él dijo que quería matarle, y aunque lo dijera en broma, ella pudo notar lo tenso que estaba y supo que estaba fingiendo con esa broma para que ella no se diera cuenta. Además, ella se moriría de vergüenza solo al imaginar que su familia supiera la verdad.

No, ella no podía enfrentar algo así. Y prefería mil veces volver a enfrentarse a esa maldición que la perseguía obligándola a estar sola, que confrontar a Carlos y a toda su familia. De eso no se veía capaz.

## CAPÍTULO 4

Jaime y Josemi estaban en el único pub que había en el pueblo. Era pequeño y bastante oscuro. Con unas cuantas mesas y sillas, y en el fondo, una pequeña barra.

—¿Has pensado lo que vas a decirle mañana a tu madre? No va a entender porqué nos hemos ido de la fiesta así tan de repente.

—Ahora me importa bien poco eso, mañana ya veremos qué invento. Pero te juro que, si no hubiera salido de allí, no sé qué hubiera sido capaz de hacer. ¡Joder! Justamente ella. De todas las mujeres que hay en el mundo, mi hermano tenía que enamorarse justamente de ella. Parece una maldita pesadilla.

—¿Cuando tu hermano habló de su prometida en ningún momento pensaste que era ella?

—¿Cómo iba a imaginar que era ella? Nátali, madre soltera y secretaria. ¿Cuándo cojones se sacó el título de secretaria?

—Tienes razón, yo tampoco me lo hubiera imaginado. ¿Y qué te ha pasado? Estabas aguantándolo bastante bien y de repente te ha dado el puntazo de irte.

—No lo sé, tío. Desde que volvió de bailar contigo y se echó encima de mi hermano, besándole y comiéndole la oreja. Y después, cuando estaba bailando con él me ha mirado y ha empezado a besarle de esa manera, no lo he podido soportar, por eso he tenido que marcharme. Lo peor es que me he dado cuenta de que no podré ver a mi hermano y a Natalia delante de mí enrollándose todos los días, y tampoco podré soportar ver a mi hija y tener que tratarla como a mi sobrina.

—¿Por qué piensas que es tu hija?

—Desde que la he visto por primera vez he sabido que era mi hija, me ha dado un vuelco aquí —dijo tocándose el corazón—, y lo he sabido al instante. Después, cuando le he preguntado a Natalia y me ha querido hacer creer que era hija tuya diciéndome que tuvisteis un pequeño romance después de mi boda, ya no he necesitado más explicaciones. Eso ya me lo ha dejado bastante claro. Si está mintiéndome es porque no quiere decir que es mi hija, ¿no crees? —Se tomó el whisky de golpe y le preguntó muy serio para terminar

de convencerse—: Porque no me mentiste, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—Hace seis años me juraste que entre vosotros no había pasado nada. ¿Me mentiste?

—¿Por qué iba a mentirte?

—Para que me sintiera mejor. Total, ella no iba a volver, y yo nunca sabría la verdad.

—No, joder, no te mentí. Entre ella y yo, nunca ha pasado nada.

—Lo sabía, sabía que esa niña era mía. No puedo dejar que se case con mi hermano, sería un infierno para mí. Y no voy a dejar que engañe a mi hermano de esa manera.

—Otra vez con eso. Estás hablando de Natalia. ¿De verdad crees que ella pueda estar manipulando a tu hermano? ¿O lo que te da rabia es que esté enamorada de tu hermano y quiera casarse con él?

—Ella no está enamorada de mi hermano.

—¿Por qué dices eso?

—Porque lo sé.

—Eso es lo que te gustaría, que no estuviera enamorada de él, ¿verdad? No crearás que después de tantos años, aún siga estando enamorada de ti.

—Lo siento, pero le prometí a mi hermano que no se lo diría a nadie. Pero por lo que me contó, sé que no está enamorada de mi hermano. Puede que lo quiera, pero no está enamorada.

—Bueno, pues le quiere y quiere casarse con él, y no tienes ningún derecho a destrozarle la vida nuevamente. Ya lo hiciste una vez, ahora déjala ser feliz. Y si ella quiere ser feliz con tu hermano, vas a tener que aguantarte. Porque los dos sabemos que tu hermano puede hacerla muy feliz. Además, deberías pensar en una cosa.

—¿En qué?

—Como su tío, podrás ver a la niña siempre que quieras, pero si haces que esa boda no se celebre, ella no te lo va a perdonar nunca y no volverás a ver a tu hija. Legalmente no eres su padre, así que no tienes ningún derecho sobre ella.

—Lo sé, ¡pero joder, es mi hija!, y es la única oportunidad que tengo de ser padre. No sé si voy a poder soportar tener que hacer el papel de tío.

—Pues no te queda otra, a no ser que quieras perderla del todo.

—Es preciosa, ¿verdad?

—Sí, lo es.

—Y con esos ojos tan hermosos como los de su madre.

—Jaime, no volverás a estar...

—No, tranquilo, eso está superado. Hace seis años que dejé de sentir nada por esa mujer. En el mismo instante en el que rompió su promesa y se fue sin dejar rastro.

Se tomaron un par de copas más y como siempre, Josemi intentó que Jaime se tranquilizara e intentara hacer bien las cosas. Sobre todo, que no volviera a hacerle daño a Nátali, porque eso sería muy injusto para ella.

\*\*\*

Mientras volvía a casa, Jaime no dejaba de pensar en todo lo que le había dicho su primo. Cuando llegó a la puerta de su casa vio un taxi parado en ella y le preguntó confuso al taxista:

—Hola, Pepe, ¿qué haces aquí?

Pepe era el taxista del pueblo, y cómo no, en un pueblo tan pequeño todos se conocían.

—Me han llamado para que viniera. Al principio pensé que era una broma, son casi las cinco de la madrugada. Pero no, estoy esperando a una chica muy guapa y que tiene unos ojos preciosos, por cierto. Me ha dado las maletas y me ha dicho que esperara porque volvía enseguida.

—Saca las maletas y por favor, no comentes esto con nadie.—Jaime le dio cien euros, diciéndole—: Perdona por las molestias, espero que esto te compense. Vuelve a tu casa y acuéstate, yo me ocupo de esto.

—¿Estás seguro? Esto es mucha pasta por no hacer nada.

—Sí tienes que hacer algo, mantener la boca cerrada. Buenas noches.

Jaime cogió las maletas en una mano, y cuando fue a entrar en la casa, Nátali salía con su hija en brazos. Al chocar con él, se llevó tal susto que pegó un brinco hacia atrás, perdiendo el equilibrio. Jaime la cogió del brazo para que no cayera, cerrando la puerta con el pie y la hizo entrar en casa nuevamente.

Sin soltarla del brazo y con muy mala leche, la obligó a subir por las escaleras haciendo caso omiso a sus quejas.

—¡Suéltame, ¿qué haces?! ¡Mi taxi está ahí afuera y voy a marcharme quieras o no quieras! —le gritó en voz baja— ¡Te he dicho que me sueltes!

Volvió a insistir al ver que él no le hacía caso, y aunque no quería subir no tenía otra opción, pues él apretaba tanto su brazo que cuanto más se resistía

más apretaba y más daño le hacía.

—Tu taxi ya no está, así que no tienes con quién irte.

La metió dentro de la habitación y cerró la puerta detrás de él con la punta del pie. Tiró las maletas al suelo y le quitó a la niña de los brazos.

—Devuélveme a mi hija.

Cuando ella le quiso volver a coger a la niña, él le dijo en voz baja:

—¡Chiiiiissss! No querrás despertar a la niña, ¿verdad? Solo voy a dejarla en la cama que es donde debe estar.

Cuando la dejó en la cama, la niña se despertó.

—¿Qué pasa tío, porque estás aquí?

Él se arrodilló en el suelo y la arrojó con el edredón.

—No pasa nada, princesa, duérmete.—Le acarició la frente y le dio un beso—. Buenas noches.

—Buenas noches, tío.

Apagó la luz y encendió la de la mesita de noche, dejando la habitación en penumbras. La niña se volvió a dormir enseguida, pues estaba agotada con tantas emociones, y la noche tan larga y ajetreada que habían tenido. Cuando se levantó, se dirigió a Nátali y le preguntó mirándola muy serio y cogiéndola por los hombros.

—¿Siempre que algo no sale como lo habías planeado huyes sin despedirte? ¿Le has dejado alguna nota a mi hermano diciéndole que te vas a París? ¿Esta vez también mentirás o piensas irte de verdad?

Ella se apartó de él con brusquedad.

—No te importa lo que haga y no vuelvas a tocar a mi hija. Si me voy es por tu culpa. ¿Qué esperabas? ¿Que me quedara para que mañana puedas humillarme delante de toda tu familia? Lo siento, pero no. No puedo hacer nada si quieres decirle la verdad a tu hermano, pero no puedes obligarme a estar presente, no podría soportarlo.—Al ver cómo las lágrimas empezaron a caer por sus mejillas, empezó a sentirse muy mal—. Voy a volver a llamar al taxi y te pido por favor que me dejes ir —mientras hablaba, sacaba el móvil del bolso y marcaba el número nuevamente sin poder dejar de llorar y de temblar. Jaime le quitó el móvil de las manos sin decir una palabra—. Por favor, si...si alguna vez sentiste algo por mí, por muy pequeño que fuera, déjame ir. No...no soportaría la humillación —dijo con un hilo de voz. Las lágrimas no la dejaban casi hablar y a él se le hizo un nudo en la garganta al verla tan destrozada—. Te...te juro que cuando tu hermano me busque le diré que me he arrepentido. Que no le quiero lo suficiente. Que no quiero casarme

con él. Pe...pero no le digas la verdad, eso le destrozaría.

—¿Y perderte de esta manera crees que no le destrozaría?

—Sí. Pero no acabaría odiando a su hermano. Porque te odiará. Si se lo cuentas te odiará, de eso puedes estar seguro.

Él de pronto se acercó a ella, le cogió la cara con las manos, y le quitó las lágrimas con los pulgares, diciéndole:

—Lo siento, no tienes que irte, no voy a decir nada.

Ella le miró sorprendida.

—No te creo.

—Te lo juro por nuestra hija.

Ella le quitó las manos de golpe y se alejó de él.

—Ya te he dicho que no es tu hija —le habló muy alterada mirando a la cama donde estaba la niña deseando que no se despertara—. Es de Josemi.

—Si sigues mintiendo te va a crecer la nariz como a pinocho.

—No estoy mintiendo. Nuestro bebé murió, ¿recuerdas? Gracias a ti.

Sabía que no tenía que haber dicho eso, pero estaba tan enfadada que quería hacerle daño. Él se abalanzó sobre ella y la cogió de los hombros, zarandeándola.

—Te he dicho muchas veces que no vuelvas a hablar de eso.

Nátali puso las manos en su pecho para apartarse de él, pero él cogió sus muñecas y se las cruzó a su espalda, arrastrándola hacia él y pegándola a su cuerpo rodeándola con sus brazos.

—¡Suéltame ahora mismo!

Hablaban en susurros para no despertar a la niña, pero parecía que discutían a voces por la tensión que había entre los dos.

—No, hasta que no me digas la verdad.

—Ya te he dicho la verdad. Sara es de Josemi. Entre tú y yo, después del aborto, no...

—Vamos, nena. No puedes haber olvidado la última noche que estuvimos juntos, porque yo no he podido olvidarla, y estoy seguro de que tú tampoco.

Nátali empezó a forcejear entre sus brazos para alejarse de él, porque no quería estar ahí con él, y mucho menos recordar esa noche tan inolvidable y apasionada. Pero cuanto más intentaba escapar de su abrazo, más la apretaba él. Estaban tan pegados que ella podía sentir todos sus músculos rodeando su cuerpo, y toda la tensión que había en él.

—¡Suéltame!

—No. Estoy seguro de que esa noche te quedaste embarazada —le habló

con una voz muy sensual poniéndola muy nerviosa.

—¡No! Esa noche no me quedé embarazada, ya te he dicho que es de Josemi.

—¡Basta! ¿Por qué sigues mintiendo? Júrame por la niña que esa noche no te quedaste embarazada y te creeré.

Él la conocía muy bien, y sabía que jamás juraría en vano por su hija.

—Está bien. Te juro por mi hija que esa noche no me quedé embarazada. Y ahora ¿puedes soltarme, por favor?

Jaime la miró atónito, y sus brazos la soltaron de golpe maldiciendo al mismo tiempo.

—¡Joder, nena!

Nada más decir eso, empezó a dar pasos por la habitación pasándose las manos por la cabeza, intentando tranquilizarse y dando resoplidos. Ella empezó a asustarse, pues le conocía muy bien y sabía que cada vez que él paseaba de esa manera tocándose la cabeza así, es que estaba muy cabreado. Así que le dijo con calma para que se fuera y la dejara en paz:

—Ahora puedes irte de la habitación, estoy muy cansada y necesito tumbarme.

Se dirigió hacia la puerta para abrirla, esperando que él le hiciera caso y se fuera, pero él de repente la volvió empujándola contra la pared, cogiéndole la cabeza entre sus manos, y aplastándola contra la pared y su cuerpo, para preguntarle con una furia inmensa:

—¿Nunca abortaste?! ¿Todos estos años me has hecho creer que te obligué a abortar y nunca lo hiciste?!

Su mirada la abrasaba, sus palabras, aunque estaban pronunciadas en un susurro parecían un grito atronador, consiguiendo que Nátali temblara de pies a cabeza.

—Sí, lo hice, es de Josemi —susurró casi sin aliento.

Estaba asustada, nunca lo había visto así, y tenía miedo.

—¡Josemi nunca se acostó contigo, me lo confesó hace mucho tiempo! — Ella se quedó paralizada, pues no podía creer que Josemi se lo hubiera contado—. ¿Vas a seguir negándolo ahora?! —Le apretó la cabeza con más fuerza diciéndole furioso—: En estos momentos me gustaría estrujar tus sesos contra la pared. ¿Sabes el remordimiento que he tenido todos estos años pensando en eso? Hasta llegué a pensar que dios me había castigado.—Al oírle decir eso, Nátali sabía que se refería a su incapacidad por no poder dejar a su ex embarazada—. ¿Te puedes imaginar lo mal que me sentí cuando

salimos de esa clínica? ¡Y tú me mentiste todo el tiempo, haciéndome creer que habías abortado!

—¿Quieres matarme?! ¡Está bien, hazlo! Estruja mis sesos contra la pared si eso te hace feliz. Pero ¿qué querías que te dijera?, ¿que no pude hacerlo?, ¿que cuando el médico me hizo una ecografía, le vi, y escuché su corazón y fui incapaz de seguir adelante?, ¿que no podía decírtelo porque ibas a casarte con otra?, ¿que tenía miedo de que lo supieras y que volvieras a llevarme a esa maldita clínica para obligarme otra vez a abortar? Esperé como una estúpida a que te quedaras conmigo, y te lo hubiera dicho si no te hubieras casado. Pero te casaste. Y por eso me fui, para que nunca lo supieras.

Estaba muy alterada y había empezado a llorar de nuevo.

Después de escucharla decir todas esas cosas, él aflojó su cuerpo y dejó de aprisionarla contra la pared. Sus manos dejaron de estrujarle la cabeza, y apoyando su frente en la suya acariciando sus mejillas quitándole las lágrimas de nuevo, le habló con una voz muy triste:

—Si me hubieras contado la verdad, todo hubiera sido muy distinto entre nosotros, nena.

Se quedó callado unos segundos y después volvió a mirarla, pero su mirada volvió a ser fría como el hielo.

—Si intentas escaparte de nuevo, te juro por nuestra hija que esta vez te buscaré hasta el último rincón del planeta, y puedes estar segura de que te encontraré. Y cuando lo haga, te quitaré a la niña. Buenas noches.

Cuando él salió de la habitación, ella se echó a llorar. De todas las cosas más horribles que le podían haber pasado en la vida tenía que ser esa. Volver a encontrarse con él. Que él descubriera su secreto. Que supiera que tenían una hija en común. Y lo peor de todo: Que él fuera el hermano de su prometido. Pero de una cosa estaba segura. Ella no podría disimular delante de todo el mundo, y todos acabarían dándose cuenta, y si eso ocurría, no podría soportarlo porque se moriría de vergüenza.

Lo mejor era decirle toda la verdad a Carlos, sí, eso sería lo mejor. Mañana le contaría todo, se marcharía, y no tendría que volver a ver a Jaime nunca más. Solo esperaba poder reunir el valor suficiente para hacerlo, ya que quería demasiado a Carlos para hacerle tanto daño.

\*\*\*

Jaime parecía un león enjaulado, estaba tan nervioso y tan cabreado que no podía quedarse quieto. Si no hubiera llegado a tiempo, ella se habría ido, y se hubiera llevado a su hija, y eso no se lo iba a permitir. Ahora que sabía que tenía una hija no quería perder la oportunidad de conocerla, quería estar con esa niña por encima de todo, y no le importaba a quién tuviera que aplastar por el camino.

Seis años atrás perdió a Nátali por no ser capaz de dejarlo todo y luchar por ella. Pero a su hija no, eso era muy distinto. Por ella sí iba a ser capaz de luchar, sabía que era la única oportunidad que tenía de ser padre, y no la iba a desaprovechar.

## CAPÍTULO 5

Cuando Josemi llegó a su casa, Lola le estaba esperando despierta.

—Por fin has venido, no podía dormir.—Dejó el libro en la mesita y se levantó de la cama—. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo está Jaime? ¡Qué pregunta más tonta! Bien jodido, ¿verdad?

—Más de lo que él mismo cree, no quiero ni imaginarme la que se va a liar.

—¿Por qué dices eso? No me asustes.

—Tú sabes cómo se pone mi primo cuando le da un ataque de celos, ¿verdad? Ya que hace seis años pudimos comprobarlo en su despedida de soltero, ¿recuerdas?

—No digas tonterías. Hace seis años estaba enamorado de Natalia, ahora no.

—Vamos, cariño, no me digas que no te has dado cuenta.—Ella lo miró extrañada—. No me mires así. El vaso no estaba defectuoso, lo hizo añicos entre sus dedos cuando miraba a Natalia y a su hermano besándose mientras bailaban.

—No me lo puedo creer.

—Si lo hubieras visto hace solo un momento en el pub, te hubieras dado cuenta de que todo el odio que decía sentir por ella durante todos estos años, porque según él ella se fue rompiendo su promesa, es mentira. Y como bien dice el refrán: *ojos que no ven, corazón que no siente*. El problema es que ella ha vuelto y él ha despertado de esa mentira. Y por cómo ha reaccionado esta noche estoy seguro de que todo era pura fachada, una manera de hacerse el duro para que nadie supiera que no ha podido olvidarla después de tantos años, y puede que ni él mismo lo supiera hasta esta noche. Tengo miedo de que cometa una tontería, ya sabes lo impulsivo que es.

—Bueno, estoy segura de que tú estarás ahí para vigilarlo e impedir que cometa una tontería. Y tú, ¿qué has sentido cuando la has vuelto a ver?

Él la miró y sonrió, exclamando:

—¡No puedo creer que estés celosa!

—Solo quiero saber qué has sentido. Te juro que no son celos.

Él la rodeó con sus brazos y la besó.

—Puedes estar tranquila, no he sentido nada por lo que debas preocuparte. Solo una gran alegría al comprobar que estaba bien, que todos estos años ha estado bien. Eso fue algo que me preocupó durante mucho tiempo.

—Lo sé, sé que estuviste mucho tiempo preocupado por ella.

—No sé cómo pudiste aguantarme tantas tonterías.

—Porque te quiero.—Le dio un beso.

—Yo también te quiero.—La cogió en brazos y echándola en la cama le dio un beso muy apasionado—. No sabes cuánto te quiero.

Después de esas palabras le hizo el amor con mucha pasión, volviéndola loca como siempre, y se quedaron dormidos abrazados el uno al otro.

## CAPÍTULO 6

Al día siguiente, cuando Sara se despertó eran las diez de la mañana, y Nátali se había pasado la noche en vela, casi sin poder dormir con tantos disgustos, así que no podía levantarse y tampoco quería. Prefería quedarse el resto de su vida en esa cama y así no tener que ver a nadie, y mucho menos enfrentarse a esa cruda realidad, que había acabado por convertir su hermoso sueño de formar una familia con Carlos, en una horrible pesadilla, teniendo por cuñado al hombre que creyó que nunca más volvería a ver.

—Vamos, mami, despierta ya, no quiero dormir más. Pooor fi.

—No puedo, mi amor, estoy muy cansada, ponte algo de la maleta y ve tú sola. Además, te conoces la casa mejor que yo.

—Bueno, vale, voy a ver si se ha despertado mi prima.—La niña abrió la maleta y le preguntó—: ¿Puedo ponerme unos vaqueros, mami?

—Ponte lo que quieras, pero no chilles, me duele la cabeza.

Cuando la niña se fue, ella se quedó en la cama sin poder dormir, y pensando en la manera de decirle a Carlos todo lo que estaba pasando.

\*\*\*

—Hola princesa —le saludó Jaime con una sonrisa cuando la vio entrar en el comedor.

—Hola, tío. ¿Y Noelia?

Jaime la cogió en brazos y la sentó en sus rodillas, le dio un beso y un gran abrazo, diciéndole:

—Estamos tú y yo solos, los demás aún siguen durmiendo. Pero soy todo tuyo, así que podemos hacer lo que tú quieras. ¿Y tu madre va a bajar?

—No. Está durmiendo, le duele mucho la cabeza. ¿Sabes qué he soñado?

—No, princesa. ¿Qué has soñado?

—Que ayer estabas en mi habitación.

—Vaya, me gusta que sueñes conmigo.—Ella se rio—. ¿Y qué hice?

—Tápame, darme un beso, y las buenas noches.

—Me hubiera gustado hacerlo de verdad. ¿Quieres desayunar?

—Sí, tengo mucha hambre.

Los dos se sentaron a desayunar y Jaime no podía sentirse más feliz compartiendo por primera vez la mesa con su hija, y lo mejor de todo es que estaban solos. Jaime llamó a María para que les pusiera el desayuno.

María era una mujer no muy alta, rellenita, de pelo canoso, siempre llevaba un moño, y su uniforme era un vestido negro y un delantal blanco. La madre de Jaime le había dicho muchas veces que no era necesario que fuera con uniforme, ya que era más parte de la familia que sirvienta. Pero ella decía que cada cosa tenía que estar en su sitio, por eso después de tantos años seguía llevando su uniforme con mucho orgullo.

Cuando Elena tuvo a Jaime, sus padres le dijeron a María que fuera a ayudar a su hija, y desde ese día ya no pudo volver a marcharse, porque Elena ya no pudo prescindir de ella.

A María le encantaban los niños, y los hijos de Elena eran como sus hijos, pues como aquel que dice se los había criado, y los tres la llamaban tata con mucho cariño.

Siempre había trabajado en casa de los padres de Elena desde que tenía quince años, era cinco años mayor que Elena y se habían criado casi juntas, por eso se querían mucho. Pero ella nunca había consentido que la pusieran en el lugar que no le correspondía. Ella era la sirvienta, y Elena, la señora de la casa, aunque se quisieran como hermanas.

Lo único que hacía en la casa era supervisar a los demás empleados para que todo estuviera perfecto, y ocuparse de la mesa. Tenían dos chicas más para limpiar y cocinar todos los días.

—Es una niña muy guapa —le dijo María a Jaime—, y tiene unos ojos preciosos.

—Sí. Tan bonitos como los de su madre.

—¿Te gustan los ojos de mi mami?

—Muchísimo.

—¿Sabes que mi abuela y mi bisabuela tenían los mismos ojos que los míos y que los de mi mami? Son una *heredia*.

Jaime y María se echaron a reír.

—Herencia princesa, se dice herencia.

—Nunca me sale esa palabra. ¡Noelia! —gritó de alegría al ver aparecer a su prima y a su tía.

Las niñas se pusieron a desayunar juntas y Jaime no podía dejar de mirarlas. Lo que le había dicho la niña le hizo recordar la noche que Nátali y él, se pusieron a discutir cuando él le dijo en broma que ni su madre, ni su

abuela, podían tener los ojos más bonitos que ella. Nátali sacó las fotos para demostrarle que ellas tenían los mismos ojos, o incluso más bonitos que ella, pero se puso tan triste al ver las fotos que Jaime le quitó el álbum de las manos y le dijo que los suyos eran aún más bonitos. Después, la besó y le hizo el amor para que no siguiera pensando en su familia, pues sabía lo mal que se ponía al pensar en ellos.

Estaba ensimismado en sus pensamientos cuando su cuñado le dijo:

—¡A dormir a la cama, tío!

—Solo estaba pensando.

—¿Qué vas hacer al final?

—De momento, nada, así que cállate y cierra la boca.

—¿Qué estáis cuchicheando? —les preguntó Helen.

—¿Porqué eres tan cotilla, cariño?—le contestó Kiko dándole un beso.

—Buenos días.

Dijeron sus padres, al mismo tiempo que entraban por la puerta.

—Os habéis levantado muy temprano para lo tarde que nos acostamos ayer —dijo la madre de Jaime—. Sobre todo, tú, Jaime.

—Buenos días.

Dijeron también Carlos y Nátali, mientras entraban por el marco de la puerta.

Nátali se había levantado, pues no había podido coger el sueño después de que se fuera su hija. Se había duchado para ver si se le pasaban los nervios y el dolor de cabeza, pero no le había servido de mucho.

Cuando salía de la habitación le temblaban las manos solo de pensar que tenía que enfrentarse a Jaime, pero gracias a dios, cuando iba a bajar las escaleras la había alcanzado Carlos dándole un beso y los buenos días. Le hubiera gustado decirle la verdad, ya que lo había estado ensayando en su mente una y otra vez, tanto por la noche cuando no podía coger el sueño, como por la mañana nada más irse su hija. Pero no podía decírselo, le era imposible hacerle tanto daño, y tampoco quería renunciar a su felicidad de nuevo por Jaime, ya lo hizo seis años atrás y no quería volver a hacerlo. Él no se lo merecía.

Daba gracias por haberlo encontrado antes de entrar al comedor, ya que con él a su lado le sería más fácil entrar y tener que enfrentarse a Jaime. Solo esperaba que cumpliera lo que le había dicho la noche anterior y no la delatara.

Todos estaban en el comedor, se podían oír las voces de todos por las

escaleras.

Cuando al entrar dieron los buenos días todos se quedaron mirándolos y les devolvieron el saludo. Todos menos Jaime que no dejaba de mirar cómo su hermano la tenía cogida por la cintura. Fijando su mirada en ella dijo:

—Vaya, no sabía que aquí se permitía compartir la habitación hasta que no pasara el día de la boda. Ni a ti ni a mí nos dejaron, ¿verdad hermanita?

Al oírle decir eso, Nátali empezó a ponerse roja y de muy mala leche, pues él sabía que no había compartido habitación con su hermano y que solo quería fastidiarla. Pero aun así le daba vergüenza que él dijera eso delante de todos.

—No le hagas caso, solo está bromeando —dijo su madre a Nátali, después reprendió a su hijo—. Deja a Nátali y no te escabullas. ¿Qué ocurrió ayer? ¿Por qué te fuiste de la fiesta con tu primo?

Nátali se había sentado en la mesa justo en ese momento, cuando oyó la pregunta de su madre, y dio gracias por no estar de pie, porque las piernas le empezaron a temblar de los nervios, sobre todo cuando Jaime se quedó mirándola antes de contestar.

—Bueno, llamaron a Josemi desde el bar, estaban teniendo problemas con un cliente y ya sabes cómo es él con su negocio. Parecía serio y decidí acompañarlo para que no se metiera en un lío.

—¿Por qué tardasteis tanto en venir? —le preguntó su padre.

—Ya me conoces. Me encontré con una amiga y me convenció para que me quedara con ella. Además, llegué justo a tiempo.—Volvió a mirar a Nátali; al mirarla se dio cuenta de que estaba muy nerviosa porque no dejaba de dar vueltas al anillo de su madre, entonces añadió—: Para dormir las horas suficientes.

—Bueno, dejemos ese tema —ordenó su madre—, sabes que no me gusta nada que hables de tus correrías. Desayunemos en paz.—Cuando miró a Nátali le dijo—: Pídele a María lo que te apetezca desayunar, querida. Tienes mala cara. ¿No has dormido bien? ¿No te ha gustado el colchón?

—Sí, es perfecto. Solo que no he dormido mucho y me he levantado con dolor de cabeza. Y tú ¿no vas a darme un beso de buenos días?

La niña se acercó y le dio un beso.

—Buenos días, mami.

—¿Has desayunado?

—Sí, con el tío Jaime.

—Recuerdas lo que te dije hace unos días. Hasta que no pase la boda no

deberías llamar tíos, ni abuelos a nadie, cariño. Igual que a Carlos no le dices papá...

—Déjala, está en todo su derecho a llamarles abuelos.—Jaime la miró desafiante.

A Nátali se le cortó la respiración cuando le oyó decir eso.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó su hermano.

—Bueno, dentro de dos días estaréis casados, ¿no es así?

—Sí, pero Nátali prefiere esperar por si algo sale mal y no hay boda.

—¿Qué podría salir mal? —le preguntó Jaime mirándola fijamente a los ojos.

—No lo sé, pero prefiero que sea después de la boda.

—Mami, ¿puedo ir a jugar con la prima a su cuarto?

—Sí, ve. Qué prisas tienen por ponerse a jugar, ¿verdad?

Comentó Nátali nerviosa para cambiar de tema y que así Jaime no siguiera torturándola con esas preguntas.

—Lo mismo que tenemos que hacer nosotras si queremos llegar a ver los vestidos antes de que cierren la tienda. Nos están esperando, pero tampoco quiero abusar y hacerles esperar demasiado. Y tú —le dijo a Carlos—, tienes que ir con tu hermano, tu cuñado y tu padre, a comprarte el chaqué, que ya está encargado. ¡Ah!, y no quiero excusas y tampoco me importa lo que cueste, quiero que te cojan el bajo antes de salir de allí, y que te esté perfecto. Que eres tan desastre que por no dar faena a los dependientes eres capaz de pisártelo. ¿Entendido?

—Sí, cariño, todo estará perfecto —la tranquilizó su marido—. Relájate un poco.

—¡Uuuf! No creo que pueda hacer eso hasta que no pase la boda —confesó, haciendo reír a todos.

—No te preocupes, mamá, no me moveré de la tienda hasta que no me cosan el bajo.—Mirando a Nátali bromeó al decir—: Igual te toca casarte con otro porque yo siga esperando a que me cojan el bajo.

Todos se echaron a reír menos su madre que le advirtió muy seria:

—No seas payaso y no juegues con esas cosas. Y ahora será mejor que nos demos prisa que hay mucho que hacer.

Todos empezaron a levantarse y a salir del comedor. Cuando llegaron a la entrada había una foto de sus padres del día de su boda. Nátali se paró frente a ella y se quedó mirándola. Estaban los dos muy jóvenes y muy guapos. Mirando esa foto recordó la noche más horrorosa de su vida, cuando Jaime

llegó vestido de novio y casado al pub. Su padre y él se parecían tanto que no podía dejar de verle a él mientras miraba esa foto.

—Fue el día más feliz de mi vida —dijo Elena poniéndose a su lado—. Todo el mundo debería casarse con la persona que ama, ¿verdad? —le preguntó un poco triste.

—¿Usted no estaba enamorada?

—Sí, muchísimo, no lo decía por mí. Es que siempre que hay una boda cerca me pongo triste y me golpean recuerdos dolorosos.

—¿Por qué? —le preguntó muy asombrada al oírla decir eso.

—No quiero hablar de eso ahora. Algún día puede que te lo cuente, ahora tenemos prisa. Y no me llames de usted.

—Es el vestido de novia más bonito que he visto en mi vida. Aunque he de confesar que tampoco he visto muchos.

—¿Te gusta?

—Muchísimo, es precioso.

Elena se quedó mirándola y no pudo evitar decirle:

—Te voy a proponer una cosa, pero no quiero que te veas obligada a nada. Si no quieres solo tienes que decírmelo. ¿Me lo prometes?

—Pues claro.

—¿Te gustaría llevar mi vestido? Mi hija no quiso llevarlo. Pero si tú quisieras estaría encantada y me sentiría muy orgullosa.

—Para mí sería un gran honor llevar su vestido. Pero ¿y si lo estropease manchándolo o algo peor? No me lo podría perdonar nunca.

—No seas boba. Voy a sacarlo para probártelo y luego decides. Seguro que te queda muy bien. Usas la misma talla que yo cuando me casé. Espérame en la salita, enseguida bajo.

Mientras ella subía, Nátali entró en la salita.

La salita era enorme. Tenía tres sofás enormes en piel de color beis, a los pies una enorme alfombra y una mesa de salón rectangular. En la pared de enfrente un mueble de pared a pared con una televisión muy grande, y estanterías llenas de libros y películas. En el otro lado de la sala había una chimenea y una pequeña barra de bar con muchas botellas, y al lado, una vitrina llena de copas y vasos. Los cuadros de las paredes eran muy bonitos y toda la habitación estaba pintada de color salmón. Era una habitación muy amplia y acogedora, con dos ventanales gigantescos que daban al patio e iluminaban toda la habitación.

Una mesa pequeña llamó su atención, estaba llena de fotografías y se

acercó a mirarlas. Había una foto de Jaime vestido de militar y la cogió para mirarla mejor. Estaba muy joven y guapísimo, no podía dejar de mirarlo, hasta que pegó un brinco asustada cuando oyó la voz de Jaime detrás de ella.

—Si tanto te gusta, puedo darte una.

—No me gusta, solo me ha sorprendido ver que hiciste la mili.—Dejó la foto en su sitio y se alejó de él.

—¿Por qué te sorprende que haya hecho la mili?

—Se supone que la mili os hace hombres, y tú sigues siendo un niño pijo que utiliza a las mujeres a su antojo.

Sabía que no tenía que haberle dicho eso, pero no podía evitarlo, molestarlo era como una necesidad que le salía sin pensar. Cuando vio cómo se acercaba hacia ella empezó a andar hacia atrás huyendo de él.

—¿Por qué dices eso?

—Por nada. Pero después de tantos años se supone que deberías haber cambiado, aunque solo fuera un poco. Pero no. Sigues igualito. Llevándote a cualquier chica a la cama y olvidándote de ella al día siguiente. ¿No crees que estás ya mayorcito para eso?

Mientras hablaba, seguía huyendo, y él seguía persiguiéndola muy despacio. Cuando tropezó en la barra de bar y se quedó atrapada entre él y la barra, intentó echarse a un lado para alejarse, pero este puso su mano en la barra para cerrarle el paso, entonces probó ir por el otro lado y él volvió a cerrarle el paso con el otro brazo, quedando atrapada entre sus brazos.

—¿Te molestan mis correrías? —le preguntó con una voz muy sensual—. ¿Estás celosa?

—No. Por mí puedes hacer lo que te dé la gana. Déjame salir, no soporto tenerte tan cerca.

No podía mirarlo, empezaba a ponerse muy nerviosa, y el corazón se le empezaba a acelerar. Jaime se dio cuenta inmediatamente de su reacción y decidió averiguar hasta qué punto él la desarmaba después de tantos años separados.

—Ayer no estuve con ninguna mujer. Fue lo único que se me ocurrió esta mañana para hacer callar a mi madre.

—¿De verdad crees que me importa lo que hiciste ayer? Te odio. Y por mí, puedes hacer lo que te dé la gana.

Él apoyó los antebrazos en la barra quedando a su altura, y mirándola a los ojos la obligó a mirarle, de tan pegado que estaba a ella, mientras le hablaba con una voz muy suave:

—Cuando nos conocimos también me odiabas y mira cómo terminamos. Ayer tuve que marcharme porque no podía soportar ver cómo bailabas con mi hermano, cómo te tocaba, cómo te besaba. No sé qué hubiera pasado si me hubiera quedado, pero seguro que nada bueno. Por eso me fui.

Podía sentir su aliento en sus labios de tan cerca cómo estaban, tenía que hacer algo para que se alejara de ella, entonces le dijo:

—Suéltame podría entrar tu hermano.

—Bien, entonces no tendríamos que disimular más.

Ella intentó empujarlo poniendo las manos en su pecho, pero lo único que consiguió fue que él se acercara más a ella, pegando todo su cuerpo al suyo, haciéndole arquear la espalda en la barra hacia atrás

—¡Vaya! Esta postura me trae muchos recuerdos. Aunque me gustaba más cuando estabas desnuda.

Ella empezó a ponerse colorada y su respiración empezó a acelerarse. Él le sonrió con picardía, mientras ella le susurraba casi incapaz de hablar:

—Jaime... por favor...

Cómo le gustaba que después de tanto tiempo ella siguiera ruborizándose por su cercanía y por sus palabras subidas de tono, hasta podía sentir cómo se le aceleraba el corazón.

—Después de tantos años aún sigues poniéndote de los nervios al sentirme tan cerca. Y no te puedes imaginar cómo me pone eso, y lo que me provoca el sentirte de nuevo temblar entre mis brazos.

—No...no estoy temblando.

Tenía que escapar de sus brazos antes de que fuera demasiado tarde.

—Aún no.

Le dejó caer con esa sonrisa que sabía que la atraía, comprobando con gran placer que seguía atrayéndola, ya que ella era incapaz de ignorarla quedando atrapada en ella. Justo en ese momento ella le vio agachar la cabeza buscando sus labios, acariciando su espalda, y justo en ese momento, él volvió a sonreír victorioso al sentir cómo ella se estremecía. Con una gran fuerza de voluntad y obligándose a salir de esa atracción, le dijo:

—Tu...tu madre está entrando.

Él se apartó inmediatamente de ella y cuando se giró se dio cuenta de que le había engañado.

—¡Joder nena, qué susto!

Cuando se volvió para mirarla ella le dio una bofetada con tanta rabia que le giró la cara del revés. Se dirigió hacia la puerta rápidamente antes de que él

pudiera alcanzarla de nuevo, mientras le gritaba:

—¡No vuelvas a tocarme! ¡Me das asco, te odio! ¡Y no vuelvas a llamarme nena, ayer te lo prohibí y vuelvo a hacerlo hoy!

Cuando abrió la puerta para salir corriendo de allí se dio un susto de muerte. Estaban a punto de entrar Elena, Helen y Carlos. Si hubieran entrado unos minutos antes los hubieran pillado en una postura bastante delicada, y ella se hubiera muerto de vergüenza.

—¿Qué te pasa, estás como sofocada? —le preguntó Carlos.

—No es nada. Es que me he asustado. No esperaba abrir y veros a todos de golpe delante de mis narices.

No sabía qué iba a decir cuando Carlos le preguntara qué hacía con su hermano allí, pero cuando se volvió, él ya no estaba, había salido por el patio. Cosa que le agradeció profundamente.

—Bueno, aquí te traigo el vestido, está impecable. He de decirte que cada dos años lo saco para que se airee y lo llevo a la tintorería. Y qué casualidad, no hace ni un mes que lo llevé. Se ve que sabía que iba a ser utilizado.—  
Sonrió llena de felicidad.

Al ver así a su futura suegra, Nátali se preguntaba si sería capaz de negarle esa ilusión, y la respuesta era obvia: No. Jamás sería capaz de negarle esa ilusión, ni aunque cuando se viera con el vestido puesto le pareciera el vestido más horripilante del mundo. Se casaría con ese vestido y ya no había vuelta atrás. Su cuñada le hizo volver a la realidad al decirle.

—Mi madre es muy plasta con su vestido. Cuando le dije que yo quería uno más moderno casi le da algo. La tuve de morros tres semanas.

—No le hagas caso, es muy exagerada. Es solo que me hubiera gustado que usara mi vestido. Pero en ningún momento la obligué, ni me enfadé.

—¡Ja! Porque no tenías a mano una pistola en ese momento.

Nátali no pudo evitar reírse, le gustaba ver cómo discutían en broma madre e hija, era algo que ella envidiaba, por eso su sonrisa era triste.

—¿Qué te pasa querida? Si no te gusta podemos ir a comprar el que tú quieras, pero no me pongas esa cara de tristeza.

—No, no es eso. Es que en estos momentos me gustaría tener a mi madre a mi lado. No me hagáis caso, soy muy tonta y sensiblera.

Elena se acercó a ella y cogiéndole la cara con las manos le dijo como si le hablara a una hija:

—No eres tonta. Debe de ser muy duro crecer tan sola. Carlos me contó lo de tus padres y tus abuelos y no sabes cómo me dolió por todo lo que tuviste

que pasar con tan solo dieciocho años. Por eso quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que quieras.

—Gracias.

Se dieron un abrazo y un beso.

—Ahora es tu oportunidad de decirle que no te gusta el vestido —bromeó Helen riéndose, haciendoreír a su madre y a Nátali.

Cuando se miró al espejo se quedó atónita. Era el vestido más bonito que había visto jamás, parecía una princesa. La manga era larga y estrecha, y el escote era muy grande, de hombro a hombro, por delante bajaba en forma de pico dejándose ver un poco el canalillo, y por detrás también acababa en pico, pero un poco más acentuado que por delante. El cuerpo estaba todo entallado hasta la cintura con unas diminutas lorzcas de arriba abajo haciendo la misma forma que en el escote, acabando en forma de pico en la cadera. Justo de ahí salía una falda toda pomposa, con una cola larga de dos metros. La tela tenía como un pequeño bordado muy fino y bonito, en blanco roto. Elena le recogió el pelo con una pinza haciéndole un moño y le puso el velo echado hacia atrás.

—Estás preciosa —le dijo Elena—. La única pega es que no vas a poderte ponermucho tacón. Yo era más bajita que tú y llevaba tres palmos de tacón. Jaime siempre ha sido tan alto, que yo siempre he tenido que llevar mucho tacón, para no parecer una enana a su lado.

Nátali la entendía perfectamente, cada vez que quería besar a su hijo Jaime, tenía que ponerse de puntillas. ¡Dios mío! No sabía porqué había pensado en eso.

—No hay ningún problema, casi nunca uso tacón. Así iré más cómoda.

—Yo pensé que las secretarias teníais que ir con traje de chaqueta, y tacón todos los días.

Nátali miró a Elena extrañada.

—¡Secretaria! No te entiendo. ¿Por qué crees que soy secretaria?

—¿No eres secretaria? Carlos nos dijo que lo eras.

Nátali se quedó tan decepcionada que no podía hablar. ¿Por qué Carlos había mentido a su familia? La respuesta era evidente. Se avergonzaba de ella y de su trabajo, y no quería que su familia supiera que era una vulgar camarera, por eso había mentido. No podía casarse con alguien que se avergonzara de ella, no, no podía.

—Nátali, querida, reacciona, te has quedado en blanco.

—Lo siento mucho. Ayúdame a quitarme el vestido. No puedo seguir con

esto, no puedo casarme con tu hijo.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó muy confusa.

—¡Yo no soy secretaria! Y si tu hijo no es capaz de decirle a su familia que soy una simple camarera es que se avergüenza de mí, y no quiero casarme con alguien que se avergüence de mí. No puede ser, pensé que él era distinto, pero he vuelto a equivocarme.

—¿Eres camarera?

—Sí, soy camarera. Y ahora si me disculpáis, tengo que irme.

Intentaba quitarse el vestido, pero no podía. Las lágrimas empezaban a salir de sus ojos sin poder evitarlo, estaba tan decepcionada que le dolía el corazón.

—No puedo creer lo que está pasando.—Helen estaba pasmada—. ¿Este niño es tonto o qué le pasa? ¿Por qué nos dijo que eras secretaria?

—Es evidente, ¿no crees? —Nátali estaba muy triste y no podía dejar de llorar—. Él sabía que... que no os gustaría saber a lo que me dedico y por eso mintió.

—¡No puedes anular la boda!

Volvió a decir Helen preocupada.

—Lo siento. Pero no voy a casarme con alguien que se avergüenza de lo que soy, y a lo que me dedico.

—Por favor, cariño, ¿quieres dejarme sola con Nátali?

Helen se fue, y cuando salió fuera y vio a sus hermanos, su marido, y a su padre que estaban a punto de salir, le gritó a Carlos:

—¡Tú, *atontao*! ¿Por qué nos has mentido sobre el trabajo de Nátali? No sé porqué lo has hecho, pero Nátali no quiere casarse contigo, dice que te avergüenzas de ella y que no hay boda.

—¡Mierda! Tengo que hablar con ella.

Cuando Carlos fue a entrar, Helen se puso delante, advirtiéndole:

—Será mejor que no entres, mamá está hablando con ella, y si entras podrías empeorarlo. Nátali está muy cabreada.

Carlos se quedó petrificado frente a la puerta, sin poder asimilar lo que estaba ocurriendo.

—¿Has dicho que no hay boda? —preguntó Jaime a su hermana— ¿Qué has hecho, chiquitín? —preguntó esta vez a su hermano con una sonrisa en los labios.

—¿Qué es lo que pasa? No entiendo nada —preguntó su padre a la vez muy confuso.

Helen les explicó lo que había pasado haciéndoles un breve resumen.

## CAPÍTULO 7

Elena intentaba tranquilizar a Nátali que estaba echa un mar de lágrimas.

—Querida, quiero que te tranquilices y que me escuches, y no llores por favor. Carlos no se avergüenza de ti, si lo hiciera nunca te habría traído aquí. Es la primera vez que Carlos trae a una chica a casa, nunca ha tenido una novia formal, por eso estamos todos tan contentos. Hasta su padre llegó a pensar que era *gay*.—Nátali sonrió quitándose las lágrimas con las manos al oírla decir eso—. Pero ahora empiezo a entender por qué nunca ha querido traer a nadie aquí, y por qué nos ha mentado respecto a ti. Es mucha casualidad que tú también seas una camarera.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No te enfades con él. Si nos ha mentado no es porque se avergüence de ti, sino por miedo a que nos opusiéramos a la boda. Antes te he dicho que algún día te contaría por qué pienso que todo el mundo debería casarse enamorado, ¿verdad?

—Sí, me pareció muy triste lo que dijiste.

—Bueno, es algo que tengo clavado aquí —se puso la mano en el corazón y su semblante se volvió muy, muy triste—, algo que nunca podré perdonarme mientras viva. Sé que él me ha perdonado, a una madre se le perdona cualquier cosa. Pero yo me siento culpable de que él no haya conseguido ser feliz. Su matrimonio fue un desastre, y desde entonces él no volvió a ser el mismo.—Nátali supo que hablaba de Jaime, pero no entendía por qué ella se sentía culpable de que su matrimonio fuera un fracaso—. Antes de casarse con Silvia, él siempre había sido muy cariñoso, simpático, alegre, y siempre estaba bromeando. Era el alma y la alegría de la casa. El Jaime a quien tú has conocido no se parece en nada a él.

Ella recordaba a ese Jaime que había descrito su madre, alegre y divertido, ese que la enamoró. Y también había notado su cambio, esa seriedad que decía su madre, y esa mala leche que veía constantemente en él. Pero pensaba que era porque ella había vuelto a entrar en su vida, porque estaba enfadado con ella. No porque estuviera así continuamente, así que no pudo evitar preguntarle:

—¿Cuándo cambió?

—Después del viaje de novios vino muy cambiado, se volvió serio, huraño, y frío. Yo pensé que una vez estuviera casado, se le pasaría la tontería que tenía con esa muchacha, pero no fue así.

—¿Esa muchacha? —preguntó confusa.

—Sí. Verás, hace más o menos seis años, vino Silvia una tarde desesperada, llorando como una loca, y diciéndonos que si Jaime no se casaba con ella y la dejaba plantada en el altar sería capaz de cometer una locura. Faltaban dos semanas para que ella y Jaime se casaran y no quería ser el hazmerreír del pueblo. Ya sabes cómo es la gente de pueblo, están esperando una desgracia para tener algo de qué hablar.—Nátali asintió con la cabeza—. Cuando nos dijo que Jaime había roto con ella porque quería a una muchacha que había conocido en el bar de mi sobrino, una de sus camareras, nos llevamos un disgusto de muerte. No podíamos permitir que dejara a Silvia por un capricho pasajero, así que tuvimos esa tarde su padre y yo una pelea horrible con él.—ANátali se le hizo un nudo en la garganta, recordaba esa noche como si fuera ayer, cuando Jaime llegó a su casa hecho polvo y empezaron todos sus problemas—. Su padre le amenazó hasta con desheredarlo si se atrevía a dejar a Silvia plantada en el altar. Era la primera vez que teníamos un problema tan grande con él. He de decirte que a mis tres hijos los quiero por igual, pero entre Jaime y yo, siempre ha habido algo muy especial. De los tres siempre ha sido el más atento, el más responsable, y el que nunca nos ha fallado.

—Y no les falló, ¿verdad? —dijo muy triste al darse cuenta en qué condiciones Jaime aceptó ese matrimonio.

—No, nunca lo ha hecho. Cuando era niño quería ser periodista, siempre quiso ser periodista, pero acabó siendo arquitecto para poder llevar el negocio familiar. Porque sabía que yo no podría vivir sin tenerle cerca, y por eso acabó quedándose en el pueblo haciendo algo que no deseaba para complacerme. No como Carlos. Él nunca quiso vivir aquí, no le importó que yo le rogara, que quisiera que se quedara aquí en casa, y se hizo médico para poder vivir en la ciudad y salir del pueblo. Se pasa meses enteros sin venir a ver a sus padres sabiendo lo mucho que nos duele no poder verlo. Y sé que cuando estoy triste porque hace tiempo que no lo veo y viene a los pocos días, es porque Jaime le llama y le obliga a venir a ver a sus padres.

—¿Jaime?!

—Sí, él siempre lo convence para que pase unos días aquí. Es un buen hijo y de eso me aproveché, ¿sabes? Conozco sus debilidades, y fui yo quien

acabó convenciéndole de que no suspendiera la boda. Le dije que si dejaba a Silvia le iba a arruinar la vida, que sería la burla del pueblo y que sus padres no volverían a mirarnos a la cara. Sus padres y nosotros somos amigos desde la infancia. ¿Te acuerdas de ellos?, te los presenté ayer.

—Sí.

—Mi hijo siente mucho cariño por ellos y por Silvia también, ya que, como aquel que dice, se han criado juntos.

—¿Por eso él acabó casándose con Silvia?, ¿porque la quería?

—No. Él quiere a Silvia y la querrá toda la vida, pero no como un hombre ha de querer a la mujer con la que va a casarse. Ese fue nuestro error, no ver que entre ellos no había amor, sino un cariño fraternal. Bueno, eso no es del todo cierto, porque Silvia sí estaba enamorada de él.

—¡Ya! —exclamó Nátali, sabiendo que cualquier mujer podía estar enamorada de él, sin apenas tener que hacer el más mínimo esfuerzo—. Si no la quería, ¿porqué se casó con ella? Él no debió dejarse convencer, ya era bastante mayorcito.

—Tienes razón. Pero ya te he dicho que conozco muy bien a mi hijo y que por eso conseguí convencerlo, cuando le dije que, si no quería dejar a esa muchacha, que no lo hiciera, pero que se casara.—Nátali la miró muy sorprendida al oírla decir eso—. Sí, sé que eso fue muy cruel por mi parte, pero solo quería que cumpliera con Silvia. Por ella, por sus padres, y por no estar en boca de todo el pueblo. También le dije, que si después de la boda las cosas no salían bien, siempre podía divorciarse y volver con esa chica. Para Silvia no sería lo mismo ser una chica divorciada porque las cosas no salieran bien en su matrimonio, que una chica plantada en el altar. Eso sería muy vergonzoso y humillante para ella después de tantos años de noviazgo. Y para darle el toque de gracia le dije que, si esa chica le quería de verdad y no a su dinero, podría esperarle, y que si no lo hacía era porque no lo quería y solo iba detrás de su fortuna. Él, al final acabó haciendo lo que todos esperábamos, y se sacrificó por no hacernos pasar el bochorno más grande de nuestra vida. Así que acabó casándose con Silvia. Pero, eso sí, me dejó bien claro que no iba a dejar de ver a esa muchacha.

A Nátali se le hizo de nuevo un nudo en la garganta al oír a Elena decir eso, y comprendió por primera vez cómo Jaime debía sentirse al encontrarse en esa situación tan desagradable.

—¡Dios mío! Debió de ser horrible para él pasar por todo eso.

—Sí, por eso nunca podré perdonármelo. Pero si he de serte sincera,

siempre pensé que esa muchacha acabaría siendo un capricho para él, un vago recuerdo, como todas las que han pasado por su vida. Y que cuando se diera cuenta estaría felizmente casado con Silvia, y acabaría dándome las gracias. Pero nunca fue así. Esa muchacha no le esperó. Le dejó. Y él se fue convirtiendo poco a poco en un hombre solitario, apagado, y amargado. Pero lo que más me duele es que acabaron divorciándose igualmente y Silvia rehízo su vida, y es muy feliz con su marido y con sus hijos. Sin embargo, mi hijo nunca va a tener una familia y nunca va a ser feliz.

Al decir eso se le llenaron los ojos de lágrimas y no pudo evitar que algunas se le escapasen. A Nátali también le cayeron unas cuantas lágrimas al pensar en Jaime. Elena le preguntó, sorprendida.

—¿Por qué estás llorando, querida?

Todo lo que le había contado su madre la había puesto muy triste, y no podía dejar de pensar en lo mal que lo había pasado Jaime, y ella también. ¿Por qué la vida había sido tan injusta con ellos?

—Todo lo que me has contado es muy triste. Pero estoy segura de que tu hijo te ha perdonado de verdad y ha olvidado a esa muchacha. Y tú deberías hacer lo mismo.

—Lo sé. Pero es muy difícil hacerlo cuando ves a tu hijo así, tan solo.

—Acabará encontrando a una chica que lo haga feliz. Ya lo verás.

—Lo dudo. Juró no volver a enamorarse y ha blindado su corazón al amor. Ahora solo tiene aventuras pasajeras. Algo que detesto porque eso lo hace cada vez más inaccesible e insensible. Porque para que mi hijo volviera a enamorarse, esa mujer tendría que tener tiempo suficiente para traspasar esa coraza, y él no les concede más de una noche. Eso es lo que le dura cada romance, así que ninguna tiene tiempo para conquistarlo. Y por esa misma razón creo que él no vuelve a repetir, para no crear ninguna clase de lazos con ninguna.—Nátali cada vez estaba más alucinada escuchando a esa mujer decir todas esas cosas sobre Jaime—. Y si te he contado todo esto es para que entiendas por qué Carlos no ha querido decirnos que eras camarera. Él era un crío cuando pasó todo, y recuerdo que me preguntó: «¿Por qué no quieres que mi hermano sea feliz? Él no está enamorado de Silvia, así que no deberían casarse porque no saldrá bien». Me dejó muy impresionada cuando me dijo eso.

—No me extraña.

—Carlos siempre ha adorado a su hermano, cuando era un niño lo imitaba en todo y Jaime siempre fue su protector. Creo que una de las razones por las

que dejó de venir más a menudo fue porque no le gustaba ver a su hermano tan triste. Él sí llegó a echármelo encara, cosa que Jaime nunca hizo.

—¿De verdad? —preguntó Nátali muy asombrada.

—Sí. La primera vez que vino después de divorciarse, Jaimeme miró muy serio y me dijo: «Te lo advertí, te dije que no saldría bien. La culpa es tuya». Después, nunca más volvió a hablar del tema. Por eso creo que no nos dijo lo de tu trabajo. Igual pensaría que no nos ibas a gustar por ser una camarera. Pero no fue por eso por lo que nos opusimos a esa muchacha, tienes que creerme, fue por Silvia. Aunque parece que después de tanto tiempo mi hijo así lo cree, por eso dijo que eras secretaria.

—Eso espero, porque si no, sería muy decepcionante para mí.

—No debes enfadarte, él es así, en vez de hablar y afrontar las cosas hace lo que quiere. Como cuando nos dijo que iba a ser médico. Cuando lo hizo ya estaba inscrito en la universidad, con un apartamento alquilado, y haciendo las maletas para que no pudiéramos hacerle cambiar de opinión, como hicimos con su hermano. Cuando Carlos quiere algo nada le hace cambiar de parecer. Por eso sé que tiene que estar muy enamorado de ti para hacer esto. Y ni yo, ni mi marido volveremos jamás a interceder en la vida de ninguno de nuestros hijos. Si tienen que equivocarse que lo hagan ellos. No queremos volver a sentirnos culpables nunca más de la desdicha que puedan sufrir por una decisión mal tomada, y más si esa decisión es nuestra.

—En eso tienes razón, Carlos es muy reservado. Yo no sabía que fuera de familia adinerada hasta que no entré en esta casa y me di cuenta. ¡Casi lo mato!

—Sí, tampoco le gusta presumir de lo que tiene, nunca ha sido como sus hermanos. Ya me ha contado Helen todo lo que pasó ayer con el vestido. Yo también lo hubiera matado —dijo haciendo reír a Nátali—. Bueno, ahora que sabes todo espero que puedas perdonarle y que no canceles la boda. Eso me haría sentir fatal. Estoy segura de que si quieres a mi hijo no le darás más importancia de la que tiene.

Su madre tenía razón, para ser hermanos eran totalmente distintos. Jaime tenía una presencia que impactaba nada más verlo, y te dabas cuenta enseguida de que era un niño pijo, como le decía ella cuando lo conoció. Sin embargo, Carlos era muy guapo también, tenía muy buena planta, pero podía pasar desapercibido si él quería, y jamás podrías pensar que viniera de una familia adinerada.

Era una buena oportunidad para salir de allí y no tener que volver a ver a

Jaime, no perdonando a su hermano. Pero su madre tenía razón, ella quería mucho a Carlos y no podía dejarle por una tontería como esa.

—Tienes razón, no hay que darle más importancia de la que tiene. Además, este vestido me queda genial, ¿verdad? —Las dos se rieron y Elena le dio un gran abrazo, diciéndole:

—Sé que vas a ser muy feliz con mi hijo, él es un gran hombre.

—Lo sé.

—Bueno, vamos a decirle a mi hija que está todo arreglado, debe de estar desesperada preguntándose qué está pasando. No te muevas.

Cuando salió estaban todos esperando y Carlos se abalanzó sobre la puerta.

—No puedes entrar ahí. Da mala suerte ver a la novia antes de la boda.

—¿Eso quiere decir que la has convencido? ¿Aún quiere casarse conmigo? —Estaba muy nervioso—. Necesito verla, mamá, por favor. Tengo que explicarle porqué lo he hecho y pedirle perdón.

—Te entiendo, pero será luego, cuando hayamos terminado de probarle el vestido. Helen, cariño, ¿puedes traer unos zapatos con poco tacón?

—Sí, mamá.—Volviéndose hacia su hermano le dijo—: Y tú compórtate. Quédate quietecito y no se te ocurra entrar.

Nada más decir eso, subió a buscar los zapatos.

\*\*\*

Cuando Nátali se puso los zapatos, el vestido le quedaba perfecto, pero algo le preocupaba, pues tenía la sensación de que al andar podía pisárselo.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Helen al ver su cara.

—No lo sé, parece como si me lo fuera a pisar, o me lo fueran a pisar los demás, esa es la sensación que tengo.

—Yo te lo veo bien. Pero, no obstante, vamos hacer una prueba. Helen, busca a tu hermano Jaime y dile que venga.

Cuando Nátali escuchó a su madre decir eso, empezó a ponerse muy nerviosa. No quería que Jaime la viera así.

Mientras su madre estaba en el equipo de música poniendo un CD, Nátali le preguntó, nerviosa:

—¿Para qué quieres que venga tu hijo?

—Si ni tú ni tu acompañante pisáis el vestido bailando un vals, entonces estás salvada —le explicó sonriendo.

Nátali se volvió en el mismo instante en que escuchó a Helen entrando por la puerta, diciéndole a Jaime:

—Vamos, no seas pesado, complace a tu madre y pasa a bailar con la novia. Al fin y al cabo, tendréis que bailar, vas a ser el padrino.

Cuando Nátali escuchó que Jaime iba a ser el padrino se le cayó el mundo encima. ¿Por qué él? ¿Por qué justamente él tenía que llevarla al altar? Era como estar viviendo una pesadilla que no sabía si iba a poder soportar.

Cuando Jaime la vio vestida así, se quedó paralizado, no podía dejar de mirarla, estaba tan hermosa que parecía un sueño. En ese mismo instante empezó a sentir un odio terrible hacia su hermano.

¿Por qué? ¿Por qué estaba vestida así para otro hombre? ¿Por qué?, si lo que más deseaba era ser él, el que no pudiera pasar a ver a la novia. Sentía unas ganas locas de llevársela de allí y desaparecer con ella.

Nunca había tenido envidia por su hermano. Ni siquiera cuando consiguió estudiar lo que quiso y poder salir de ese dichoso pueblo, teniéndose que quedar él al frente del negocio familiar. Pero en ese momento sí tenía envidia, mucha envidia, porque su hermano había conseguido lo que él más ansiaba y no pudo conseguir.

¡Dios! ¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué habían vuelto todos esos sentimientos? Si hacía mucho tiempo él los había enterrado en lo más profundo de su alma.

—¡Jaime! —le gritó su hermana de repente. Cuando él apartó la vista de Nátali para mirar a su hermana, esta le dijo—: ¡Vaya!, por fin reaccionas. Parecías una estatua, no te movías, no me escuchabas.—Nada más decir eso miró a Nátali—. Sí que tienes que estar guapa para que mi hermano haya flipado tanto, ya que no es de los que se impresiona por una cara bonita.—Volviendo a mirar a su hermano añadió—: Y juraría que estabas bastante impresionado. ¿No es así, hermanito?

—Déjate de tonterías y terminemos con esto cuanto antes —sus palabras eran frías—. Si hay que bailar que sea rápido, tengo prisa —mientras hablaba se acercaba a ella mirándola muy serio.

La música había empezado y él la cogió suavemente por la cintura con una mano acercándola a él, pero dejándola a una distancia prudencial. Mientras que con la otra mano entrelazaba sus dedos a los de ella, apoyando la mano de ella en su corazón, y así, empezaron a bailar.

Ella podía sentirlo frío y distante, tanto así que su cuerpo empezó a sentir un frío tan intenso que le calaba los huesos. No parecía el mismo hombre que

hacía solo unos minutos en esa misma salita era capaz de hacer que su cuerpo se derritiera, por el fuego que desprendía su mirada y sus palabras tan provocativas. ¡Cómo podía cambiar tanto en tan poco tiempo! Entonces recordó todo lo que su madre le había contado y no pudo evitar mirarlo.

Su madre le acababa de contar que seis años atrás, él intentó dejarlo todo por ella, y si ella lo hubiera sabido entonces nunca se habría marchado. Pero ella siempre creyó que solo había sido un capricho para él, una más, y por eso se fue. Y ahora resultaba que para él todas habían sido una más y seguían siéndolo, excepto ella.

No le gustaba verlo así, su madre tenía razón. Parecía triste y amargado, y no podía soportar que estuviera así por ella. Sentía ganas de acariciarle la cara, de besarle en la mejilla, para poder borrar todos esos años de dolor, de decirle que sentía mucho todo lo que había pasado, y que le hubiera gustado que las cosas hubieran salido de otra manera.

Justo en ese momento, él la miró y volvió a ver en sus ojos la misma mirada que hacía muchos años acabó cautivándolo, esas dos preciosas esmeraldas mirándolo con nostalgia.

Mientras se miraban, ella podía ver cómo a él le cambiaba el semblante frío poco a poco, y ninguno de los dos podía evitar mirarse con intensidad, sin darse cuenta de que los estaban observando su madre y su hermana, como si el mundo hubiera desaparecido y solo estuvieran ellos dos.

Jaime iba acercándola hacia su cuerpo poco a poco, dejándola tan pegada, que ella podía sentir su calor corporal. El frío había desaparecido de golpe, y podía sentir en su mano cómo el corazón de él se iba acelerando.

Tan solo tenía que agachar un poco la cabeza para poder besarla, ya que podía sentir cómo ella estaba a su merced, y deseaba tanto besarla, tanto sentirla de nuevo estremecerse entre sus brazos, como hacía antes cada vez que él la besaba, y que ella no podía controlarse. Con esos recuerdos llenándole la mente, él empezó a bajar la cabeza lentamente, consiguiendo que el corazón de Nátali empezara a galopar como un potro salvaje. Pero en ese mismo instante la música dejó de sonar, y al oír la voz de su hermana, Jaime se vio obligado a reaccionar y apartarse de ella. Nátali estaba confusa y avergonzada, quería morir solo de pensar que su madre o su hermana, se hubieran dado cuenta de algo.

—Creo que ya es suficiente. Hemos podido comprobar que no tienes por qué preocuparte, no te pisas el vestido.—Helen miró a su hermano muy seria diciéndole—:¿No tenías prisa?, pues es mejor que te vayas.

—¿Por qué has parado la música? —protestó su madre—. Estaban bailando tan bien. Hacéis una pareja muy bonita y os compenetráis muy bien. Cuando llegue el baile del padrino y de la novia, vais a quedar fabulosos.

—¿Necesitáis algo más? Tengo que irme.

No dejaba de mirar a Nátali y podía notar su turbación después de ese momento tan intenso que acababan de compartir.

—No, gracias cariño —le dijo su madre dándole un beso—. Ya puedes irte.

Antes de irse volvió a acercarse a Nátali poniéndole la mano en la cintura para decirle al oído:

—No debiste perdonarle. No te cases, nena, por favor.

Ella se quedó sin respiración y tan sorprendida que no fue capaz de reaccionar cuando Helen le preguntó:

—¿Te ayudo a quitarte el vestido? —Sus ojos no podían dejar de mirar a Jaime, de perseguirlo, y solo cuando él salió de la habitación ella volvió en sí al oír a Helen decir muy seria—: Mi hermano siempre ha tenido el poder de encandilar a las mujeres, pero nunca pensé que se atreviera con su futura cuñada. No te preocupes, hablaré con él.

—No es necesario. No tiene mayor importancia, olvidémoslo, por favor.

—Voy a llamar a la tienda para que no nos esperen, y a guardar el vestido —dijo su madre feliz sin darse cuenta de nada.

\*\*\*

Cuando salieron Helen y Nátali del salón, estaban fuera esperando Carlos, su padre, Kiko y Jaime.

—Pensé que os habíais ido ya a comprar el chaqué —le dijo Helen a Carlos.

—No ha querido moverse de aquí hasta ver a Nátali—aclaró su padre.

Carlos se acercó a Nátali y la cogió de las manos.

—Lo siento cariño, perdóname. Te juro que no me avergüenzo de ti, es solo que...

—Está bien, no importa, todo está olvidado.

Él se acercó a ella cogiéndola por la cintura y empezó a besarla tiernamente en los labios.

—¡Lo mejor de una pelea es una buena reconciliación! —exclamó su padre riendo.

—¡Podemos irnos ya, por favor! —gritó Jaime muy serio.

—Tengo que irme. Luego hablamos, ¿vale?

Nátali asintió con la cabeza y Carlos volvió a besarla.

Cuando se fueron, ella se fue con las niñas, quería estar con su hija porque cuando estaba con ella los problemas parecían más pequeños.

## CAPÍTULO 8

Los hombres no habían ido a comer, seguían en el centro comercial que estaba a tres pueblos de distancia. Ellas pasaron una tarde muy agradable hablando de la boda y planeando los últimos detalles. A Nátali le gustaba estar con ellas, eran como la madre y la hermana que siempre le hubiera gustado tener.

Sobre las ocho y media, Nátali estaba jugando con las niñas tiradas en el suelo haciendo un puzle y solo faltaba una pieza para terminarlo.

—¡Ajá! ¡Está aquí, la encontré! —gritó Sara colocándola en su sitio muy orgullosa.

—Eso no vale, la tenía escondida, ha hecho trampa —se quejó Noelia.

—¡Eres una tramposa! —le gritó Nátali—. Vamos a tenerle que dar un escarmiento. ¿Verdad, Noelia? —Cogió a su hija y se la puso encima mientras le gritaba a Noelia—. ¡Guerra de cosquillas! —Las dos empezaron a hacerle cosquillas a Sara y ella gritaba y se reía como una loca—. ¡Ahora te toca a ti! —gritó Nátali.

Dejó a Sara y cogió a Noelia, e igual que a Sara las dos empezaron a hacerle cosquillas. Cuando terminaron, las dos niñas se le echaron encima para hacerle a ella también cosquillas.

Jaime estaba parado en la puerta, apoyado en el marco mirándolas, estaba embobado observando cómo se divertían y jugaban, y al ver a Nátali reír y gritar.

—¡Parad, me rindo, me rindo, ya no más, por favor!

Recordó la primera vez que fue suya y que hicieron el amor. Él no pensó que esa noche iba a pasar nada entre ellos, pero después del ataque de cosquillas, ella le sorprendió y quiso ser suya. Fue la noche más especial y maravillosa que había compartido con una mujer, y desde esa noche dejaron de interesarle las demás mujeres, solo deseaba estar con ella. Y después de haber pasado tantos años odiándola por haberse marchado, por no cumplir su promesa, seguía deseándola como la primera vez que la besó y sintió cómo se estremecía entre sus brazos, con un simple beso. Con ese primer beso de amor que cambió la vida de ambos.

—Tío.—Jaime no contestaba y Noelia volvió a llamarlo—. ¡Tío! ¿Qué

haces ahí?

Jaime miró a Nátali, diciendo:

—Nada, solo estaba recordando una noche muy especial que también empezó con una guerra de cosquillas.

Nátali se levantó, diciéndoles a las niñas:

—Tengo que irme, chicas. ¿Por qué no jugáis con vuestro tío un rato? Parece que le gustan las cosquillas. Aunque no entiendo, porque son muy desagradables.

Cuando pasó por su lado, él la detuvo poniéndole la mano en la cintura, y acercándola a él, le preguntó al oído:

—¿Estoy seguro de que recuerdas esa noche tanto como yo?

—No sé de qué hablas. He olvidado todo lo que pasamos juntos, tengo amnesia selectiva.

—Tío, ven a jugar con nosotras —le pidió Noelia.

—Sí, ven a jugar por fi —insistió Sara.

Cuando vio la cara de su hija sonriéndole, soltó a Nátali y se sentó en el suelo con las niñas.

—¡Está bien! ¿A qué vamos a jugar? —Nátali se volvió para mirarlos y Jaime le dijo—. Vamos nena, ven a jugar.

Cada vez que la llamaba así, su cuerpo reaccionaba sin poder evitarlo y se ponía nerviosa.

—No, tengo que irme.—Mientras se iba, oyó a Jaime gritarle:

—¡Sabes que puedo hacerte recordar cuando yo quiera, ¿verdad?!

—¿Qué tiene que recordar? A mi mami nunca se le olvida nada.—Él le sonrió y le dio un beso en la frente.

—Ya lo sé, princesa. Ahora vamos a jugar, enseguida va a estar la cena.

\*\*\*

Cuando se sentaron a la mesa, Carlos la volvió a acomodar en el mismo sitio que se habían sentado para desayunar. Ella se dio cuenta que cada uno tenía su sitio en la mesa. Jaime padre y Elena presidían la mesa, al lado derecho de su padre se sentaba Jaime, y Carlos, al izquierdo. Kiko estaba al lado de Jaime, y Noelia entre Kiko y Helen, que estaba al lado de su madre. Después, Sara que quería estar al lado de su abuela y Nátali entre su hija y Carlos. La mesa era bastante grande como toda la habitación, las sillas eran clásicas en color cerezo y muy cómodas. Los cubiertos, los servilleteros, y los

candelabros eran de plata. No había vasos, solo copas muy finas y bonitas igual que la vajilla. Parecía un restaurante de lujo, todo estaba colocado a la perfección.

—Señorita, ¿prefiere carne o pescado? —le pregunto María.

Nátali la miró sorprendida.

—Por favor, María, tutéame, no me gusta que me hablen de usted.

—Pero, señorita...

—¡Ah, no! A los demás no les hablas de usted y yo no soy nadie importante para que lo hagas, por favor.

—A los demás me los he criado desde que nacieron, pero está bien, si es lo que quieres.

—Gracias, prefiero pescado.

—¿Te das cuenta tata de por qué adoro a esta chica?—dijo Carlos dándole un beso.

—Bueno. ¿Porque no nos contáis cómo os conocisteis? —preguntó Helen—. Seguro que fue muy romántico.

—Más bien fue dramático —bromeó Nátali mirando a Carlos, y los dos se rieron.

—Al principio fue dramático, pero luego no puedes negar que tuvo su lado romántico. He de confesaros que antes de conocer a Nátali no creía en los flechazos. Pero cuando me miró con esos ojos tan hermosos supe que ya no podría vivir sin tenerla cerca.

Ella le sonrió y le cogió de la mano, él volvió a besarla.

Cuando Carlos contó toda la historia y llegó a la parte de la camiseta, Jaime sabía de qué camiseta estaba hablando, y miró a Nátali, que esquivó su mirada rápidamente avergonzada, poniendo a Jaime como una moto. Esa camiseta le traía recuerdos muy buenos, y todos eran provocativos y eróticos, pues esa camiseta siempre estuvo entre los dos cada vez que hacían el amor. Antes, después, y a veces, durante.

—Pues sí que fue romántico, nadie se desvive así por alguien que acaba de conocer —dijo Helen después de escuchar la historia—. Quitando el susto que te diste con la niña, lo demás fue muy romántico. ¡Eh, chiquitín!, tú si sabes conquistar a una mujer.

—No te creas, lo mío me costó. Muchas veces pensé que no lo conseguiría.

—En una cosa tienes razón —dijo Jaime—, con unos ojos como esos, cualquiera quedaría cautivado.—Nátali lo miró sorprendida, pues era la

primera vez que le decía algo agradable desde que se habían vuelto a encontrar. Él le sonrió, y después preguntó muy serio a su hermano—: ¿Es muy grave la alergia?

Nátali se sorprendió aún más, ya que parecía preocuparle.

—Sí, podría morir. Dependiendo de la dosis de ibuprofeno que tomara y del tiempo que estuviera sin asistencia.

—Tata, quiero que avises a las muchachas. Nadie debe darle nada a la niña sin que su madre lo sepa. ¿Está claro? —ordenó Jaime muy serio.

—Sí, no te preocupes.

—No hay que exagerar tanto —dijo Nátali—. Además, siempre soy yo quien le da los medicamentos...

—Corrígeme, chiquitín. ¿Pero el ibuprofeno no sirve para la fiebre y el dolor?

—Sí —contestó ella molesta—. Pero, aun así, soy yo siempre quien le da los medicamentos.

—¿Sí? Y si tú no estuvieras y a la niña le subiera la fiebre de golpe, o le doliera algo. ¿Qué crees que le daría cualquier persona que esté con ella en ese momento? Ahora ya no estáis solas y podría pasar.

—Pareces su padre, chico, relájate, que ellos ya sabrán lo que tienen que hacer —le sugirió Helen.

Los dos se miraron y Nátali se quedó sin respiración, pues parecía que él iba a decir la verdad en cualquier momento. Entonces, añadió para calmarlo:

—Déjalo, tiene razón. Tenía que haberlo dicho. Nunca se sabe lo que puede pasar.

—Bueno, ahora ya sabemos todos que a la niña no hay que darle ibuprofeno. Lo bueno de tener al médico en casa es que él estará preparado por si vuelve a pasar. ¿Verdad, cariño? —le preguntó Elena a su hijo muy orgullosa.

—Sí, siempre llevo en el maletín una inyección por si volviera a ocurrir, y el maletín siempre va conmigo. Pero Jaime tiene razón. Las alergias son muy peligrosas y toda la gente que rodee a Sara debería de estar informado.

—Mami, ¿voy a morirme? —preguntó Sara asustada.

—No, mi amor. Yo, jamás permitiría eso.

Nátali abrazó a su hija y se le llenaron los ojos de lágrimas, recordando el miedo que pasó aquella noche tan espantosa cuando casi la perdió por culpa de ese brote de alergia.

A Jaime se le hizo un nudo en la garganta al verlas, y un deseo muy fuerte

de abrazar a su hija y consolarla lo envolvió. Tuvo que respirar hondo y controlarse para no levantarse de la silla.

—Pero Carlos ha dicho...

Carlos cogió a la niña de los brazos de Nátali y la sentó en su regazo.

—Vamos, preciosa. ¿De verdad crees que yo dejaría que te pasara algo? Soy tu médico y dentro de dos días seré tu papá, y siempre voy a estar ahí para cuidarte y salvarte de cualquier peligro.

Cuando Jaime le oyó decir eso, una pena muy grande lo embargó por dentro. Sabía que Sara no podría tener mejor padre que su hermano, pero era su hija y no soportaba la idea de que otro hombre, aunque fuera su hermano representara ese papel, y quería gritarles a todos en esa mesa:

«¡Yo soy su padre y no voy a dejar que nadie me quite ese privilegio! ¡Ni siquiera tu hermanito!»

—Te quiero.

—Yo también te quiero, preciosa.

Nátali no dejaba de mirar a Jaime que parecía una bomba de relojería a punto de estallar, tenía los puños y la mandíbula apretados, y cuando la miró a ella su mirada era puro hielo. Ella le suplicaba con la mirada para calmarlo. Cualquiera que en ese momento estuviera mirándolos se hubiera dado cuenta enseguida de la guerra interna que libraban los dos, pero gracias a dios todos estaban pendientes de la niña y el único que los observaba era Kiko, que inmediatamente y para tranquilizar el ambiente dijo:

—¡Bueno, bueno!, ¿y porqué no dejamos el melodrama y cambiamos de tema?, estáis asustando a la niña.

—Sí, tienes razón, hijo. Cambiemos de tema porque al final vais a hacerme llorar.

Sara se sentó al lado de su abuela de nuevo y dándole un beso, le dijo:

—No puedes llorar, yaya, porque si no te pondrás muy fea. Eso siempre me dice mi mami cuando lloro.

Todos se echaron a reír por la gracia de la niña y la tensión se evaporó.

—Bueno y lo más importante, ¿cuándo vais a darme un nieto? —les preguntó su padre—. Porque, ¿no serás como mi hija que dice que no quiere tener más hijos?—Mirando a Kiko añadió—: Aunque no te ofendas, Kiko, a mí me interesa un nieto, pero por parte de uno de mis hijos varones, para así no perder el apellido y seguir con la tradición. Porque has de saber que si tienes un hijo varón tendrá que llamarse Jaime —volvió a decirle a Nátali—, así que espero que te guste el nombre. Ya que con Jaime —dijo poniendo la

mano en el antebrazo de su hijo— he perdido las esperanzas de tener un heredero que perpetúe mi nombre y mi apellido, como todos mis antepasados. No quiere volver a casarse, o sea que tú eres mi única esperanza de tener un nieto varón.

Jaime apartó el brazo molesto, y Nátali le sonrió al decir:

—No. Yo por lo menos quiero tener dos más, siempre he querido tener familia numerosa. No quiero que mi hija esté sola como yo, y creo que Jaime es un nombre muy bonito. El único problema va a ser cuando estén todos juntos, menudo jaleo con tantos Jaime. Imagínate cuando llamen por teléfono y pregunten: ¿está Jaime? María se va a cansar de decir siempre la misma frase: ¿padre, hijo, o nieto?

Todos se rieron, menos Jaime, que no había vuelto a abrir la boca, estaba muy serio y no levantaba la vista del plato.

—Querida, entrando en esta familia tu hija nunca podrá estar sola.

—Tienes razón, cariño, pero no le des ideas, quiero un nieto y ha de ser varón.

Todos volvieron a reírse menos Jaime que se levantó de golpe diciendo:

—Tengo que irme.

No soportaba la sola idea de pensar en Nátali dándole hijos a su hermano, y tenía que salir de allí antes de seguir escuchando tantas tonterías.

—Pero si no has terminado de cenar cariño, ¿dónde vas? —le preguntó su madre.

—Tengo una cita, y se me ha quitado el apetito.

Al decir eso, miró a Nátali y se fue con una sonrisa sarcástica en los labios. Su hermana salió detrás de él.

—Un momento. ¿Qué te pasa? Estás muy raro. Algo te pasa con Nátali y quiero que me digas qué es.

—No sé de qué hablas.

—Yo creo que sí. Mira no sé qué ha pasado esta mañana, solo sé que si no hubiera parado la música hubieras besado a Nátali, y menos mal que mamá no se ha dado cuenta porque si no, estarías en un buen lío. Todos sabemos que nunca te ha importado si una chica tenía novio o estaba casada, aunque pensé que eso había cambiado después de casarte. ¡Pero, por dios, Jaime! Nátali va a casarse con tu hermano, ¿te has vuelto loco?

—¡Cállate! No tienes ni idea, y no sabes lo que dices.

—¡Sí sé muy bien de lo que hablo! He visto cómo la miras.

—Déjame en paz, tengo que irme, necesito aire. No me esperéis. Volveré

justo para la boda y ser el padrino perfecto que todo el mundo espera, aunque eso sea lo más doloroso que tenga que hacer en mi vida. Pero no te preocupes hermanita, una vez más tendré que portarme bien, y hacer lo que es mejor para todos menos para mí.

Su voz sonaba tan triste que su hermana se quedó hecha polvo viéndole marchar dando un portazo después de soltar esas palabras tan dolorosas para él.

No entendía qué pasaba, ni porqué había dicho todo eso, pero iba a averiguarlo. Cuando volvió a la mesa todos estaban hablando y riéndose, y ella miró a Nátali. No sabía qué podía pasar entre su hermano y esa mujer, pero que había algo, estaba segura.

—¿Has averiguado qué le pasa a tu hermano? ¿Por qué se ha ido así? Este muchacho cada vez está más raro —le preguntó su madre.

—No, no sé qué le pasa, pero ha dicho que no va a volver hasta la boda.

Cuando dijo eso, miró a Nátali, pero ella no podía devolverle la mirada. Se sentía fatal por Jaime, pero no podía hacer nada.

—Tendré que hablar con él. Sé que algo le preocupa y con el jaleo de la boda no le he prestado mucha atención.

—Cariño, ya no es un niño, no puedes estar tan pendiente de él.

—Siempre voy a preocuparme de lo que les pase a mis hijos, y siempre van a ser mis niños, aunque sean unos abuelos.

\*\*\*

Cuando terminaron de cenar fueron al salón a tomar el café. Nátali no podía dejar de pensar en lo que había dicho Helen. Jaime se había ido y no iba a volver hasta el momento de la boda. Ella sabía porqué, no quería verla, y casi era mejor así. Era mejor no verlo, ya que le dolía demasiado.

—Nátali, ¿puedes decirnos en qué estás pensando? —le preguntó Helen.

—Lo siento, pero estoy cansada y quiero irme a dormir. Sara, cariño, da las buenas noches a todos y vámonos a dormir.

Cuando dieron las buenas noches, Carlos las acompañó hasta la habitación, diciéndole a la niña:

—Sara, preciosa, ¿puedes ponerte el pijama mientras hablo con tu madre?

—Queréis daros besos, ¿verdad? Está bien, me pondré el pijama sola. Buenas noches.

Sara le dio un beso a Carlos y les dejó solos. Carlos cogió a Nátali por la

cintura para decirle:

—Dentro de dos noches por fin vas a ser mía, no sabes las ganas que tengo de hacerte el amor.—Empezó a besarla con mucha pasión y Nátali se apartó de él—. ¿Qué te pasa? Desde que hemos llegado a esta casa casi no te has acercado a mí, y cuando intento acercarme yo, parece que huyes de mí.

—Lo siento, tienes razón, pero estoy muy nerviosa con todo este jaleo de la boda.

—Lo sé, mi familia es muy estresante. No llevamos aquí ni dos días y parece que estemos una semana.

Nátali se rio.

—No digas eso, son maravillosos.

—Eso está mejor, echaba de menos tu sonrisa.—Le acarició la cara y volvió a besarla—. No me gusta verte triste y desde que hemos llegado pareces más triste que nunca. ¿No estarás mal, verdad? Puedo hacerte un chequeo. Ayer te desmayaste...

—Tranquilo, estoy bien.

—Si es por lo que ha pasado esta mañana, te juro por dios que no me avergüenzo de ti...

Ella le puso los dedos en los labios para hacerle callar y le dio un beso muy tierno en los labios, diciéndole:

—Eso está olvidado. Cuando nos casemos y volvamos a casa todo volverá a ser como antes, ya lo verás.

Se besaron con mucha pasión y Carlos volvió con sus padres.

Cuando Nátali se metió en la cama, abrazó fuerte a su hija e intentó dormirse. Pero era imposible, las palabras de Jaime le venían a la mente una y otra vez. “No te cases nena, por favor, no te cases nena, por favor”. ¡Basta!, se gritó a sí misma. No podía seguir pensando en él, en dos días sería la mujer de su hermano y todo pasaría. Después de eso, Jaime no volvería a acercarse a ella, de eso sí estaba segura.

Y por lo que había dicho su hermana, él no iba a volver hasta el día de la boda, o sea, que podía estar tranquila hasta ese momento. Sabía que el día de la boda iba a ser muy difícil para los dos, sobre todo, siendo él el que tenía que llevarla al altar; solo esperaba que no cometiera ninguna tontería, porque conociéndole como le conocía, estaba aterrada. Jaime era demasiado temperamental y podía explotar en cualquier momento.

## CAPÍTULO 9

—Kiko mi vida. Sé que te prometí cuando empezamos a salir que jamás te preguntaría cosas de mi hermano, y nunca he roto esa promesa hasta ahora. Pero esta vez es distinto, necesito que me cuentes algo que estoy segura tú tienes que saber.—Los dos estaban en la cama abrazados.

Kiko estaba callado, sabía por qué su mujer le decía eso, ella era muy observadora, y seguro que había intuido algo.

—¿Qué ocurre?

—¿Qué le pasa a mi hermano con Nátali?

—No me preguntes, por favor, cariño. Sabes que no puedo hablar de las cosas de tu hermano contigo. Se lo prometí, no me hagas romper mi promesa.

—Mira, nunca he visto a mi hermano tan triste como esta noche, y después de lo que me ha dicho y lo que ha pasado esta mañana con Nátali, sé que algo tiene que estar pasándole. Sí hubieras visto cómo la miraba, si hasta ha estado a punto de besarla delante de mi madre y de mí. No sé qué pensar, es como si se hubiera vuelto loco. Tengo la sensación de que le gusta y eso es algo incomprensible. Acaba de conocerla, y además se va a casar con Carlos. Por favor, dime qué está pasando, lo único que se me ocurre es que ya se conocían.—Cuando vio la cara que puso su marido al decir eso se dio cuenta de todo—. ¿Es eso verdad, se conocen? ¡Mierda! Han tenido un romance. No puedo creerlo. Pero eso tiene que saberlo Carlos. No puede casarse con ella sin saber que ha sido una más de todas esas mujeres que han pasado por la cama de Jaime. Y ya sabes lo que pienso de todas esas, que son unas golfas. Y cuando Carlos se entere va a pensar lo mismo que yo, que es una golfa. ¿Cómo crees que se va a sentir cuando sepa que su mujer ha sido amante de su hermano? No lo va a poder soportar, hay que decírselo ¡ya!

—Es mejor que te mantengas al margen.

—¿Cómo puedes pedirme eso?

—¿De verdad crees que si Natalia fuera una de esas golfas como tú dices, Jaime no se lo habría contado ya a tu hermano?

—¿Y quién es? ¿Por qué no me lo explicas? Para que pueda entender cómo es que vosotros no habéis dicho nada, porque estáis aguantando toda esta farsa.

Kiko no tuvo más remedio que contarle toda la historia, y ella quedó alucinada.

—¿Estás bien?

—¿Cómo voy a estar bien? Me estás diciendo que Nátali es la misma mujer que hace seis años casi consigue que mi hermano dejara a Silvia plantada en el altar.

—Sí, es ella.

—Es increíble que después de tantos años mi hermano vuelva a sentir algo por esa mujer.

—No. Según él la odia por haberse ido y romper su promesa.

—Pues se engaña a sí mismo, no es odio lo que yo he visto esta mañana mientras bailaban. Ni la tristeza que había en sus palabras al decirme que vendría para llevarla al altar.—Helen se quedó callada unos minutos y de repente le dijo—: ¡Oh, dios mío! ¡Dime por favor que Sara no es mi sobrina de verdad!—Al ver que su marido no contestaba, gritó—: ¡Joder! Ahora entiendo por qué está mi hermano tan hecho polvo. Pensar que no pudo tener hijos con Silvia y que la única hija que tiene vaya a convertirse en su sobrina, tiene que ser horrible para él. Tengo miedo, Kiko. Mi hermano tiene que estar hecho polvo, ¿y si le pasa algo?

Kiko abrazó con fuerza a su mujer y la besó diciéndole con ternura:

—Tranquila, no va a pasarle nada. Le he llamado y está en el bar con tu primo emborrachándose. Josemi cuidará de él, no te preocupes. Y si no quieres meterte en problemas es mejor que ignores todo.

—¿Cómo puedes decirme eso? Son mis hermanos, y esa mujer va a conseguir que los dos acaben matándose.

—Sí, son tus hermanos, ¿y por cuál de los dos vas a decidirte? Y por favor no seas injusta con Natalia, tu hermano ya le destrozó la vida hace seis años.

—¿Porqué dices eso?

—Te das cuenta de lo difícil que ha tenido que ser para ella, criar sola a una niña, cuando ella aún era una cría. Solo tenía dieciocho años cuando conoció a tu hermano, y nunca había estado con un hombre. No tenía familia, no tenía a nadie. Se enamoró de tu hermano y después de dejarla embarazada se casó con otra. ¿Cómo crees que tuvo que sentirse?

—¿Jaime sabía que estaba embarazada y aun así se casó con Silvia?

—No, tu hermano se enteró ayer cuando volvieron a encontrarse. Si tu hermano hubiera sabido que Natalia estaba embarazada no se habría casado con Silvia. Y estoy seguro de que ahora mismo Natalia lo tiene que estar

pasando fatal. Ayer de madrugada intentó irse.

—¿De verdad?

—Sí, pero tu hermano Jaime no la dejó. Por eso te digo que es mejor que te mantengas al margen.

—Tienes razón, es mejor que no me meta. Pobrecita, no tenía ni idea. Sabía que no tenía familia, pero no me imaginé que la perdiera tan joven. Aún recuerdo cuando Noelia era bebé. Yo tenía mucho apoyo, estabas tú y mis padres y, aun así, para mí era estresante y agotador. No creo que yo hubiera podido salir adelante sola con un bebé siendo tan joven.

—Por eso te lo he contado, para que no la juzgues mal. Cuando ocurrió todo yo no era demasiado responsable. Ya sabes, era una cabra loca, como tu hermano. Y no le di importancia a todo ese asunto. Total, ¿qué me importaba a mí lo que le pasara a esa chica? Me dolió más por tu hermano, por verlo tan hecho polvo. Pero ahora que soy padre, solo puedo pensar en una cosa: Que si el día de mañana un capullo le hiciera algo así a mi hija, querría matarlo.

—Y yo también. ¿Sabes qué?

—¿Qué?

—Que soy muy afortunada de que estés conmigo. ¿Porqué no dejamos los problemas para mañana y nos divertimos un poco tú y yo?

—Sabes que no me puedo resistir a tus insinuaciones, y que me encanta divertirme contigo.

Apagaron la luz y dejaron todos los problemas a un lado; al fin y al cabo, ninguno de los dos podía solucionarlos.

## CAPÍTULO 10

Mientras, en el bar de Josemi, Jaime no dejaba de llenarse la copa de whisky.

—Jaime, tío, ¿vas a decirme qué te pasa o tengo que adivinarlo? Estoy seguro de que tiene que ver con Natalia, pero me gustaría que me lo contaras antes de que estés tan borracho que no puedas hablar.

—¿Por qué crees que todo lo que me pasa tiene que ver con esa mujer?

Nada más decir eso cogió otro vaso de whisky y se lo bebió de un trago.

—Porque siempre que vienes triste, cabreado, y me pides una botella con ganas de emborracharte, tus problemas tienen un nombre: ¡Natalia!

—Vaya, si al final vas a ser adivino —dijo con sarcasmo—. Pues sí, tienes razón, he tenido que irme de mi propia casa y no voy a volver hasta que esos dos estén fuera. Y espero que no se queden mucho tiempo después de la boda.

—No puedes hacer eso, no puedes faltar a la boda, eres el padrino.

—Creo que tú harás mejor de padrino que yo, yo podría... ¡explotar!

—Pensé que ya tenías superado lo de Natalia.

—Yo también. Pero ayer por la noche tuvimos una pelea, esta mañana tuvimos otra, y cada vez que peleamos intento seducirla. Después se ha probado ese maldito vestido de novia y mi madre y mi hermana se han empeñado en que teníamos que ensayar un vals para probar no sé qué. Ya sabes lo complicadas que son las mujeres. Y no sé qué me pasa, pero cuando la tengo tan cerca de mí es como si el tiempo no hubiera pasado. Verla con ese vestido ha sido un duro golpe. ¡Dios! Estaba tan hermosa. Cuando la he mirado y he visto sus ojos, esos ojos tan verdes, tan brillantes, y tan bonitos, mirándome como lo hacían antes... No sé qué me ha pasado, pero necesitaba besarla.

—¿No me digas que la has besado delante de tu madre y de tu hermana?

—No. Pero no porque haya podido controlarme. Si mi hermana no hubiera parado la música, mi madre me habría desheredado. Porque te juro que no me hubiera conformado con un simple beso.

—Tienes razón, va a ser mejor que no vuelvas a casa. Pero eso sí, no sé cómo te lo vas a montar, pero tienes que hacer de tripas corazón y comportarte como un auténtico padrino, y lo harás por tu hermano.

—Lo sé, y eso es lo que me está matando.

—¿Sigues enamorado de Natalia?

—No lo sé. No sé si es eso, o es por lo que me contó mi hermano.

—Siempre estás con el mismo cuento, pero nunca me dices qué es. Eres un capullo.

—Está bien te lo voy a contar, pero no se te ocurra abrir la boca.

—Me ofenden esas palabras.—Fingió estar enfadado, consiguiendo que Jaime sonriera.

—Mi hermano me contó que él no se había acostado con su prometida. Al principio me reí de él y le dije que era un ingenuo. Después me dijo que ella había tenido un desengaño muy grande, pues un hijo de puta la dejó embarazada y la abandonó. Bueno, ya conoces la historia, ¿no? Ese hijo de puta soy yo.—Josemi asintió con la cabeza—. Así que ella le dijo que se había jurado así misma que no volvería a confiar en otro hombre, y que no volvería a acostarse con otro hombre sin estar casada. Los dos sabemos cómo es mi hermano, y si se enamoró de ella y le prometió que esperaría, aún sigue esperando. Y si no fuera porque conozco muy bien a Natalia te diría que todo es una farsa. Pero no, estoy completamente seguro de que Natalia no ha vuelto a estar con otro hombre después de mí, y eso precisamente es una de las cosas que me tiene loco. Porque si hubo algo hace seis años que hizo que me enamorara de ella fue precisamente eso, que fui el primero, que nunca nadie la había tocado, ni siquiera la habían besado, fue su pureza y su inocencia lo que me hizo perder la cabeza y acabar enamorándome de ella. Yo nunca había estado con alguien como ella, y estaba harto de mujeres facilonas. Ya que ni siquiera con Silvia fui el primero, por eso fue tan importante para mí que ella fuera virgen.

—No te creo. Silvia fue tu novia desde parvulitos, y tan pronto no se tienen relaciones.

Los dos se echaron a reír, pero la risa de Jaime era apagada.

—No quiero hablar de ese tema. Pero entiendes lo que me pasa. Prometió esperarme y no lo hizo. Eso siempre me ha dolido mucho, pero ya no me importa. Lo único que me importa es que en todos estos años no ha roto su juramento. Juró que nunca se entregaría a nadie, que yo sería el único, y que jamás podría amar a nadie como me amaba a mí. Por eso sé que nunca ha vuelto a enamorarse y que no está enamorada de mi hermano.

—¿Por qué estás tan seguro? ¿Crees que aún está enamorada de ti?

—Porque una vez me dijo que nunca podría entregarse a nadie sin estar

enamorada, y te puedo asegurar que cuando está enamorada es toda pasión y no puede reprimirse. Por eso sé que no está enamorada de mi hermano, porque si en seis meses no ha conseguido llevársela a la cama, es precisamente por eso, porque no lo ama. Cuando estábamos juntos solo tenía que tocarla y se deshacía en mis brazos. Incluso en el cumpleaños de mi madre, cuando bailábamos y le acaricié la espalda sentí cómo se estremecía. Sé que soy un egoísta, un machista, un posesivo, pero después de todo sigo sintiendo que Natalia me pertenece, que sigue siendo solo mía, y me desespera pensar que dentro de dos días se convertirá en la mujer de mi hermano, y que será suya en todos los sentidos. Eso me está volviendo loco.

—No creo que todo eso te importara si ya no siguieras enamorado de ella. Si no siguieras enamorado de ella te importaría bien poco quién la besa, o la toca. En todos estos años no te he visto mostrar interés en ninguna chica, algún rollo fugaz para desahogarte, eso es lo que has hecho todo este tiempo, y también hacerte creer a ti mismo que la odiabas para no pensar en ella. Puede que tus sentimientos estuvieran dormidos y volver a verla ha hecho que se despierten.

—Así no me ayudas nada. Se supone que debes intentar que entre en razón y que no vuelva a pensar en ella.

—Solo quiero que estés seguro de lo que sientes por ella, y si aún sigues amándola averigua si ella sigue sintiendo lo mismo por ti. Si tú aún no la has olvidado puede que a ella le pase lo mismo. Vuestro amor fue muy intenso y te puedo asegurar que por mucho que tú llegaras a quererla, ella te quiso mucho más a ti. Si es así, habla con tu hermano, lucha por ella, y no vuelvas a perderla, porque jamás te lo perdonarías. Y si la otra vez fue tan duro, imagínate esta, cuando tengas que verla con tu hermano todos los días. ¿Crees que podrás soportarlo? No quiero volver a verte otra vez hecho una mierda, como cuando ella se fue.

—Eres un capullo, pero te quiero, primito. Ahora no quiero seguir pensando en eso porque si no me va a estallar la cabeza. Solo quiero emborracharme hasta perder el sentido, porque será la única manera de poder dormir esta noche.

Los dos volvieron a llenarse el vaso de whisky y brindaron una y otra vez hasta emborracharse.

# CAPÍTULO 11

Cuando Nátali se despertó al día siguiente, Helen y su madre ya tenían el día programado. Pruebas de peluquería, maquillaje, depilación, manicura, y lo más importante, comprar los zapatos de novia. Así que se pasaron el día fuera de casa. Comieron en el centro comercial y lo pasaron de maravilla las cinco juntas. Ya en la peluquería se habían encontrado con Silvia y su madre, y se habían apuntado a acompañarlas. A Nátali no le hacía mucha gracia ir con Silvia, pero al cabo del día, se dio cuenta de que era muy simpática, le caía muy bien.

Cuando volvieron a casa eran las nueve de la noche, estaba agotada y cargada de paquetes. Nada más entrar vio a Jaime bajando las escaleras. Llevaba unos vaqueros y una camisa un poco ceñida que marcaba sus brazos y sus hombros musculosos. El pelo engominado de punta y la perilla recién recortada. Se podía apreciar que él también había ido a la peluquería para estar perfecto para el gran día. Y lo había conseguido porque estaba guapísimo, aunque en él era algo natural, siempre estaba guapo. Empezó a ponerse nerviosa, pues no quería hablar con él e intentó ignorarlo, pero Elena le preguntó a su hijo:

—Jaime, cariño, ¿puedes ayudar a Nátali con las bolsas? Tengo que hablar con María.

—No es necesario, puedo yo sola.—Nátali no quería tener ningún contacto con él.

—Vamos, querida, hay que aprovechar tanto músculo. Deja que te ayude. Las mías ponedlas en mi habitación y las de tu hermana también, ya las repartiremos luego.

Mientras subían las escaleras iban muy callados. Cuando llegaron a la habitación de su madre dejaron muchos de los paquetes que llevaba él y unos cuantos que llevaba ella. Solo quedaban tres bolsas que eran de ella. Cuando cerraron la puerta, él tenía una de las bolsas en la mano.

—Gracias por todo. ¿Puedes darme la bolsa? Ya puedo yo sola.

—¿Por qué has comprado tan poco? Mi madre y mi hermana se han pasado como siempre. Pero tú no llevas casi nada.

—No necesitaba nada más.

—Vamos, nena, seguro que pagaba mi madre. ¿Por qué no te has aprovechado?

Ella le miró muy seria y bastante enfadada.

—Puedo pagarme yo misma las cosas que necesito, nunca me interesó tu dinero y tampoco me interesa el de tu familia.

Le arrancó la bolsa de las manos y se fue a su habitación muy cabreada.

Cuando estaba a punto de entrar, él la detuvo, poniendo su mano encima de la de ella evitando que abriera la puerta.

—Lo siento, discúlpame, pero estoy nervioso. Tenemos que hablar.

Estaba pegado a su espalda y sus labios acariciaban la punta de su oreja, poniéndola más nerviosa de lo que ya estaba. Cuando de pronto sintió su otra mano acariciando su cintura suavemente apretándola junto a él, todo su cuerpo se estremeció.

—No...no quiero hablar contigo.

—¡Dios, nena! No sabes cómo me pone sentirte temblar entre mis brazos —le susurró en el oído con una voz muy sensual.

—Déjame entrar, por favor.

Le temblaba la voz al sentirlo tan cerca, su aliento en su oreja, y su cuerpo pegado al suyo, y se odiaba por ser tan débil.

—Sí, será mejor que hablemos dentro.

Jaime abrió la puerta para meterla dentro, pero Nátali con un gran esfuerzo se dio la vuelta y lo empujó. Sabía que estar a solas con él en una habitación podría ser muy peligroso, y más después de esas palabras que acababa de susurrarle al oído.

—No vas a entrar en mi habitación y no entiendo qué haces aquí. Se suponía que no ibas a volver hasta mañana, o al menos, eso dijo tu hermana.

—Te he dicho que necesito hablar contigo a solas...

—Hola, cariño, ¿qué hacéis? —les preguntó Carlos detrás de ellos obligándolos a separarse de golpe.

—Nada. Estaba ayudándole a subir las bolsas —contestó Jaime muy serio y tajante alejándose de ella, molesto por la interrupción.

—Pensé que me iba sin poder darte un beso. Habéis tardado mucho, seguro que mi madre y mi hermana han vaciado las tiendas.

—¿Dónde vas? —le preguntó Nátali.

—Estos, que se han empeñado en hacerme una despedida de soltero. Y para colmo de males tengo que dormir en casa de mi primo. Ya sabes, no puedo ver a la novia hasta mañana. Pero quería verte antes de irme para darte

un beso. Te estaré esperando en el altar, no me falles, ¿vale?

—Puedes estar tranquilo, no lo haré. Te lo prometo.

Mientras decía eso, miraba a Jaime que volvía a observarla con ojos de hielo.

—Tenemos prisa, hay que irse.—Jaime cogió a su hermano por el cuello y se lo llevó a rastras.

—¡Espera! Deja que me despida de mi prometida, quiero darle un beso.

—Ya tendrás tiempo de eso.—Los dos se marcharon, mirándola.

Uno muy serio como si quisiera matarla, y el otro con una sonrisa en los labios mandándole un beso por el aire y gritándole:

—¡Estoy deseando que llegue mañana para no tener que separarme más de ti, ni una sola noche! ¡Te quiero!

Nátali le sonrió, pero su sonrisa desapareció cuando miró a Jaime y este le devolvió la mirada muy serio, al decir:

—Tú y yo tenemos que hablar.

Mientras se alejaban ella podía oírles hablar.

—¿Qué tienes que hablar con ella?

—Soy su padrino, necesito saber algunas cosas. Bueno, prepárate chiquitín, esta noche va a ser muy larga y movidita.

## CAPÍTULO 12

Cuando Nátali se acostó estaba muerta de cansancio y antes de meterse en la cama se tomó una pastilla para relajarse y poder dormir. Sabía que no podría pasar una noche más en vela y necesitaba descansar, y dejar de pensar en Jaime. Ya que, por la mañana, además de los nervios de la boda, tendría que soportar que él la obligara a escucharle, porque le había dicho que tenían que hablar y conociéndole tan bien como le conocía sabía que, aunque ella no quisiera hablar, él hablaría con ella.

Eran casi las cinco de la mañana. Nátali estaba profundamente dormida, pues la pastilla le había hecho efecto. Estaba tan relajada y tan a gusto que creía estar soñando que Jaime le hablaba al oído con su voz suave y melosa.

—Nena, despierta. Nena, por favor, quiero hablar contigo.

Había encendido la lámpara de la mesita y se había quedado un rato observándolas a ella y a la niña. Después se había arrodillado en el suelo al lado de Nátali y le acarició la mejilla, quitándole los rizos que le caían en la cara, volviendo a insistir para que se despertara susurrándole al oído, pues no quería despertar a la niña

—Nena, despierta, por favor.—Estaba tan pegado a ella que no pudo evitar besarla, le dio un beso en los labios, suave y corto, apoyando la cabeza en la almohada y su frente en la de ella, para volver a llamarla—. Nena, ¿qué te pasa? Despierta.

Nátali empezó a ronronear como un gatito y él volvió a besarla, así que ella inconscientemente le devolvió el beso, con ese simple beso, él perdió el control y volvió a besarla una y otra vez. Sus besos eran tiernos, cálidos, y ella creía estar soñando.

Otras veces había soñado con él, pero esta vez parecía tan real que no quería despertar porque no quería que ese sueño se terminara. Cuando sintió cómo él abrió sus labios, cómo su lengua acariciaba la suya, empezó a ronronear de nuevo consiguiendo que él se descontrolara más todavía. Así que, sin poder resistirse, empezó a besarla con pasión, con fuerza, metiendo la mano por debajo del edredón para tocarla, empezando por los muslos. Sus caricias eran suaves como un masaje relajante, justo lo que ella necesitaba.

Él sentía cómo se movía lentamente reaccionando a sus caricias, y podía

sentir también su piel erizándose bajo sus dedos. Sin poder detenerse como siempre le pasaba con ella, empezó a subir lentamente sus caricias, por dentro de su camiseta, recorriendo todo su cuerpo hasta llegar a sus pechos. Unos pechos muy cambiados, porque ahora eran bastante más grandes, y podía sentir cómo casi no le cabían en la mano, pero seguían siendo duros, y turgentes, y sus pezones seguían reaccionando a sus caricias endureciéndose por el contacto. Su cuerpo temblaba de placer, su respiración se aceleraba, y escapándosele un gemido le hizo perder la cabeza, así que sin poder evitarlo se coló dentro de las sábanas. La deseaba tanto que ni siquiera era consciente de que su hija estaba al lado de ellos durmiendo.

Nátali sentía que el cuerpo se le estaba derritiendo por el fuego que tenía dentro y le hacía hervir hasta la sangre, era tan intenso que no podía respirar. Sus muslos, sus pechos, todo en ella vibraba, se retorcían como si cobraran vida, una sensación que hacía mucho tiempo no sentía y que tanto había anhelado. Sabía que tenía que despertar, pero no quería hacerlo, quería saborear ese dulce sueño un poco más. Entonces sus manos empezaron a acariciarle la cara, y cuando tocó su perilla fue cuando se dio cuenta de que no estaba soñando, que era real, que él estaba allí con ella, en su cama, con su hija. De pronto sintió cómo él se tumbaba a su lado poniéndose casi encima de ella e intentó quitarle la camiseta, justo en ese momento reaccionó porque sabía que si no le hacía parar... ¡ya!, él era capaz de hacerle el amor delante de la niña. Como pudo, intentó apartar un poco la cara y le susurró con sus labios aún pegados a los de él.

—Jaime... por favor, la niña.

—No hables, nena —volvía a besarla—, no digas nada —sus besos no la dejaban hablar—, solo déjame amarte.—El peso de su cuerpo no la dejaba moverse y sus besos no le daban tregua para protestar—. Te necesito, nena.

Cuando sintió su mano colarse por sus bragas acariciando su zona más sensible un temblor le recorrió todo el cuerpo, entonces sintió cómo dos de sus dedos se introducía dentro de ella moviéndose lentamente haciéndole perder la razón. Su cuerpo se arqueaba buscando sus caricias, un cuerpo que se negaba a obedecer pidiendo más, mientras su mente intentaba deshacerse de ese deseo que le robaba la voluntad y le impedía detener esa locura.

La niña empezó a toser y él se quedó paralizado viendo el terror en los ojos de Nátali, se levantó inmediatamente de la cama y salió de la habitación. Se quedó apoyado en la puerta intentando tranquilizarse, y entonces oyó cómo ella echaba el pestillo de la puerta.

Él empezó a maldecir para sus adentros, hubiera dado la vida por poder estar ahí con ella, para poder decirle todo lo que sentía, para poder pedirle perdón por lo que acababa de pasar. Sabía que la había cagado, porque ella no le iba a perdonar que se colara en su cama y que casi le hiciera el amor delante de la niña. Lo había visto en sus ojos, no habían hecho falta palabras, y había perdido cualquier posibilidad que pudiera tener de aclarar las cosas con ella.

Se fue a su habitación y se dejó caer en la cama, lo único que le consolaba era que aún sentía el calor de su cuerpo entre sus manos, y que había podido comprobar que ella seguía siendo suya, aunque jamás lo reconocería. Sabía perfectamente que, si no hubiera estado la niña, en esos momentos estarían amándose como dos locos, porque ella no hubiera podido resistirse a él como siempre le pasaba cuando él la tocaba. Después de tantos años nada había cambiado, y en el mismo instante que se dio cuenta de esa hermosa realidad se juró a sí mismo que pasara lo que pasara esa boda no se iba a celebrar, y si se hacía, sería por encima de su cadáver.

## CAPÍTULO 13

A la mañana siguiente, Nátali estaba fatal, cansada, cabreada, y muy nerviosa. Ya que después de irse Jaime, ella no pudo volverse a dormir, pues no podía dejar de pensar en lo que habría pasado si su hija los hubiera pillado, y eso sí que jamás se lo hubiera perdonado. Él no tenía ningún derecho a hacer eso, a jugar con ella de esa manera, no era capaz de respetarla ni siquiera por su hermano. ¿Cómo podían ser hermanos y ser tan diferentes?

Carlos era tan caballeroso que ella nunca había tenido que ponerle el freno, él mismo era el que paraba sin necesidad de decirle nada. Pero con Jaime era todo tan distinto, era tan apasionado, que era casi imposible hacerle detener, y lo peor de todo era que cuando él la tocaba o la besaba, ella perdía la voluntad y no quería que parase. Eso nunca le pasaba con Carlos y era lo que más le molestaba, que después de tantos años, este consiguiera que ella perdiera el juicio entre sus brazos, pero eso era algo que él nunca debía saber porque si no, estaría perdida.

—Nátali, ¿qué te pasa? No has probado el desayuno. ¿Estás bien? —le preguntó Helen al verla tan pensativa.

—Sí, solo que los nervios no me dejan probar bocado.

—Déjala, yo tampoco pude comer el día de mi boda —dijo Elena.

—Sí, por eso en el viaje de novios no podías dejar de hacerlo —bromeó su marido.

Todos se echaron a reír.

En ese momento, entró Jaime y se sentó enfrente de ella, la miró y dio los buenos días, pero ella ni le miró ni le contestó.

—Y bien, ¿cómo van esos nervios? ¿Estás preparada para dar el siguiente paso, cuñadita? —volvió a insistir.

Quería que lo mirara para poder ver sus ojos, y así, saber hasta qué punto estaba enfadada. Pero ella seguía sin hacerle caso.

—Voy a darme un baño hasta que venga la esteticista —anunció levantándose de la mesa—. Disculpadme.

—Mami, ¿yo cuando voy a vestirme?, ¿y dónde están los anillos?

—Hoy tu madre no va a poder ocuparse de ti —dijo Helen.

—Pero yo quiero que tú me vistas, mami.

Nátali se acercó a su hija y la cogió en brazos, diciéndole:

—Pues claro que sí, mi amor, sabes que siempre tengo tiempo para ti. ¿Quieres bañarte conmigo?

—Sííí, vamos. ¿Podemos jugar un poco?

—¿Por qué no íbamos a poder?

A Jaime le gustaba comprobar que para ella era más importante estar con su hija, que esa maldita boda.

\*\*\*

El resto del día ella había estado muy liada con tanto preparativo. Con su hija. Con la peluquera, que le había hecho un recogido muy bonito, y también la había maquillado. Su maquillaje era muy suave, pero aun así, le resaltaban mucho los ojos, y estaba preciosa.

Cuando su hija entró en la habitación y la vio se quedó mirándola con la boca abierta.

—¡Mami, estás guapísima! Pareces una princesa.—Girándose hacia su prima le preguntó muy orgullosa al ver a su madre tan bonita—. ¿Verdad Noelia que mi mami parece una princesa?

—Una princesa de cuento de hadas —confirmó Noelia, mirándola tan embobada como su prima.

—Vosotras también parecéis unas princesitas, estáis muy guapas.

Llevaban las dos el mismo vestido, color fresa con mangas de farol. En el pecho, unas lorzas pequeñas, y cuello de bebé ribeteado con un bordado beis. El cinturón beis terminaba en una lazada a la espalda, y la falda hasta los tobillos era pomposa. La orilla terminaba con el mismo bordado que el cuello. Las dos llevaban el pelo lleno de tirabuzones y una diadema beis, y también el mismo abrigo.

—Sí, eso nos ha dicho el tío Jaime. Está abajo esperándote.

—¿Hay alguien más?

—Sí, mi mamá, mi papá, y el abuelo —contestó Noelia.

Nátali respiró al saber que no estaba solo él esperándola, cuanta más gente hubiera, menos incómoda resultaría la situación.

—La abuela se ha ido con el tío Carlos a hacer de madrina, nos ha dicho.

—Bien. Podéis bajar y decirles que bajo enseguida.

Las niñas se fueron y ella se puso los zapatos, respiró profundamente, y se decidió a bajar diciéndose a sí misma:

—Puedes hacerlo, Nátali, ahora no puedes echarte atrás. Carlos no se merece que lo dejes plantado, y Jaime no se merece tu perdón. Y mucho menos que dejes a su hermano por él.

Respiró profundamente y salió de la habitación.

Cuando llegó a la escalera, miró a Jaime que estaba con la niña. Llevaba un chaqué. Pantalón gris oscuro, chaqueta negra estrecha con cola, camisa blanca, chaleco gris como el pantalón, y la corbata azul eléctrico. Estaba muy elegante y guapísimo, tanto, que le cortaba la respiración. Sentía su mirada penetrante recorrer todo su cuerpo de arriba abajo y sus nervios aumentaban por segundos recordando lo que había pasado esa misma noche.

—¡Por fin! —exclamó su padre—. Cuando mi hijo te vea va a quedarse sin aliento, estás guapísima.—Se acercó a ella y le dio un beso—. Será mejor que nos vayamos, estarán todos esperándonos. ¿Y ese padrino no va a decirle nada a la novia?—Jaime la miraba muy serio sin poder decir nada—. Vamos, chico, no te va a comer.—Rio, dándole un golpe en la espalda para que reaccionara.

—Estás preciosa —fue lo único que pudo decir, después se acercó a ella y le ofreció el brazo.

—Gracias —le dijo ella sin poderle mirar a los ojos, cogiendo su brazo.

—Eso está mejor. Tienes que acompañarla hasta el coche, yo me voy con tu hermana que está esperándome fuera. Me llevo a la niña.—Alargando la mano hacia Sara le añadió—: Vamos, cariño, tus tíos nos están esperando.

—Sí—dijo la niña agarrando la mano de su abuelo preguntándole orgullosa—: ¿A que mi mami está muy guapa?

—Sí, está preciosa.

Cuando se quedaron solos, él le preguntó muy serio:

—¿Estás segura de lo que vas a hacer?

—Sí, muy segura. Y no quiero discutir esto contigo, y tampoco quiero escuchar lo que tengas que decirme. ¿Podemos irnos ya, por favor?

Él se quedó muy serio y sin decir una palabra más la llevó hasta el coche.

El coche de novios era un Audi A6 gris metalizado, muy bonito, adornado con flores. Cuando la ayudó a subir al coche cerró la puerta de un portazo, se sentó en el volante, y salió chirriando ruedas. Conducía muy deprisa y las calles eran tan estrechas que parecía que se iban a estampar contra una pared en cualquier momento. Nátali estaba muerta de miedo, pero sabía que era inútil decirle nada cuando estaba así de enfadado.

Cuando llegó a la iglesia dio tal frenazo que Nátali casi se comió el asiento

de delante.

—¡Eres... muy bestia! —le gritó enfadada.

—No te muevas de aquí —ordenó él, más serio incluso que antes.

Salió del coche y se dirigió hacia la iglesia, pues su padre estaba en la puerta.

Ella le vio hablar con su padre, estaba muy preocupada por si se le ocurría decir la verdad. Cuando lo vio acercarse de nuevo hacia el coche se puso más nerviosa de lo que ya estaba, y cuando abrió la puerta de atrás y se sentó a su lado, aún más.

—¿Qué pasa? —preguntó nerviosa.

—Mi hermano aún no ha llegado.—Jaime miró sus manos que no dejaban de dar vueltas al anillo de su madre y las acarició diciéndole—: Aún estás a tiempo, no te cases, por favor.—Ella le miró sin poder pronunciar una palabra—. ¿Quieres que me arrodille, que te suplique?, estoy dispuesto a hacer lo que tú quieras.—Se puso de rodillas delante de ella acercando sus manos en su boca, y empezó a besarle los nudillos—. Qué más quieres que haga, pídemelo que quieras y lo haré. Te necesito nena, a ti y a la niña. Perdóname, por favor, no me hagas esto.

—Esto es como un *déjà vu*. Lo único que cambia es que hace seis años era yo la que suplicaba y tú el que no hacías caso.

—¿Es por eso, por lo que vas a casarte, para vengarte de mí?

Ella le miró muy triste diciéndole con lágrimas en los ojos:

—Quiero a tu hermano muchísimo y jamás le haría algo así. Yo sé lo mucho que duele que te dejen por otra persona. Él ha sido muy bueno y paciente conmigo y no voy a fallarle. Se lo prometí.

—No será la primera vez que incumples una promesa, conmigo lo hiciste. Además, aún no te he oído decir que le amas. Tú me enseñaste que se puede querer a mucha gente, pero que solo se ama a una persona, y tú no amas a mi hermano.

—Eso fue hace mucho tiempo, cuando era una cría, y aún podía creer en el amor. De los errores se aprende. Y yo aprendí a no entregar del todo mi corazón a nadie, así no pueden rompértelo.

—¿No será que no puedes amar a mi hermano porque aún me amas a mí?

—Ella le miró muy sorprendida—. ¿Alguna vez has temblado entre sus brazos por un beso? ¿Se te ha erizado la piel con sus caricias? ¿O se te ha acelerado la respiración por desearlo tanto como me deseaste a mí anoche?

—¡Basta! Por favor, no sigas.

—Pude sentirlo, nena. Pude sentir cómo todo tu cuerpo me deseaba tanto como yo te deseaba a ti. Como hace seis años, ¿recuerdas? —Mientras le decía todas esas cosas le acariciaba la cara, y la cogió de la barbilla para obligarla a mirarlo—. Dime que me amas, nena. Confiesa que me amas y saldré ahí afuera para enfrentarme a todos por ti. Esta vez no quiero perderte, y soy capaz de cualquier cosa.

Ella sabía que era muy capaz de hacerlo y le entró pánico. No podía hacerles eso a sus padres y a su hermano, pues jamás se lo perdonarían y acabaría perdiendo a su familia, y ella no podría vivir con ese peso en su conciencia. Nadie mejor que ella sabía lo que era no tener familia, y no estaba dispuesta a que él renunciara a la suya por ella, así que decidió mentirle.

—No, ya no te amo, y quiero casarme con tu hermano.

Los ojos se le empezaron a inundar de lágrimas sin poder evitarlo.

Él sabía que estaba mintiendo, así que salió del coche, se sentó al volante y arrancó el coche gritando:

—¡A la mierda!

Ella asombrada, le preguntó:

—Jaime ¿qué estás haciendo? Para el coche.

Cuando intentó abrir la puerta, él echó el seguro bloqueando las puertas

—¡¿Te has vuelto loco?! ¡Para inmediatamente el coche!

—Si tú no eres capaz de parar esta locura no me dejas más remedio que secuestrarte. No voy a dejar que te cases con otro hombre, aunque ese hombre sea mi hermano.

—¡Jaime, por favor, no puedes hacer esto, tus padres van a matarte!

—Ya te he dicho que no me importa nada, solo tú y la niña.

Cuando sonó el móvil y vio que era su padre, colgó. Cuando volvió a sonar y fue a colgar otra vez, se dio cuenta de que era su primo, entonces contestó:

—Lo siento, primito, pero no vamos a volver, tendrás que suspender la boda.

Nátali estaba tan alucinada que no podía reaccionar.

—Siento no haber podido llamar antes, pero todo ha sido muy rápido. Estoy en el hospital, tu hermano se ha caído por las escaleras, tienes que venir ¡ya! Estoy con tu madre y está muy nerviosa, os necesita. Trae a tu padre.

Jaime frenó el coche de golpe.

—¿Y mi hermano cómo está? ¿Es grave?

Cuando Nátali escucho esas palabras se le paró el corazón, y cuando vio la cara de Jaime por el retrovisor, sabía que algo malo le había pasado a su hermano. Las lágrimas empezaron a caerle por las mejillas.

Cuando Jaime colgó el móvil y dio media vuelta con el coche, ella le preguntó con voz temblorosa:

—¿Qué le ha pasado a tu hermano? —Él no le contestaba—. ¡Jaime, contéstame! ¿Qué le ha pasado a tu hermano?

Jaime detuvo el coche en seco en la puerta de la iglesia y cuando bajó, le dijo:

—No te muevas, vengo enseguida.

Cuando volvió, venía con su padre y su hermana. Su hermana se subió detrás con Nátali y su padre delante.

—¿Qué es lo que ha pasado? —le preguntó su padre.

—No lo sé. Me acaba de llamar el primo y me ha dicho que Carlos se ha caído por las escaleras y que están en el hospital. Ya no sé nada más.

—¿Cómo se ha podido caer? No entiendo nada.—Su hermana estaba furiosa.

Jaime movió el retrovisor para mirar a Nátali que estaba en silencio con la mirada perdida y sin dejar de llorar.

—Natalia, aún no sabemos qué ha pasado no te pongas así, igual solo es un susto.—Jaime intentaba tranquilizarla.

—Mi hermano tiene razón. Seguro que está bien ya lo verás. —Helen la cogió de las manos para hacerla sentir mejor y la ayudó a quitarse el velo—. Quítate el velo, anda. Será mejor que no entres al hospital con él.

## CAPÍTULO 14

Cuando llegaron al hospital su madre se echó en los brazos de su padre sin poder dejar de llorar, y Josemi se acercó a sus primos y a su tío explicándoles más o menos lo que había pasado.

—Estábamos bajando la escalera para ir a la iglesia y tu hermano pisó un coche de los niños. Mira que les tengo dicho que no dejen los coches por ahí tirados, pero no hay manera. Al pisarlo empezó a caer escaleras abajo y, ¡joder!, no me dio tiempo, no pude cogerlo. Cuando llegué a su lado... ¡Dios!, tenía la pierna del revés. Ha sido horrible. No dejaba de quejarse de dolor y, como pude, lo metí en el coche y lo traje al hospital.

Josemi estaba muy nervioso, así que Jaime le dio un abrazo para tranquilizarlo.

—Está bien, tío, tranquilízate. Hiciste todo lo que pudiste, no es culpa tuya. ¿Qué han dicho los médicos?

—Nada, aún no han salido a decir nada.

Helen cogió a su primo del brazo, diciéndole:

—Anda, vamos a sentarnos con mis padres y esperemos que salgan los médicos. Y no quiero que estés así, no ha sido culpa tuya.

Cuando Jaime iba a ir a acompañarlos se dio cuenta de que no estaba Nátali, se volvió y la vio apoyada en el marco de la puerta de la sala de espera. Con su vestido de novia, el rímel corrido por las mejillas, la mirada perdida, y abrazándose a sí misma sin dejar de llorar, entonces se acercó a ella y le preguntó.

—¿Estás bien? —Ella le miró e hizo un gesto de negación con la cabeza, pues no podía hablar. Él le sonrió tiernamente y sacó su pañuelo para limpiarle el rímel que tenía por las mejillas diciéndole con calma—: Se va a poner bien, ya lo verás.

Jaime la abrazó y ella se acurrucó en sus brazos pegándose a él, apoyando su cara en su pecho, pues necesitaba sentirlo cerca, sentir su fuerza. Los hospitales la aterraban, le hacían recordar cuando perdió a sus abuelos. De repente, le entró el pánico y le preguntó casi sin voz.

—¿Y si se muere? No podría soportarlo.

—Eso no va a pasar.

—Pero ya sabes que yo... —Él le levantó la cabeza para mirarla a los ojos, pues estaba llorando nuevamente—. No debí aceptar su propuesta. Yo no puedo querer a nadie, estoy maldita.

Jaime le puso las manos en la cara y le quitó las lágrimas que le caían con sus dedos mientras le decía para tranquilizarla:

—No digas tonterías, yo rompí esa maldición, ¿recuerdas? Tú me amaste una vez y aún estoy vivo, y mi hermano no va a morirse, eso te lo aseguro.— Le dioun beso en la frente y la abrazó muy fuerte—. Ven, vamos a sentarnos.

Ella se sentía mejor entre sus brazos y no quería que él dejara de abrazarla, era la primera vez desde que se habían vuelto a encontrar que ella podía estar relajada tan cerca de él.

Jaime la llevó hasta los sofás donde estaban sus padres y cuando su madre se dio cuenta, se abrazó a ella, diciéndole:

—No llores, querida, seguro que está bien.

—¿Y tú por qué lloras?

Las dos se sonrieron entre las lágrimas.

—Porque soy una madre muy tonta.

—Familiares del señor De la Fuente.

Al oír al médico, todos se levantaron al mismo tiempo.

—Sí, somos nosotros —dijo Jaime padre.

—¿Cómo está mi hijo? —preguntó Elena.

Él médico estaba tan serio que a Nátali le dio mala espina. Jaime estaba a su lado y ella necesitaba que él le diera fuerzas, así que le cogió de la mano entrelazando sus dedos con los suyos. Jaime la miró al sentir su contacto, pero ella no podía quitar los ojos del médico, eso sí, sintió cómo Jaime le apretó la mano con fuerza, pero sin hacerle daño, y eso la hizo sentirse mejor.

—El señor De la Fuente se ha fracturado la tibia y el peroné. Hay que operar inmediatamente para evitar una lesión más grave, y no podemos esperar. Así que alguien tiene que firmar el consentimiento.

—¿Qué van a hacerle? —preguntó Jaime padre.

—Tenemos que ponerle una placa, la operación es un poco complicada, pero la hemos hecho muchas veces y nunca hemos tenido problemas.

—¿Y si no le operan?

—Se quedaría cojo para siempre.

—¿Dónde hay que firmar? —dijo, sin pensárselo dos veces.

—¿Es usted familiar directo?

—Soy su padre.

—Está bien, firme aquí.

Mientras firmaba, le preguntaba Jaime:

—¿Cuánto suele durar la operación?

—Entre dos o tres horas si no hay complicaciones. En cuanto terminemos vendré a decirles cómo ha ido todo.

—Muchas gracias, doctor —dijo su madre, después se dirigió a su sobrino —: Josemi, ¿por qué no acompañas a Nátali a cambiarse de ropa?

—No, no quiero irme.

—Pero querida, ese vestido no es adecuado para estar aquí.

—Mama, no creo que ninguno de nosotros estemos adecuadamente vestidos para estar aquí. Cuando Natalia quiera irse yo mismo la llevaré a casa —dijo Jaime.

—Yo sí me voy a ir contigo, Josemi. No aguanto ni los zapatos ni el vestido. ¿Después vas a volver? —preguntó Helen.

—Sí, claro. Voy a explicarles a todos los invitados lo que está pasando, tu padre me lo ha pedido. Tengo que anular una boda y calmar los ánimos. Y vuelvo enseguida para ver cómo va Carlos.

—Josemi, recuerda lo que te he dicho —le advirtió su tío—. No quiero que vengan todos aquí, ya sabes cómo son.

—No te preocupes, tío, sabré contenerles. Cualquier cosa me llamáis.

—¡Josemi! —le gritó Nátali antes de irse—. Por favor, dile a mi hija que no se preocupe, que enseguida estaré con ella y que no pasa nada.

Josemi la cogió de las manos mirándola a los ojos con una sonrisa muy tierna para tranquilizarla.

—No te preocupes, cuidaré de ella. ¿Quieres que me la lleve a dormir a casa? Seguro que con los niños no te echa de menos, y también podría venir Noelia. Lo pasarán genial.

Nátali miró a Jaime dejándolo sorprendido, ya que era la primera vez que le hacía partícipe en una decisión sobre su hija, y no pudo evitar sentirse complacido, pues era un paso muy importante entre los dos.

—Creo que es lo mejor. No sabemos a qué hora vamos a salir de aquí.

—Está bien. Pero tienes que saber que la niña no puede tomar ibuprofeno, es alérgica. Pase lo que pase no puede tomar ibuprofeno. Díselo a Lola.

—No creo que haga falta darle nada de eso, pero no te preocupes se lo diré. Se lo van a pasar tan bien que ni se va a acordar de ti, ya lo verás.

Antes de irse le dio un beso.

Helen le habló a Jaime al oído antes de marcharse con su primo.

—Córtate un poquito, hermanito. Si no, los papás sedarán cuenta de que estás loco por tu cuñada.

—¿Tú cómo...? ¿Te lo ha dicho Kiko?

—No, soy muy observadora, y estaba en ese vals, ¿recuerdas?

—¿Vas a mantener la boca cerrada, verdad?

—No te preocupes soy una tumba, pero tenemos que hablar.

Cuando se fueron, Nátali se sentó con su madre, y Jaime y su padre fueron a tomarse un café.

—Siento mucho lo que ha pasado. Este debería de ser uno de los días más felices de tu vida y mira dónde estás.

—No importa. Lo único que importa es que Carlos se ponga bien, lo demás puede esperar.

\*\*\*

Llevaban casi dos horas esperando, Jaime estaba muy serio y no había vuelto hablar con ella. Había salido a tomar el aire y tardaba mucho, así que Nátali decidió salir para ver si estaba bien. Cuando salió lo vio en una silla en el pasillo con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre sus manos mirando al suelo. Se acercó, se puso de cuclillas delante de él, y le pasó las manos por el pelo suavemente, preguntándole:

—¿Qué haces aquí tan solo?

—Pensar —respondió muy triste levantando la cabeza y mirándola a los ojos.

—¿Por qué estas así? ¿No me habías dicho que todo iba a salir bien?

—Sí, pero si mi hermano está ahí es por mi culpa, y si algo le pasa no me lo voy a poder perdonar nunca.

—¿Por qué dices eso? ¿Por qué tendría que ser culpa tuya? Ha sido un accidente.

—Porque deseé que pasara algo. Cualquier cosa que impidiera esa maldita boda, y mira ahora dónde está mi hermano.

Ella se arrodilló y le cogió la cara entre sus manos acariciando su perilla.

—Si por eso tu hermano está ahí dentro con la pierna destrozada, entonces yo tengo la otra mitad de la culpa. No siempre los deseos se cumplen, solo ha sido un accidente.

Necesitaba que dejara de sentirse culpable, pues no soportaba verle tan abatido.

Él empezó a mirarla muy fijamente y le quitó las manos de su cara para entrelazar sus dedos a los suyos, preguntándole:

—¿Me estás diciendo que tú también deseabas que algo impidiera esa boda? —Ella asintió con la cabeza—. ¿Por qué no me dejaste a mí impedir esa boda?

Mientras esperaba su respuesta le besaba los nudillos de las manos que aún tenían enlazadas, sin poder dejar de mirarla.

Su madre en ese momento salía a comprar una botella de agua y cuando los vio, se quedó paralizada observándolos.

—Porque no quiero ser la responsable de que tú y tu hermano os odiéis, de que tu familia te repudie, o te desherede. ¿No te das cuenta de que esto no puede acabar bien? No podemos estar juntos, no pudimos la otra vez y esta tampoco, el destino no quiere que estemos juntos.

El soltó sus manos, le cogió la cara, y mirándola a los ojos le habló muy serio:

—A la mierda el destino. No me importa el dinero y puedo trabajar. Tú y mi hija sois la única familia que de verdad quiero tener. No me obligues a estar sin vosotras.—Se acercó muy despacio a ella y besó sus labios con ternura—. Te necesito nena, perdóname. Sé que nunca debí dejarte, y no sabes cómo me he arrepentido durante cada día de estos seis malditos años, no sabes lo mucho que te he echado de menos. No te cases, por favor, y dame otra oportunidad, te juro que no te...

Ella puso sus dedos en los labios de él para hacerle callar, pues sus palabras la derretían.

—Para, por favor, y no vuelvas a decir eso, no puedo dejar a tu hermano, y tú no puedes hacerle eso a tu familia. Nadie más que yo, sabe lo importante que es la familia, y yo sé que tú no podrías ser feliz sin tus padres y tus hermanos.

Ella se levantó y cuando iba a irse, él la cogió de las muñecas, se levantó y pasó las manos de ella por su cintura obligándola a abrazarle, después le pasó los brazos por la espalda apretándola contra su cuerpo en un fuerte abrazo, y mirándola intensamente a los ojos le habló con esa voz suave y melosa que la desarmaba:

—Todos estos años he tenido a mis padres y a mis hermanos, y siempre me has faltado tú, nena. Te amo.

Nada más decir eso, volvió a besarla suavemente en los labios.

—Para, Jaime, por favor.—Pero él no la escuchaba, y volvió a besarla de

nuevo—. Tus padres pueden vernos.

—No me importa.—Volvió a besarla una vez más.

—Pero a mí sí, hazlo por mí.

Mirándola muy serio y apoyando su frente en la de ella, le dijo fríamente:

—Está bien. Pero tarde o temprano vas a ser mía, y no me importa lo que tenga que hacer para conseguirlo, porque no voy a dejar que te cases con nadie, ¿me has entendido? Y en una cosa te equivocas. El destino te ha traído a mí nuevamente, y esta vez no voy a dejar escapar esta oportunidad, y no me importa a quien tenga que aplastar por el camino.

Nada más terminar de decir eso, la soltó de golpe y salió a la calle muy cabreado.

Ella se quedó parada. No podía comprender cómo podía ser así, pues parecía el doctor Jekyll y mister Hyde. Pasaba de ser tan tierno y cariñoso que hacía que olvidase todo lo malo y se perdiera entre sus brazos, a ser frío como el hielo en cuestión de segundos.

## CAPÍTULO 15

Elena estaba destrozada, angustiada, y muy confusa, pues no estaba preparada para afrontar lo que estaba pasando delante de sus narices, así que sin decir nada, regresó con su marido. Cuando entró en la sala de espera se sentó a su lado y se apoyó en él, necesitaba que la abrazara porque aún estaba alucinada por lo que acababa de ver.

—¿Estás bien, cariño?

—Sí, no te preocupes, solo es cansancio. Déjame estar así entre tus brazos, sabes que eso me reconforta.

Él la abrazó más fuerte y se quedaron en silencio.

Ella no podía dejar de pensar en lo que acababa de suceder y se preguntaba: ¿Cómo su hijo era capaz de algo así? Siempre había sido un poco mujeriego, pero ¿hasta ese punto? Nátali era la novia de su hermano, y si no hubiera sido por ese accidente, ahora sería su mujer. Y sí, era muy bonita, pero ella no podía creer que su hijo fuera tan inconsciente y perdiera la cabeza por una cara bonita. No, tenía que haber algo más.

En todos los años que estuvo con Silvia, jamás le vio ser tan tierno con ella, ni mirarla así como hacía un momento estaba mirando y besando a su cuñada. Entonces recordó que llevaba unos días muy serio, enfadado, y portándose de un modo extraño.

Como el día de su cumpleaños, que fue la primera vez que él había abandonado la fiesta de cumpleaños de su madre, y qué casualidad que fuera precisamente el día que Carlos trajo a su prometida para que todos la conocieran. Eran demasiadas casualidades. ¿Y si ya se conocían? De pronto, se quedó helada.

Solo una vez Jaime fue capaz de perder la cabeza por una mujer, y fue por aquella muchacha hace seis años, que también era camarera como Nátali.

—¡Dios mío, no puede ser!

No se había dado cuenta de que estaba pensando en voz alta.

—¿Qué te pasa? —le preguntó su marido.

—Nada, solo que se me está haciendo muy larga la espera.

Nátali entró en ese momento y se sentó al lado de Elena, estaba triste y decaída.

—¿Aún no se sabe nada?

—No —le contestó Jaime padre.

—¡Por dios! Como pueden tardar tanto, esto es desesperante.

Justo en el mismo instante que entraba Jaime muy serio, salía el médico, así que todos se levantaron y se acercaron a él.

—¿Cómo ha salido todo, doctor? —preguntó Jaime padre.

—Bueno, la operación ha sido un éxito. Le hemos puesto una placa y unos tornillos, solo necesita mucho reposo, una buena rehabilitación, y en unos meses podrá volver a caminar como si nada.

—¿Meses?! —preguntó su madre—. Va a acabar volviéndose loco, con lo poco que le gusta a él estar aquí. ¿Cuándo podemos verle?

—En cuanto esté en la habitación les avisarán.

El médico se fue y llegó Josemi, entonces le explicaron todo lo que había dicho el médico. Después, Nátali le preguntó por su hija.

—¿Y mi hija? ¿Cómo está?

—Ha querido quedarse en casa con su prima, querían dormir juntas en la habitación de Noelia. Por eso no ha podido venir Helen, se ha quedado con ellas.—Josemi se acercó a ella y le pasó el brazo por los hombros, diciéndole —: Tienes mala cara, ¿estás bien?

—Sí, solo estoy un poco cansada, no te preocupes.

Elena no podía dejar de mirar a su sobrino y a Nátali, y al verlos juntos todas las dudas que pudiera tener de que Nátali fuera la misma chica que enloqueció a su hijo hace seis años habían desaparecido. Josemi la trataba con mucha confianza como si se conocieran de toda la vida, y no como a la desconocida prometida de su primo que hacía apenas dos días que acababa de conocer. También recordó que para esa época ella trabajaba para él, y que por lo poco que averiguó de ella, él se había convertido en algo así como su protector. Todo encajaba a la perfección y estaba completamente segura de que Nátali y esa muchacha eran la misma persona.

Al momento, vino la enfermera y los acompañó hasta la habitación. Cuando entraron, Carlos estaba dormido con la pierna escayolada, parecía tranquilo durmiendo como un bebé. Nátali se sentó a su lado y le cogió una mano llevándosela a la boca y le besó los nudillos.

—No vuelvas a darme otro susto así —le habló suavemente.

—Será mejor que hagas caso a tu prometida, si no te daré una paliza — bromeó su madre sentándose al otro lado de la cama.—Las dos sonrieron al mirarse—. Bueno, ahora podemos estar más tranquilas, parece que está bien.

Nátali asintió con la cabeza.

—El médico ha dicho que no despertará hasta mañana, así que será mejor que vayamos a cambiarnos de ropa —propuso el padre de Jaime.

—No quiero dejarle solo —dijo Nátali.

—Iros vosotros primero —sugirió Jaime—. Cuando volváis, ya iremos nosotros.

—Cenamos algo, descansamos un poco y volvemos —dijo su padre.

A su madre no le hacía gracia dejarlos solos, pero no podía decir nada, no quería que se armara un escándalo, no era el momento ni el lugar.

Josemi se fue con sus tíos para llevarlos a casa y cuando se quedaron solos, Jaime se sentó en el sofá, estaba enfadado y no quería hablar. Nátali no quería mirarlo, no quería empezar una discusión, y no tenía fuerzas para rechazarlo si se ponía cariñoso, con él nunca sabía lo que iba a pasar. Ella seguía sentada al lado de Carlos, Jaime parecía dormido ya que estaba con los ojos cerrados y la cabeza recostada en el respaldo.

Nátali empezó a acariciarle el pelo intentando ponérselo bien, ya que a él le gustaba siempre llevar el pelo bien arreglado, y de repente, se asustó al oír a Jaime decir:

—¿Por qué no vienes aquí e intentas descansar un poco? Ha sido un día largo y pesado, tienes que estar agotada.

—Estoy bien aquí. Además, ¿no estabas enfadado?

—Sí, y por mucho que no quiera hacerlo no sé cómo te las apañas para cabrearme más.

—No quiero hablar de nada contigo, y menos delante de tu hermano, podría oírnos.

Jaime la miró con cara de póker y no volvió a decir una sola palabra hasta que no llegaron sus padres, sobre las tres de la madrugada.

—Sentimos llegar tan tarde, pero me he quedado dormido en el sofá. Si no llega a despertarme tu madre, aún estaría durmiendo.

—No teníais que haber venido, yo podría haberme quedado toda la noche aquí.

—De eso nada, ahora mismo quiero que vayas a quitarte ese vestido y que descanses un poco —le ordenó Elena—. Total, nosotros ya estamos aquí y no vamos a movernos en toda la noche, y no te preocupes, dormiremos en el sofá. Además, será mejor que mañana cuando tu hija se despierte, estés en casa. Ha estado preguntándonos por ti, te echa de menos, y está muy triste porque no ha habido boda.

—Lo sé, siempre hemos estado solas y le he dedicado todo mi tiempo. Y estos días con el jaleo de la boda no he podido hacerle demasiado caso. Eso es lo que echa de menos, que esté pendiente de ella. Y lo de la boda. ¡Uuuf, Dios mío!, cuando le diga que de momento no hay boda se va a poner muy triste, estaba deseando que Carlos fuera su papá. Se moría de ganas de llamarle papá, y ahora...

—Por eso mismo debes de estar con ella y explicarle bien todo lo que ha pasado.

—Puede que tengas razón. Buenas noches —se despidió de ellos con un beso.

—Cualquier cosa, llámame —le dijo Jaime a su padre.

—No te preocupes, lo haré. Tu madre y yo vamos a recordar esta noche viejos tiempos. Como cuando eráis pequeños, estabais enfermos, y nos pasábamos las noches en vela cuidándoos.

Con esa gracia les hizo reír, y cuando Jaime besó a su madre para irse, ella le advirtió.

—Piensa un poco en tu hermano y pórtate bien.

Jaime la miró extrañado y le preguntó:

—¿A qué te refieres?

—Sabes muy bien a qué me refiero. Anda iros ya. Tu cuñada está muy cansada.

Él también estaba muy cansado para acertijos y tampoco le interesaban, así que no prestó atención a esa manera en que su madre le había puntualizado: ¡Tu cuñada!

Cuando salieron a la calle, el frío de la noche hizo que a Nátali le castañeteasen los dientes. Jaime se quitó la chaqueta, se la puso por los hombros, y la abrazó, masajeándole la espalda para que entrara en calor.

—¿Estás mejor?

Ella asintió con la cabeza, él dejó su brazo en sus hombros y la llevó hasta el coche.

Nátali se sentó y cerró los ojos, no le apetecía hablar y esperaba que él no le hablase. Estaba mareada, cansada, y desesperada por meterse en la cama, y lo que menos le apetecía era discutir con él. Algo inevitable cada vez que estaban juntos. Como en los viejos tiempos.

Jaime no dijo ni una palabra en todo el camino como si le hubiera leído el pensamiento.

\*\*\*

Cuando llegaron a la casa estaba toda apagada, no había ni una luz, pues todos dormían. Nátali bajó del coche y se dirigió rápidamente a la escalera. Él iba detrás de ella y antes de que empezara a subir le preguntó, obligándola a detenerse.

—¿No vas a devolverme la chaqueta?

—¿Quieres tu chaqueta? Pues aquí la tienes.

Nátali se quitó la chaqueta tan deprisa que se le cayó al suelo, cuando se agachó a recogerla y se levantó, empezó a marearse, pues se había levantado demasiado rápido. Cuando Jaime vio su cara se acercó a ella y le pasó el brazo por la cintura.

—¿Te encuentras bien? ¿Has comido algo hoy?

—No.

—No puedes estar todo el día sin comer, son las tres de la madrugada, ¿cómo no vas a marearte?—La cogió en brazos diciéndole—: Será mejor que te cojas la cola, si no, nos caeremos por la escalera, y creo que ya hemos tenido bastantes accidentes por hoy.

—Déjame en el suelo, puedo andar yo sola.

—Te has desmayado tantas veces delante de mí, que sé cuándo va a ocurrir con solo ver tu cara. Y hace un momento estabas a punto de hacerlo. No pienso arriesgarme y que te caigas por las escaleras.—Cuando llegaron a la habitación la dejó en el suelo—. ¿Puedo fiarme y soltarte?

—Estoy bien, solo ha sido un pequeño mareo por los nervios y por no comer. Puedes irte, ya me las apaño sola, gracias.—Pero él no se fue, solo se apoyó en el marco de la puerta y se quedó mirándola—. ¿Qué haces ahí? Vete, por favor.

—Quiero comprobar si de verdad puedes apañártelas sola.

—¿A qué te refieres?

—Pues que, con los años, como no te hayas vuelto contorsionista no creo que puedas desabrocharte ese vestido sola.

Ella lo intentó, pero enseguida se dio cuenta de que era imposible.

—Tienes razón, no puedo.

Cuando ella lo miro, él le puso una sonrisa picarona mientras se acercaba, así que Nátali se volvió de espaldas porque no quería mirarlo a la cara, y menos si le sonreía de esa manera. Él empezó a desabrocharle el vestido poco a poco, mientras iba acariciándole con los nudillos la espalda. Cuando llegó

al último botón volvió a subir sus manos suavemente por la espalda desnuda, e inmediatamente a ella se le puso la piel de gallina. Odiaba ser tan transparente, y no poder controlar su cuerpo cada vez que él la tocaba. Jaime, sin embargo, sonrió complacido.

Le encantaba ver cómo ella reaccionaba con sus caricias y cuando intentó alejarse de él, este la cogió por los hombros, preguntándole al oído:

—¿Sabes por qué todos los vestidos de novia los hacen así de complicados para desabrochar?

—No, ¿por qué? —le preguntó curiosa y con toda esa inocencia que él adoraba.

—Para que el novio pueda ayudar a la novia a desvestirse. ¿Por qué no nos imaginamos que esta es nuestra noche de bodas y disfrutamos del momento? Empezó a besarle en el cuello suavemente.

—¡Basta!, por favor Jaime, estate quieto.

Él la soltó y se fue.

Nátali se quedó muy extrañada al ver a Jaime hacer caso a la primera, y dio gracias porque se hubiera ido. Se puso la camiseta de su padre y empezó a quitarse los ganchos del pelo. Al momento, Jaime volvió con una bandeja, con agua y dos vasos. Unos sándwiches y un poco de fruta. Puso la bandeja en el escritorio y se sentó en una silla cogiendo un sándwich, mientras no dejaba de mirarla cómo colgaba el vestido de su madre, sin dejar de admirar sus esbeltas y largas piernas.

—No sé por qué has traído todo eso, es mejor que te vayas, estoy cansada y tengo sueño.

—Yo también tengo sueño, pero no pienso irme hasta que no comas algo.

Jaime estaba comiéndose un sándwich, ella sabía que no se iría hasta que no comiera algo, entonces cogió un sándwich y le dio un bocado.

—Está muy bueno.

De pronto, empezó a entrarle hambre y siguió comiendo.

—Ves cómo todo es cuestión de empezar. Cuando mi hermano contó cómo os conocisteis y mencionó lo de la camiseta, sabía que estaba hablando de esa camiseta.—Mientras hablaba la miraba de arriba abajo—. Aunque no podía creer que aún conservaras esa camiseta, y lo más sorprendente, es que aún sigue impecable.

Ella no quería hablar de su camiseta con él, y menos en una habitación pasadas las tres de la mañana y solos como estaban. Le aterraba que él se pusiera tierno y cariñoso, pero lo que más le aterraba era que ella no pudiera

tener la fortaleza de detenerlo, así que le dijo fríamente:

—Bueno me he comido dos sándwiches y una manzana, me he portado como una niña buena. ¿Ahora puedes irte, por favor?

—Si es lo que quieres.

Él se levantó, cogió la bandeja y se fue.

Antes de que cerrara la puerta, Nátali le dijo:

—Jaime.

Él se volvió para mirarla, preguntándole:

—¿Qué?

—Muchas gracias.

Jaime le sonrió y cerró la puerta.

Cuando Nátali se metió en la cama no podía dejar de pensar que era muy raro que Jaime no hubiera intentado nada con ella, que se hubiera ido así sin más, pero estaba tan cansada que no le importaba demasiado, lo único que quería era dormir.

Cuando estaba a punto de dormirse, sintió cómo alguien se metió en su cama. Sintió unos brazos fuertes abrazándola, y un cuerpo cálido y desnudo pegándose al suyo, y se le paró la respiración. No podía ser que otra vez se volviera a colar en su cama. ¿Estaría soñando otra vez? Pensó confusa, al intentar moverse, él la abrazó con más fuerza, y cuando fue a protestar, le habló al oído:

—¡Ssshhh!, no digas nada. No podía dormir, necesito hablar contigo.

—Podemos hablar mañana. Este no es el momento ni el lugar. Estoy muy cansada y no tienes ningún derecho a colarte en mi cama, desnudo, y con esa excusa tan tonta de solo hablar. No voy acostarme contigo, suéltame.

—Es el momento y el lugar perfecto. Porque siempre que intento hablar contigo, o nos interrumpen o acabamos discutiendo. Ahora estás demasiado cansada para discutir, y seguro que nadie viene a molestarnos aquí. Además, no estoy desnudo ni voy hacerte el amor. No porque no quiera, me muero de ganas y lo sabes, es solo que no quiero presionarte.

Justo en ese momento, Nátali se dio cuenta de que llevaba unos pantalones de pijama.

—Está bien, di lo que tengas que decir y lárgate.

Encendió la luz de la mesita de noche para que no hubiera tanta intimidad.

—No voy a hablarle a tu nuca.

Nada más decir eso, la cogió por la cintura y le dio la vuelta. Ella apoyó las manos en su pecho sintiendo su calor, su fuerza, y cómo se ponía tenso

por segundos y la apretaba más y más, como si quisiera fundir su cuerpo con el suyo, entonces empezó a ponerse muy nerviosa y con voz temblorosa le dijo:

—Me estás presionando.

Él sonrió y le dio un beso suave en los labios.

—Lo sé, y te gusta.—Volvió a besarla—. Sabes también como yo que si quisiera esa presión se convertiría en deseo ahora mismo, ¿verdad? —La beso una vez más—. Que si yo quisiera serías mía ahora mismo.

Esta vez su beso fue largo y apasionado, ella no podía resistirse a él y este lo sabía. Desde la primera noche que volvieron a verse, y cayó desplomada a sus pies. Desde que bailaron en el cumpleaños de su madre, acarició su espalda, y sintió cómo se le erizaba la piel y cómo se puso nerviosa entre sus brazos. Y después de ese vals con el vestido de novia, él supo que no le había olvidado, igual que él tampoco había podido olvidarla a ella.

—Jaime... por favor.

—Sabes que me perteneces, nena. Pero no voy hacerte el amor porque por mucho que disfrutaras esta noche, mañana te arrepentirías, y no es lo que quiero. Me muero por ti, te deseo más de lo que nunca he deseado a nadie en toda mi vida, incluso más de lo que te deseaba la primera vez, ¿lo recuerdas? Porque entonces no tenía ni idea de lo que me hacías sentir en la cama, pero ahora sí lo sé, y ese es el problema, eso es lo que me está volviendo loco. Sé que eres la única mujer que me llena, a la única a la que quiero abrazar después de hacer el amor. Y no sabes las ganas que tengo de volverte a tener desnuda entre mis brazos, de volverte a hacer el amor. Te he echado tanto de menos, nena. Todos estos años me he sentido vacío, y ahora mismo me siento pleno simplemente por tenerte, así, entre mis brazos.—Ella estaba callada, pues no podía hablar, siempre que él sacaba su vena romántica la dejaba sin palabras, y mucho menos aún podía creer que ella pudiera ser tan importante para él—. Te conozco. Y sé que hasta que no se arregle el tema con mi hermano no vas a poder entregarte a mí sin tener remordimientos al día siguiente, y eso no podría soportarlo. ¿Por qué tenemos tan mala suerte? ¿Por qué siempre hay una tercera persona entre nosotros? Primero fue mi primo y Silvia, y ahora es mi hermano. Y siempre es alguien a quien quiero demasiado, y no quiero hacer daño. Pero no te preocupes, voy hablar con él. Voy a contarle todo y sé que le va a doler, pero con el tiempo lo entenderá.

—No puedes hacer eso. Prométeme que no vas a decirle nada.

—No puedo prometerte eso. ¿Es que no entiendes que no voy a dejar que

te cases con él, que no voy a dejar que mi hija le llame papá? Es mi hija y no voy a cedérsela a nadie, y a ti tampoco. Preferiría estar muerto que veros compartir la vida con otra persona.

—No voy a casarme con él te lo prometo, solo necesito...

Cuando dijo eso, él la miró muy serio y antes de que ella pudiera terminar de hablar, le dijo tan serio como su mirada:

—No sé si vas a cumplir tu promesa, la otra vez no lo hiciste.

Ella empezó a enfadarse. Él no tenía ningún derecho a echarle encima nada de lo que pasó la otra vez, ya que él la dejó para casarse con otra, así que le habló muy enfadada:

—Estoy harta de que me eches eso en cara. ¿De verdad crees que iba a estar esperando a que vinieras de tu viaje de novios felizmente casado y que me convirtieras en tu amante? ¿Que te presentaras en mi casa cada noche que tuvieras ganas de echar un polvo conmigo y que después te fueras a casa con tu mujer? ¡La de verdad! Y que yo me quedara esperándote hasta que a ti te diera la gana volver, siempre y cuando tuvieras tiempo para mí, por supuesto. No sé, igual hasta te convertías en mi chulo dejándome dinero en la mesita de noche antes de irte...

Jaime le puso los dedos en la boca para que callara.

—No vuelvas a decir eso. Nunca fue mi intención convertirte en mi amante, y, nunca fui un hombre felizmente casado. El día de mi boda fue el peor de mi vida.—Al oírle decir eso, recordó todo lo que su madre le había contado y entendió porqué decía eso—. Bueno, el segundo, porque el primero fue cuando volví a por ti y tú habías desaparecido.

—¿Si no querías convertirme en tu amante para que querías que te esperara? ¿Pensabas casarte conmigo también y convertirte en un bígamo?

—No. Solo quería que me esperaras. Me hubiera divorciado y ahora tú y yo estaríamos juntos, y nos habríamos ahorrado muchos problemas.

—Yo no hubiera podido estar tres años esperándote, me hubiera vuelto loca.

—Cuando te fuiste ya no me importó seguir casado o no, por eso tardé tanto en divorciarme. Todo hubiera sido muy distinto si me hubieras esperado. Hubiera sido el matrimonio más corto de la historia, de eso puedes estar segura.

—Si me lo hubieras dicho...

—Lo intenté la última noche que estuvimos juntos, pero estabas tan mal que pensé que no lo entenderías, por eso decidí esperar a volver del viaje de

novios, hasta que las cosas se hubieran calmado un poco. Nunca hubiera imaginado que abandonarías tu casa y que lo dejarías todo. Solo pensé que cuando volviera podríamos hablarlo y arreglarlo. Creí que cumplirías tu promesa y que me esperarías.

—No pude, después de verte aquella noche casado, sabiendo que le pertenecías a otra mujer, y después de lo que ella me dijo. Quise morirme, ¿sabes? Y sentí que parte de mí había muerto. Por eso me fui, necesitaba volver a empezar lejos de ti.

—Yo jamás dije eso, y tú no tenías que estar allí... —Esa vez fue ella la que le puso los dedos en la boca, para que callara, su mirada era muy triste— ¿Qué te pasa?

—Nada. No quiero seguir hablando de eso me pone muy triste.—Se apartó de él y se dio la vuelta dándole la espalda diciéndole—: Vete, por favor.

—No quiero. Deseo estar contigo. Déjame estar un rato más, solo te pido eso.

Los dos se quedaron en silencio, pero ella volvió a darse la vuelta acurrucándose en su pecho, porque quería dormir entre sus brazos, ya que necesitaba sentir un poco de paz. Desde que había entrado en esa casa no había dormido ni tres horas seguidas y estaba agotada. No quería pensar en nada, solo relajarse y descansar, y dormir en sus brazos, siempre la había relajado mucho.

—Está bien.

—Lo siento. Quizás, si te lo hubiera contado todo...

—¡Ssshhh!, durmamos un poco, es lo que necesito. En cuanto se haga de día tendrás que marcharte.

—Lo sé, no te preocupes. Pero antes quiero saber una cosa. ¿Me amas? ¿Aún sigues enamorada de mí, nena?

Ella no quería contestarle, no debía hacerlo.

Si él supiera que aún seguía enamorada de él, que nunca había podido olvidarlo, estaría perdida. Porque él podría aprovecharse de eso y conseguir cualquier cosa de ella.

—Buenas noches.

Él le levantó la cara cogiéndola por la barbilla para mirarla a los ojos.

—Estoy esperando tu respuesta, nena. ¿Me amas? Porque yo a ti sí, como el primer día.

—Por favor, no me preguntes eso, no quiero contestarte.

Volvió a acurrucar la cara en su pecho, pero él volvió a levantársela para

decirle sonriendo:

—Acabas de hacerlo. Si no me amaras, me lo hubieras dicho inmediatamente.

No pudo evitar besarla en los labios una y otra vez, ella le puso los dedos en los labios para preguntarle:

—¿Por qué estás tan seguro?

—Por dos razones. La primera porque si no estuvieras enamorada de mí, en estos momentos no estaríamos aquí, medio desnudos y abrazados. Más bien me hubieras pegado una patada en el culo y me hubieras tirado de tu habitación.

Ella se rio, porque sabía que tenía razón.

—¿Y la segunda?

Él sonrió con picardía.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Me muero de curiosidad.

—¡Huuuummm! ¿Qué me vas a dar a cambio de la información?—dijo, haciéndose el interesante. Ella empezó a hacerle cosquillas porque sabía que él odiaba las cosquillas—. Para, por favor, no hagas eso.

—¿Vas a decírmelo?

Él la sujetó por las muñecas y levantó sus brazos por encima de la cabeza, dejándola inmovilizada y a su merced, poniéndose encima de ella.

—Sabes que una guerra de cosquillas entre nosotros es muy peligrosa, ya que los dos sabemos cómo acaba, ¿verdad? Y ya sabes lo mucho que me cuesta controlarme contigo.

Sin poder evitarlo, la besó con fuerza, entrelazó sus dedos a los de ella, estirando sus brazos más arriba para acoplarse más a su cuerpo, moviéndose suavemente friccionando con fuerza su erección contra su vientre.

Ella podía sentirlo fuerte y duro contra su abdomen, y el deseo crecía dentro de ella con urgencia, pero tenía que lograr que parara antes de empezar a perder la cabeza como le pasaba siempre que él la tocaba, porque si se dejaba llevar por el placer sabía que después de eso sería incapaz de volver a mirar a Carlos a la cara. Entonces volvió la cabeza para poder liberar sus labios diciéndole con la voz entrecortada:

—Para...para, por favor.—Él sedetuvo inmediatamente, su respiración estaba acelerada y sus ojos la miraban con un fuego ardiente—. ¿Ves por qué no quería que lo supieras? Siempre acabas aprovechándote de mis sentimientos.

Volvió a sonreírle, se tumbó a su lado y la abrazó, diciéndole muy tiernamente:

—No te preocupes, voy a ser un niño bueno y a estarme quietecito. Aunque no puedes imaginarte lo mucho que me cuesta. Pero las cosas van a hacerse como tú quieras, y voy a darte todo el tiempo que necesites. Ahora estoy seguro de que me amas y puedo esperar y aguantar lo que sea.

Volvió a besarla y apagó la luz de la mesita.

—Será mejor que durmamos un poco. Buenas noches, nena.

—¿¡Buenas noches?! No me lo puedo creer. ¿De verdad no vas a contarme cuál es la segunda razón? —le pregunto dándole un golpe en las costillas. Él empezó a reírse a carcajadas y ella le tapó la boca con su mano para que no los oyeran—. ¡Chiiiiissss! Vas a despertar a todos.

—Está bien, no te enfades, te lo contaré. La segunda y la más importante, es que después de tantos años has cumplido el juramento que me hiciste.

—¿Y tú cómo puedes saber eso?

—Tienes la mala costumbre de juntarte con los hombres que me cuentan todos sus secretos.

—No puedo creer que Carlos te contara que entre él y yo nunca ha pasado nada.

—No lo culpes, ya sabes lo persuasivo que soy. Cuando estuve interrogándole para que me dijera si su prometida estaba embarazada, se le escapó. Al principio pensé que ella lo manipulaba con ese cuento, pero cuando te vi supe que no lo estabas manipulando, porque sé que tú nunca harías eso. Simplemente, no estabas enamorada de él.

—¿Por qué?

—Porque cuando estás enamorada no puedes controlarte, o por lo menos conmigo nunca has podido. Y seis meses son muchos meses. Si estuvieras enamorada de él no habrías aguantado tanto.

—Eso es una tontería.

—De verdad. ¿Quieres que hagamos una prueba? —le preguntó, acariciando sus muslos.

Su mirada era tan maliciosa, y su sonrisa tan descarada, que se le aceleró el corazón, así que cogió su mano para que dejara de acariciarla de esa manera.

—Está bien, está bien, estate quieto. Será mejor que durmamos un poco. Además, has prometido portarte bien. Buenas noches.

Él le sonrió y le dio un beso, apretándola fuerte contra su pecho.

—Buenas noches, nena. Solo una cosa más. Cuando quieras hacer la prueba, avísame, yo estaré encantado de demostrarte que tengo razón.

Ella empezó a reírse y se acurrucó en su pecho sin poder contradecirle, porque estaba segura de que él tenía razón. Ya que estar tan cerca de él, tocar su pecho desnudo, sentir todo su cuerpo alrededor de ella la volvía loca, y eso nunca le pasaba con su hermano. Justo en ese instante se dio cuenta de una cosa, que su teoría era cierta, y sí, sentía mucho cariño por Carlos, pero no lo amaba. Al único hombre que había amado, que seguía amando, y que amaría toda la vida sería a él. Ya no podía seguir mintiéndose más a sí misma, porque ella también se moría de ganas de sentir sus besos, sus caricias, y si no fuera porque era la prometida de su hermano y era incapaz de hacerle eso a Carlos, en ese mismo instante le besaría y le suplicaría que le hiciera el amor, porque le deseaba tanto que le costaba respirar.

## CAPÍTULO 16

Eran las ocho de la mañana cuando Jaime se despertó, sabía que tenía que levantarse, pero no quería dejarla, estaba durmiendo tan a gusto en sus brazos que no quería despertarla. Se quedó un momento mirándola y después empezó a darle besos por la cara. En la frente, en los ojos, en la nariz, en las mejillas, y por último en la boca, ella empezó a reírse.

—Buenos días.

—Buenos días.

—Te amo.—Era raro que ahora fuera él, el que siempre le dijera esa palabra, porque antes era ella siempre la que tenía esa palabra en la boca y él se callaba—. Tengo que irme. Tú sigue durmiendo.—Cuando volvió a besarla, ella volvió a sonreír otra vez—. ¿Por qué te ríes?

—Tu perilla me hace cosquillas.

—Si quieres puedo quitármela.

—No. Me gusta. Te queda muy bien y estás muy guapo —mientras hablaba le acariciaba la perilla y después lo besó—. Ahora vete.

—Recuerda lo que me has prometido.

Jaime volvió a besarla mientras ella asentía con la cabeza. Entonces se levantó de la cama, se puso la camiseta de tirantes que se había quitado antes de meterse en su cama, y mientras ella admiraba su maravilloso cuerpo, que con esa camiseta parecía estar más musculado que de costumbre, él le guiñó un ojo y se fue, no sin antes volver a besarla.

Cuando salió, su hermana pasaba justo con las niñas y lo miró de arriba abajo muy seria. Al ver que llevaba solo el pantalón del pijama y la camiseta, y que salía de la habitación de Nátali, se imaginó lo peor.

—Hola, tío —le saludó Sara.

Jaime la cogió en brazos le dio un beso y se dirigió escaleras abajo diciéndole:

—Hola, princesa. No grites, tu madre está durmiendo. Está muy cansada y hay que dejar que duerma un poco más.

—Pero yo quería desayunar con ella y que me diga cuándo va a casarse otra vez con Carlos. Él yatenía que ser mi papá.

No le gustaba nada oír a su hija decir eso y tuvo que morderse la lengua.

—De momento, tu mamá y Carlos no van a casarse.

—¿Por qué?

—Tendrás que esperar a que se levante tu madre y te lo explique. ¿Ahora quieres desayunar conmigo?

—Sí. Me gusta estar contigo.

—A mí también me gusta estar contigo, princesa.—Le dio un beso, pues le llenaba de gozo oír a su hija decirle esas cosas—. ¡Un momento! ¿Y tú no vas a darme un beso? —le preguntó a Noelia.

Acto seguido cogió a la niña con el otro brazo y le dio un beso.

—Yo también quiero desayunar contigo, tío.

—Pues claro que sí, preciosa, tengo un brazo para cada una y tengo mucha hambre, tanto que podría comeros a las dos.

Empezó a darles bocados en las barrigas y ellas empezaron a chillar y a reírse a carcajadas.

—¿Por qué no vais a sentaros? Vuestro tío y yo tenemos que hablar un momento.

Cuando se quedaron solos, Helen le dio un puñetazo en el brazo muy enfadada, gritándole:

—¡Te has vuelto loco! ¿Acabas de pasar la noche con tu cuñada mientras tu hermano está agonizando en el hospital?

—No seas exagerada. Primero, mi hermano no está agonizando, y segundo, no ha pasado nada entre Natalia y yo.

—Acabas de salir de su habitación. Son las ocho y media de la mañana. Aún no estás vestido. Te encuentras demasiado feliz. Y, aun así, ¿eres capaz de decirme que no ha pasado nada entre vosotros?

—No tengo que darte explicaciones, y lo que haga con Natalia o deje de hacer no te importa, hermanita. No me amargues el día. Como bien acabas de decir, estoy demasiado feliz para que me sermonees.

—A mí puede que no me importe, pero ya veremos qué dice tu hermano y los papás cuando se enteren.

—Vas a decírselo, ¡bien!, porque me harías un favor, ya no tendría que esperar más. Si yo mismo no se lo he dicho aún, es por Natalia. Porque me ha pedido tiempo para arreglar las cosas con Carlos antes de decir nada.

—¿Serías capaz de hacerle eso a tu propio hermano? ¿Tan buena es en la cama que te ha hecho perder la cabeza de esa manera?

Jaime la cogió del brazo muy serio.

—No vuelvas a decir eso. No te voy a permitir que la insultes, ni a ti ni a

nadie. Ya te he dicho que no ha pasado nada aún, y no porque yo no haya querido, sino porque ella quiere primero romper el compromiso con Carlos.

—¿Va a romper con él? ¿Después de eso crees que podrás estar con ella?

—Nada me lo va a impedir.

—¿Crees que los papás van a dejar que estés con ella después de que abandone a Carlos?

—¿Crees que me importa? Os quiero mucho a todos, pero si me hacéis elegir entre vosotros y ellas, la elegiré a ella. Perdí a Natalia una vez por ser el hijo ejemplar y no armar un escándalo. Por esa misma razón tuve que sacrificarme y casarme con Silvia para no dejar a la familia en boca de todos, y han sido los seis años más amargos y deprimentes de toda mi vida. Y ahora que tengo una segunda oportunidad para ser feliz, me pides que la deje pasar. Pues lo siento, pero no voy a hacerlo. Natalia y mi hija son lo más importante para mí. Ya sé que parece absurdo, que solo hace tres días que vuelven a estar en mi vida, pero es así como lo siento y no me importan las consecuencias. No voy a perderlas, esta vez no. Así que haz lo que quieras, ve y cuéntalo todo, no me importa. Ahora si me permites, mi hija y mi sobrina me están esperando para desayunar.

Jaime entró a desayunar con las niñas y Helen se quedó fuera como un pasmarote. Aún estaba atónita. Nunca había visto, ni escuchado a su hermano hablar así, sus palabras habían sido duras, pero tenía que reconocer que tenía su parte de razón. Mientras le oía hablar se había dado cuenta de lo mucho que su hermano amaba a Nátali, porque si no, jamás pondría a su familia en segundo plano. Y si ella estuviera en su lugar también lucharía por su hija y por Kiko sin importarle nada, ni siquiera su familia, ya que ellos eran su familia.

\*\*\*

Nátali había intentado volver a dormirse, pero era inútil. Las pocas horas que había dormido con él habían sido muy placenteras, y ahora que él no estaba, no podía coger el sueño porque le echaba de menos. Así que decidió darse una ducha y bajar a desayunar, tenía hambre y unas ganas locas de ver a su hija.

Cuando llegó al comedor, Jaime estaba sentado con una niña a cada lado hablando, jugando, y riéndose con ellas. Ella dio los buenos días. Se acercó a su hija y empezó a darle muchos besos por encima del respaldo de la silla.

—Hola, mi amor, ¿cómo estás? Te he echado mucho de menos.

—Yo también a ti, mami. Siéntate aquí conmigo.—Cuando Nátali fue a sentarse en una silla a su lado ella insistió—: No, aquí en esta silla conmigo.

—Pero, cariño...

—Por fi, mami.

Jaime la miró y sonrió.

—Tiene mamitis, vas a tener que complacerla.

Nátali se sentó en la silla y cogió a la niña en brazos. La silla estaba tan cerca de la de Jaime que sus brazos se rozaban.

Nátali se fijó que estaba tal y como había salido de su habitación, o sea, que él tampoco se había vuelto a acostar.

—¿Han llamado tus padres? ¿Se sabe algo de tu hermano?

—No, aún no. Cuando terminemos de desayunar, nos vamos.

—¿Yo puedo ir? Mami porfi, quiero ir a ver a Carlos. ¿Cuándo esté mejor vas a casarte otra vez con él?

Nátali no pudo evitar mirar a Jaime, que no dejaba de mirarla esperando su respuesta.

—Verás, mi amor, vamos a tener que esperar mucho tiempo para eso. Carlos no tiene un simple resfriado como cuando tú estás malita, para que él se ponga bien van a tener que pasar muchos días. Pero puedes venir a verle. Vamos a ir todos juntos y así se pondrá muy contento.

Jaime le sonrió y le preparó una tostada con mantequilla y miel como le gustaban a ella. Nátali no podía creer que aún se acordara de eso y cogió la tostada dándole las gracias.

Helen no podía dejar de mirarlos y cada vez alucinaba más. Jamás había visto a su hermano prepararle una tostada a Silvia ni en sus mejores momentos, siempre era ella la que le había servido a él, y jamás había mirado a Silvia como la miraba a ella. En ese momento se dijo así misma que, aunque fuera una locura tenía que apoyar a su hermano, pero la última palabra sería de Nátali. Ella tendría que elegir con quién quería estar, aunque era evidente, solo había que verlos juntos para darse cuenta de que entre los dos había algo muy especial.

Solo esperaba que Nátali se decidiera por Jaime, no le gustaría ver a sus dos hermanos destrozados. Uno por perderla de nuevo, y el otro por tenerla por compromiso, por lástima. Porque si Nátali se decidía por Carlos, solo sería por no hacerle daño, no por amor, de eso estaba completamente segura, y así jamás haría feliz a Carlos. Lo único que conseguiría sería amargarse la

vida y la de sus hermanos también.

—Estás muy callada hoy Helen, y eso es raro en ti —le dijo Nátali al verla tan pensativa.

Jaime miró a su hermana muy serio esperando una respuesta.

—Solo está callada cuando está preocupada o cabreada, y si es lo segundo da miedo preguntar —bromeó Kiko haciendo reír a su mujer.

—No, solo estoy preocupada por mi hermano, tengo ganas de ir a verle.

—Yo también, así que, ¿por qué no nos arreglamos y nos vamos a verle?

Las niñas se pusieron como locas y todos se fueron a arreglar para salir.

\*\*\*

Cuando llegaron al garaje, Jaime se dirigió al coche de su hermano.

—¿Tú en ese cacharro? —le preguntó su hermana bromeando.

—En el mío no puedo poner la silla de la niña y este ya la lleva puesta.

—La niña y yo podemos ir con tu hermana —sugirió Nátali.

—No. Vais a estar muy apretados.

—¡Yo quiero ir con Sara, mamá! —gritó Noelia.

—Está bien, que se vengan las niñas con nosotros y vosotros vais en tu coche.

Jaime se quedó extrañado de que su hermana consintiera que fueran solos, después de la conversación que habían tenido antes, pero le gustaba la idea. Así que quitó la silla de Sara del coche de su hermano y se la dio a Kiko.

Cuando Jaime le quitó la lona al coche y Nátali vio el coche se quedó pasmada. Aún conservaba el mismo coche, y no podía creerlo.

Cuando subió al coche le golpearon tantos recuerdos buenos y malos que no pudo evitar ponerse triste y nerviosa al mismo tiempo. Jaime la miró y se dio cuenta de que estaba nerviosa, porque no dejaba de darle vueltas al anillo de su madre, así que puso su mano en las de ella para tranquilizarla, y le preguntó:

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás nerviosa?

—No puedo creer que aún tengas este coche.

—Me encanta este coche y jamás me desharía de él, pero no me has contestado. ¿Por qué estás nerviosa?

—Sé que cuando tu hermano me vea va a querer que esté con él. Va a ser cariñoso y te conozco, te vas a enfadar.

—Entonces habla con él, o mejor déjame a mí.

—Me dijiste que tendrías paciencia y que me darías tiempo. Esto no es fácil para mí.

—Está bien, lo haré. Pero no me lo pongas muy difícil, ya sabes que contigo soy muy celoso y posesivo.—La besó con ternura y pasión, ya que Kiko había salido y estaban solos en el garaje.

Cuando llegaron al hospital y entraron todos en la habitación, Carlos estaba despierto. Las niñas se echaron en la cama y los demás se acercaron a saludarle. Todos, menos Nátali, que se quedó a los pies de la cama.

—Hola, preciosas. Cuidado con mi pierna, me duele.

—A ver, Noelia y Sara, no estéis encima de la cama, podéis hacerle daño.—Helen las bajó de la cama, se sentó y le dio un abrazo a su hermano—. ¿Cómo estás, chiquitín?

—Pues aún no lo sé, me acabo de despertar. Pero ese gotero seguro que es el que me tiene medio sedado para no tener dolores.

—Eso es lo bueno de ser médico, que a ti no te pueden engañar con el diagnóstico, ¿verdad? —le preguntó Jaime dándole un abrazo— ¿Cómo estás? Vaya susto nos has dado.

—Más o menos. ¿Y Nátali?

—Estoy aquí.

—Ven, acércate.

Jaime tuvo que apartarse para dejarla pasar.

Ella se sentó en la cama y le dio un beso en los labios.

—¿Estás bien? ¿Te duele mucho?

—Ahora que estás aquí, estoy mejor.—Le cogió la cara con las manos y volvió a besarla—. Lo siento, siento mucho lo que ha pasado. Fui tan estúpido, debí mirar dónde ponía el pie.

—No digas eso.

—Esta debería de haber sido nuestra noche de bodas.

—No pienses en eso ahora. Lo importante es que estés bien y que te recuperes pronto.

—Ese es el problema. Por lo que me han dicho mis padres esto va para largo. Júrame que vas a quedarte conmigo, que no vas a irte. Porque sabes que me volveré loco aquí tanto tiempo sin ti.

—¡Ssshhh! Tranquilo, no voy a ir a ningún sitio.

—¿En cuanto pueda ponerme en pie te casarás conmigo?

Nátali no quería mentirle, pero tampoco podía decirle que no viéndolo así.

—No hablemos de eso ahora. Vamos a esperar a ver qué dicen los médicos.

—Te quiero cariño, y no quiero esperar tanto tiempo.—Empezó a besarla de nuevo, y Jaime se puso nervioso. No soportaba ver cómo su hermano intentaba presionarla—. Prométeme que te casarás conmigo en cuanto salga de este hospital y pueda coger unas muletas para ir hasta el altar.

Cuando Kiko vio cómo su amigo se pasaba las manos por el pelo, y empezaba a dar pasos por la habitación nervioso, sabía que iba a estallar. Así que le dijo a Carlos que soltara a Nátali para que Jaime se tranquilizara.

—Bueno, cuñadito, ¿porqué no dejas de presionar a la muchacha y así los demás podremos saludarte? Yo también estaba preocupado por ti, ¿lo sabías? —Le dio la mano y en ese momento entraron los médicos.

Cuando los médicos le dijeron que la operación había sido un éxito, pero que tenía que estar escayolado un mes, y que después la recuperación iba a ser larga, a Carlos se le cayó el mundo encima.

—No sé si voy a poder aguantar tanto tiempo aquí.

Se quedó tan triste y callado que Nátali no pudo evitar acariciarle la cara y besarle la mejilla. Aunque estaba enamorada de Jaime, a él le tenía mucho cariño y no podía verle tan abatido. En ese momento, Carlos la abrazó y empezó a besarla con pasión. Cuando Helen vio la cara de Jaime, le ordenó a su marido en el oído.

—Saca a mi hermano de aquí, ahora mismo.

Kiko cogió a Jaime por los hombros, diciéndole:

—Vamos a tomar el aire. —Jaime lo miró muy serio y cuando estaba a punto de protestar, Kiko insistió—: Hazme caso, luego te arrepentirías.

Jaime decidió irse al darse cuenta de que Kiko tenía razón, porque le entraban ganas de partirla la otra pierna a su hermano. Cuando Nátali se apartó de él, buscó a Jaime con la mirada, y cuando se dio cuenta de que no estaba en la habitación, se quedó más tranquila.

—Vamos, hijo, ¿por qué no dejas respirar a Nátali y decidimos quién se queda esta noche contigo? Tu padre y yo queremos irnos a descansar un rato.

—No tenéis nada que decidir, quiero que se quede Nátali. Quiero que seas tú quien se quede conmigo, por favor, cariño.

—No necesitas pedírmelo así, pensaba quedarme de todas formas.

—¿Yo también puedo quedarme, mami?

—No, mi amor. Los niños no pueden estar aquí tanto tiempo.

—Vosotras os venís conmigo y con el abuelo ahora mismo, aquí no es

bueno que estéis.

Sus padres se despidieron de Carlos y se fueron. Cuando entró Jaime parecía más tranquilo, Kiko había conseguido tranquilizarlo. Miro a Nátaliy le dijo:

—¿Nos vamos? Puedo traerte después de comer si quieres.

—Vete tranquilo, Nátali se queda conmigo.

—¿Cómo? —preguntó enfadado.

No dejaba de mirar a Nátali, la cara le había vuelto a cambiar en cuestión de segundos y volvía a mirarla fríamente

—Podéis iros tranquilos, teniendo a Nátali a mi lado no necesito más compañía, y sé por experiencia que estar en un hospital es un coñazo. Lo que sí podéis hacer es traerle ropa a Nátali para que mañana pueda cambiarse.

—¿Vas a pasar la noche aquí? —volvió a preguntar Jaime.

—Sí, va a quedarse conmigo. No te puedes imaginar lo malo que podemos ser los médicos como pacientes. Pero si tengo a Nátali a mi lado podré llevarlo bien. Con una enfermera tan hermosa cualquiera querría estar hospitalizado, ¿verdad?

—Si vas a pasar la noche aquí será mejor que vengas ahora a casa y descanses, luego puedo traerte —insistió Jaime.

—No hace falta. Estoy bien, no te preocupes.

Nátali no quería estar a solas con él, porque sabía que intentaría convencerla para que no pasara la noche con su hermano, y ella no podía dejar a Carlos ahora que tanto la necesitaba.

—Sí. No te preocupes, esta cama es muy cómoda y será como estar en casa.

A Jaime le hervía la sangre. No podía soportar pensar que Nátali fuera a pasar la noche con su hermano, y que durmiera con él.

—Bueno, será mejor que nos vayamos, ya volveremos esta tarde. Te llamaré por si necesitas que te traiga algo —le dijo Helen a Nátali.

—Está bien. Con que me traigáis a la niña para que pueda verla un rato...

—No te preocupes, te la traeremos.

Mientras decía eso, Helen iba arrastrando a Jaime hacia la puerta para sacarlo de la habitación antes de que cogiera a Nátali y se la llevara en plan troglodita. Una vez fuera, Jaime le gritó:

—¡Suéltame! ¿De verdad crees que voy a dejar que Natalia pase la noche con él, entre sus brazos?

—Pues sí, no tienes más remedio que aguantarte. Él es su prometido y tú

su cuñado, no lo olvides.

—Que yo sepa aún no se han casado, y no van hacerlo de eso puedes estar segura, y deja de decir que es mi cuñada porque nunca lo va a ser. Tu cuñada sí, la mía no.

—Jaime, tío, tienes que tranquilizarte y aguantar un poco. Piensa que tu hermano está lisiado y que nada va a pasar entre ellos. Eso debería de confortarte.—Kiko intentó tranquilizarlo una vez más.

—¡Pues no, eso no me conforta! ¡Que no pueda hacerle el amor no quiere decir que no pueda tocarla, besarla! ¡¡Joder!!

Se montó en el coche muy cabreado y salió chirriando ruedas como siempre que estaba enfadado.

\*\*\*

Nátali pasó todo el día con Carlos, pendiente de él, ayudándole en todo lo que necesitaba. Hablándole, riéndose, intentando que él estuviera lo más entretenido posible, para que no pensara, ni en la pierna, ni en el dolor. Gracias a dios, los medicamentos le hacían dormir bastante, y lo tenían un poco atontado con tanto calmante, eso le dejaba tiempo para pensar en Jaime.

Sabía que estaría muy enfadado por quedarse a pasar la noche con Carlos, pero no podía hacer otra cosa, no podía dejarlo solo en las condiciones en las que estaba.

Los padres de Carlos, Helen, Kiko, las niñas, Josemi, Lola y mucha gente más, habían ido a visitar a Carlos durante todo el día. Era un ir y venir de gente, todos menos Jaime, él no había vuelto a ir durante todo el día.

\*\*\*

Cuando terminaron de cenar Nátali puso la tele y se sentó en la butaca.

—¿Por qué no vienes aquí a mi lado? Puedo hacerte un hueco.

—Me da miedo hacerte daño en la pierna.—Le puso como excusa para no acercarse a él.

—No seas boba, no vas a hacerme daño, y si así fuera preferiría aguantar los dolores a tenerte tan lejos.

Dio unos golpecitos en la cama para que se pusiera a su lado.

—Está bien, pero si te hago daño me lo dices.

Cuando Nátali se sentó a su lado él la cogió entre sus brazos y empezó a

besarla.

Sabía que pasaría eso en cuanto estuviera cerca de él, por eso lo había estado evitando todo el día.

—Estaba harto de visitas. Tenía ganas de estar contigo a solas para poder besarte.—Volvió a besarla—. Te quiero. Lo que daría por poder hacerte el amor. No sabes cuánto me arrepiento de no haberte hecho caso hace dos semanas, cuando te pedí que te casaras conmigo y me dijiste que no era necesario esperar más. Ahora me desespera pensar que aún tenemos que esperar otro mes hasta que me quiten la escayola, y después dos meses de recuperación. Creo que voy a volverme loco.

—No pienses en eso, porque entonces se te va hacer más largo.

Ella le dio un beso en los labios y él la besó con mucha pasión.

Nátali empezó a sentir mucha pena al darse cuenta de que sus besos ya no le gustaban, que no quería que la abrazara, que la tocara, ya que ella sentía en ese momento que le era infiel a Jaime.

Qué extraño resultaba ahora todo, porque, aunque Carlos fuera su prometido, Jaime era el hombre al que amaba, y era con él, con el único que quería estar, así que estar con otro era como una aberración.

Siempre le había pasado lo mismo. Hasta el día que Jaime se había casado con Silvia y ella quiso pagarle con la misma moneda y no pudo. En cuanto Josemi empezó a besarla se dio cuenta de que no podía hacerle eso a Jaime, y ahora tampoco podía estar con su hermano, aunque fuera él y no Jaime el que tuviera todos los derechos. Ella sentía que su fidelidad estaba con Jaime, por eso cuando sintió cómo Carlos empezó a acariciarle los pechos, enseguida se apartó de él, diciéndole.

—No hagas eso, por favor.

—¿Por qué? ¿Qué te pasa?

—Porque vas a sentirte peor. Es mejor que me mantenga alejada de ti, no quiero ser la causante de que te vuelvas loco.

—¿Es por eso que te siento tan fría, tan lejana? Estos días atrás pensé que eran los nervios de la boda, pero sigues esquivándome como si no quisieras estar conmigo, y te necesito cariño, no podría aguantar esto sin ti. ¿Sabes que te quiero?

—Sí, lo sé, y yo también te quiero.—Y era verdad, le quería mucho, el único inconveniente era que no lo amaba—. Ahora intenta descansar, no voy a ir a ningún sitio hasta que no estés bien.

—Bueno, eso me tranquiliza.—La abrazó muy fuerte y acabo quedándose

dormido.

Cuando Carlos se quedó dormido, ella se levantó muy despacio para no despertarlo y se tumbó en el sofá. Al final, acabó quedándose dormida también.

\*\*\*

Era la una de la madrugada cuando Jaime entró en la habitación y la vio durmiendo en el sofá. Le gustaba comprobar que no estaba durmiendo con su hermano, porque sabía que se hubiera muerto de la rabia y de los celos si hubiera entrado y la hubiera visto durmiendo en los brazos de su hermano. Si tenía que dormir en los brazos de alguien tenía que ser en los suyos, como la noche anterior.

Se quedó un rato mirándola y recordó cada vez que se iba de su casa después de haber pasado la noche juntos. Cómo le gustaba ver sus rizos negros esparcidos por la almohada y su cuerpo desnudo, dormido y relajado. También recordó que cada día se le hacía más difícil dejarla para irse a su casa.

Parecía mentira que cuando la conoció le pareciera la muchacha más insignificante que había conocido. Él siempre había salido con mujeres despampanantes, llamativas, y no podía creer que después de unas semanas ella se convirtiera en la persona más importante de su vida, y lo más increíble, que aun después de tantos años nada hubiera cambiado. Le quitó el pelo que le caía por la cara y le dio un beso, ella pegó un brinco asustada y él le acarició la mejilla, diciéndole muy bajito:

—No te asustes, soy yo.

—¿Qué haces aquí? No deberías haber venido, tu hermano está dormido.

Se levantó del sofá, arreglándose la ropa.

—No he venido a verle a él, sino a ti.

—No mientas. Has venido a comprobar si estaba durmiendo con él en la cama.

La cogió por la cintura arrastrándola hacia él y le sonrió con picardía.

—Tienes razón, y me gustó comprobar que no era así. No podía dejar de pensar que estuvieras con él en la cama y venía dispuesto a llevarte a casa a la fuerza. Pero ahora puedo estar más tranquilo.

—Hace un rato que se ha dormido y he podido escaparme de sus brazos.

Jaime la apretó fuerte contra su pecho.

—No seas mala, sabes que es peligroso que me provoques.

Ella le sonrió.

—Me gusta que te pongas celoso, eso quiere decir que te importo.

—No necesitas ponerme celoso para eso, solo déjame demostrarte lo mucho que me importas.

Cuando fue a besarla, ella puso los dedos en sus labios.

—Aquí no, delante de él, no. Podría despertarse.—La levantó del suelo y la llevó en volandas fuera de la habitación—. Jaime, por favor, pueden vernos.

—Sabes que voy a besarte, no me importa que nos vean, y es inútil que te resistas.—Empezó a besarla con tanta pasión que Nátali se estremeció entre sus brazos, entonces le dijo al oído muy suavemente—: Puedo sentir cómo me deseas. Vente conmigo, para qué esperar más. Te necesito, nena.—Le mordió el lóbulo de la oreja y empezó a besarle el cuello.

—Para, para, para por favor, no quiero hacerle eso a tu hermano. No es lo mismo que me beses a que hagamos el amor. No podría disimular después de eso, ya me cuesta hacerlo ahora, así que imagínate si me entrego del todo a ti. Ya hemos hablado de esto, por favor, no me lo pongas más difícil.

—Difícil. ¿Crees que para mí es fácil esta situación? ¿Quieres saber cómo me sentí esta mañana mientras mi hermano te besaba? Quería partirle la otra pierna.

Se iba enfadando por segundos mientras hablaba, así que ella acarició su perilla y le besó dulcemente, apaciguando a la fiera que llevaba dentro.

—No quiero que te enfades. ¿Sabes cómo me siento yo cuando él me besa?, mal. Porque solo puedo pensar en ti. Es contigo con quien quiero estar. Son tus besos, tus caricias, tus abrazos, los que quiero sentir, no los suyos. Él es mi prometido y le quiero, sin embargo, es a ti a quien amo.

Jaime la besó suavemente diciéndole mientras apoyaba su frente en la suya:

—Por fin eres capaz de confesar que me amas. Te ha costado, ¿eh?— Bromeó haciendo reír a Nátali—. Pero no importa, yo también te amo, nena. Más de lo que nunca pensé que se pudiera amar a nadie. Creo que es por eso que acabas siempre consiguiendo que haga todo lo que tú quieres, y que no pueda enfadarme contigo. ¿Cuánto más tenemos que esperar?

—Solo hasta que empiece a recuperarse un poco. Ahora está muy decaído pensando en los meses que tiene que estar en cama. Si le dejara ahora acabaría cogiendo una depresión de caballo. Me necesita Jaime, y no puedo

abandonarlo en estos momentos.

—Yo también te necesito, pero está bien, intentaré aguantar. Pero mañana tienes que venir a casa, la niña te echa de menos. Pregunta mucho por ti, y quiere montar el árbol de navidad contigo.

—Pues este año tendrá que montarlo con su padre.

Al escucharla decir eso, la miró muy fijamente a los ojos, diciéndole:

—Es la primera vez que reconoces que soy su padre. ¿Qué te pasa esta noche, nena?

—Nada. Si no te gusta, no volveré a decirlo.

—No seas tonta, me encanta. ¿Sabes las ganas que tengo de que todo el mundo sepa que es mi hija? Sobre todo ella, que se muere de ganas de tener un papá, y yo me muero de ganas de que me llame papá.

—Entonces montarás el árbol con ella. No quiero que se sienta sola en esa casa tan grande.

—No te preocupes, hoy he pasado casi todo el día con ella y no sabes cuánto lo he disfrutado. Además, mi madre y mi hermana están muy pendientes de ella. Pero está muy pegada a ti y quiere que estés con ella, y yo también.

—No mientas. Tú lo que no quieres es que esté aquí con tu hermano, que no es lo mismo.

—¡Vaya! Me has pillado.—Con esa broma le hizo reír—. Pero, aun así, la niña te necesita.

—Lo sé, y todo depende de cómo esté tu hermano mañana. Ahora tienes que irte, es muy tarde.—Le dio un beso—. Buenas noches.

—Buenas noches.—Él volvió a besarla—. Buenas noches.—Volvió a besarla y ella sonrió—. Buenas noches.—Y volvió otra vez a besarla, y a ella le dio la risa.

—Anda, vete ya, pesado.—Le dio el último beso y se fue, mientras ella le miraba alejarse.

Cuando se tumbó en el sofá parecía una quinceañera, pues no dejaba de pensar en él, en sus besos, y en lo feliz que se sentía cuando estaba entre sus brazos. El problema volvía cuando pensaba en Carlos, entonces la tristeza la embargaba y le hacía sentirse sumamente culpable. No quería hacerle daño, pero eso era inevitable. Cuando supiera que el hombre que se suponía que nunca más iba a volver a aparecer por su vida había vuelto de golpe, y justo antes de su boda para volver a poner su vida patas arriba, le iba a doler y mucho. Aunque lo peor para él, iba a ser, saber que ese hombre era su

hermano. Y lo más sorprendente era que ella quería que su vida estuviera patas arriba, porque ahora que lo había vuelto a ver, que había vuelto a estar entre sus brazos, estaba segura de una cosa. Nunca había dejado de amarle y sabía que nunca iba a poder dejar de hacerlo.

## CAPÍTULO 17

Al día siguiente habían estado casi todo el día solos, era lunes y todos tenían sus obligaciones. Por la mañana les había visitado sus padres y su hermana con las niñas. A media tarde, había ido Josemi, con Lola y los niños, y a Nátali le había alegrado mucho verlos. Fue el momento más divertido del día, hablaron, se rieron, y estuvo muy entretenida.

Sobre las ocho de la noche cuando ya no esperaban a nadie, Jaime se presentó con la niña, Nátali se puso tan contenta que él se lo notó en la cara. La niña se le echó en los brazos y Jaime se acercó a ella, le acarició el brazo y le dio un beso muy suave en la mejilla, diciéndole:

—Le he dicho que venía a ver a mi hermano y ha querido venir conmigo.

La niña se tiró en la cama y besó a Carlos, preguntándole:

—¿Cuándo vas a venir a casa?

—No lo sé, cariño. Pero espero que pronto. Te echo de menos.

—Yo a ti también.

Nada más decir eso, se echó en los brazos de su madre.

—Mami, a ti también te echo mucho, mucho, muchísimo de menos. ¿Por qué no vienes a casa?

—Yo también te echo mucho, mucho, muchísimo de menos, mi amor —le dijo comiéndosela a besos—. Pero tengo que cuidar a Carlos, como cuando tú te pones malita y mami te cuida.

—¿Sabes que el tío Jaime, Noelia y yo, vamos a montar mañana el árbol de navidad? Y es un pino de verdad, no de plástico como el nuestro.

—¡Ay va! Qué guay. ¿Te lo pasas bien con tu tío?

—Sí. Ayer estuvimos en el parque, después jugando en casa, y por la noche vimos una peli.

—¿Cómo estás? —le preguntó Jaime a su hermano.

—Pues mal, ¿cómo quieres que esté?, soy demasiado activo para estar aquí todo el santo día tumbado en la cama sin hacer nada. Menos mal que está Nátali conmigo, porque si no, no sé qué iba a ser de mí. ¿Verdad, cariño?

Nátali le dedicó una media sonrisa, pero no se acercó a él, no quería que a Jaime le dieran los celos de nuevo.

Al rato, cuando estaban a punto de irse, la niña se le colgó al cuello

nuevamente y le dio muchos besos, y Jaime se despidió de ella con un suave y tierno beso en la mejilla.

## CAPÍTULO 18

A Nátali se le hacían las noches interminables, no conseguía coger el sueño en el sofá, pero no quería dormir en la cama con Carlos. Así que el miércoles, cuando llegó Jaime y le vio la cara de cansancio que tenía, le preguntó a su madre que se había quedado toda la tarde para hacerles compañía.

—Mamá, ¿puedes quedarte esta noche tú con tu hijo?

Nátali le miró sorprendida al oírle decir eso.

—No es necesario —dijo Carlos—, ya se queda Nátali.

Jaime miró a su hermano con cara de póker y le dijo de muy mal humor:

—No. Natalia no va a quedarse una noche más, no seas tan egoísta. ¿Es que no ves su cara? Está agotada y me la voy a llevar a casa para que se dé un baño, se relaje, esté con su hija y duerma en condiciones, aunque solo sea una noche. ¿Puedes quedarte, mamá?

Su madre sabía que, si no lo hacía, él se llevaría a Nátali de todas formas sin importarle lo que dijera su hermano, así que decidió quedarse.

—Tu hermano tiene razón, cariño, Nátali tiene que descansar, aunque solo sea una noche. Es mejor que se vaya a casa yo me quedaré contigo.

—No. No quiero que pases una mala noche, Elena. Yo estoy bien, puedo aguantar.

Antes de que terminara la frase, Jaime cogió su bolso, le cogió de la mano, y se la llevó hacia la puerta.

—Adiós, mañana te la traeré —le dijo a su hermano tirando de Nátali tras él.

—¿Sabes qué le pasa a tu hijo? —le preguntó Carlos a su madre—. Está muy raro. Normalmente parece que le caiga mal Nátali, siempre está muy serio y de mala leche cuando está ella, y ahora hasta parece preocuparle si está cansada o no. Fíjate que se la ha llevado arastras y no me ha dejado despedirme de ella.

—No seas pesado, tú también estás todo el día con ella, y total, mañana estará aquí otra vez. Tampoco tienes que despedirte de ella, ni que no la fueras a ver en un mes.

—Bueno, pero quería darle un beso de buenas noches.

«Eso precisamente es lo que no quiere tu hermano», pensó su madre.

\*\*\*

Cuando estaban fuera, Nátali le reprendió.

—No tenías que haberme sacado así de la habitación, tu hermano podría mosquearse.

—No quería enfadarme, y si te hubieras despedido de él me hubiera acabado enfadando. Lo peor es que luego lo pago contigo, acabamos discutiendo, y no quiero peleas esta noche.—Acababan de entrar en el coche, Jaime la cogió por el cuello con los dedos entre su pelo y empezó a darle besos mientras le decía—: Esta noche quiero dormir contigo.—Volvió a besarla.

—No...no podemos hacer eso.

No dejaba de besarla mientras hablaba, y de repente la soltó, puso el coche en marcha y empezó a conducir. Nátali creía que se había enfadado, entonces él la cogió de la mano y le habló muy serio:

—Sé que no quieres ponerle los cuernos a mi hermano y lo respeto. A mí no me gustaría que me los pusieran. Pero yo solo te he dicho dormir, no te hagas ilusiones, no voy hacerte el amor.—Los dos se echaron a reír—. Sé que soy irresistible y que va a ser muy difícil para ti, pero tendrás que aguantarte —Nátali no podía dejar de sonreírle, le gustaba verle así de broma y divertido, como en los viejos tiempos—, y existen dos razones para eso. La primera es que necesitas relajarte y descansar, y yo puedo proporcionarte las dos cosas.

—No tienes abuela, ¿verdad? —le preguntó divertida—. Pero sigue, me muero de ganas de saber cuál es la segunda.

—La segunda, es que yo también lo necesito.

Ella le miró con ternura y se llevó su mano a los labios, besándole los nudillos.

Siempre que se ponía romántico conseguía cualquier cosa de ella, estaba deseando que llegara la noche y acurrucarse entre sus brazos.

\*\*\*

Cuando llegaron a la casa se quedó impresionada, porque estaba toda llena de adornos navideños. Guirnaldas, bolas de navidad de todos los tamaños, campanas, cascabeles, no faltaban adornos, ni detalles por ningún sitio. Todo

estaba tan bonito, tanto, que no podía dejar de mirarlo. En el fondo del salón había un árbol gigantesco muy bien decorado.

—¿Lo habéis adornado tú y las niñas?

—Sí. ¿Te gusta?

—Está todo muy bonito, me encanta.

—Casi me vuelven loco, pero me encantó pasar ese momento con ella.— La cogió por la cintura para decirle con ternura—: Gracias, nena. Gracias, por no haberme hecho caso y tener esa niña tan maravillosa. Si hubieras abortado, ¡dios!, no quiero ni pensar en eso.

—Entonces no pienses en eso, yo nunca lo hago.—Él le dio un beso en los labios—. Para, ¿no oyes que están todos en el comedor?, podrían vernos.

—Está bien, entremos.

Estaban todos sentados en la mesa preparados para cenar.

—Buenas noches —dijo Nátali.

Al entrar al comedor y oír a su madre, Sara se levantó y echó a correr a sus brazos llenándola de besos, los mismos que le devolvía su madre.

—Buenas noches a todos. ¿Llegamos a tiempo para cenar? —preguntó Jaime.

—Justo a tiempo. ¿Qué ha pasado con tu madre? —preguntó su padre.

—Natalia tenía que descansar, aunque fuera una noche y mamá se ha quedado con Carlos.

—Creo que tienes razón, tiene cara de cansada.

—¡Mami! ¿Has visto el árbol y todo lo que hemos hecho con el tío Jaime y el tío Kiko? —Volvió a besarla antes de decir—: Pensé que no ibas a volver.

—¿Cómo no iba a volver, mi amor? Sabes que tu mami no puede estar sin ti.—No dejaba de darle besos—. Y sí, he visto el árbol y todo lo demás. Está todo muy bonito.

—¿Vas a sentarte conmigo?

—Pues claro que sí. Voy a cenar contigo, voy a dormir contigo... —Al decir eso, miró a Jaime.

—No, dormir no, mami, yo duermo ahora con la prima.

—Me parece que eso de dormir con tu hija se ha terminado —le dijo Helen—. Desde que durmieron la otra noche juntas ya no quieren hacerlo separadas ninguna de las dos.

—O sea, que me has abandonado y ya no quieres dormir conmigo.— Fingió estar enfadada haciéndole cosquillas.

—Para, mami, para. Bueno, si quieres dormiré contigo.

Nátali volvió a mirar a Jaime, y él le puso cara de perrito abandonado, haciéndola reír.

—No importa, mi amor, puedes dormir con tu prima, podré soportarlo.

Cuando terminaron de cenar y de tomar el café en el salón, a Nátali se le cerraban los ojos sentada en el sofá.

—¡Niña! Será mejor que te vayas a dormir —le ordenó Jaime padre.

—Sí, me estoy durmiendo, voy a darme una ducha y a dormir. Sara mi amor, ¿quieres que te acueste?

—No te preocupes, yo me encargo de ellas, ve y descansa —se ofreció Helen—. Se te ve cansada.

—Buenas noches.

\*\*\*

Cuando volvió a la habitación después de la ducha, Jaime estaba sentado en el sillón esperándola.

—¿Qué haces aquí tan pronto? Están todos despiertos, tienes que irte.

Jaime la miraba de arriba abajo, le gustaba volverla a ver con esa camiseta, y le preguntó sin hacer caso a su comentario.

—¿Sabes cómo me pone esa camiseta?

Se levantó, se quitó los pantalones, y fue hacia ella quitándose la camisa. Ella se quedó boba mirándole. Después de tantos años seguía siendo tan perfecto, tan musculoso, que no podía evitarlo, y sus nervios aumentaban en cuestión de segundos. Nátali tenía la mano en el picaporte de la puerta y consiguió decir nerviosa:

—Será mejor que te vayas... podría venir alguien.

Jaime le quitó la mano del picaporte y echó el cerrojo.

—Nadie va a venir a molestarte, y se supone que yo he salido con una amiga. ¿Sabes cuántos recuerdos me trae esa camiseta? —Le pasó la mano por la cintura y la acercó hacia él—. Aunque preferiría quitártela.—Le dio un beso—. Me muero de ganas de volverte a ver desnuda —mientras decía eso no dejaba de besarla, besos suaves, cortos, húmedos, y ardientes. Con la otra mano subía suavemente por su costado hasta llegar a su pecho y agarrando uno de ellos, con posesión, con fuerza—. Me he dado cuenta de que tu cuerpo ha cambiado mucho. Los años te han sentado muy bien, nena, sobre todo por aquí arriba.—Al decir eso, le apretó el pezón escapándosele un gemido de

placer.

Ella podía sentir el calor de sus manos apoderándose de su cuerpo, y un temblor le recorrió todo el cuerpo de arriba abajo.

—No digas esas cosas, me da vergüenza, y estate quieto.—Le quitó la mano de su pecho—. No es una buena idea que estés aquí, nunca has sabido controlarte.

—Tú haces que me descontrolé. ¿Sabes que tu pudor siempre me ha puesto a cien? —Bajó suavemente las manos por su espalda y cuando llegó a su culo lo apretó fuerte contra él, haciéndole notar su deseo—. Tú tienes el control, nena, solo tienes que decir que no.

Después de esas palabras empezó a besarla con tanta pasión que ella no pudo evitar estremecerse de nuevo en sus brazos, la levantó del suelo llevándola hasta la cama dejándola caer suavemente quedando encima de ella. Cuando sintió cómo su cuerpo reaccionaba con sus besos y sus caricias, era como si los años no hubieran pasado, porque volvía a tener a esa niña de dieciocho años, tierna, dulce, apasionada, e inexperta que lo volvía loco. Se movía encima de ella apretando su erección contra su pelvis, provocándola, queriéndola enloquecer de deseo para que no volviera a ponerle el freno a algo que era inevitable, y que tarde o temprano iba a acabar sucediendo entre los dos. Pero él deseaba que fuera ya, porque sabía que no podría seguir esperando mucho más tiempo. Cuando intentó quitarle la camiseta ella le cogió de las manos para que se detuviera.

—No puede ser. No puedes querer que pare ahora, no te creo.—Intentó besarla, pero ella se resistió—. Vamos, nena. Sé que quieres que te haga el amor, lo he sentido en cada poro de tu piel, no puedes negarlo.

—Y no lo niego. Pero no aquí y ahora, no en casa de tus padres y con tu hermano hospitalizado. No... no me sentiría a gusto, por favor, no te enfades.

Él se tumbó a su lado rodeándola con sus brazos, y se taparon con el edredón.

—No me enfado, yo me lo he buscado. Pero no puedes culparme por intentarlo.—Ella sonrió—. ¿Recuerdas cuando nos conocimos? Yo lo intentaba y tú me rechazabas una y otra vez.

Ella volvió a reírse.

—No seas exagerado, tampoco fueron tantas, solo dos o tres veces.

—Pues a mí me parecieron miles, me tenías tan loco que cuanto más me rechazabas más te deseaba. Has sido la única mujer que no he podido llevarme a la cama cuando he querido, sino cuando tú has decidido que era el

momento. Igual que ahora. Pero no me importa esperar. Valió la pena antes y valdrá la pena ahora.—La besó dulcemente.

—Bueno, no tuvimos un buen comienzo, ¿recuerdas? Después de ese tropezón con la cerveza y lo antipático que fuiste, me caíste fatal. No te soportaba. Y después, cuando empezaste a gustarme me daba miedo, tú eras un golfo, y yo era tan ingenua que me moría de vergüenza.

—Y tú no te puedes imaginar lo que me gustaba que fueras así. Eso fue lo que hizo que me enamorara de ti. Estoy seguro de que, si hubieras sido mía a la primera, hubieras sido una más del montón y ahora ni siquiera me acordaría de ti.

Nátali apoyó la barbilla en su pecho y mirándole con picardía le preguntó:

—¿Eso quiere decir que cuanto más te rechace más vas a enamorarte de mí?

Jaime la levantó hacia arriba dejándola encima de su pecho, y quitándole el pelo que le caía en la cara poniendo sus manos detrás de su cabeza, la arrastró hasta su boca para poder besarla.

—No. Eso quiere decir que cuanto más me rechaces, más voy a desearte. Pero no, enamorarme más no lo creo. —Ella lo miró arqueando una ceja, y él le sonrió—.No creo que pueda amarte más de lo que ya te amo nena, eso es imposible.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Yo también te amo.

Acariciando su perilla lo besó apasionadamente, haciendo que él volviera otra vez a perder el control, sin dejar de besarla, de acariciarla, hasta que de repente se paró.

—¡Uf! Será mejor que nos estemos quietecitos y nos durmamos, porque de lo contrario no voy a poder parar, ni aunque me lo pidas de rodillas.

—Sí, será mejor que durmamos, estoy agotada. Tendrás que irte antes de que amanezca.—Le dio un beso—. Buenas noches.

—Buenas noches, nena.

## CAPÍTULO 19

Cuando Nátali se despertó eran las ocho de la mañana, estaba de lado y Jaime pegado a su espalda la rodeaba con sus brazos. Desde que lo conoció despertarse en sus brazos era una de las cosas que más placer le producía, así que le acarició la mano y entrelazó sus dedos a los suyos llevándose su mano a la boca para besarle los nudillos. Cuando sintió cómo él apretó su mano sabía que acababa de despertarse e inmediatamente sintió los labios en su cuello recorriéndolo con besos suaves y ardientes.

—Buenos días. ¿Has dormido bien?

Ella se dio la vuelta y le dio un beso acariciando su perilla.

—Muy bien.

—¿Por qué haces eso?

—¿El qué?

—Cada vez que me besas acaricias mi perilla. ¿Tanto te gusta? —le preguntó sonriendo.

—La verdad es que sí, me encanta. Cuando volví a verte por primera vez, aunque te reconocí enseguida también te encontré cambiado y más guapo de lo que recordaba, y eso que era bastante difícil superarte a ti mismo — bromeó haciéndole reír—. Entonces me di cuenta de que era por la perilla que te sienta muy bien.

—Pues te puedo asegurar que dentro de poco aún te gustara más.

—¿Por qué?

—Porque cuando te haga el amor y recorra con ella todo tu cuerpo besándote cada centímetro de piel enloquecerás de placer.—Ella le sonrió tímidamente—. ¿Quieres que te lo demuestre?

—¡No! Me puedo hacer una idea.

Él se rio al verla tan nerviosa por esa insinuación tan provocativa y le preguntó con malicia:

—¿Estás segura?

Necesitaba cambiar de tema para que no siguiera sonriéndole de esa manera y mirándola así, o de lo contrario, le suplicaría que se lo demostrara inmediatamente.

—¿Sabes otra cosa que me encanta?

—No. ¿Qué?

—Despertarme en tus brazos. Pero ahora tendrás que irte, debe de ser tarde.

—Si tú quieres podría ser así todos los días.

—No creo que pudieras aguantar tanto. Ahora será mejor que te vayas. ¿Qué hora es?

Cuando Jaime miró el reloj, pegó un brinco de la cama.

—¡Joder! Me he dormido, son las ocho de la mañana.

Se levantó, se vistió, y se agachó para darle un beso.

—Anda, vete. Si alguien te viera aquí, te juro que me moriría de vergüenza.

Se despidió con otro beso y se fue.

Cuando estaba a punto de llegar a su habitación su padre le llamó; al verle con la misma ropa y la chaqueta colgada en su hombro, le preguntó:

—¿Llegas ahora? Y no disimules que llevas la misma ropa de ayer.

—Sí, llego ahora. Voy a ducharme y bajo a desayunar.

—¡Vaya! Una chica ha conseguido retenerte toda la noche, no me lo puedo creer.

Jaime le sonrió y sin decir nada se fue a su habitación.

\*\*\*

Cuando Nátali bajó al comedor estaban todos sentados menos Jaime, dio los buenos días a todos y se sentó al lado de su hija dándole un beso. Nada más sentarse, María ya le tenía la taza de desayuno delante.

—Cada vez eres más rápida. Me sorprendes, María —bromeó.

—Ahora ya sé lo que te gusta, y cuando veo que entras, te lo voy poniendo.

—Ahora entiendo por qué en esta casa no pueden estar sin ti.

—Si estuviera aquí mi mujer te daría la razón. ¿Has descansado?

—Sí, mucho. Necesitaba dormir en una cama.

—Buenos días —saludó Jaime con una sonrisa de oreja a oreja sentándose enfrente de ella y preguntándole—: ¿Has dormido bien?

—Sí, muy bien gracias —le contestó con una sonrisa en los labios.

—Bueno. ¿Vas a contarnos quién es esa muchacha que ha conseguido retenerte toda una noche entera y que luzcas esa sonrisa tan espectacular? —le preguntó su padre—. ¿La conocemos?

—¿A qué te refieres? —preguntó Helen.

—He pillado a tu hermano entrando en su habitación no hace ni media hora con la misma ropa de ayer. Eso quiere decir que ha pasado toda la noche con esa chica. Y quiero saber si por fin hay una posibilidad, aunque sea pequeña de que vuelvas a sentar la cabeza y me des nietos.

—¡Qué obsesión tienes con los nietos! O sea, que paso la noche entera con una mujer y ya piensas en nietos.—Jaime sonrió—. Estás muy mal ¡eh! Pero sí, tienes razón. Si hay alguna mujer que pueda hacerme sentar la cabeza de nuevo es ella —mientras decía eso miraba a Nátali—. Y no, no la conoces ni vas a conocerla de momento.

Helen se dio cuenta enseguida de que estaban hablando de Nátali y cambió de tema porque le daba miedo que su padre pudiera darse cuenta de lo que ocurría entre ellos.

—¿Por qué no terminamos de desayunar y nos vamos al hospital?, mamá debe de estar cansada. Y tú, Jaime, tienes que trabajar.

—De eso nada. Hoy es nochebuena y no pienso ir a trabajar.

—¿Desde cuándo no trabajas el día de nochebuena? —le preguntó su padre—. Aunque me parece estupendo que te tomes el día libre, trabajas demasiado.

—Tengo que hacer unas compras y no vendré a comer.

—¿Esta noche viene Papa Noel, mami? —preguntó Sara que estaba jugando con su prima.

—Sí, esta noche viene Papa Noel —le contestó Jaime—. Pero tú ya le habrás escrito la carta, ¿verdad? —Cogió a la niña y se la sentó en el regazo.

—Sí, la escribí antes de venir, pero se me olvidó una cosa.

—¿Qué se te ha olvidado, princesa? Quizás yo pueda hacer algo.

—Mi mamá dice que ya es tarde, que Papa Noel ya no puede recibir la carta.

—Pero yo podría pasar por la oficina y mandar un fax.

—¿Qué es un fax? —preguntó la niña muy extrañada.

Nátali sonreía, no podía dejar de mirarlos, le encantaba verlos juntos.

—Es una máquina que hace que las cartas vayan directamente a la persona que se las mandas, sin necesidad de esperar.

—¡Qué guay! Yo quiero acompañarte a mandar el fax. ¿Puedo, mami, por fi?

—Yo también quiero ir con vosotros —dijo Noelia.

—Está bien, entonces tenemos que irnos ya, pararemos antes de ir al

hospital.—Las niñas echaron a correr, pero inmediatamente se detuvieron cuando oyeron a Jaime decir—: ¡Un momento! Aún no me has dicho qué vamos a pedirle a Papá Noel.

La niña volvió y se le echó en los brazos.

—Quiero la bici de las princesas que sale en la tele, y que lleva una cesta para poner a la muñeca delante.

Jaime le sonrió y miró a Nátali, preguntándole:

—Lo tengo complicado, ¿verdad?

Nátali se echó a reír.

—Va ser que sí. Anda, vamos a vestirnos —le dijo a su hija.

—Tío, ¿yo también puedo pedir algo en el fax?

—Pues claro que sí, cariño, lo que tú quieras.

\*\*\*

Cuando estaban todos arreglados, Jaime cogió el coche de su cuñado que tenía las sillas de las niñas, y se fue con Nátali y las niñas a la oficina a mandar el fax para Papá Noel. Cuando llegaron, Nátali se quedó pasmada. La empresa era enorme.

Encima de la entrada estaba el nombre de la empresa en letras muy grandes con azulejo de Tren-cadis en tonos negros y grises que ponía “REFORMAS Y CONTRUCCIONES DE LA FUENTE. S.A.”. Nada más entrar había una exposición de cuartos de baño y cocinas muy grande. Otra de azulejos, suelos, mamparas de baño, cabinas de hidromasaje, grifos de cocina y de baño... Tenían dos muchachas que trabajaban de dependientas y cuando vieron a Jaime aparecer, acudieron a su lado inmediatamente.

—Hola, señor de la Fuente.

Las dos muchachas le miraban atontadas.

Se notaba a leguas que estaban coladitas por el jefe. Nátali sabía que eso en él era lo más natural, y aunque no les prestaba la más mínima atención, ellas se desvivían por atenderlo. Y es que cualquier mujer que se parara a mirarlo acabaría suspirando por él, y cualquiera que tratara con Jaime todos los días, enamorada. Igual que esas dos muchachas.

—Creíamos que no iba a venir hoy. ¿Podemos ayudarle en algo?

—¿Quiere un café o alguna otra cosa? —le preguntó la otra muchacha.

—No, no queremos nada. Solo hemos venido a mandar un fax urgente —añadió Jaime guiñándoles un ojo a las niñas—. Podéis estar tranquilas.

—¿Quiere que le mande yo el fax? —preguntó una de ellas.

—No, gracias puedo hacerlo yo solo. Estaré en mi oficina.—Cogió a Nátali por la cintura diciendo—: Vamos, niñas, el despacho está por aquí.

Cuando se alejaron dijo una de las muchachas:

—¿Quién es esa?

—No lo sé.

—¿Y la niña? Nunca las había visto.

—No tengo ni idea, ¿pero alguna vez has visto al jefe mirar así a una mujer?

—No, y me muero de envidia. Quién fuera ella.

—Sí. Daría lo que fuera porque me agarrara así de la cintura.

—Y yo.

\*\*\*

Pasaron por una puerta que daba a una habitación muy grande. Con varios muebles archivadores, una mesa grande con un ordenador, teléfono, fax, llena de papeles, y cartas. Era la típica mesa de una secretaria. Enfrente de la mesa había tres puertas que parecían oficinas, y al lado otra que tenía un cartel donde ponía «ALMACÉN». Entraron en una de las puertas y una vez dentro, Nátali sabía que era el despacho de Jaime. Había un escritorio grande con una fotografía de él con su madre. Varias estanterías con muchos libros y archivadores. Una mesa pequeña con vasos, unas botellas con el whisky preferido de él, y una pequeña nevera. Llamó su atención, una pared con dos diplomas a su nombre, uno era de arquitecto y el otro de aparejador.

Mientras él mandaba el fax con las niñas, ella se asomó a una de las ventanas que daba a la parte posterior del edificio. Era un patio enorme que a la vez hacía de almacén con cajas de azulejos, sacos de cemento, escayola, etc. Todo apilado en palés, y muchas máquinas como excavadoras, hormigoneras, y dos pequeños camiones. También había mucha gente andando de un lado a otro.

—¿En qué piensas? —le preguntó Jaime en el oído cogiéndola por la cintura y dándole un beso en el cuello.

—¿Qué haces? ¡Estás loco!, las niñas pueden vernos.—Se apartó de él.

—Están muy entusiasmadas esperando la respuesta en el fax de Papá Noel.

—Te has metido en un buen lío. ¿Y si no encuentras lo que te piden?

—Aunque tenga que vender mi alma al diablo voy a conseguir lo que quiere. No puedo fallarle. Son las primeras navidades que paso con mi hija y quiero que sean especiales.

Nátali le sonrió.

—No quiero que la consientas, no me gustan las niñas consentidas.

—Déjame, aunque solo sea un poco. Llevo muchos años de retraso.— Cuando Nátali le sonrió de nuevo, él volvió a acercarse a ella mirándola a los ojos—. Y tú, ¿no hay nada que desees? Puedes pedirme lo que quieras, hoy estoy generoso.

—No, yo no necesito nada.

—¿Estás segura? —Ella asintió con la cabeza—. ¿Y yo puedo pedirte lo que quiero que me regales en navidad?—La miró con picardía y le sonrió, con esa sonrisa que sabía que la volvía loca—. Quiero que seas mía esta noche, solo esta noche, nena. Sería el mejor regalo de navidad que jamás me haya hecho nadie. Bueno, mejor dicho, el mejor regalo de mi vida.

Ella se había quedado sin palabras, con su mirada y sus palabras siempre conseguían desarmarla. Cuando estaban a punto de besarse, Sara se puso a gritar como una loca consiguiendo que él se apartara de ella, y Nátali dio gracias a dios.

—¡Tío ven, corre ven! Ya ha llegado la contestación.

Jaime cogió el papel que acababa de llegar.

—¿Qué dice tío, qué dice Papa Noel? —le preguntó Noelia toda entusiasmada.

—A ver, a ver... Papá Noel dice que es un poco tarde, pero que va a hacer todo lo posible para que tengáis lo que habéis pedido estas navidades.

A Nátali le encantaba verle así, era divertido y encantador.

—¡Bieeeeeen! Entonces Papa Noel va a traerme la bicicleta.—Sara se tiró a los brazos y dándole un beso muy apretado dijo—: Te quiero tío, eres el mejor.

Jaime, en ese momento sintió una emoción muy grande.

—Yo también te quiero un montón, princesa.—La abrazó muy fuerte y le dio muchos besos.

A Nátali se le hizo un nudo en la garganta al verlos así. Sin que la niña supiera que era su padre, había algo muy especial entre ellos que Nátali nunca había visto con Carlos.

\*\*\*

Cuando llegaron al hospital estaban, Josemi, Lola, Helen, Kiko, y los padres de Jaime, saludaron a todos al entrar. Las niñas se echaron en la cama para contarle a Carlos todo lo que había pasado con la carta de Papá Noel, pero él sin dejarlas hablar les gritó:

—¡Vale, niñas, parad un momento y callaos, me estáis volviendo loco! ¡Si habláis las dos a la vez no os entiendo! ¡Y bajaos de la cama la movéis mucho y me hacéis daño en la pierna!

A Nátali no le gustaba nada que hablara así a las niñas y se acercó a la cama diciendo.

—Bien, chicas, dejad a Carlos que hoy está de mal humor.

Las bajó de la cama y Carlos la cogió de la mano acercándola a él.

—Aún no me has dado un beso.

Nátali lo miró muy seria.

—No sé si te lo mereces después de cómo has tratado a las niñas.

Carlos la empujó hacia él obligándola a sentarse en la cama.

—Lo siento, tienes razón soy muy bruto. Pero estoy nervioso esperando que venga el médico para ver si me da el alta.

—¿Te van a dar el alta tan pronto? —preguntó sorprendida.

—He pedido el alta voluntaria. Total, no me van hacer nada más solo hay que esperar, y puedo hacerlo en casa. Hoy es nochebuena y no quiero estar aquí, me deprimiría mucho.—La acerco hacia él y empezó a besarla. A ella cada vez le resultaba más difícil fingir que le gustaban sus besos y se apartó de él enseguida—. Aún estás enfadada, no volveré a gritar a las niñas, te lo juro.

—No estoy enfadada, pero hay mucha gente y no me gusta —le habló en voz baja.

—Por eso quiero irme a casa, para poder tener un poco de intimidad contigo.—Eso era lo que menos deseaba ella.

Entró el médico con unos papeles en la mano diciendo:

—Bueno, aquí tienes el alta para que la firmes. Aunque yo esperaría unos días.

—Prefiero irme a casa.

—¿Puede ser peligroso que se vaya a casa? —le preguntó Jaime al médico.

—Si siguen todas las instrucciones que le he recomendado en ese papel, no. Y bueno, siendo su hermano médico estoy más tranquilo.

Jaime cogió el papel y lo leyó, nada más leerlo le dijo a su madre.

—Sería mejor contratar dos enfermeras para que se turnaran y que estuviera las veinticuatro horas atendido.

—Jaime, no seas exagerado, somos muchos en casa no es necesario.

Jaime la miró muy serio y sin pensarlo muy bien le habló bajito:

—¿Eso crees? Y cuando haya que bañarle o ponerle a hacer sus necesidades, ¿quién va a estar limpiándole el culo? Porque no voy a dejar que lo haga Natalia.

Su madre lo miró sorprendida, y se dio cuenta inmediatamente de que no iba a dejar que Nátali estuviera atendiendo a su hermano en cosas tan íntimas y delicadas.

—Está bien, tienes razón. Tampoco creo que a tu hermano le haga mucha gracia que nosotros estemos haciéndole todas esas cosas.

—Pues sí. Que te lo haga una profesional es menos humillante —añadió Jaime.

Intentando disimular el ataque de celos que le había entrado delante de su madre al imaginar a Nátali tener que bañar o poner a su hermano el orinal para que hiciera sus necesidades.

—Doctor, ¿podría facilitarnos el teléfono de algunas enfermeras para que lo cuiden en casa? —preguntó Elena.

—Por supuesto. Además, creo que es lo mejor, ellas saben cómo mover a los pacientes, ustedes podrían hacerle daño. Aparte, las personas que tienen que estar tanto tiempo en cama necesitan muchos cuidados.

—Necesitaremos también una silla de ruedas. Podemos acomodar las habitaciones de abajo para él y las enfermeras que vengan —añadió su padre —. No creo que las escaleras sean convenientes para andar moviéndole.

—¡Bien! ¿Entonces podemos irnos a casa? —preguntó Carlos, desesperado.

\*\*\*

Cuando todo estaba arreglado, Carlos convenció a Nátali para que le acompañara en la ambulancia. A ella no le hacía mucha gracia porque le traía recuerdos muy tristes, ya que cuando murió su abuela, ella iba en la ambulancia. Pero como lo veía tan fastidiado no le podía negar nada, y al final acabó yendo con él en la ambulancia.

Cuando llegaron a la casa ya estaban preparadas las habitaciones de abajo

y acomodaron a Carlos en una de las que daba a la terraza. Entraba mucha luz y era muy grande, tenía una cama de matrimonio, una mesita, un armario, y un cuarto de baño dentro. Su padre le estaba colocando una tele.

Los chicos de la ambulancia le trasladaron en una camilla y le habían dejado en la cama.

—Y bien, ¿cómo ves la tele desde ahí? —le preguntó su padre.

—Muy bien, papá, está perfecta, gracias.

—¿Te duele la pierna, hijo? ¿Cómo ha ido el viaje?

—Estoy bien mamá, no te preocupes, me duele un poco, pero es normal.

Recuerda que soy médico.

Nátali estaba acomodándole las sábanas y le preguntó:

—¿Estás cómodo?

—Sí.

Nada más decir eso la cogió del brazo y la echó en la cama.

Cuando empezó a besarla, entraron los demás, y cuando Nátali les oyó entrar se apartó de él y miró a Jaime que estaba muy serio.

—Bueno, por fin en casa. ¿Cómo te sientes? —le preguntó su hermana.

—Voy a tener que romperme una pierna para que seas tan complaciente conmigo —le susurró Jaime que volvía a hablarle con voz de hielo detrás de ella—. Si esta noche no te decides no volveré a molestarte. Mi hermano no es el único que te necesita.—Se fue hacia la puerta diciendo muy serio—: Tengo que irme, no me esperéis a comer.

A Nátali se le hizo un nudo en la garganta. No podía creer que él fuera capaz de darle un ultimátum. O se acostaba con él esa noche o no volvería a buscarla, pensando en esas palabras empezó a ponerse de muy mal humor. ¿Cómo se atrevía a decirle algo así?, era injusto, egoísta, y no iba a volver a creer nada de lo que le dijera. Porque si de verdad la amaba como decía, jamás se le hubiera ocurrido decirle esa barbaridad. De repente, volvió en sí cuando oyó a Elena decirle:

—¿Qué te pasa querida, estás bien? No tienes buena cara.

—Estoy bien, solo necesito ir al baño.

Cuando llegó a su habitación, la rabia que llevaba dentro no la dejaba respirar y tardó un rato en recuperarse.

## CAPÍTULO 20

El resto del día lo pasó enfadada y triste, pero no tenía más remedio que disimular delante de todo el mundo. Era casi la hora de cenar, se había duchado y se iba a vestir cuando tocaron a la puerta.

—¡Adelante! —Cuando vio a Elena entrar en la habitación le sonrió; llevaba en las manos un vestido—. ¿Qué es eso?

—Con todo lo que ha pasado no hemos tenido tiempo de hablar, y tampoco pensé que pudieras ir a ningún sitio estando Carlos hospitalizado. Pero ahora es distinto. Después de cenar tenemos que ir a una fiesta, y te he traído este vestido. Es de Helen y no lo ha llegado a estrenar. Se compró dos para vuestra boda y al final se decidió por el otro. Espero que te guste.

—¡Es precioso! Pero no podemos dejar a Carlos aquí solo. Es nochebuena.

—Él es el que ha insistido que tenemos que ir, divertirnos, y olvidar estos días de tanto estrés. Vamos, vístete, la cena ya está casi lista.

Cuando se fue Elena, se puso el vestido. Era de color champán, tenía un hombro al aire y en el otro subía un tirante fino con una lazada que caía por el brazo, la lazada estaba sujeta por un broche negro. El cuerpo era drapeado hasta la cadera, donde salía una falda de gasa hasta los pies tan vaporosa que parecía que bailaba cuando se movía. La gasa tenía pequeños brillos y parecían resplandecer conforme le diera la luz, como burbujas de champán. Era muy bonito y estaba muy elegante. Se puso unos zapatos negros. Se dejó el pelo suelto. Se maquilló un poco y bajó al comedor.

Cuando llegó estaban todos, menos Jaime. Elena y Helen llevaban también unos vestidos muy bonitos, los mismos que llevaban para la boda frustrada. El de Elena era azulón de tirantes con pedrería en el escote, estrecho y por debajo de las rodillas, con un bolero del mismo azul de la pedrería. El de Helen era rosa fucsia anudado al cuello, y el pecho todo engomado. Debajo del pecho llevaba un cinturón negro de pedrería que terminaba en pico por delante, y del mismo salía una falda hasta los pies con mucho vuelo.

Los hombres iban con esmoquin negro, camisa blanca y chaleco negro. Jaime padre llevaba la corbata azulona del mismo tono que el vestido de su mujer, y Kiko llevaba la corbata rosa fucsia como el vestido de Helen. A Nátali le llamó mucho la atención ese detalle.

Dio las buenas noches y se dirigió a Carlos que estaba en la mesa sentado en la silla de ruedas, con la pierna en lo alto de una silla. Al llegar a su lado le dio un beso en los labios.

—Estás preciosa, cariño.—La miró de arriba abajo.

—Tu madre, que se ha empeñado que vaya a una fiesta. Tú también estás muy guapo.—Le sonrió.

Llevaba el pantalón del pijama, pero arriba llevaba la chaqueta negra con el chaleco, camisa blanca y corbata negra.

—Es para no desentonar con vosotros, por lo menos de aquí para arriba.

Al decir eso se señaló desde la cintura hasta la cabeza, Nátali se rio.

—¿Tiene algún significado que los hombres vayan con la corbata del mismo color que vuestros vestidos? —preguntó Nátali a Elena.

—Pues claro, querida, es como una tradición. Esta noche cada pareja va con el mismo color de vestido y de corbata.

—¿Y tú, porque no llevas la corbata del color de mi vestido? —le preguntó a Carlos.

Cuando vio a Jaime aparecer por la puerta se quedó embobada. Estaba impresionante con esmoquin, y como todos, negro, pero su corbata era color champán del mismo tono que el vestido de ella. Cuando la miró parecía que aún estaba enfadado.

—Buenas noches. Siento el retraso, se me ha hecho un poco tarde.

—¡Ahí está mi corbata! —gritó Carlos sonriendo y señalando a su hermano—. Se la he dejado a mi hermano. A mí me va a ser imposible acompañarte esta noche, cariño. Así que le he pedido a mi hermano que sea esta noche tu pareja por mí.

—Entonces será mejor que te la devuelva porque no voy a ir a ese baile, prefiero quedarme contigo —anunció Nátali muy seria mirando a Jaime.

—No quiero que te quedes conmigo. Sabes que en cuanto me tome los calmantes voy a quedarme dormido como todas las noches.

—No me importa.

—Pero a mí, sí. Estos días han sido muy difíciles y estresantes, así que quiero que vayas a esa fiesta, que bailes, que te diviertas, y que te olvides de mí por una noche. Además, ya me siento bastante culpable porque hayáis anulado la cena para cenar conmigo. No voy a permitir que os aburráis aquí encerrados cuando yo voy a quedarme dormido en cuanto me tome las pastillas.

—Pero...

—No, no hay peros. Yo voy a estar muy bien con María, y la niña está muy ilusionada con ir a esa fiesta.

—¿Dónde están las niñas? Desde que he bajado no las he visto.

—Aquí, mami, estábamos lavándonos las manos. ¿Has visto, mami?, nos hemos puesto otra vez el mismo vestido que en la boda. Mira cómo vuela.

Sara empezó a dar vueltas como una loca.

—Ya lo veo, mi amor. Ten cuidado no te caigas, vas a marearte con tanta vuelta. Aunque ya me he dado cuenta de que la única que no repite vestido soy yo. Voy a tener que ponerme el vestido de novia —bromeó sonriendo.

—Tú, no. Pero nosotras sí podíamos aprovechar los vestidos. Como comprenderás, cuando se vuelva a celebrar la boda no nos vamos a poner el mismo vestido. Ni tú, ni nosotras, no vaya ser que dé mala suerte.

—Vosotras con tal de comprar trapos nuevos buscáis cualquier excusa —bromeó Jaime padre haciendo reír a todos.

Cuando María y las dos chicas empezaron la mesa, todas las bandejas que estaban depositando en ella dejaron muy sorprendida a Nátali. Había una bandeja de langostas, otra de ostras, percebes, erizos de mar, caviar, cigalas, centollos y rojos. Cuando María puso delante de ella un cuenco con una crema color salmón, Nátali supo inmediatamente que esa crema era de cangrejo.

—Espero que te guste el marisco, querida.

—Sí me gusta. No demasiado, pero me gusta —respondió mirando a Jaime—. Pero puedo hacer un esfuerzo, no te preocupes.

—Si quieres que te preparen cualquier otra cosa solo tienes que decirlo.

—No, no te preocupes, esta noche cenaré marisco.

—Hoy Jaime se ha empeñado que quería cenar marisco, y él mismo se ha encargado del menú con María. Esto es crema de cangrejo, ¿verdad Jaime?

—Sí —contestó Jaime a su madre e inmediatamente le dijo a María—. María, ¿puedes traerle a Natalia una cerveza?—Nada más decir eso se dirigió a Nátali mirándola fijamente—: Me he dado cuenta de que no te gusta el vino.—Después, añadió con sarcasmo—: Y estoy seguro de que esta cena te va a encantar.—La miródesafiante preguntándole—: ¿A quién no le gusta el marisco? Además, ya sabes lo que dicen, que es afrodisíaco.—Él se dio cuenta cómo empezó a ponerse colorada y se rio.

—¿Por qué tú y Josemi os empeñáis en llamarla Natalia? —le preguntó Carlos—. Es Nátali, no Natalia.

—¿Te molesta que te llame Natalia? —le preguntó Jaime muy serio,

ignorando a su hermano.

—Hace mucho que nadie me llama así y ya no me acostumbro. Prefiero Nátali.

Cuando María le puso la cerveza delante y vio que era una Voll-damm, se puso de mal humor. No quería comer esa cena, ni beber esa cerveza. Al empezar a cenar se dio cuenta del porqué estaba de mal humor. Cada bocado, cada trago, le traían unos recuerdos que no quería tener esa noche. Estaba muy enfadada con él por lo que había dicho por la mañana para recordar esa noche tan maravillosa, aunque con él todas las noches habían sido maravillosas.

Como la noche que él la sorprendió con esa cena tan deliciosa y probó por primera vez su cerveza preferida. Que desde esa noche también fue la suya, y, que no había vuelto a beber desde que él la abandonara para casarse con otra, hasta ese mismo momento que parecía que la estaba embriagando.

No podía dejar de pensar en esa noche, cuando él le hizo el amor en el sofá después de cenar. Al recordarlo, no pudo evitar mirarlo. Él también estaba observándola, los dos sabían que estaban pensando en lo mismo, y ella acabó agachando la cabeza para no seguir mirándole, pues empezaba a sentir cómo le subían los colores.

—¿Qué te pasa, cariño? Estás roja —le preguntó Carlos.

Nátali se quedó callada, pues no sabía qué decir, no podía decirle que estaba pensando en una noche loca con su hermano, una noche llena de marisco, de cerveza, y de pasión arrolladora.

—Será mejor que le quites la cerveza, igual es demasiado fuerte para ella si no está acostumbrada a beber —dijo Jaime con una sonrisa en los labios sacándola del apuro.

—Estoy bien, es solo que me ha dado calor.

—Mami ¿puedes pelarme esta gamba roja gigante?

—Odio pelar gambas, ¿porqué no se lo pides a tu pa...?—De repente se quedó muda y pálida.

Casi se le había escapado, casi le había dicho que fuera a su padre, y gracias a dios, Jaime era el único que se había dado cuenta. Así que reaccionó rápidamente diciéndole para que nadie más se diera cuenta:

—Ven, princesa, yo te pelaré todas las que quieras. Deja a tu madre, que esta noche está demasiado hermosa para mancharse.

Nátali no quería mirarle, quería seguir enfadada con él y no quería hacer caso a sus piropos, no iba a conseguir que le perdonara tan fácilmente.

—Vaya, eso sí es raro —comentó Carlos a su hermano—. Es la primera vez que piropeas a mi prometida, normalmente siempre estás bastante desagradable con ella. ¿Ves?, sabía que cuando te conociera acabarías cayéndole bien.—Pasó la mano por el cuello de Nátali para darle un beso y después le preguntó a su hermano—: ¿Vas a cuidármela bien, verdad? Seguro que esta noche van a haber muchos hombres que quieran bailar con ella. Pues como bien has dicho, esta noche está demasiado hermosa.

—No seas tonto, aún no sé si voy a ir.

—No te preocupes, hermanito, no voy a dejar que ningún hombre se le arrime.—La miró fijamente y añadió—: Además, no puedes negarte a ir, cuñadita. Tu hija está muy ilusionada y yo he anulado una cita para ser tu acompañante.—Esta vez fue ella quien le miró muy seria. Él le sonrió—. Y no olvides que mi corbata es perfecta para tu vestido.

—Espero que a mí sí me dejes bailar con mi nuera.

—Me lo pensaré —contestó Jaime, divertido.

Todos se echaron a reír, menos Nátali, que no le gustaba esa conversación, pues no quería ser su pareja esa noche.

—Bueno, parad —les ordenó Elena—, estáis molestando a Nátali. No te enfades, querida, están de broma.

—Sí, no te enfades, cariño, solo es una broma.

Ella le acarició la cara y le besó; después, mirando a Jaime que se le había apagado la sonrisa al verla tan cariñosa con su hermano, dijo:

—No me enfado. Pero no sé si esta noche voy a tener ganas de bailar.—Miró a Jaime desafiante y añadió para fastidiarlo—: Puede que haga un esfuerzo con mi suegro, pero si fuera tú, llamaría a esa chica. No necesito un guardaespaldas, puedo cuidarme yo sola, siempre lo he hecho.

—¿Por qué no cambiamos de tema?

Los interrumpió Helen dándose cuenta de que algo pasaba entre su hermano y Nátali para que estuvieran tan tirantes, y tenía miedo de que a alguno se le escapara algo.

—Sí. ¿Porqué no me dices cómo va el contrato con los del hotel? ¿Vamos a construir ese hotel, sí o no? —le preguntó su padre a Jaime.

—No te importa, y no te quiero ver por la oficina, si no tendré que prohibirte la entrada.

Nátali lo miró muy sorprendida, no podía creer que Jaime hablara así a su padre. Kiko empezó a reírse al ver su cara.

—Será mejor que le expliquéis a Natalia... perdón Nátali, porqué le dices

eso a tu padre antes de que piense mal. Por la cara que pone yo diría que está flipando.

—Es que no puedo creer que le estés prohibiendo la entrada a tu padre en su propia empresa. Tienes razón —miró a Kiko al decir—, estoy flipando.

—No pienses cosas raras. Es solo que hace unos meses mi marido nos dio un susto con su corazón y los médicos le mandaron que se tomara las cosas con calma. Desde entonces, Jaime se ha hecho cargo de todo, y es el que lleva la empresa ahora. Así que le tiene vetada la entrada a su padre en cuestión de trabajo. Puede ir siempre que quiera, pero no meterse en nada referente al trabajo, se lo toma demasiado en serio y eso no es bueno para él.

—Me he criado en esa empresa, la he levantado, la he manejado a mi antojo, y ahora fíjate. Solo me dejan entrar como espectador. ¿Tú crees que hay derecho a eso?

—Si he acabado siendo arquitecto y aparejador sabes que no ha sido por gusto, sino porque yo tenía que llevar la empresa familiar. No voy a negarte que me ha acabado gustando. ¡Gracias a Dios! Pero ahora no te quejes si tengo que tomar el mando y darte la jubilación anticipada.

—¿Ves lo que pasa? Le dejas ser el jefe y te echa a la calle —bromeó su padre nuevamente.

—Lo que tienes que hacer ahora es disfrutar de la jubilación y llevarte a mi madre de viaje. Los dos os merecéis unas buenas vacaciones, que ya has trabajado bastante. Ahora te toca descansar y disfrutar de tu jubilación.

—¿Y tú cuándo vas a tener unas vacaciones? —le preguntó su padre—. Desde que te fuiste de viaje de novios con Silvia no has cogido ni una semana de vacaciones, solo días sueltos.

—En esa época prefería estar trabajando que estar en casa, por eso no necesitaba tener vacaciones.—Mirando a Nátali, añadió—: Pero no te preocupes, que cuando quiera vacaciones te pondré otra vez en plantilla —bromeó haciendo reír a su padre.

—Cría cuervos y te sacarán los ojos.

Todos se rieron y su hija le dijo:

—Puedes decir lo que quieras, papá. Pero la empresa no podría estar en mejores manos. Mi marido con las cuentas y el papeleo, y mi hermano con las obras, hacen un equipo perfecto.

—Y no lo niego, estoy muy contento con los dos y sé que pueden llevar la empresa sin problemas. Pero yo necesito estar allí, es parte de mi vida.

—Demuéstrame que puedes estar sin ponerte nervioso ni alterarte y me

encantaría volver a trabajar contigo, ya lo sabes.

—¡Ah, no! No sin antes llevarme de vacaciones —dijo su madre, haciendo reír de nuevo a todos.

—Solo dime cuándo y dónde quieres ir, y mañana mismo voy a por los billetes.

—¡Uau! Eso sí que es bonito. Eres todo un galán, suegro.—Se rio Nátali haciendo reír a los demás.

—Sí y un zalamero también —añadió sonriendo su mujer—. Y ahora, ¿por qué no tomamos el café?, tenemos que irnos enseguida. María, sírvenos el café aquí, cuanto menos movamos a Carlos, mejor.

Cuando terminaron el café y se dispusieron a salir, Jaime y Kiko cogieron a Carlos para llevarlo a la cama, y los dos empezaron a cantarle al mismo tiempo.

—¡¡La sillita de la reina, que nunca se peina, un día se peinó, y la sillita se rompió!!

Los dos y Nátali que les había acompañado, se rieron a carcajadas.

—Sois muy graciosillos —dijo Carlos—. Algún día cuando pueda levantarme me vengaré.

Lo dejaron encima de la cama y Jaime lo arropó como a un niño pequeño, dándole un beso en la frente.

—Buenas noches, chiquitín, y no te preocupes cuidaré muy bien de Natalia. Y no me mires así, sabes que no me gusta el francés y Nátali es francés. Por eso la llamaré Natalia, aunque te moleste.—Acercándose a Nátali la miró fijamente diciéndole a ella—: Y eso también va por ti.

—A mí tampoco me ha gustado nunca el francés —dejó caer Kiko. Que también se le escapaba y la llamaba Natalia, como en los viejos tiempos.

—¿Estás seguro de que no quieres que me quede? —le preguntó Nátali a Carlos.

Jaime le pasó la mano por la cintura y la llevó hacia la puerta sin esperar respuesta de su hermano. Pues, fuera cual fuera su respuesta, no iba a permitir que Nátali se quedara allí toda la noche, y menos con su hermano.

—Espera, Jaime, no te la lleves aún, quiero darle un beso de buenas noches.

Jaime la soltó de muy mala gana, y Nátali para fastidiarlo se acercó a la cama se sentó a su lado y le dio un beso. Carlos le cogió la cabeza y le dio un beso más profundo, diciéndole:

—Prométeme que vas a pensar en mí esta noche, porque eso es lo que voy

a hacer yo. Por lo menos, los primeros diez minutos hasta que me duerma.—  
Sonrió.

Nátali le devolvió la sonrisa.

—¿No habías dicho que me olvidara de ti esta noche? Aún estás a tiempo, puedo quedarme contigo.

—No, ve y diviértete. Pero no te olvides de mí, no podría soportarlo.

—Bueno, es muy tarde, ya tenemos que irnos.

Les interrumpió Jaime, y, cogiendo a Nátali de la mano, la levantó bruscamente y se la llevó.

—Adiós, ¡divertíos! —les gritó Carlos.

—Descuida, lo vamos a pasar muy bien —afirmó Jaime saliendo de la habitación, y pasándole el brazo por la cintura, acercó a Nátali hacia él preguntándole—: ¿No es así, nena?

—Suéltame, no me toques. —Se apartó de él bruscamente—. ¿Crees que se me ha olvidado lo de esta mañana? Y que conste que si he aceptado ir a ese baile es por la niña y por tus padres, no porque tenga ganas de estar contigo.

—Vamos, nena, perdóname, sé que esta mañana me he pasado, pero tú sabes cómo me pongo de mal cuando te veo con mi hermano. Y en la cena ya te has vengado bastante de mí siendo tan cariñosa con él. Creo que estamos en paz.

—¡En paz! Estoy harta de peleas por tus celos y tu impaciencia, así que creo que es mejor que...

La cogió por la cintura, la arrinconó contra la pared, y pegándose a ella le puso el dedo en la boca antes de que terminara la frase.

—¡Ssshhh!, no termines esa frase. No podría soportar que me dejaras, otra vez no.—De repente alguien les sorprendió y Nátali se apartó de él bruscamente—. Tranquila, es Kiko.

—Lo siento, chicos, pero tu padre me ha mandado a buscaros.

—Ya vamos.

Jaime le cogió de la mano y se fueron hacia el garaje. Cuando llegaron, su madre y su hermana se fijaron en sus manos. Nátali le soltó enseguida y se puso colorada.

—Toma, querida. He cogido uno de mis abrigo. No puedes ir así, te congelarías.—Le ayudó a ponerse el abrigo.

Era de piel, negro hasta los tobillos y un poco capeado, tan suave y calentito que a Nátali le dio una sensación muy agradable al notar su

contacto. Pero al mismo tiempo le daba pena pensar que llevaba la piel de un animal muerto encima.

—Es muy bonito, gracias. Pero...

—No te preocupes, no es piel auténtica, sino una magnífica imitación. Te conozco poco, pero puedo leerte el pensamiento.

—Es un alivio.—Sonrió—. No me gusta que maten a los animales para hacer abrigos.

—A mí tampoco. ¿Cómo vamos a ir?

—Nosotros cuatro juntos y Kiko que vaya con las niñas, que en su coche ya están las sillas.

—Pero nosotros no tardaremos mucho en irnos —advirtió su padre.

—Cuando queráis marcharos, os traeré a vosotros y a las niñas, así nosotros podremos estar más tiempo y más tranquilos —dijo Jaime mirando a Nátali.

# CAPÍTULO 21

El salón de fiesta no estaba ni a diez minutos de casa en coche. Jaime les dejó en la puerta mientras fue a aparcar. Cuando entraron dentro, estaba ya lleno de gente.

El salón era grandísimo, con muchas lámparas, y muy bonito. Un árbol gigantesco de navidad adornado en rojo y oro decoraba una esquina del salón, el resto estaba lleno de bolas grandísimas que colgaban del techo, guirnaldas, y lazos de colores muy llamativos, todo muy navideño.

En la otra esquina del salón había una orquesta, y en el centro, una barra muy grande con varios camareros. Las mesas grandes y redondas ocupaban medio salón, y en una de ellas estaban los tíos de Jaime que les saludaban.

Cuando llegaron, Nátali dio besos a todo el mundo, mientras no paraban de hacerle preguntas sobre Carlos. ¿Cómo estaba? ¿Cuándo iba a volver a ser la boda? Ella no sabía qué responder, y se estaba empezando a poner nerviosa, de pronto sintió unas manos por su cintura.

—Ya basta de preguntas —les dijo Jaime—. Buenas noches a todos. Ahora tendréis que disculparnos, pero nos vamos a la mesa de los primos. Mamá, cuando queráis ir solo tenéis que avisarme.—Le pasó el brazo por la cintura y la llevó hasta la mesa de sus primos.

Nátali se alegró cuando vio que en la mesa estaban Josemi, Lola, Silvia, su marido y algunos de sus primos de los que no podía recordar sus nombres.

Los niños estaban en una mesa aparte, con varios monitores y payasos. Nátali se acercó para asegurarse de que las niñas estaban bien, pero ninguna le hacía ni caso, no paraban de jugar con el payaso. Entonces volvió a la mesa.

—Hola, estás preciosa —le saludó Josemi dándole un beso.

Ella le sonrió poniéndole bien la corbata.

—Tú también estás muy guapo. Me alegro de verte.

Saludó, dio besos a todos, y se sentó al lado de Lola y Silvia intentando alejarse de Jaime.

—Y bien, cuéntanos cómo van las cosas entre tú y Jaime, porque esa corbata revela muchas cosas —le interrogó Silvia.

—Sí, ¿ya es oficial? ¿Ya habéis contado la verdad? Bueno, qué tontería, si

lo hubierais hecho, estaríais en las noticias —bromeó Lola riéndose, haciéndoles reír.

—No. No ha pasado nada. Soy la novia de su hermano y él nunca le haría algo así.

—¡Vamos! No tienes que disimular ni mentir con nosotras —dijo Silvia—. Conozco muy bien a Jaime y sé que, tratándose de ti, eso no le va a detener.

—¿Por qué dices eso? Tampoco soy tan importante para él.

—Eso no te lo crees ni tú. Si Jaime me hubiera querido alguna vez como te quiere a ti, todo hubiera sido muy distinto, o al menos hubiera valido la pena.

—No digas eso. Si se casó contigo es porque te quería.

—Se casó por obligación, porque yo presioné a sus padres para que obligaran a cumplir conmigo, y fue el error más grande de mi vida. Sabía que estaba enamorado de ti, él me lo dijo unas semanas antes de la boda. Pero yo era demasiado orgullosa para aceptar que él me dejara plantada por otra. Por eso hice todo lo que hice.

—Lo siento. Pero yo no sabía que él tenía novia cuando empecé a salir con él, si no, nunca...

—No tienes que disculparte, tú menos que nadie. Las cosas nunca fueron bien entre nosotros, o al menos, no como pareja. Siempre fuimos buenos amigos, y después de todo lo que ha pasado, sigue siendo mi mejor amigo.

—Es muy triste lo que os ha pasado. ¿Alguna vez habéis estado enamorados?

—Yo sí, al principio sí. Bueno y quién no, con esa planta que tiene, ¿qué mujer no se enamoraría de él?

Mientras oía a Silvia decir eso, no podía evitar mirarlo. Jaime estaba hablando y riéndose con Josemi y Kiko, y no podía negar que ella tenía razón.

—Creo que ninguna —dijo consiguiendo una sonrisa de Silvia

—Empezamos a salir siendo unos críos y todo iba bien entre nosotros, hasta que me enteré de su primer lío con una amiga mía, ahí cometí el primer error. Me acosté con uno de sus mejores amigos. Quise vengarme de él de la peor manera y le entregué mi virginidad a otro.

Justo en ese momento, Nátali entendió porqué fue tan importante para él que ella nunca hubiera estado con un hombre, y porque le dijo que no soportaría que otro hombre la tocara. Conociéndole como le conocía sabía

que lo que le hizo Silvia tuvo que ser muy duro para él, así que no pudo evitar decirle:

—¡Vaya! Eso debió de ser muy duro para él.

—Jamás me lo pudo perdonar. Por mi culpa perdió la amistad de su amigo y lo poco que sentía por mí se murió. Pero seguí cometiendo el error de querer estar con él, aunque no me quisiera, y me aprovechaba de tener el apoyo de sus padres que siempre quisieron vernos casados, así que le convencían para que volviera conmigo.

—A lo mejor sí te quería, por eso volvía contigo.

—No. Si me hubiera querido de verdad como a ti, jamás me hubiera engañado con otra. Él siempre ha estado conmigo por obligación, por sus padres, por los míos, y porque desde que éramos unos críos, nuestros padres nos decían que estábamos hechos el uno para el otro. Nosotros no decidimos estar juntos, nos lo impusieron desde niños, y no nos dimos cuenta, solo nos dejamos llevar. Yo sé que él nunca ha estado enamorado de mí, sí, sentía cariño, pero eso no es suficiente para vivir con alguien el resto de tu vida.— Nátali la miró sorprendida—. No me mires así, sé porqué lo digo. Cuando me dijo que estaba enamorado de ti, yo me reí, y le dije que él no sabía lo que era eso. Entonces me dijo que hasta que te conoció a ti no lo había sentido nunca. En ese momento me sentí herida en mi orgullo, sentí tanta rabia que quise molestarle y le pregunté, qué como estaba tan seguro. Que podías ser una más, un poco mejor en la cama que las demás. Pero salí escaldada, porque su contestación me dolió más de lo que yo le molesté a él.

—¿Por qué?

—Porque me dijo que era la primera vez que se sentía tan pleno y satisfecho con una mujer, y que no le interesaban las otras. Que no quería seguir conmigo porque no soportaba seguir engañándote a ti, y que por primera vez en su vida quería serle fiel a una mujer. Esas palabras nunca he podido olvidarlas, me hicieron tanto daño que por eso fui a hablar con sus padres, y volví a cometer muchos errores. Quería separarle de ti y por eso me casé con él. No soportaba saber que él pudiera querer a alguien así y que quisiera dejarme plantada en el altar para que todos se rieran de mí.

Nátali la miraba con compasión, porque en sus ojos había mucha tristeza. Debía de ser muy duro querer a alguien y saber que esa persona nunca iba a quererte.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Fui muy egoísta y os destrocé la vida. Sé que con el tiempo él me ha

perdonado y necesito que tú también me perdones.

—No tienes que pedirme perdón. Eso pasó hace mucho tiempo, y todo está olvidado.

—Cuando volviste a aparecer y supe que habías tenido una hija suya... ¡Dios mío, fue horrible! Pensar que por mi culpa él no ha visto crecer a su hija, y que tú lo tuviste que pasar muy mal sola y con una niña...

—Te he dicho que lo olvides, no quiero hablar de eso. ¿Por qué no vamos a divertirnos y bailamos un poco? A eso hemos venido, ¿no?

Intentó levantarse para ir a bailar y así obligarla a callar, pero Silvia la cogió de la mano y le preguntó:

—Espera, solo una cosa más. ¿Aún le quieres? —Nátali la miró y le sonrió —. Él te quiere, lo sé, y te puedo asegurar que si le dejas puede hacerte la mujer más feliz del mundo. Sé que vuestra situación es difícil, pero arriégate, valdrá la pena. Él se lo merece, lo ha pasado muy mal, y estoy segura de que tú también te mereces ser feliz. No cometas el mismo error que yo y te cases con la persona equivocada por lástima. Nunca serías feliz y tampoco podrías hacer feliz a Carlos queriendo a su hermano.

—¿Vais a pasaros toda la noche hablando, o nos vais a dejar que presumamos de mujeres hermosas mientras bailamos?

Cuando Nátali se giró y vio al marido de Silvia, se dio cuenta del porqué no había reconocido la voz. Jaime estaba a su lado ofreciéndole la mano, invitándola a bailar. Cuando fue a alejarse de él la cogió por la cintura y la acercó hacia él con tanta fuerza que tuvo que apoyarse en su pecho para no caer.

—Suéltame. Eres un bruto y no quiero bailar contigo.—La abrazó fuerte contra su cuerpo, arrimándola tanto a él que la dejó sin respiración—. ¡Basta! Tus padres pueden vernos.

—Entonces, baila conmigo.

La llevó hasta la pista donde sonaba un vals y empezaron a bailar.

—¿Cuándo se te va a pasar el enfado?, ya te he pedido perdón. ¿Qué más quieres que haga?

—Que no me fuerces a hacer lo que no quiero, como, por ejemplo, estar aquí bailando contigo.

—Está bien. Solo dime una cosa. ¿Esta noche vas a ser mía?

Nátali se quedó mirándole sin poder creer que él volviera a darle un ultimátum.

—No puedo creerlo. ¿Cómo era?, déjame recordar, ah, sí, o me acuesto

contigo o no volverás a perseguirme, ¿o has cambiado de opinión y a lo mejor piensas forzarme, o violarme? ¿Sabes qué te digo?, que no pienso acostarme contigo ni esta noche ni nunca.

Se apartó de él bruscamente y volvió a la mesa, sentándose al lado de Josemi. Cuando Josemi la vio sentarse a su lado tan enfadada le preguntó:

—¿Pasa algo?

—Por favor, habla conmigo, cuéntame algo, lo que sea.

—¿Porqué no mejor bailamos?—Se levantaron y se pusieron a bailar—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué te ha hecho mi primo ahora?

Ella resopló con los labios, haciéndole reír.

—Hay veces que me gustaría matarlo, como en este momento.

—Tienes que tener un poco de paciencia con él, nunca se le ha dado bien compartir.

—¡Pero si entre Carlos y yo no está pasando nada!

—Pero no es eso lo único que le tiene así. Tenerte tan cerca y al mismo tiempo no tenerte. Eso es lo que le saca de quicio. Él no está acostumbrado a esperar a las mujeres, ¿o no te acuerdas?

—Sí, y seguro que ese es su problema que está muy mal acostumbrado.

—En eso tienes razón, es como un niño. Y cuando no consigue lo que quiere hace pucheros y le dan rabietas.—Los dos empezaron a reírse—. ¿Recuerdas cuando casi me rompe el brazo por celos, porque él tenía que llevarte a casa?—Ella asintió con la cabeza—. Él sabía que entre tú y yo jamás pasaría nada, pero al saber que yo estaba loco por ti no soportaba que estuviera cerca tuya. Pues lo mismo le pasa con su hermano.

—Puede que tengas razón. Pero yo tengo las manos atadas y no puedo hacer nada. No puedo dejar a Carlos ahora, me necesita.

—Lo sé. Pero tendrás que armarte de paciencia con Jaime. Además, ya le conoces, chilla mucho y no hace nada.

—¡Ya!, pero te pone de mala leche. Bueno, olvidémonos de tu primo, ya no quiero hablar de él. Cuéntame algo.

Josemi le sonrió y se pusieron a hablar de los niños. Cuando terminó la canción, Nátali sonrió al oír detrás de ella:

—Creo que esta vez me toca a mí bailar con la chica más bonita del baile.

Nátali aceptó encantada y se pusieron a bailar.

—No creo que a tu mujer y a tu hija les guste oír eso que acabas de decir.  
—Sonrió.

—¿Por qué? Si no estoy mintiendo. Esta noche estás preciosa. No me

extraña que mi hijo te mire así. Tienes suerte de ser la novia de su hermano, si no, no creo que pudieras escapar de sus garras —bromeó sonriendo.

—No digas eso, él jamás se fijaría en mí.—Le daba terror que él pudiera darse cuenta de lo que pasaba.

—Tendría que estar ciego para no fijarse en ti, ya que es igual que yo cuando era joven. No perdía la oportunidad de estar con la chica más guapa del baile. Hasta que conocí a su madre, me enamoré como un tonto, y desde entonces no he vuelto a mirar a otra mujer.

—Eso es muy bonito.

Nátali no podía creer que se parecieran tanto. Físicamente eran como dos gotas de agua y lo que le acababa de decir se lo había dicho Jaime muchas veces, aunque ella no pudiera creerle del todo.

—Yo estoy seguro de que cuando él se enamore de verdad le pasará como a mí, y ya no se fijará en las demás.

—¿Por qué te preocupa tanto que no siente la cabeza? Él parece feliz así.

—No, él no es feliz. Conozco a mi hijo, y todos necesitamos a alguien a quién querer, con quién compartir las cosas, formar un hogar, una familia. Y aunque él no lo reconocerá nunca, yo sé que necesita todas esas cosas. El problema es que desde que su matrimonio fracasó no ha vuelto a tener interés en encontrar a alguien que le proporcione todo eso.

—Estoy segura de que algún día lo hará.—Le apenaba verlo tan preocupado por su hijo.

Cuando terminó el baile, Jaime le acompañó hasta la mesa, y le dio un beso en la mejilla.

—Voy a ver si tengo suerte y puedo bailar con mi mujer.

Nátali le sonrió, se sentó con las chicas, y se pusieron a hablar.

## CAPÍTULO 22

Jaime estaba en la barra tomándose un whisky de muy mal humor, sin dejar de mirarlos. En ese momento recordó cuando la conoció. Como ella era capaz de reírse, hablar, y bromear con cualquiera, menos con él. La manía que le tenía, y lo que le costó conquistarla. Y ahora ahí estaba huyendo de él nuevamente, y bailando con su primo. Después de tantos años, su primo seguía siendo su paño de lágrimas cuando discutían, y eso lo seguía poniendo de muy mala leche. La voz de su madre lo sacó de sus pensamientos.

—Jaime, cariño, ¿por qué no bailas con tu madre y dejas ese whisky? — Le quitó el whisky y lo cogió del brazo llevándolo a la pista y diciéndole—: Bebiendo no vas a conseguir nada, lo mejor es que te calmes y le pidas perdón.

Jaime la miró muy extrañado.

—¿De qué estás hablando?

—Tú y Nátali habéis discutido esta mañana y hace un momento, ¿verdad?

—¿Estás espiándonos?

—No. Pero ella lleva todo el día triste y de mal humor y tú también. Esta mañana te has marchado muy exaltado, no has aparecido en todo el día, y en la cena habéis estado muy tirantes. ¿Es ella, verdad? Es esa muchacha por la que hace seis años estuviste a punto de dejarlo todo.—Jaime volvió a mirarla muy serio y sorprendido sin poder articular palabra—. ¿Porqué entonces no me dijiste que estaba embarazada? Si lo hubiera sabido... Porque Sara es mi nieta, ¿verdad?

A Jaime le sorprendía mucho que su madre supiera todo, pero lo que más le sorprendía era que se lo tomara con tanta calma.

—Sí, es tu nieta. Y si lo hubieras sabido entonces no hubiera cambiado nada. Te habrían importado más las apariencias como siempre. Pero no te preocupes, yo tampoco sabía nada. Porque si lo llego a saber, no me hubiera importado el qué dirán.

—¿Ella nunca te dijo que estaba embarazada?

—No. Eso te demuestra lo equivocada que estabas cuando pensaste que solo quería mi dinero. ¿No crees que ese embarazo sería una buena razón para obligarme a estar con ella?

—Tienes razón. Estaba muy equivocada con ella y no sabes cuánto lo lamento. Ahora que la conozco puedo entender por qué querías dejarlo todo por ella. Lo siento, hijo. No puedo entender cómo es que ella no me odia, después de lo que os hice a los dos.

—Ella es incapaz de odiar a nadie, y ya no vale la pena hablar del pasado. ¿Cómo has sabido que era ella?

—Os vi en el hospital, cuando la besaste. Luego he ido atando cabos y solo he tenido que fijarme en cómo os miráis, cómo te preocupas por ella, y cómo tratas a esa niña. ¿Ha pasado algo entre vosotros ahora?

—No. Por respeto a mi hermano y a vosotros, ella no quiere. Porque si fuera por mí desde el primer día hubiera hablado con Carlos. Por eso discutimos esta mañana y casi todos los días.

—Lo sé, me he fijado cómo te pones cada vez que tu hermano la toca. Pero tienes que intentar...

—¡No! Por favor, mamá, no puedes pedirme que vuelva a sacrificarme otra vez, ni por mi hermano, ni por el qué dirán, porque no pienso hacerlo, esta vez no. No voy a dejar que se case con Carlos, se lo dije a Helen y te lo digo a ti ahora. Y si me hacéis elegir entre ellas y vosotros, lo sentiré mucho, pero me quedaré con ella.

—¿No te olvidas de algo? Ella quiere a tu hermano.

—Lo sé. Si no fuera así jamás se hubiera comprometido con él. Pero después de tantos años ella sigue enamorada de mí.

—¿Y tú aún la amas?

—Más que a nada en el mundo. Jamás pensé que pudiera querer a alguien como la quiero a ella. Es como si los años no hubieran pasado y todo volviera a ser como antes.

—Entonces tienes que tener paciencia y ponerte en su lugar. Hace cuatro días se iba a casar con tu hermano. Así que debe de ser muy difícil para ella estar contigo y tener que decirle a tu hermano que tú eres el hombre del que está enamorada, y que de repente él pasa a un segundo plano. ¿No crees que estará pasándolo muy mal?

—Sí, tienes razón, pero...

—Pero nada. Te conozco como si te hubiera parido —los dos sonrieron por ese comentario—, y sé que cuando quieres algo, lo quieres ya. Seguro que estás presionándola y de ahí vienen todas las peleas. Así que respira hondo, tranquilízate, y pídele perdón. Y vuelve a ser el hombre romántico y maravilloso que la enamoró hace seis años, porque estoy segura de que antes

eras así. Y sobre todo, espera con paciencia a que ella esté preparada para decírselo a tu hermano, porque cuanto más paciente seas y más sienta ella tu apoyo, más fuerza tendrá para decírselo. Pero cuanto más la presiones, más se alejará de ti, de eso puedes estar seguro. Soy mujer y sé de lo que te hablo.

Jaime la miraba extrañado, pues no podía creer que su madre estuviera dándole consejos para poder conquistar a Nátali, pensaba que se había vuelto loca.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi madre? —Bromeó con una sonrisa en los labios—. ¿Tengo que recordarte que el otro hombre al que Natalia tiene que dejar por mí, es tu otro hijo?

—No tienes que recordármelo, me duele en el alma pensar en eso.

—Entonces, ¿por qué no intentas persuadirme?, esa sí sería mi madre.

—Mira, cariño, no sé si de verdad llegaste a perdonarme o lo dijiste por hacerme sentir bien. Pero yo nunca he podido perdonarme a mí misma destrozarte la vida hace seis años al obligarte a que te casaras con Silvia. Si el destino te ha puesto a Nátali otra vez en el camino debe de ser una señal, y esta vez no voy a ser yo quien decida por nadie. Al final, será Nátali la que tenga la última palabra, y solo espero que se decida por ti.

—¿Por qué? ¿No te importa lo que le pase a mi hermano?

—No digas eso, sabes que no es cierto.

—Lo siento, perdóname.

—Tenéis una hija, os queréis, y podéis llegar a ser muy felices. Pero si Nátali te quiere y se casa con tu hermano, ella no podrá ser feliz, no podrá hacerle feliz a él, y tú... No podría soportar verte otra vez así.—Él le sonrió y le dio un beso en la frente—. Tu hermano lo va a pasar muy mal, de eso estoy segura. Pero acabará olvidándola y encontrará a alguien que sí le quiera a él, y no a otro.

—No te preocupes, esta vez no voy a dejar que Natalia se me escape.— Los dos se sonrieron y siguieron bailando y conversando.

\*\*\*

Cuando Jaime la dejó para ir en busca de su mujer, Nátali se puso a hablar con Lola, unos minutos más tarde sintió unas manos en los hombros y la voz de Jaime diciéndole:

—Las niñas están cansadas y mis padres se quieren ir ya. Voy a llevarlos a casa y vuelvo enseguida.

Nátali se levantó.

—Espera, yo también me voy.

—No, no voy a llevarte a casa, aún no.—Antes de que pudiera protestar la cogió por la cintura y con esa voz tan melosa que la desarmaba añadió—: Por favor, nena, perdóname. No quiero discutir más, es pronto, y quiero estar contigo. Olvidemos este día tan desagradable. Es nochebuena, ¿porqué no haces una buena acción y me das una tregua?—Ella le miró muy seria y él le puso morritos—. Por favor. Te juro que no va a pasar nada que tú no quieras que pase, y no voy a volver a enfadarme.

Cuando le vio hacer morritos de nuevo no pudo evitar reírse, y cuando él le devolvió la sonrisa, ella ya no pudo negarle nada.

—Está bien, me quedaré. Voy a darle un beso a la niña.

—Te acompaño.

Se despidió de las niñas y de sus padres preguntándole a su hija:

—¿Lo habéis pasado bien?

—Ha sido superdivertido, mami, quiero volver a venir otra vez. ¿Vas a quedarte mucho rato?

—Solo un poco más. Pero tú tienes que dormirte, sino, no vendrá Papá Noel. Y mañana no se te ocurra bajar a abrir los regalos sin mí.

—Está prohibido bajar, sin nosotros. Porque si no mandaré otro fax a Papá Noel y le diré que venga a llevarse los regalos.—Mientras Jaime decía eso cogía a la niña en brazos para darle un beso.

—Lo he entendido, antes de bajar os despertaré a los dos.

—¡Esa es mi princesa!

—¿Crees que Papa Noel me habrá traído la bici?

—Seguro que sí. Pero hasta mañana no podremos saberlo.—Jaime volvió a besarla—. Anda, ve a por tu prima que nos vamos.—Se acercó a Nátali—. Espérame aquí, vuelvo enseguida. Y no bailes con nadie que sabes que me pongo muy celoso. Bueno, solo con mi primo, si quieres.—Ella le sonrió.

Cuando Jaime llegó al lado de su madre, esta le dijo mientras se dirigían al coche:

—Empieza a sonreírte. ¿Has decidido seguir mi consejo?

—Esta noche Natalia va a pillar un empacho de romanticismo. ¿Te parece bien?

—No seas exagerado, lo poco gusta y lo mucho cansa.—Él se rio.

—No creo que se canse de mí, nunca lo hizo. Y el poco tiempo que pasábamos juntos siempre fui bastante empalagoso.

—Para, no sigas. Prefiero no conocer los detalles, es lo mejor.

—Gracias por tu apoyo, mamá, significa mucho para mí. Te quiero.

—Yo también te quiero. Y siempre vas a tener mi apoyo, ¿lo sabes, verdad?

—Sí, lo sé.

\*\*\*

Nátali estaba bailando con todos una rumba, estaba divirtiéndose y se le había pasado la mala leche. Se dio cuenta de que Jaime solo necesitaba ser amable y cariñoso para conseguir que ella olvidara todo lo malo que pasaba entre ellos. Cuando terminó la rumba se pusieron a hablar al lado de la pista, había pasado más de media hora y Jaime aún no había vuelto.

—Helen. ¿Cuánto hemos tardado en llegar antes?

—Unos diez minutos. ¿Por qué?

—Hace más de media hora que se fue tu hermano y aún no ha vuelto. ¿Y si le ha pasado algo?

Empezaba a sentir una angustia muy grande. No podía ni siquiera pensar en eso porque si algo le pasara no podría soportarlo. De pronto, en su mente sonó una alarma.

«¡Dios mío! ¿Y si vuelve esa horrible maldición?».

Su cuerpo empezó a temblar. Lola le pasó la mano por el brazo al ver su cara de preocupación, y le dijo:

—Tranquila, seguro que está bien.

—No te preocupes, a mi hermano no le ha pasado nada. Mala hierba nunca muere.—Nátali la miró muy seria—. No me mires así, solo era una broma.

Cuando Nátali escuchó la canción que empezaba a sonar le dio un vuelco el corazón. “Bailar de lejos no es bailar, es como estar bailando solo”. Sonrió y empezó a buscarlo con la mirada.

—¿Le has visto? —le preguntó Lola al ver su sonrisa.

—No. Pero está aquí.

—¿Si no lo has visto cómo sabes que está aquí? —le preguntó esta vez Silvia.

—Es nuestra canción, sé que está aquí.

De repente, un hombre se puso delante de ella tapándole la visión y preguntándole.

—¿Quieres bailar?

—No, gracias.

Solo deseaba bailar con Jaime, pero no podía verlo. Él hombre volvió a insistirle.

—Sería un placer para mí.

—Lo siento, pero...

Se quedó muda cuando oyó a Jaime detrás de ella decir.

—Tendrás que buscarte a otra, esta chica es mía.

Jaime la cogió por la cintura y la llevó hacia la pista de baile, ella se dejó llevar sin protestar. Cuando llegaron al centro de la pista, la rodeó con sus brazos y la pegó a su cuerpo. Ella le pasó los brazos por el cuello diciéndole en un susurro, pues aún estaba emocionada al verlo sano y salvo:

—Por fin estas aquí.

—¿Ya no estás enfadada?

—No. Pero no vuelvas a hacer eso. ¿Porqué has tardado tanto? Estaba muy preocupada. Si te pasara algo...—Él le sonrió—. No te rías, no podría soportar... —Sin dejarla terminar de hablar, le dio un beso en los labios—. Para, pueden vernos.

—No me importa.

Él volvió otra vez a besarla.

—Aquí no, por favor, todos te conocen.

Sin escuchar sus palabras empezó a besarla con tanta pasión que ella no pudo resistirse. Su boca era como un tormento y cuanto más la besaba más deseaba ella sus besos. Cuando él sintió cómo se estremecía entre sus brazos le dijo apoyando su frente en la de ella:

—¡Dios, nena! Si supieras cómo te deseo. Cuánto te he echado de menos todos estos años. Todos los días me despertaba pensando en ti, y todas las noches te odiaba por haberte ido, por haberme dejado. Prométeme que no vas dejarme otra vez, no lo soportaría.

—Te lo prometo.

Esta vez fue ella quien lo besó apasionadamente, porque sus palabras le llegaban al corazón.

—Tengo una sorpresa. ¿Quieres acompañarme?

—Hasta el fin del mundo.

Jaime sonrió al oírla decir esas palabras, le cogió de la mano y la sacó de la fiesta. Le ayudó a ponerse el abrigo y cuando salieron a la calle, estaba Kiko hablando con un amigo en común.

—¿Dónde vais?

—Nos vamos. Invéntate algo, ¿vale?

—A mí también me gustaría perderme con una chica así —le dijo el otro hombre—. ¿Por qué siempre te llevas a las más guapas? ¿Qué tienes tú que no tengamos los demás?

—A ella —respondió Jaime mirando a Nátali orgulloso—, y es la única que me importa. Todas las demás son tuyas.

Pasó el brazo por los hombros de Nátali dándole un beso, y la llevó hasta el coche.

Cuando estaban dentro del coche le dijo Nátali preocupada:

—Te has vuelto loco. Todos van a preguntar por nosotros, y mañana...

Él le puso el dedo en la boca para hacerla callar diciéndole con una voz muy sensual.

—¡Ssshhh! Olvídate de mañana, solo te pido esta noche, nena. Vuelve a ser mía esta noche y mañana será todo como tú quieras.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Entonces soy toda tuya. Pero solo esta noche —le advirtió con una sonrisa en los labios.

Él sonrió y le dio un beso.

—No quiero que te preocupes por nada. Kiko es muy ingenioso y algo se le ocurrirá para justificar nuestra ausencia. ¿Confías en mí?

Ella le miró arqueando una ceja y cuando le vio sonreír, le dijo:

—Sabes que sí.—Jaime se quitó la corbata y se la puso en los ojos atándosela en la cabeza—. Qué susto. Creí que ibas a estrangularme —bromeó, haciéndole reír.

—Si ves donde vamos no sería una sorpresa.

Cuando empezó a conducir, ella le preguntó:

—¿Está lejos?

—No.

—Dame una pista.

—No voy a decirte nada hasta que no lleguemos. No seas impaciente, y no se te ocurra mirar.

—Mira quién fue a hablar, don paciente.—Él empezó a reírse y le dio un beso en la mano.

—Ya llegamos, falta muy poco.—Cuando aparcó el coche le dijo antes de bajar—: Prométeme que no vas a mirar hasta que yo te diga.

—Sí, pesado, te lo prometo.

Jaime bajó del coche y dio la vuelta para ayudarla a bajar. La giró un poco, y le puso las manos en los hombros, preguntándole:

—¿Estás preparada?

—¡Sí, por Dios! ¿Qué es?

—¿Eso quiere decir que sí? —Cuando ella resopló los labios, él se rio y le quitó la corbata diciéndole—: Espero que te guste.

Nátali se quedó con la boca abierta. Los ojos se le llenaron de lágrimas por la emoción, y cuando le puso las llaves delante de la cara se volvió hacia él. Él le sonrió y le cogió la cara con las manos para quitarle las lágrimas que empezaban a correr por sus mejillas, dándole un beso.

## CAPÍTULO 23

—Es tu casa, nena. La compré para ti y la he arreglado para ti, solo espero que esté todo como tú querías. No llores —le dijo, besándole las lágrimas que le caían de la emoción.

—Lo...lo siento... no puedo evitarlo. Jamás hubiera creído que... ¿Cómo has podido...?

No le salían las palabras de lo emocionada que estaba al volver a ver su casa después de tantos años. Sin poder controlarse le dio un beso muy apasionado.

—Creo que te ha gustado mi sorpresa.

—Sí, muchísimo.—Sonrió y le dio otro beso—. Te amo —volvió a besarle—, te amo, te amo, te amo...

No podía dejar de besarle y decirle lo mucho que le amaba. Cuando consiguió controlarse volvió a mirar la casa que, aunque era la misma, estaba tan cambiada que no podía recordar cómo era antes.

La fachada estaba muy bonita. Tenía un zócalo a media altura de lado a lado de la casa con piedra rústica en relieve de color beis oscuro. Alrededor de la puerta y las ventanas había un premarco con la misma piedra del zócalo. Incluso la cornisa era beis igual que la piedra, y el resto de la fachada estaba en color granate. Los escalones para entrar a la casa hacían forma de abanico de mármol travertinos. La puerta doble de madera, las ventanas, las rejas, todas eran nuevas.

—¿Estás preparada para volver a ver tu casa? —Ella asintió con la cabeza, pues la emoción no la dejaba hablar—. Tengo que decirte que no parece la misma.

—De eso puedo estar segura... por fuera ya no lo parece.

—¿Pero te gusta?

—Me encanta, es perfecta. Pero ya no es mi casa, es tuya.

—No. Es tu casa. Ya te he dicho que la compré para ti.

—¿Y no será mejor decir nuestra casa?

—Eso me parece perfecto.—Le cogió de la mano y abrió la puerta.

Cuando entraron, le quitó el abrigo y lo colgó en un perchero detrás de la puerta, colgando el suyo también.

La entrada estaba un poco más amplia que antes, justo enfrente de la puerta había una pared de pavés. A la derecha estaba el perchero y un paragüero, y al otro lado, había un mueble colgado de la pared con unos cuencos de varios tamaños de latón para dejar las llaves, las cartas... Encima del mueble había un espejo ovalado muy grande, y en el suelo, justo en el marco separando el recibidor del comedor, un gran jarrón de cristal, lleno a la mitad de piedrecitas de colores, y dentro unas ramas altas artificiales entrelazadas. Las paredes eran de color caramelo, y el suelo de mármol granate, beis y negro, tan brillante como un espejo.

Cuando giró la pared de pavés se encontró con el salón comedor, gigantesco, pues había tirado una habitación que había dado al comedor, y aunque no estuviera separado por ninguna pared, la entrada al salón estaba justo en el centro y hacía de separación. A la derecha estaba el salón con una rinconera chaise-longue de tres plazas en color chocolate y naranja, y al otro lado, enfrente, otro sofá de tres plazas. Delante de los sofás, una mesa de centro grande cuadrada de madera de haya y cristal opaco, y justo enfrente una televisión de cincuenta pulgadas colgaba de la pared. Debajo de ella, un mueble de cristal y plateado con los altavoces empotrados, con un DVD, y un equipo de música.

Todas las paredes estaban pintadas igual que el recibidor menos la pared de la televisión que estaba en color chocolate. Unos estores japoneses de cinco paneles, tres de ellos en beis con unos ramajes naranjas y chocolate en el centro, y los otros dos paneles de los lados en naranja, tapaban las puertas que daban a la terraza. En la esquina, al lado de los sofás estaba la chimenea de piedra que estaba encendida, y enfrente de ella una alfombra muy grande en color caramelo como las paredes, con mucho pelo y muy mullida.

—¿Por qué está encendida la chimenea? —le preguntó sorprendida.

—¿Por qué crees que he tardado tanto antes? Estaba preparando la casa para que cuando llegáramos estuviera caliente. He puesto la calefacción para calentar toda la casa, la chimenea es solo para darle un toque romántico. ¿No crees?

Ella sonrió y le besó.

—Sí, es muy romántico, y me encanta.

—Ven, vamos a ver la parte de arriba.

Pasaron por el comedor para subir las escaleras. El comedor tenía una mesa grandísima de tres metros, igual que la del salón en madera y cristal, con ocho sillas alrededor. Una vitrina, un aparador, y encima de este, un

tríptico con unos colores muy intensos con formas raras, muy bonito y llamativo. Al fondo, había una puerta con cristales que daba a las escaleras para acceder al piso de arriba, y cómo no, ya no estaban las antiguas escaleras de piedra con la mitad de los peldaños desconchados y rotos, sino unas nuevas de mármol beis, con una barandilla de hierro forjado negra.

Cuando llegaron arriba, le enseñó dos habitaciones vacías, que antes habían sido tres, bastante pequeñas. Luego un cuarto de baño con una pila grande encastrada en una bancada de mármol, pegada a la puerta hasta la otra pared de enfrente, y un mueble debajo. En la pared de enfrente, el váter y el bidé, y en la otra pared detrás de la puerta, una ducha con mampara. Las paredes estaban chapadas, mitad en gresite con varios tonos de azules, grises y blancos, y una cenefa de color azulón separaba el resto de azulejos hasta arriba en blanco.

—¿Te gusta?

—Es muy bonito.

—Me hubiera gustado elegir contigo los azulejos. Si hay algo que no te guste solo tienes que decirlo y lo cambiaremos.

—Todo es perfecto, no podría estar mejor.

—¿Quieres ver la habitación de la niña? La montaron ayer, en cuanto supe que era papá fui a comprarla y tuve que pagar un suplemento para que me la tuvieran en tres días. Espero que te guste y a ella también.

Ella asintió con la cabeza y la llevó a la habitación de al lado.

Cuando entró le dio la sensación de estar en una habitación de cuento de hadas. La cama era de cuerpo y medio, con una mesita a cada lado blancas y el cabezal fucsia, la colcha era blanca con unas flores grandes en fucsia, pistacho, amarillo y azul.

En el centro de la cama, del techo colgaba una mosquitera redonda para cubrirla toda, blanca con lunares de los mismos colores que las flores del edredón. En la pared de al lado un ventanal de pared a pared con un escritorio debajo. La base era blanca y debajo, tres cajoneras haciendo de patas sujetando la mesa, las dos de los lados fucsias y la del centro blanca. La cortina que tapaba todo el ventanal era blanca y caía justo hasta la mesa, tenía unas caídas a los lados en fucsia recogidas a un lado, y como era tan grande en el centro tenía otra caída fucsia muy ancha recogida con una gran lazada blanca. Al otro lado de la habitación, un armario muy grande de pared a pared, todo blanco, con las mismas flores que el edredón grabadas en la madera, unas más grandes otras más pequeñas, con los pomos, y el zócalo de

arriba y abajo fucsia. Las paredes pintadas en rosa palo hacían destacar los muebles.

—Cuando la niña vea esta habitación te va a comer a besos. Se va a volver loca, ya lo verás.

—Faltan muchos detalles que podremos hacer juntos, yo solo he comprado los muebles.

—Y lo has hecho muy bien. Tienes mucho gusto, todo está muy bonito. ¿Y nuestro dormitorio?, antes estaba aquí —dijo, señalando la otra pared del pasillo—. Recuerdo que había dos dormitorios y un baño, ahora solo hay una puerta. ¿Qué has hecho con las otras dos habitaciones?

—Me gusta cuando dices eso de, nuestro dormitorio. Había perdido la esperanza de compartir esta casa contigo, y eso que cada centímetro de ella está hecha pensando en ti. Como tú me dijiste, ¿recuerdas?

—Sí. Lo que no puedo creer es que tú te hayas acordado de todos los detalles.

—Recuerdo cada minuto que hemos pasado juntos, nena.—Cogiéndola por la cintura, la besó—. Cada segundo.—Volvió a besarla—. Cuando estaba aquí metido todos los días tirando paredes, levantándolas, y reconstruyendo la casa poco a poco, pensaba que volverías pronto. Que en cuanto empezaras a echarme de menos vendrías a mí, pero los meses iban pasando y no venías, y eso me cabreaba muchísimo.

—No puedes imaginarte lo que te echaba de menos, quise volver tantas veces... Si no hubiera sido porque estaba embarazada no hubiera podido estar sin ti ni dos semanas, hubiera vuelto contigo enseguida. Pero imaginar que no querías al bebé me hacía alejarme de ti.

—Nunca debí decirte esa tontería, y aún no sé porqué lo hice. Cuando me dijiste que estabas embarazada yo estaba muy mal. Había discutido con mis padres para anular la boda, pero fue imposible, y pensé que no era el momento de tener un bebé. Cuando al día siguiente me llamaste quería disculparme y decirte que no quería que abortaras, pero tú fuiste tan borde que pensé que no querías tener el niño porque no habías conseguido manipularme. Estuve esperando hasta el último minuto que te echaras atrás y me dijeras que no ibas a seguir adelante con el aborto, y si lo hubieras hecho hubiera dejado todo por ti, nena. No me hubiera importado, ni mis padres ni esa maldita boda, lo hubiera dejado todo por ti y por mi hija.

—Y no puedes imaginarte cómo deseaba decirte que no quería hacerlo. Cuando estaba en la camilla, esperando que me hicieran el aborto, solo

esperaba que entraras y pararas esa locura. Pero no lo hiciste y mi decepción fue tan grande que por eso no te dije que no había abortado. Después tuve miedo de decírtelo. Total, ibas a casarte, y yo no te importaba.

—Sabes que eso no es cierto, te lo demostré muchas veces.

—Sí, en la cama, haciéndome el amor. Ahí los hombres sois capaces de decir cualquier cosa para tenernos contentas.

—Nunca te dije que te amaba mientras te hacía el amor, no necesitaba eso para tenerte contenta y lo sabes. Como también sabes que cuando te lo dije no te estaba mintiendo.

—Será mejor que dejemos ese tema y me enseñes el dormitorio. No quiero que terminemos discutiendo.

Jaime se calló y le cogió de la mano al darse cuenta de que tenía razón, si seguían hablando del pasado acabarían discutiendo, y él no tenía más ganas de pelear. Por fin había conseguido llevarla hasta allí y quería disfrutar lo que quedaba de noche con ella.

—Tienes razón, no quiero volver a pelear. Esta noche no.

Cuando abrió la puerta, Nátali se quedó asombrada. La habitación era muy grande, enfrente había un ventanal de pared a pared también tapado con un estor japonés como en el comedor, pero en granate y blanco, tenía un dibujo en negro de unas cañas entrelazadas subiendo hacia arriba. El estor terminaba al final de la ventana en un poyete donde apoyaba el cabezal que iba también de pared a pared. Era una base tapizada en piel negra, con dos mesitas que parecían estar encastradas dentro del cabezal a cada lado de la cama. La cama era tan grande que ocupaba casi media habitación, con un arcón debajo tapizado en piel negra. El edredón metido por dentro era granate con el mismo dibujo que las cortinas en negro.

—¿Tienes miedo de caerte de la cama? Es enorme.

Jaime se rio y cogiéndola por la cintura la acercó hasta él para decirle:

—No. Lo que quiero es tener mucho espacio para poder revolcarnos sin caernos mientras hacemos el amor toda la noche, y así poder saciar este deseo tan grande que tengo de que vuelvas a ser mía. Aunque para eso voy a necesitar muchas noches, son muchos años esperando que volvieras.—Ella sonrió y él la besó, entonces le habló con una voz ronca y una mirada intensa poniéndola muy nerviosa—. Tengo miedo de empezar a amarte porque sé que no voy a poder parar.

Cuando fue a besarla de nuevo, ella le soltó.

—Entonces tendrás que esperar porque quiero terminar de ver el resto de

la casa.

—No seas mala. No creo que pueda esperar mucho más, y total, ya estamos aquí —dijo mirando la cama. Ella le miró levantando las cejas y encogiendo los hombros—. Está bien, va a ser la visita más rápida de la historia.

—Estás loco.—Se rio.

Le cogió de la mano y la llevó a una de las puertas que había en la habitación. Era un vestidor con un espejo enfrente, y del techo al suelo, de pared a pared, a cada lado había un armario con cajones, estantes, y percheros, todos vacíos.

—Puedes elegir el que quieras, son los dos iguales —explicó con rapidez saliendo del vestidor.

La llevó a la otra puerta de enfrente y cuando Nátali vio el cuarto de baño se quedó alucinada. El suelo era gris marengo y tenía unas betas en negro, daba la impresión de que subía el suelo por la pared unos cincuenta centímetros, y el resto de la pared era en gris perla con las mismas betas que el suelo, pero en gris marengo. A unos treinta centímetros antes de llegar al techo había una cenefa ancha tipo gresite de cristales y espejos de colores combinados, todos en tonos grises, negros, y blancos. El saneamiento era blanco, con una bancada de porcelana con dos senos ovalados muy grandes, y encima de ellas un espejo encastrado que ocupaba casi toda la pared también con forma ovalada. Debajo de las pilas un mueble gris marengo las sujetaba.

En la pared de al lado, el váter y el bidé colgaban de la pared sin patas, encima de ellos una gran ventana de pavés para que entrara la luz, y en la misma esquina una bañera de hidromasaje muy grande redonda. A continuación, casi detrás de la puerta, una ducha con cabina de hidromasaje.

—Con tanto hidromasaje no vamos a salir del cuarto de baño nunca, va a ser muy relajante estar en este baño.

—La bañera es para relajarnos los dos juntos y la ducha por separado. Solo espero que usemos más la bañera que la ducha. Además, se nota que no he tenido que pagar el material ¿verdad?

—Pues sí se nota, y te puedo asegurar que me gustará más usar la bañera. Además, estoy deseando probarla.—Sonrió.

De repente, la sacó de la habitación y la llevó escaleras abajo.

—¿Qué haces?, ¿dónde vas tan deprisa?

—A terminar de enseñarte el resto de la casa.

Ella sonrió y le siguió igual de rápido.

Sabía porqué corría tanto y la verdad es que ella también deseaba estar con él. Y como no podía seguir negándosele a sí misma, había aceptado a pasar con él la noche, y no quería pensar en cómo se sentiría al día siguiente al mirar a Carlos a los ojos. Eso prefería ignorarlo y cuando llegara el momento ya vería cómo lo hacía, de momento solo quería estar con él y lo demás no importaba.

Cuando llegaron a la cocina a Nátali le encantó, era tal y como se la había imaginado. Con una isla en el centro, con la vitrocerámica, y la campana muy grande colgada del techo plateada; debajo de la vitro había unos cajones grandes para las cacerolas y sartenes, y un mueble para las especias. En una de las paredes estaba la nevera doble, y un congelador igual de alto que la nevera. Al lado estaba el horno, y encima de él el microondas, y varios muebles de cocina. La pila estaba debajo de la ventana que daba al patio al lado de la puerta para salir a la terraza, y en un lado había una mesa grande de cristal y acero, con seis sillas alrededor. Toda la cocina estaba combinada en blanco, rojo y acero.

Nátali se giró, diciéndole:

—Me encanta, ha quedado muy bonita, tal y como me la imaginaba.

—Me alegro de que te guste. Pero estoy seguro que esto te va a gustar más.—Le cogió de la mano y la llevó afuera.

Salieron por la puerta que estaba al lado del ventanal, debajo de la pila. El patio estaba muy bonito, todo chapado en azulejo valenciano, con una barbacoa de azulejo de cara vista. Dos árboles y unas jardineras con rosas daban colorido al patio. En el centro, una mesa de forja con la base en azulejo y unas sillas alrededor.

En el fondo había una puerta corredera muy grande de hierro negro. Jaime se paró enfrente de ella, encendió unas luces y la miró.

—¿Es el huerto de mi abuelo? —preguntó emocionada.

Estaba abrazada así misma muerta de frío, y cuando él se dio cuenta, se quitó la chaqueta enseguida y se la puso, abrazándola para darle calor, y le dijo:

—¡Era el huerto de tu abuelo!, ya no queda nada de él. Pero estoy seguro de que te va a gustar el cambio.

Abrió la puerta de hierro y Nátali se quedó con la boca abierta. El huerto ya no estaba evidentemente, pero en su lugar había una piscina grandísima rodeada de césped y varios árboles. Aun lado, un columpio, un tobogán y una casita de juegos. Nátali se imaginó al verlos que también los había comprado

cuando se enteró que era papá, igual que la habitación.

Enfrente de la piscina había un velador muy grande, con seis columnas de madera, el techo y las paredes de lona beis eran desmontables. Dentro del velador había dos sofás de dos plazas de mimbre negros con unos cojines muy gordos en gris perla, y un sofá balancín de tres plazas también negro. En el centro, una mesa cuadrada de mimbre negra con un cristal opaco.

—Todo es tan bonito. Me encanta la piscina, y eso que no sé cómo se llama, es una pasada.

—Es un velador. Aún tengo otra sorpresa.

—¿Otra?!

—Sí, ven.—Cogió su mano una vez más y la arrastró tras él.

La llevó a la parte de atrás donde estaba el garaje y abrió el portón. Cuando vio la moto de su abuelo se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas. Estaba impecable, se acercó a ella y le pasó la mano por el volante, volviendo muchos recuerdos a su cabeza. Sobre todo, el de su abuelo al que había querido como a un padre, aunque en realidad había sido eso para ella, ya que perdió a sus padres siendo tan pequeña que no se acordaba de ellos.

—No puedo creer que aún esté aquí, ¿funciona?

—Sí, la he cuidado muy bien.

Nátali se acercó a él, le pasó las manos por la cintura y le dio un beso.

—¡Te amo! Sabes lo que todo esto significa para mí. Aún no puedo creérmelo, ¿cómo has conseguido todo esto, la casa, el huerto?

Él le quitó las lágrimas, contándole:

—Cuando volví a por ti y vi a esa gente ocupando nuestra casa, sentí mucha rabia. Porque cuando estaba aquí contigo sentía como si esta casa también fuera mía, y no soportaba que nadie más estuviera aquí. Supe lo que debió de significar para ti deshacerte de la casa, lo mal que lo debiste pasar, y me sentí tan culpable que tuve que comprarla, pensando que cuando volvieras todo fuera igual que antes. Me costó convencer a los dueños para que me la vendieran ya que se acababan de mudar, y tuve que darles bastante más de lo que te dieron a ti. Menos mal que la vendiste por mucho menos de lo que valía.

—Sí, tenía prisa, necesitaba desaparecer antes de que volvieras porque si no, sabía que no podría irme.

—Lo imaginé. Pero ahora que has vuelto sé que ha valido la pena todo lo que he invertido en esta casa.

—¡Ya! Conforme está ahora, seguro que te habrás gastado una fortuna.

—Sí, pero ahora podría venderla por tres veces más de lo que me ha costado.

—Ni se te ocurra hacer eso porque podría matarte —bromeó, haciéndole reír.

—Esta será nuestra casa, y espero envejecer en ella contigo a mi lado.

—Sí, será todo un placer envejecer a tu lado —dijo con una sonrisa y un beso muy apasionado—. Ahora, ¿vas a contarme cómo conseguiste el huerto de mi abuelo?

—El huerto fue casualidad. El vecino se murió y su mujer no podía ocuparse de él, yo le hice una oferta y me lo vendió. Todas las cosas que dejaste cuando te fuiste, están en esas cajas.

—¿Todas? —preguntó, mirándolas, atónita.

—Sí. Bueno, menos un par de fotos tuyas que siempre me gustaron y que coloqué por ahí. Pero, por favor, déjalo para otro día, ya hemos visto toda la casa y ahora te necesito, nena.—Le dio un beso—. Si me haces esperar más, voy a enloquecer.

Ella le sonrió y volvió a besarle con mucha pasión.

—Entonces, no esperemos más. ¡Soy toda tuya!

Jaime le sonrió con esa sonrisa que la volvía tonta, después la besó y la abrazó con tanta pasión que el frío de la noche desapareció al sentir el calor de su cuerpo pegado al suyo. Cuando la levantó del suelo para llevarla en brazos hasta la casa, era como si el tiempo no hubiera pasado. Una vez dentro, la dejó en el comedor, diciéndole:

—Espérame, vuelvo enseguida. Ve entrando en calor.

—Para eso solo te necesito a ti.

Jaime se rio y salió por la puerta de la cocina diciéndole muy serio:

—¡Volveré!

Cuando se quedó sola se dio cuenta de que en una pequeña mesa del comedor había varias fotos. En una de ellas estaba ella con su abuela, a él siempre le había gustado esa foto. Otra que se hicieron los dos en el bar de Josemi cuando estaban juntos, y en la otra estaba él con su sobrina de bebé.

—No pude guardar esa foto, siempre me gustó —le dijo al ver a Nátali acariciando la foto donde estaba con su abuela.

—La echo tanto de menos, y hacía tanto tiempo que no veía una foto suya. No quise llevarme nada que pudiera recordarme a nadie de aquí, sino, no lo hubiera podido resistir.

Jaime estaba detrás de ella, la abrazó con fuerza, le dio un beso en el

cuello y le puso una copa de champán delante, ella cogió la copa y se dio la vuelta.

—Esta noche no quiero que te pongas triste, es nuestra noche.

—Tienes razón.

—Quiero brindar por esta noche, porque espero que sea el comienzo de una larga vida juntos.

Cuando terminaron el brindis le dio un beso, y se quitó el chaleco desabrochándose la camisa. Puso la cadena de música y apagó la luz, así que solo quedó la luz que venía de la chimenea que hacía un ambiente cálido y muy agradable. Le quitó la copa de champán y la fotografía, dejándolas en la mesa, y le pasó las manos por la cintura arrastrándola hacia él, ella puso las manos en su pecho desnudo.

—¿Quieres bailar conmigo?

Su canción empezaba a sonar.

—¿Esto también lo has preparado?

Él empezó a besarla en el hombro desnudo mientras bailaban.

—Quería que todo fuera perfecto y no podía faltar esta canción. ¿Recuerdas la primera vez que bailamos esta canción? —Ella asintió con la cabeza, pues empezaba a ponerse muy nerviosa y no le salían las palabras. Le daba vergüenza que él notara su nerviosismo y agachó la cabeza—. Casi te desmayaste en mis brazos de lo nerviosa que estabas —le susurró al oído. Cogió su barbilla suavemente para levantarle la cabeza y poder mirar sus ojos—. ¿Qué te pasa, nena? —Al ver que seguía callada empezó a mosquearse—. Si no quieres estar aquí solo tienes que decírmelo y te llevaré a casa.

—No, no es eso.

—¿Entonces qué es?

—Me da vergüenza.

Jaime estaba muy serio y nervioso esperando una respuesta y rezando para que ella no se arrepintiera de estar ahí, así que le preguntó, preocupado:

—¿Qué te da vergüenza?

—Estoy casi igual de nerviosa que la primera vez que bailamos.

Él la miró extrañado y le sonrió suspirando, aliviado al comprobar que no quería huir de él.

—¿Por qué? No es la primera vez que estamos juntos.

—Lo sé. Pero recuerda que la última vez que estuve con un hombre fue contigo y hace seis años de eso. Estoy desentrenada y tú demasiado impaciente, eso es lo que me pone nerviosa. Debes pensar que soy tonta,

¿verdad?

Él sonrió y le dio un beso muy tierno.

—Eres maravillosa. ¿Sabes lo que eso significa para mí? Saber que después de tantos años sigues siendo solo mía, que nadie más que yo te ha hecho el amor. Me encanta que estés desentrenada, y, aún me va a gustar más refrescarte la memoria.—Ella se rio y él la besó con tanta pasión que la dejó sin aliento—. Y no quiero que te preocupes, no tengo prisa.—Volvió a besarla—. Ninguna prisa. Tenemos toda la noche, mejor dicho, toda la vida.

Empezó a besarla y a bajarle la cremallera del vestido. Sus dedos recorrían su espalda desnuda y podía sentir cómo su piel se erizaba al contacto de sus caricias. Cuando sus labios empezaron a bajar por su hombro quitándole el único tirante que sujetaba el vestido y cayó al suelo dejándola casi desnuda, él no pudo evitar echar un paso atrás para contemplar su cuerpo.

—¿Qué haces? —le preguntó ella al sentir su lejanía.

—¡Dios, nena, eres tan hermosa! Los años te han sentado de maravilla, y te han dado unas curvas increíbles.

Podía ver incluso con la poca luz que salía de la chimenea cómo se ruborizaba por sus palabras y su penetrante mirada. Y eso le calentaba la sangre, ya que siempre le puso como una moto su inocencia.

Nátali no podía soportar más su mirada ardiente, penetrante, y llena de deseo, observándola lentamente de arriba abajo, mientras se quitaba la camisa y los pantalones. Entonces se acercó a él subiendo sus manos suavemente por su cuello entrelazándolas y pegándose a él, besándole suavemente el cuello, haciéndole perder el control. Se apoderó de su boca y sin poder dejar de besarla, la llevó en volandas hasta la alfombra tumbándola con mucho cuidado.

Cuando se tumbó a su lado y ella sintió su cuerpo desnudo pegado al suyo, sus caricias, sus besos, no pudo evitar estremecerse de nuevo en sus brazos. Le costaba respirar y el corazón se le salía del pecho, él podía sentir todas y cada una de sus emociones, y justo en ese momento comprendió porqué nunca había podido olvidarla.

—No sabes cómo te he echado de menos. Te amo tanto, nena.

Su boca empezó a recorrer suavemente su cuello, con pequeños besos, bajando muy despacio hasta sus pechos. Sus manos grandes, fuertes y cálidas, los masajearon con suavidad, y su lengua... Cuando ella sintió su lengua como suave terciopelo acariciando sus pezones duros y erectos por el contacto, un escalofrío de placer recorrió todo su cuerpo.

Cuando él empezó a bajar por su vientre con esa boca que la estaba enloqueciendo, y se dio cuenta de sus intenciones, le gritó con voz jadeante:

—¡Jaime, para no... no hagas eso, no...no creo que pueda soportarlo!

Él levantó la cabeza y le sonrió con una sonrisa maliciosa.

—Confía en mí, nena.

—Jaime, no podré aguantarlo.

—No quiero que lo hagas, quiero que te dejes llevar —dijo dándole un beso en el vientre—. Estás tensa.—Volvió a besarla, pero un poquito más abajo—. Necesitas un pequeño desahogo.—Volvía a besarla un poquito más abajo—. Hace mucho tiempo desde la última vez y no quiero hacerte daño, quiero darte placer y relajarte. Yo puedo esperar.

Seguía bajando con sus labios poco a poco besándola, acariciándola con la lengua, y dándole pequeños mordiscos, hasta llegar a su parte más sensible, llenándose la boca con su sexo volviéndola loca, regalándole un placer inimaginable. Ella era incapaz de controlar su propio cuerpo, que se arqueaba y retorció con cada caricia que él le daba, con cada beso, y esa sensación de sentir cómo su piel era acariciada por su perilla, produciéndole un cosquilleo y un placer asombrosamente agradable. Su lengua era un remolino de placer, era una tortura tan placentera y desesperante al mismo tiempo que su cuerpo se rindió a esa sensación estallando en mil pedacitos, deshaciéndose como la mantequilla y quedándose sin fuerzas, pero tan sumamente relajada que no podía moverse.

Él volvió a ascender por su cuerpo, igual que había descendido, con besos y caricias, avivando el placer que aún latía fuerte dentro de ella, entonces le preguntó acariciando su oreja con los labios:

—¿Cómo te sientes?

—Creo que... he muerto y estoy en el paraíso.

Su voz era débil y entrecortada, y su respiración seguía acelerada.

—Bien, esa era mi intención.

Acariciando su perilla y besándole con ternura le dijo, aún turbada de placer:

—Tenías razón, me gusta sentirla sobre mi piel.—Él empezó a reírse.

—Lo sabía, sabía que te gustaría. Ahora ya no puedo esperar más, te deseo y te necesito nena, no sabes cuánto te necesito.

Se puso encima de ella y cuando estaba a punto de entrar dentro de ella, ella lo detuvo.

—Espera, Jaime, por favor.

Jaime se quedó paralizado y la miró muy tenso.

—No me pidas que pare ahora, porque no soy capaz.

—No quiero quedarme embarazada. Ahora no, otra vez no.

Él dio un suspiro y sonrió.

—Me has asustado. No te preocupes, no puedo tener hijos.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó extrañada.

—Ahora no, nena, después puedes preguntarme todo lo que quieras. Ahora déjame hacerte el amor, déjame disfrutar de este momento.

Cuando empezó a besarla con esa pasión arrolladora, ella se olvidó de todo y se entregó a él por completo como siempre le había pasado. Y cuando por fin empezó a penetrarla, un placer lo envolvió y lo llenó por completo.

Había deseado tanto volver a tenerla que creía estar soñando y no quería que esa noche terminara nunca, quería pasarse el resto de su vida disfrutando de su cuerpo y de todas esas emociones que ella le regalaba y que tanto había anhelado. Como sentir su piel erizándose bajo sus dedos, su respiración entrecortada por el deseo, y su corazón palpar desbocado. Le costaba controlarse, pero lo conseguiría costase lo que costase, pues no quería que terminara esa sensación. No tan pronto.

Lo mismo le ocurría a ella, sentirlo dentro de nuevo, llenándola por completo, le causaba un placer intenso que se apoderaba de ella. Y tal y como le sucedía a él, ella también había anhelado esa sensación, tanto, que no podía dejar de moverse a su ritmo, acoplarse a su cuerpo, besarle, acariciarlo, y arañarlo. Estaba descontrolada y cuando el placer se hizo tan intenso, su cuerpo empezó a convulsionarse de nuevo sin poder evitarlo. Justo en ese momento, en cuanto la sintió temblar, dejó a un lado todo su control y embistiéndola con fuerza, mientras ella gritaba su nombre, llegaron los dos hasta el clímax, quedando abrazados y en silencio recuperando el aliento poco a poco.

Él seguía encima de ella, dentro de ella, sin dejar de darle besos, suaves y tiernos, en los ojos, la nariz, la boca, el cuello, cuando llegó a su oreja le mordió el lóbulo y le pidió:

—Pellízcame fuerte.

—¿Por qué?

—Quiero estar seguro de que no ha sido un sueño, que eres real y que estás aquí conmigo.

Nátali le pellizcó y se rio cuando le oyó gritar.

—¡Ah!

—¿No querías que te pellizcara?

Él se rio, se tumbó a su lado y la abrazó muy fuerte.

—Ha sido mejor de lo que recordaba, contigo siempre es como la primera vez. ¿Estás bien? ¿Por qué estás tan seria?

Ella estaba acariciándole el pecho y jugueteando con su vello.

—Volver a estar contigo es lo que siempre he deseado, en este momento me siento tan feliz que no soy capaz de decirte cuánto. Pero al mismo tiempo, me siento fatal por tu hermano.

—No lo menciones por favor, ¿crees que a mí no me duele? Es mi hermano, ¡joder! Pero esta noche voy a hacer algo que nunca he hecho antes, ser egoísta. No quiero pensar en él, no quiero hablar de él, olvidémonos de todo esta noche y disfrutemos de las pocas horas que nos quedan.—Empezó a acariciarla con la yema de sus dedos poco a poco la barriga y a subir por sus pechos. A ella se le empezó a poner la carne de gallina, entonces le preguntó —: ¿Tienes frío?

—Sabes que no. Tienes el don de hacerme estremecer, incluso cuando no quiero. No sé cómo lo haces, pero es sentir tus manos en mi piel y se me pone la carne de gallina sin poder evitarlo.

—Lo sé, y me encanta, lo siento en mis manos cada vez que te toco. Como la noche que volvimos a encontrarnos y puse mi mano en tu espalda desnuda, ¡joder! cuando sentí cómo se te ponía la carne de gallina fue increíble. En ese mismo instante, vinieron a mí tantos recuerdos que lo único que deseaba era besarte. Por eso me puse tan borde para hacer desaparecer ese deseo, y justo en ese momento recordé lo que mi hermano me contó. Que nadie después de mí había vuelto a tocarlo.

—Bueno, tu hermano sí me ha tocado, pero nunca se me ha puesto la carne de gallina con él.—Se rio al ver lo serio que se había quedado.

—No seas mala, y no quieras ponerme celoso. No me importa que mi hermano te haya tocado o besado. Lo único que me importa es que yo fui el primero en perderme en esta selva virgen —mientras hablaba bajaba muy despacio su mano por su vientre hasta llegar a su vello púbico, y le estiraba suavemente del vello haciéndola reír—. Que sigo siendo el único, y que siempre voy a ser el único explorador que se pierda en esta selva salvaje y maravillosa que me hace perder la cabeza.

Esta vez el tirón fue más fuerte, consiguiendo que ella soltara un gemido y poniéndolo nervioso despertando inmediatamente otra vez el deseo en él.

—Estate quieto. Aún no me has contado porqué no puedes tener hi...

La besó hasta dejarla sin aliento, cortándole las palabras en la boca.

—Después, ya te dije que si empezaba no iba a poder parar. Aún no me he saciado de ti nena y no creo que lo haga nunca.

Se besaron y volvieron a hacer el amor hasta quedar agotados. Nátali empezó a bostezar.

—¿Quieres que vayamos a la cama? Podemos dormir un par de horas antes de irnos.

—Me gustaría, pero estoy agotada y no me apetece subir escaleras.

Él se levantó y la cogió en brazos.

—¿Desde cuándo has subido escaleras estando conmigo?

—Han pasado muchos años y peso más que antes.—Se rio—. Acabas de derrochar muchas energías. No sé si puedes hacer tantos esfuerzos.

—¿Me estás llamando viejo? —Habían llegado a la habitación y la echó en la cama quedándose encima de ella—. Puedo demostrarte que aún me quedan energías para un rato.—La miró con picardía y empezó a besarla.

—Basta, para. Creo que yo he envejecido más que tú, no puedo más.

Él se rio, se metieron dentro del edredón y se quedaron abrazados.

—¿Vas a contarme ahora por qué dices que no puedes tener hijos? Te juro por dios que Sara es hija tuya.

—No seas tonta, no tienes que jurarme nada, lo sé. Lo supe en cuanto la vi.

—Entonces no lo entiendo.

—Un año después de casarnos, Silvia se empeñó en tener hijos, estuvimos intentándolo casi un año y no se quedaba embarazada. Se hizo pruebas y ella estaba perfecta, no tenía ningún problema, así que el ginecólogo dijo que podía ser culpa mía. Cuando le dije que yo había dejado a una chica embarazada, él me dijo que no tenía nada que ver, que podía ser que el problema saliera después, porque mis espermatozoides no tuvieran bastante movimiento o produjera pocos. Que si había abusado del alcohol y del tabaco podía pasar. Y bueno, cuando te fuiste abusé un poco de las dos cosas. Seguía yendo todos los sábados al bar de mi primo a ver el partido, fumaba como un carretero, y me emborrachaba pensando en ti. Después, Silvia se casó y enseguida tuvo hijos, eso dejó bastante claro que el problema era mío.

—¿No te hiciste pruebas?

—Nunca quise tener hijos con Silvia, no necesitaba hacérmelas, además, gracias a eso ella me pidió el divorcio, pues decía que ella quería ser madre y que si yo no ponía de mi parte, me dejaría. Fue entonces cuando le dije que

no quería tener hijos y fue el fin de nuestro matrimonio. Pero si tú quieres tener más hijos haré lo que sea, me someteré a todos los tratamientos que hagan falta, y si no dan resultado, podríamos adoptar. Siempre has querido tener familia numerosa.

—¡Dios mío! Me siento fatal. Es como si te hubiera echado una maldición cuando te dije que los hombres como tú no deberían tener hijos.

—¿Cómo puedes acordarte de eso?

—Si tú no has olvidado cada minuto que pasamos juntos, yo tampoco. No debí haberte dicho eso, lo siento.

—No puedes creer en esas tonterías, pensé que te había demostrado que las maldiciones no existen. Yo era el que se emborrachaba y fumaba como un carretero, soy el único culpable de lo que me pasa. Además, no tener hijos con Silvia es lo mejor que me ha pasado porque gracias a eso nos divorciamos. Y si hubiéramos tenido hijos, aún seguiría casado con ella y hubiera sido muy difícil dejar a mis hijos por ti.

—Tú no hubieras dejado a tus hijos por mí, yo no te lo habría permitido.

—¿Cuándo vas a darte cuenta de que te amo y que no me importa nada aparte de eso? ¿Que soy capaz de dejarlo todo por ti?—Le dio un beso—. Si no, no estaría aquí poniéndole los cuernos a mi hermano.

—Por favor, no digas eso, me hace sentir fatal.

—Lo sé. Lo siento, perdóname. Tenemos que arreglar esta situación, nena, no podemos seguir así. Sé que para ti es muy duro, así que déjame que sea yo quien arregle esto, déjame hablar con él.

—No. Tengo que hacerlo yo. Sé que va a enfadarse mucho, pero sé cómo hablarle, y con un poco de suerte puedo conseguir que entienda la situación. Sin embargo, si lo haces tú acabareis discutiendo y nunca te lo perdonará, y a mí tampoco. Solo pensar en tus padres y en tu hermana que sé que van a odiarme me pongo mala. Les he cogido mucho cariño y no soportaría que me echaran la culpa, y si tú y tu hermano discutís por mí, para ellos la culpa siempre será mía. Esperemos que pasen las navidades, son fechas muy malas para un conflicto familiar. Que los médicos le den buenas noticias, ya que está muy decaído pensando que se va a quedar cojo. Y después de eso arreglamos todo lo que haga falta, te lo juro.

—Solo con una condición. Que cada vez que podamos escaparnos vengamos a casa para estar unas horas, juntos.

Ella le sonrió.

—Trato hecho. Aunque va a ser difícil que podamos escaparnos.

—Tú deja eso en mis manos, ya me las arreglaré para que podamos hacerlo.

—¿Porqué siempre consigues lo que quieres de mí? Después de tantos años solo hace cuatro días que hemos vuelto a vernos y has desbaratado todos mis planes. Es como si no tuviera voluntad cuando estoy contigo, no soy capaz de razonar.

—Porque me amas y no puedes vivir sin mí, a mí me pasa lo mismo, ¿sabes? Estamos condenados.

Con esas palabras la hizo reír.

Al apoyarse en su pecho para besarle, se dio cuenta de que en la mesita de noche estaba la fotografía que ella se hizo para la universidad, ampliada y con un marco de cristal muy bonito.

—¿Cómo has conseguido esa foto?, ¿y por qué está ahí?

—Se la quité a mi primo, y me gusta tenerla aquí. Cuando me quedo a dormir, me gusta mirarla y acordarme de ti.

—No creo que a tus amiguitas les hiciera mucha gracia ver la foto ahí.

—Nunca he traído a ninguna mujer aquí, eres la primera que pisa esta casa. Bueno, tú y la mujer de la limpieza, pero es mayor y nunca la he tocado, lo juro.

—Qué tonto eres —le dijo riendo—. No hace falta que me mientas, sé que en todos estos años no has estado de celibato como yo. Te conozco, no aguantarías ni tres días.

—No, no he estado de celibato, pero nunca en esta casa, ya te he dicho que eres la primera que pisa esta casa. Y sí puedo estar más de tres días sin tener relaciones. Desde que volví a ver tus ojos en el cumpleaños de mi madre y volviste a hechizarme con ellos, no he podido remediarlo, has estado metida en mi mente todos estos días. Esa misma noche me acosté muy cabreado, pero deseándote como un loco, y desde esa noche no he podido estar con nadie, solo pensaba en ti. Igual que hace seis años después de ese baile de disfraces. Esa misma noche todas las demás mujeres dejaron de interesarme, tardé muchos días en llevarte a la cama y, aun así, no me acosté con nadie. Sé que te cuesta crearme, pero es la verdad.

—Te creo. Lo que me cuesta creer es que tú solo volvieras a levantar esta casa.

Se rio a carcajadas al ver su cara de sorpresa y le contagió la risa.

—Pues créetelo. Estar aquí reconstruyendo la casa de tus sueños, era como un medio de escape para mí. Descargaba la adrenalina y la rabia que tenía por

dentro con la maza y el cincel.

—Ahora entiendo cómo tienes ese cuerpo tan perfecto. Seguro que es de tanto darle al mazo y al cincel ese —dijo, haciéndole reír—, y también de subir y bajar tantos sacos de escombros —añadió, acariciando su musculoso pecho.

—Bueno, esa clase de trabajo solo la he hecho aquí, recuerda que soy el jefe y ese trabajo lo hacen mis empleados. Pero aquí quería que todo estuviera perfecto y por eso lo hice yo mismo. Además, también necesitaba descargar toda esa adrenalina y esa rabia que llevaba dentro por haberte perdido. Cuando terminé la casa, descargaba mi ira en el gimnasio contra el saco de boxeo. Ahora creo que no voy a necesitar ni una cosa ni la otra.

—¿Por qué?

—Porque desde esta noche tú vas a ser mi desahogo, ya que cuando te hago el amor me siento tan relajado que ya no creo que tenga que darle al saco.

—¡Ah, no! Te voy a obligar a ir al gimnasio, porque me gusta tu cuerpo tal y como está ahora.—Se rio haciéndole reír y volviéndole a acariciar el pecho.

—Pues aprovéchate, es todo tuyo.

—Eso espero, yo tampoco soportaría compartirte con nadie.

—Ahora resulta que no voy a ser el único que se vuelve loco de celos.

—No. Yo también me volvería loca de celos si te viera con otra.

—Puedes estar tranquila, mientras estés conmigo no voy a estar con nadie que no seas tú.

Empezó a besarla y acariciarla suavemente por todo el cuerpo.

—Para, tenemos que descansar un poco —susurró con sus labios pegados a los de él.

—Ya descansaremos mañana. Ahora eres mía toda la noche, me lo prometiste. Y hoy he cenado mucho, así que aún tengo que quemar un poco más de calorías si quieres seguir teniendo este cuerpo tan perfecto.

Nátali no pudo evitar reírse a carcajadas contagiándole la risa de nuevo, mientras le decía:

—Tienes un morro que te lo chafas, pero si hay que hacer un esfuerzo para conservar ese cuerpo serrano, estoy dispuesta a sacrificarme.

—¿Sacrificarte?! —le preguntó sonriendo.

—Sí. Aunque es un sacrificio muy placentero, no te quepa la menor duda.

Le sonrió, le besó apasionadamente, y se perdió entre sus brazos

nuevamente.

Cuando terminaron, él le dijo, aún encima de ella, recobrando el aliento y haciéndole reír.

—¡Dios!, me encanta cómo te sacrificas... te amo, nena.

—Te amo, nene.

Las palabras casi no le salían de lo cansada que estaba. Jaime, al darse cuenta, salió de su interior y se tumbó a su lado. Abrazándola y dándole un beso en los labios le dio las buenas noches. Ella solo contestó con un gemido e inmediatamente la sintió dormida profundamente acurrucada en su pecho. En ese mismo instante dio gracias a dios, aunque no creyera en él por haberla puesto de nuevo en su vida.

Acabo quedándose dormido tan profundamente por el cansancio que no fue capaz de reaccionar cuando sonó el móvil a las seis de la mañana. Lo apagó y siguió durmiendo.

## CAPÍTULO 24

—¡Jaime, Jaime despierta! ¡Nos hemos quedado dormidos!

Cuando oyó a Nátali gritando, se despertó preguntando:

—¿Qué hora es?

—Son las ocho. ¡Dios mío cuando llegemos estarán todos despiertos y te juro que me moriré de vergüenza!

Se estaba arreglando el pelo con los dedos mientras gritaba como una loca muy nerviosa. Él la cogió del brazo y la tumbó en la cama

—Para, tenemos que irnos ¡ya! Inmediatamen...

Empezó a besarla sin dejarla terminar de hablar; al principio se resistía, pero enseguida le devolvió el beso.

—No es esta la idea que yo tenía de despertarnos, ¿qué tal buenos días y otro beso?

—Por favor, Jaime, quiero llegar antes de que se despierten todos, y sobre todo, las niñas.

—Está bien, subiré la ropa.

Cuando se estaban vistiendo ella le preguntó:

—¿Me ayudas con la cremallera?

Nada más subírsela le dio un beso en el cuello y la apretó fuerte contra su cuerpo abrazando su cintura por detrás.

—¿Seguro que no podemos quedarnos un poco más?, ellos también trasnocharon, no creo que nadie madrugue hoy en casa.

—Tu hermano debe de estar ya despierto, él se durmió muy temprano.

Jaime la miró con desagrado, pero al final exclamó:

—¡Mierda! Tienes razón. Vámonos.

\*\*\*

Cuando llegaron a la casa y salieron del garaje eran las ocho y media. María estaba en el patio limpiando las hojas que caían de los árboles, cuando los vio. Miró a Jaime que llevaba el traje desaliñado, sin corbata, ni chaleco, y después observó a Nátali que se le notaba que se acababa de levantar, ya que su peinado dejaba mucho que desear. Cuando Nátali vio cómo los miraba se

le cayó el mundo encima.

—¡Joder, te lo dije! ¡Qué vergüenza! ¡Dios mío, me quiero morir! No creo que pueda volver a mirarla a la cara en mi vida.

Jaime le pasó el brazo por los hombros y la acercó a su lado.

—No te preocupes, hablaré con ella y no dirá nada.

Le dio un beso en la frente y miró a María que les dijo bajito:

—Pasad por mi habitación, tu hermano está despierto. Tenéis suerte, aún no se ha despertado nadie, pero daos prisa, no creo que tarden mucho.

Jaime se acercó a María y la besó en la frente diciéndole con mucho cariño:

—Gracias tata, te quiero.

Nátali subía a toda prisa las escaleras, y cuando llegó a su habitación abrió la puerta, pero antes de cerrarla, él ya se había colado dentro.

—¡¿Qué haces?! Sal de aquí ahora mismo.

—Antes dame un beso. Me ha costado alcanzarte, parecía que te perseguía el mismísimo demonio.

—No quería que nos viera nadie más. ¿Estás seguro de que María no dirá nada?

—Puedes estar tranquila, María no dirá nada.

—No, no estoy tranquila. No sé si voy a poder mirarla a la cara otra vez. Debe de estar pensando que soy una golfa. Porque mientras mi prometido está lisiado en la cama, yo me acuesto con su hermano. Y eso es lo que pensarán todos cuando se enteren, que soy una puta.

—¡Eh, Eh, Eh! Basta, no quiero que pienses esas cosas. Si alguien se atreve a pensar eso de ti se las tendrá que ver conmigo.—Cogió su cara entre sus manos y la besó—. No te tortures así, no lo soporto.

—Si hubiéramos esperado, ahora no me sentiría así.

—Por favor, nena, no te arrepientas. Lo que pasó ayer fue muy hermoso, no lo estropees.

—¡Vete! Solo faltaba que te vieran salir de mi habitación a estas horas.

Sabía que estaba muy nerviosa y cabreada por el encuentro con María, así que decidió irse y dejarla para que se tranquilizara.

\*\*\*

Cuando Nátali salió de la ducha y empezó a prepararse para vestirse entraron las niñas como unas locas.

—¡¡¡Tía!!!

—¡¡¡Mami!!! —gritaban las dos a la vez—. Vamos, date prisa, seguro que Papá Noel ya ha venido hace rato.

—Sí, mi mamá ha dicho que viniéramos a por ti.

—Vale, vale, tranquilas. ¿Por qué no vais a buscar a vuestro tío? Bajo enseguida en cuanto acabe de vestirme. Pero eso sí, quiero un beso.

Las dos se le colgaron al cuello y le dieron un beso.

—¿Ha venido ya Papá Noel?! —gritó Jaime detrás de ellas.

—¡Seguro que sí! —gritó Sara muy nerviosa.

Jaime estaba apoyado en el marco de la puerta, se notaba que estaba recién duchado porque aún tenía el pelo mojado. Llevaba unos vaqueros y una camiseta que le quedaba un poco ajustada, y a Nátali le gustaba verlo así informal, estaba tan guapo... Incluso podía oler su perfume desde donde estaba. Los dos se miraron, él le sonrió y le guiñó un ojo.

—Seguro que os habéis portado bien, a mí no me pareció ver ningún regalo cuando vine ayer.

Las dos echaron a correr escaleras abajo, él no podía dejar de reír al verlas y seguía riéndose cuando se acercó a ella que estaba en la silla arreglándose el pelo. Se puso de cuclillas delante de ella mirándola con esa sonrisa que la volvía loca.

—No me mires así.

—¿Porqué no?, sé que te encanta mi sonrisa y que es un arma contra ti. Por eso me aprovecho.—Volvió a sonreír—. No quiero que sigas enfadada.

—Ya se me ha pasado un poco, siento lo que dije antes. Ahora vete, tengo que terminar de vestirme.—Él pasó sus manos por la abertura de la bata acariciando sus muslos—. Estate quieto —le dijo, apartando sus manos—, y vigila a las niñas, que son capaces de abrir hasta los regalos que no son suyos.

—Date prisa, no sé si podré contenerlas mucho tiempo.—Mientras se levantaba, le dio un beso—. Te espero abajo.

\*\*\*

Cuando bajó estaban todos en el salón. Jaime estaba con las niñas como si llevara dos sacos de patatas, una en cada brazo, ellas peleaban en broma con él.

—¡Mami!, por fin. El tío Jaime no nos dejaba abrir los regalos hasta que no bajaras.

—Bueno, pues ya estoy aquí. Buenos días a todos.

Todos le dieron los buenos días.

Carlos estaba en la silla de ruedas y alargó la mano para que se acercara, ella sin darse cuenta miró a Jaime que le hizo una media sonrisa y se acercó a Carlos que la sentó en su pierna buena.

—Feliz navidad, cariño.—Le dio un beso—. ¿Cómo lo pasaste ayer?

De pronto, Nátali sintió cómo los colores le subían poco a poco y no podía mirarlo a la cara porque le daba vergüenza.

—Muy bien.—Se levantó y se sentó a su lado en una silla—. Será mejor que me siente aquí, no quiero hacerte daño.

—¿Mi hermano cuidó bien de ti, o te dejó para irse con otras?

Mientras hablaba, cogía su mano y se la besaba.

—Te la he cuidado muy bien, y no me despegué de ella en toda la noche —respondió Jaime mirándola y sonriendo al verla tan avergonzada—. Y para un rato que me fui a traer a los papás y a las niñas, ya tenía a un pesado encima dándole la lata. Así que no tuve más remedio que estar vigilándola toda la noche. Me debes una, chiquitín.

—Gracias. La verdad es que estaba intranquilo. Ayer estabas tan hermosa que me daba miedo que te acosaran al verte sola.

—Sola no estuvo ni un momento —aclaró su padre—. Cuando no bailaba con tu hermano, lo hacía con Josemi, o conmigo. Te la hemos cuidado muy bien entre todos.

—Tío, este es para ti.—Noelia le dio a Jaime un regalo.

—¡Anda! Se ve que yo también me he portado bien.

Se sentó en el suelo con las niñas y abrió el regalo. Era una pluma con sus iniciales en oro blanco, muy bonita.

—Ahora que eres ¡el jefe!, tienes que firmar muchos papeles. No puedes ir con un Bic —bromeó su hermana, riendo.

Las niñas no paraban de dar regalos y de abrir. Nátali estaba alucinada, pues nunca había pasado unas navidades así, era como en las películas. Había montones de regalos, juguetes, muñecas, ropa para las niñas. Y para los demás también muchas cosas, bufandas, guantes, corbatas, bolsos, joyas, no paraban de abrir y de darse regalos mutuamente unos a otros. Todos estaban contentos y felices, y sonaban villancicos de fondo. Era tan bonito ver cómo vivían ese momento, que Nátali se sintió emocionada al compartir ese momento con ellos.

No se parecía en nada a las navidades que ella había pasado toda su vida.

A sus abuelos no les gustaba la navidad, en esas fechas se ponían tristes porque echaban de menos a su hija, y lo máximo que se hacía en casa era abrir el regalo que le dejaba a ella Papá Noel en la chimenea. Después, con los años, cuando estaba con su hija le gustaba verla abrir los regalos, disfrutaba mucho con ella, pero entendía a sus abuelos. Eran fechas para estar con la familia y ella echaba de menos a mucha gente, en especial a Jaime, por eso para ella también eran unas fiestas tristes, aunque disimulara delante de su hija como hicieron siempre sus abuelos con ella.

—Mami, este es para ti.—Sara le acercó un regalo sacándola de sus pensamientos—. Pensé que Papá Noel se había olvidado de ti.

—Papá Noel no se olvida de nadie.—Carlos la cogió y le dio un beso—. Aún no me has dado un beso hoy, voy a enfadarme contigo, preciosa.

La niña le dio un beso y un abrazo fuerte, sin dejar de mirar a su madre esperando que abriera su regalo.

—¿Qué es, mami? ¿Qué es? —le preguntó muy nerviosa.

—Un perfume.

—Creo que todos sabemos quién ha pedido eso a Papá Noel —se burló Helen riéndose de su hermano.

—No seas mala —le reprendió Nátali bromeando, oliendo el perfume y riéndose también—. Huele muy bien.

—No debiste de decir eso, ¡estás perdida!, y mira que te lo advertí. Vas a estar abastecida de perfume durante el resto de tu vida.

Todos se echaron a reír al oír a Jaime decir eso, burlón.

—Estás muy gracioso esta mañana, y demasiado contento. ¿Qué te pasa? No es normal en ti. Hasta tienes un brillo especial en los ojos —añadió Carlos, un poco mosqueado por su comentario.

—¡Es navidad, chiquitín! Tiempo de alegría y felicidad. O por lo menos eso dicen, y es exactamente como me siento hoy.

Mientras decía eso, miraba a Nátali que evitó mirarlo para no ponerse nerviosa.

—Pues lo que yo digo, que no es normal verte así. Me gusta, pero es raro.

—Seguro que es esa mujer —comentó su padre—. ¿Vas a decirnos de una vez quién es?

—¿De qué hablas? —preguntó su madre.

—Tu hijo ha dormido fuera varias noches, y estoy seguro de que es una chica muy especial para retenerlo toda la noche del tirón.

—Eso es lo que nunca entenderé de ti —dijo Carlos—. ¿Porqué no pasas

la noche con las mujeres que te acuestas? Tiene que ser bastante desagradable para ellas que nada más termines de usarlas te vayas.

—Yo no las uso, hermanito, no te equivoques. Solo les doy lo que quieren. Además, te quedas a dormir con ellas una sola noche y se creen con derechos sobre ti. Y ya sabes que no me gustan las ataduras. Yo decido con quién quiero estar.

—Llegará un momento en que las mujeres ya no te encontrarán tan irresistible, y te vas a ver muy solo.

—No te preocupes tanto por mí, chiquitín, ya he dejado de asaltar camas. Ahora solo me interesa una mujer, y no pararé hasta conseguir que sea mía.

Mientras decía eso miraba a Nátali de nuevo y ella cada vez se ponía más nerviosa. Tenía la sensación de tener un cartel en la frente que dijera: ¡CULPABLE!

—¿Porqué no dejáis ese tema?, están las niñas —advirtió Kiko.

Sabiendo que Jaime estaba esperando una oportunidad para contarle todo y llevarse a Nátali de esa casa para que su hermano dejara de tocarla. Se lo había dicho varias veces y le asustaba que al final lo hiciera sin pensar en las consecuencias que eso podría acarrear.

—Sí, será mejor que sigamos con los regalos —apoyó su madre—. Kiko tiene razón, no es una conversación que tengan que oír las niñas.

—Mami, estos dos también son para ti.—Sara le llevó dos paquetes, uno grande y otro pequeño—. Primero el grande, por fi.

—Está bien, primero el grande.—Cuando lo abrió, era un abrigo negro muy bonito—. Vaya, es precioso. Pero Papá Noel no tenía que haberse molestado —insinuó mirando a Elena que le sonreía.

—¡Ahora abre el otro, mami! —le gritó Sara muy emocionada.

Cuando Nátali abrió el otro regalo se quedó atónita. Era el aderezo más bonito que había visto nunca. La gargantilla era de oro blanco, esmeraldas, y brillantes, a juego con la pulsera, los pendientes, y el anillo.

—Creo que será mejor que vuelvas a dejar el regalo debajo del árbol —le dijo a su hija cerrando la caja y dándosela.

—¿Por qué, mami?, ¿no te gusta?

—No, no es eso. Es precioso, pero no puedo aceptar algo así.

Al oírla decir eso, Carlos le quitó la caja de las manos y cuando vio lo que contenía, miró a su hermano diciendo muy sorprendido:

—¡Joder, tío!, cómo te pasas. No tenías por qué pedir algo así a Papá Noel, es excesivo.

—Bueno, querías que fuera amable y cuando lo vi pensé en sus ojos, y en que una novia sin aderezo no está completa, y a ella le faltaba eso el otro día. Por eso se lo pedí a Papá Noel en el fax que envié con las niñas.—Al decir eso, miró a Sara guiñándole un ojo, la niña se rio tapándose la boca—. ¿Se lo pones tú o lo hago yo? —preguntó muy serio.

—Es tu regalo, tú tienes que hacer los honores. Pero no vuelvas a hacerlo, si alguien tiene que regalarle joyas soy yo, y lo haré cuando lo crea oportuno. —Cogió la mano de Nátali y le enseñó el anillo que llevaba diciendo con orgullo—. No siempre regalo perfumes, y no creas que eres el único que puede comprar una joya bonita. A Nátali le encantó esta. Ella no es tan superficial, no le interesan esas cosas. ¿Verdad, cariño? —le preguntó, dándole un beso.

Jaime se levantó y cogió el aderezo, pero cuando fue a ponérselo, ella se negó.

—No. No puedo aceptar algo así. Te debe de haber costado una fortuna, yo nunca podría ponérmelo.

—Vamos, niña, deja que te lo ponga, quiero verlo —dijo su padre—, estoy seguro de que con el gusto que tiene mi hijo te quedará perfecto. Además, ya te acostumbrarás, a Jaime le gusta regalar joyas. Casi todas las joyas que tienen su madre y su hermana son regalos de él. Debe de ser porque no tiene a quién regalárselas.

—Basta papá, no empieces de nuevo —protestó Jaime mientras le ponía la gargantilla a Nátali.

—Eso, deja al chico, eres muy pesado —sugirió su madre.

Cuando se la puso, le acarició suavemente los hombros consiguiendo como siempre que se le erizara la piel, sintiéndose complacido por ello. Le habló bajito rozando con sus labios su oreja.

—Estás preciosa, nena.

—¡Es divina! —gritó Helen.

La gargantilla era como una estrecha cinta de oro blanco rodeando el cuello y terminando en forma de pico, con diminutos brillantes encastrados. A la altura de los hombros colgaban una lágrima de esmeralda engarzada en oro blanco y a continuación otra más pequeña de brillantes, así consecutivamente hasta llegar al centro, que terminaba con una esmeralda en el pico un poco más grande que las otras.

—Pónselo todo, para que podamos verlo bien —le animó su madre que adoraba las joyas—. Tienes un gusto exquisito como siempre hijo, pero esta

vez te has superado. ¡Es precioso!

Jaime le puso la pulsera y sin soltarle la mano le colocó el anillo suavemente sin dejar de mirarla a los ojos. Era como si le estuviera proponiendo matrimonio con la mirada, y aunque no se hablaran, sabía perfectamente lo que quería decirle. Ella estaba como hipnotizada, no podía dejar de mirarle mientras él le sonreía. Todos parecían darse cuenta de lo que estaba pasando menos Carlos y su padre. Elena dijo, volviéndolos a la realidad:

—Jaime, cariño, creo que Nátali puede ponerse los pendientes ella sola. ¿Verdad, querida?

Nátali reaccionó al oír a Elena:

—Sí...sí, gracias —le habló a Jaime muy avergonzada, poniéndolo nervioso por esa reacción que tanto le gustaba en ella.

Nátali le quitó los pendientes y se los puso ella.

—Tengo que reconocer que Jaime tiene razón —dijo su padre—. Con ese aderezo vas a ser la novia más hermosa que he visto jamás.

—¡Oye! —protestó su mujer dándole un puñetazo en el brazo bromeando—. Pensé que yo siempre sería la novia más hermosa que habías visto.— Después se dirigió a su hijo—: Como ya he dicho antes, te has superado a ti mismo, es un aderezo precioso, y hace que sus ojos brillen con más intensidad. Estás preciosa, querida.

—Gracias.

Nátali estaba sofocada con tantos halagos y todas las miradas puestas en ella.

—Bueno dejadla ya, la estáis ruborizando —comentó Carlos.

—Yo no voy a negar que Nátali está muy bonita, pero la novia más hermosa que yo he visto ha sido tu hija —bromeó Kiko guiñándole un ojo a Nátali haciéndole reír.

—Gracias mi vida, da gusto escuchar estas cosas de buena mañana.— Helen besó a su marido.

—¡Mami!, mira qué bonito lo que me ha dejado Papá Noel. Es igual que el tuyo, pero más pequeñito.

Sara se acercó llevando en las manos una pequeña caja de la misma joyería que el regalo de Nátali. Era un colgante precioso también en oro blanco. Una chapa identificativa.

—Es muy bonito.

—¿Qué pone, mami?

—A ver, déjame que lo vea.

Cuando lo vio se quedó pasmada de lo bonito que era. Tenía la forma de un pequeño pergamino, y en la cara de delante tenía una flor muy pequeña, el centro de la flor era un pequeño diamante, y los pétalos, pequeñísimas esmeraldas. Debajo de la flor estaba grabado el nombre de la niña.

—¿Pone mi nombre, verdad mami?

—Sí mi amor, debajo de esa flor tan bonita pone tu nombre.—Nátali le dio la vuelta—. Y aquí pone alérgica al ibuprofeno.

—¡Pónmelo mami! —gritó la niña entusiasmada.

—¿Porque no te lo pone tu...?

Enmudeció de golpe, pues estaba a punto de decirle padre nuevamente y de la impresión se quedópálida.

—Ven, princesa, yo te lo pondré.

Jaime volvió a reaccionar con rapidez al darse cuenta de la reacción de Nátali e imaginarse lo que le pasaba.

La niña se le tiró en los brazos y le preguntó:

—¿También le pediste a Papá Noel esto en el fax para mí?

—Sí, así no tienes que volverte a preocupar. Cuando la gente lo lea sabrá que eres alérgica al ibuprofeno y no te volverán a dar, ni volverás a ponerte mala por eso. Eso sí, siempre tienes que llevarla puesta y no puedes quitártela.—Cuando se la terminó de poner le dio un beso diciéndole—: Estás preciosa, igual que tu madre. Porque como a ella, esas esmeraldas hacen juego con tus hermosos ojos.

—Nunca voy a quitármela. Me gusta mucho. Gracias, tío.—Le dio un fuerte abrazo y un gran beso sonoro haciendo aparecer una sonrisa radiante en la cara de su padre.

Una sonrisa que Elena no había vuelto a ver desde hacía muchísimo tiempo, justo seis años, y daba gracias a dios por volver a ver a su hijo sonreír así. Aunque sabía perfectamente que ese cambio en su hijo era por Nátali y por esa niña tan maravillosa que resultaba ser su nieta de verdad.

Aún le resultaba increíble todo lo que había ocurrido, y temía que llegara el momento en que acabara descubriéndose todo. Pero estaba contenta por haber podido conocer a su nieta, y, había decidido que pasara lo que pasase, esta vez apoyaría a Nátali, tomara la decisión que tomase.

Admiraba a esa muchacha. Su valor y su fortaleza por haber salido adelante ella sola y criar a una niña tan maravillosa como Sara. Cuando hubiera sido tan fácil obligar a su hijo a cumplir con ella y vivir como una

reina casándose con su hijo gracias a ese embarazo.

Eso le hacía arrepentirse todos los días y sentirse fatal por haberlos separado seis años atrás. Ahora estaba completamente segura de que, si su hijo se hubiera casado con ella y no con Silvia, todo hubiera sido perfecto. Su hijo habría sido muy feliz y todos habrían disfrutado de la compañía de Nátali, que habría sido muy grata todos esos años, y también habrían visto crecer a la niña y disfrutado de ella, como lo habían hecho de Noelia.

Aún no podía comprender cómo podía ser que esa muchacha no la odiara después de todo lo que le había contado el día que estaban probándole el vestido de novia. Sin embargo, Nátali era sumamente cariñosa con todos, no había en ella ni rencor, ni resentimiento. Después de todo, Jaime tenía razón, su corazón era bondadoso y no podía odiar aunque tuviera razones para hacerlo. Pues a ella debería odiarla por todo lo que hizo para separarlos, sin embargo, le demostraba un cariño sincero todos los días.

Pero lo que más le dolía era saber que gracias a su intervención, y sus tretas para separarlos, Carlos había conocido a Nátali, y eso le iba a causar mucho dolor. Cuando Nátali rompiera con él y le dijera que era con su hermano con el que quería compartir su vida, a Carlos se le rompería el corazón. Eso sería otra cosa que jamás podría perdonarse. Una vez más gracias a ella uno de sus hijos sufriría por sus malas decisiones...

—Yaya, yaya —la voz de Sara la sacó de sus pensamientos.

—¿Qué pasa?

—¿Te gusta mi colgante?

—Muchísimo cariño, es precioso, como tú.

—El tío Jaime lo ha pedido a Papá Noel para mí.

—Lo sé.—Le sonrió y le dio un beso—. Y bien, ¿ya no quedan más regalos?

—No. La prima y yo ya los hemos repartido todos —contestó Sara un poco triste.

—¿Por qué estás tan triste? —le preguntó su padre.

—A la prima sí le ha traído Papá Noel la muñeca que pidió en el fax, pero a mí no me ha traído la bici. Me gusta mucho el colgante, pero yo quería la bici.

—Sara, mi amor, ¿qué te tiene dicho mamá?

—Que tenemos que conformarnos con lo que tenemos —dijo con voz tristonía.

—Y tu madre tiene toda la razón. ¿Pero estás segura de que has mirado

bien? —volvió a preguntarle Jaime, sonriendo al ver cómo en cuestión de segundos cambiaba la cara de su hija—. La bici es muy grande, igual no ha podido dejarla aquí precisamente por eso, porque es demasiado grande. ¿Has mirado en el patio?

—¡No, vamos a ver! —gritó entusiasmada. Jaime se levantó cogiendo a la niña de la mano y Sara cogió a su madre con la otra mano—. Vamos, mami, ven.

—¡Sí! Vamos, mami, ven —repitió Jaime con una gran sonrisa, pues se sentía inmensamente feliz.

Cuando llegaron al patio y Sara vio un paquete muy grande con forma de bicicleta, fue corriendo y destrozó el papel.

—¡¡Ah, bien!! ¡Mami, es mi bici! ¡Papá Noel la ha traído! —Se le echó en los brazos a su padre y le dio muchos besos—. Te quiero, tío, ¿sabes? Me gustaría tener un papá como tú.

Jaime le dio un beso muy fuerte mientras miraba a Nátali, que podía ver la emoción en los ojos de Jaime al decirle eso su hija. Mientras la niña subía en la bici, Nátali le preguntó:

—¿Cuánto has pagado por esa bici?

—Mucho. Era la última que quedaba y ya la habían comprado. Me costó mucho convencer al hombre para que me la vendiera, pero ha valido la pena. Solo por ver su cara vale la pena pagar una fortuna.

—Y eso es lo que te has gastado en nosotras, una pequeña fortuna, deberías devolver el aderezo. El colgante de la niña no, es precioso y me da seguridad vérselo puesto. Ha sido una buena idea. Pero el aderezo es una barbaridad y no lo necesito.

—¿No te gusta?

—Me encanta, es muy bonito. Pero es demasiado para mí.

—No vuelvas a decir eso, nada es demasiado para ti. Piensa que, si hubiéramos estado juntos todos estos años me hubiera gastado mucho más regalándote joyas en cada aniversario. Ya has oído a mi padre, me gusta regalar joyas.

—Sí, pero yo no te he hecho ningún regalo.

—No digas eso. Ayer me hiciste el único regalo que yo deseaba, y el mejor que me han hecho nunca. Y nunca he disfrutado tanto desenvolviendo un regalo, ni me ha gustado tanto admirar el contenido de ese regalo, y ya no te puedo expresar lo que disfruté jugando con ese regalo.

A ella le dio la risa.

—Está bien, está bien, lo he pillado. ¿Sabes?, no me sales muy caro. Creo que podré hacerte muchos regalos si te portas bien.

Él se rio a carcajadas.

—Entonces voy a ser un chico muuuuuy pero que muuuuuy bueno.

Los dos empezaron a reírse, estaban tan cerca el uno del otro que Nátali podía sentir su aliento en la oreja, y pegó un brinco alejándose de él al oír a su hija decir:

—¡Yaya! Mira mi bici, ¿a que es chula? Mira, tiene hasta la muñeca para pasearla.

Decía Sara a su abuela que acababa de salir al patio mientras daba vueltas con la bici.

—Es muy bonita cariño.

—¡Mira, mami, ven! —gritaba entusiasmada.

Nátali se acercó a su lado.

—Sí, mi amor, es preciosa, pero ve con cuidado, no te caigas.

Elena se agarró al brazo de su hijo y le habló bajito:

—Veo que me hiciste caso ayer. ¿Todo bien con Nátali?

—Todo es perfecto, en este momento me siento el hombre más feliz del mundo, bueno, no, del planeta.

—Ya puedo imaginarme por qué, pero mejor no me lo digas, prefiero ignorarlo. Por tu hermano, ya sabes.

—Mamá, si Natalia se imaginara siquiera que sabes algo, se moriría de vergüenza y jamás me lo perdonaría.

—No te preocupes, soy una tumba.

—Gracias.—Le dio un beso.

—¿Sabes una cosa? Me gusta volver a oír tu risa, hacía mucho que no te oía reír así.

—Eso es por Natalia.

—Lo sé, y le estoy sumamente agradecida por eso.

—Sara, deja ya la bici y vamos a desayunar —le dijo Nátali a su hija.

—Todos hemos desayunado ya, solo faltáis vosotros dos. Anda, id, yo me quedo con las niñas.

—¡Tío! ¿Cuándo desayunéis podemos salir a dar un paseo todos juntos? Así me llevo la bici.

—Cuando desayunemos, hacemos todo lo que tú quieras, princesa. ¿Vamos a desayunar? —le preguntó a Nátali.

—Sí, me muero de hambre.

—Yo también. Después de lo que desgastamos ayer tenemos que reponer fuerzas.

—¡Chiiiiissss! Calla, no seas loco, pueden oírte.

Jaime no pudo evitarlo y se rio a carcajadas, pero al entrar al comedor y ver a su padre, su hermano, y su cuñado, tomándose un café, se puso de mal humor.

Le hubiera apetecido desayunar con ella, los dos solos, a su lado, y comérsela a besos para revivir la noche que habían pasado juntos, y no tener que ver cómo se alejaba de él para sentarse al lado de su hermano, y aguantarse que él le cogiera de la mano, la besara, y le dijera cosas al oído. Podía notar cómo Nátali estaba incómoda con esa situación, porque no era capaz de mirarle y agachaba la cabeza avergonzada. Verla así de incómoda lo ponía de tan mal humor que le daban ganas de arrancársela a su hermano de los brazos y llevársela de esa casa.

Cuando terminaron de desayunar salieron todos a dar un paseo con las niñas, todos menos Carlos, que había querido que Nátali se quedara con él, pero ella quería estar con su hija y no le apetecía nada quedarse con él a solas, así que con esa excusa, salió con todos a pasear.

En el parque, Jaime y Kiko jugaban con las niñas, que se lo pasaban bomba. A Nátali le gustaba verlos así y se preguntaba si alguna vez podrían estar así, como lo que parecían en ese momento, una familia feliz.

## CAPÍTULO 25

Eran las once de la noche y Nátali no podía aguantar más, estaba agotada, casi no había dormido, y dio las buenas noches para irse a dormir.

Estaba profundamente dormida cuando sintió cómo unas manos le acariciaban suavemente los pechos, y unos labios le besaban el cuello. Se dio la vuelta y le besó, preguntándole aún soñolienta:

—¿Qué haces aquí?

—Necesito estar contigo y saber que no te has arrepentido de lo que pasó ayer, no podría soportarlo.

—No, no me arrepiento. Siento lo que te dije esta mañana, estar contigo es lo que siempre he deseado. Pero cuando he visto a María mirándonos así, me he sentido fatal. Perdóname.

—Estás perdonada.

Cuando empezó a besarle se dio cuenta de que estaba totalmente desnudo, así que no pudo evitar acariciarle el pecho mientras le decía:

—Tienes que irte, aquí no...

—No puedes acariciarme así de esa manera, ponerme como una moto, y pedirme que me vaya. Son muchas horas sin ti, nena.

—Ni siquiera ha pasado un día y estoy agotada.

—Diecisiete horas y treinta minutos, son muchos minutos sin ti.—Le dio un beso—. Muchos minutos sin besarte.—Volvió a besarla—. Muchos minutos sin hacerte el amor.—Volvió otra vez a besarla, pero con más fuerza—. Después te dejaré dormir todo lo que quieras, ahora déjame amarte.

—Jaime, no deberíamos.

—Sabes que vas a ser mía así que será mejor que no te resistas. Además, hoy he sido un buen chico, me he portado bien y quiero mi regalo. ¡Ah!, y recuerda que necesito mantener el tipo, ¿no te gustaría que empezara a echar barriga, verdad? Hoy los gimnasios están cerrados y he cenado mucho, así que tú tienes que ser mi tabla de ejercicios.

A ella le dio la risa.

—No tengo excusa para tantos argumentos, ¿no crees?

—Esa es mi intención.—Le mordió el lóbulo de la oreja haciéndola estremecer.

—Esto no está bien, tu hermano está ahí abajo. Vamos a arder en el infierno, ¿lo sabías?

—Arder vamos a arder, pero no en el infierno, sino aquí y ahora, nena.

Sus besos y sus caricias se volvieron tan apasionados que se perdió entre sus brazos sin importarle dónde estaban, ni que su prometido estuviera, como aquel que dice, debajo de ellos.

Abrazados y cansados por el esfuerzo, Nátali le advirtió:

—Tenemos que tener cuidado.

—Lo sé, gritas demasiado, no podía dejar de besarte para que no te oyeran —bromeó y se rio al ver su cara.

Mientras ella le daba un puñetazo suave en el pecho con cara de mala leche, pero al mismo tiempo con una sonrisa en los labios, diciéndole:

—Estoy hablando en serio.

—Yo también. Sé que soy increíble en la cama y que te vuelvo loca, pero tendrás que tener cuidado, no estamos solos. ¡Au! —gritó al darle ella un pellizco en el costado—. Está bien, está bien, solo era una broma.—Le dio un beso y le pregunto—: ¿Qué te pasa? ¿Qué es lo que te preocupa?

—Tengo miedo de meter la pata. Cada vez se me hace más difícil disimular. Esta mañana casi le digo a la niña que fuera a su padre para que le abrocharas la cadena, como ayer por la noche con las gambas.

—Lo sé, me he dado cuenta.

—Sí, ya sé que te has dado cuenta y las dos veces has sabido reaccionar enseguida y sacarme del apuro. Pero ¿y si la próxima vez no me doy cuenta a tiempo?, ¿y si la próxima vez termino la frase? Si llegara a pasar, creo que me moriría al instante.

—Eso no va a pasar, y si llegara a ocurrir, pues bueno, por fin se acabaría toda esta locura. Si estoy aguantando todo esto es porque tú me lo has pedido. Entiendo que quieras esperar a que pasen las navidades, pero ni un solo día más, después de Reyes aclaramos todo este lío, ¿me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Bien.

Él la abrazó con fuerza y ella se acurrucó en su pecho.

—Entonces duérmete, estás muy cansada, y no quiero que te preocupes por nada. Si algo llegara a pasar yo voy a estar ahí nena, dando la cara por ti, y no voy a dejar que nadie te haga sentir mal.

Ella levantó la cara para darle un beso por esas palabras tan hermosas.

—Te amo.

—Yo también te amo, y ahora duérmete.

—Buenas noches.

—Buenas noches, nena.

Se besaron y se quedaron callados y abrazados.

Nátali se sentía tan feliz así, arropada con sus brazos y su cuerpo fuerte y poderoso. Sabía que con él nada malo podía pasarle, porque estaba segura y protegida como nunca antes lo había estado, y por primera vez en su vida, el miedo a estar sola había desaparecido.

## CAPÍTULO 26

A las seis de la mañana, Nátali se despertó sintiendo por su cuello los besos de Jaime.

—Tengo que irme, sigue durmiendo, es muy pronto.—Volvió a besarla y ella le susurró:

—Te amo.—Él sonrió y volvió a besarla una vez más.

—Yo también te amo.

\*\*\*

Cuando bajó a desayunar eran las doce, y cuando María le trajo el café, Nátali le preguntó:

—Buenos días, ¿dónde están todos?

—Los hombres están en la empresa. Helen con las niñas en el patio, y la señora, con Carlos.

—María, no te vayas, quería explicarte lo que pasó ayer.

—No tienes nada que explicarme. Jaime ya ha hablado conmigo y no tienes de qué preocuparte, no voy a decir nada. Solo te pido que si estás con él no vuelvas a dejarle, la otra vez lo pasó muy mal y no quisiera volverle a ver así.

—Él no fue el único que lo pasó mal. Para mí no fue un camino de rosas y no creo que pudiera soportar perderle de nuevo.

—Entonces tendréis que pensar muy bien cómo vais a arreglar la situación para intentar que Carlos sufra lo menos posible.

—¿Crees que no he pensado en eso?, y por más que me estrujo el cerebro no encuentro una solución que pueda agradar a todos.

—Confía en Jaime, él encontrará una solución. Todo va a salir bien, ya lo verás.

—Ojalá... Gracias, María.

Cuando terminó de desayunar se fue al patio con Helen y las niñas. Sabía que tenía que ir a ver a Carlos, pero no le apetecía. No quería estar con él, porque estaba segura de que si él se ponía cariñoso no iba a poder soportarlo, y es que ya no podía seguir disimulando que le gustaban sus besos.

Eran casi las dos cuando Elena fue al patio y le dijo:  
—Nátali, mi hijo quiere que vayas.

\*\*\*

Nátali entró en la habitación y nada más entrar, ya empezó a ponerse nerviosa.

—Hola —le dijo sonriendo y acercándose a los pies de la cama.

—¡Por fin has venido! —exclamó nada más verla entrar, e inmediatamente le ordenó a la enfermera—: Puedes dejarnos solos.—Cuando la enfermera salió y se quedaron solos le dijo a Nátali—:¿Puedes cerrar la puerta?, no quiero que nadie nos moleste.—Nátali cerró la puerta—. Ven, siéntate aquí a mi lado.—Cuando se sentó a su lado le cogió de las manos preguntándole—: Y bien, ¿vas a decirme qué es lo que te pasa?

—No me pasa nada. ¿Por qué crees que me pasa algo?

—No sé, tal vez porque llevas aquí como unos diez minutos y aún no me has dado un beso. O porque cuando vienes últimamente es acompañada y te vas enseguida. ¿Qué pasa cariño?,¿has dejado de quererme?, ¿te da asco mi pierna inútil?

—No digas eso, por favor, no tiene nada que ver con tu pierna y que yo sepa, no está inútil. ¿Por qué piensas eso?

—No quiero hacerme falsas esperanzas. Sé que puedo quedarme cojo para siempre y sé que no te vas a querer casar con un lisiado. Quizás ya ni pueda ser un hombre en la cama.

Sus palabras eran tan tristes que se le partía el corazón, no podía verle así, por lo que le acarició la cara y le habló con mucha ternura:

—No vuelvas a decir eso, por favor, no soporto verte así.

—¿Me quieres?

—Pues claro que te quiero.

—Entonces demuéstramelo.—Cogió su cara entre sus manos y empezó a besarla—. Vuelve a estar conmigo como hacías antes de llegar a esta casa. Necesito saber que aún me quieres, porque de lo contrario, mi vida no valdría nada.

—No digas eso. Tu vida es muy valiosa conmigo o sin mí.

—No, sin ti no querría vivir.

Oírle decir eso la ponía tan triste que no podía rechazar sus besos, aunque no deseara recibirlos. Entre beso y beso, la tumbó a su lado y empezó a

besarla con mucha más pasión, a abrazarla con más fuerza. Nátali no podía alejarse, él estaba demasiado decaído y un rechazo suyo sería muy malo para él, podría caer en una gran depresión, pensaba ella, devolviéndole los besos sin ganas. Pero, aun así, no podía soportar su contacto, así que su mente empezó a pensar en Jaime, a imaginarse que era él, porque sabía que era el único modo de poder soportar esa situación. Cuando él empezó a desabrocharle la blusa y a acariciarle los pechos se puso tensa e intentó detenerlo, pero justo en ese instante se le paró el corazón cuando escuchó la voz de Jaime decir:

—¡Vaya! Debería de haber tocado antes de entrar.

Nátali pegó un brinco y se levantó de la cama, intentando abrocharse la blusa y arreglándose el sujetador al mismo tiempo.

—Vamos, cariño. Mi hermano no se va a asustar por lo que acaba de ver, vuelve conmigo.

—¡Sí! No te preocupes, cerraré la puerta y podéis terminar lo que estabais haciendo.

Su mirada era tan fría como el sonido de su voz antes de cerrar la puerta, dando un portazo que retumbó en toda la habitación.

—Vamos, cariño, ven aquí.

—Vuelvo enseguida, creo que la niña me llama.—Salió de la habitación y echó a correr por el pasillo llamándole bajito—: Jaime, por favor, espera.

Pero él no se giraba, ni se paraba. Cuando consiguió alcanzarle le cogió del brazo y él se soltó de un tirón, gritándole:

—¡Suéltame!

—Por favor, déjame explicarte.

Sin decir nada la cogió del brazo apretándole con mucha fuerza, tanto, que podía sentir cómo el brazo se le quedaba sin sangre, como si le estuvieran practicando un torniquete. Abriendo una puerta, la hizo pasar dentro del despacho, soltándola de golpe y cerrando la puerta tras él. Se acercó a la mesa, se puso un whisky y se lo bebió de un trago, y mirándola con furia a los ojos, le gritó:

—¡¡Bien, convénceme!! ¡Intenta convencerme de que lo que he visto hace un momento ha sido una alucinación mía! ¡Que mi hermano no te estaba desnudando entre sus brazos, que no te estaba besando y manoseando las tetas! ¡Porque estaba ahí y no acababa de llegar, y lo peor es que parecías muy complacida!

—No es lo que piensas. Tu hermano estaba muy mal, muy decaído. Y

cuando he intentado consolarle no he podido evitarlo, me ha pillado desprevenida.

Mientras intentaba explicarle, él la miraba muy serio, como si quisiera matarla con la mirada y sin interrumpirla.

—Soy su prometida, ¿qué puedo hacer? Mientras estaba en sus brazos no dejaba de pensar en ti, lo siento.

—¿De verdad crees que mientras él te besa y te manosea me consuela que pienses en mí?! ¿Te gusta tener a los dos hermanitos babeando por ti, comiendo de tu mano?!

—No sigas, por favor, estás muy enfadado y siempre terminamos mal.

—¡Sí! Estoy muy enfadado, pero quiero saber una cosa: ¿Cuántas veces te has acostado con él pensando en mí? ¿Y cuando yo te hago el amor piensas en él?

—¡Eres un cerdo!

Sus palabras eran tan dolorosas que se le llenaron los ojos de lágrimas, Nátali sintió tanta rabia al oírle decir eso que le dio una bofetada con tanta fuerza que se le quedó la mano dormida. Él le puso la mano en el cuello y apretándola contra la puerta y su cuerpo, le dijo con una voz escalofriante:

—¿Quieres convencerme? Está bien, vamos ahora mismo y le contamos todo ¡ya! O si no, esto se acaba aquí y ahora.

Ella le miró a los ojos y se dio cuenta de que hablaba muy en serio. Entonces cerró los ojos y cayéndole las lágrimas por las mejillas, le dijo con un hilo de voz, sabiendo que estaba cometiendo un error:

—Entonces, será mejor que se acabe.

—¿Estás segura?

—Sí. Si no eres capaz de entender que él me necesita porque está muy deprimido. ¿No te das cuenta de que si le dejara ahora sería como empujarle por un precipicio? Y si por un estúpido ataque de celos no eres capaz de entenderlo, entonces será mejor que lo dejemos.

Jaime estaba tan enfadado, le dolían tanto sus palabras, que con una furia inmensa pegó un puñetazo contra la puerta, haciendo que todo su cuerpo retumbara por el golpe y el miedo. La soltó de golpe y se fue dando un portazo.

Nátali se quedó paralizada y se echó a llorar; estaba tan nerviosa que no podía moverse, no quería que nadie la viera en ese estado, porque no sabría explicar qué le pasaba. Cuando consiguió calmarse un poco, subió corriendo a su habitación y se echó en la cama. Justo en ese momento, llegó Elena,

preguntándole:

—Nátali, ¿vas a bajar a comer?

—No, no tengo hambre, no me encuentro bien —dijo, intentando disimular su estado.

Pero Elena le notó algo raro en la voz y se acercó a la cama y le preguntó:

—¿Qué te pasa? —Al ver su cara, le gritó asustada—: ¡Dios mío! Tienes muy mala cara. ¿Quieres que llame a mi hermano y que te eche un vistazo?

—No, solo necesito descansar un poco y estar sola.

Elena sabía que algo había pasado entre Jaime y ella, pues su hijo había salido de casa como alma que lleva el diablo, y no había querido pararse cuando ella lo había llamado al verle tan enfadado. Y a ella se le notaba el disgusto en la cara por más que intentara disimularlo. Por esa razón, decidió no hacerle preguntas y dejarla sola.

—Está bien, intenta descansar, luego subiré a ver cómo estás.

\*\*\*

Nátali se quedó todo el día encerrada en su habitación, estaba triste, cabreada, y no le apetecía nada, ni hablar, ni ver a nadie. Excepto cuando llegó su hija para ver cómo estaba, ya que ella era la única persona que le alegraba un poco el corazón, estuviera como estuviera.

—Hola, mami, ¿estás mejor?

—Sí, mi amor, estoy un poquito mejor, pero me duele mucho la cabeza y prefiero quedarme en la cama. Anda, ve a jugar.

—Le diré a María que te suba algo de cenar —le dijo Elena que había acompañado a la niña.

—No es necesario, no tengo hambre.

—Llevas todo el día sin comer, así que, si no cenas, tendré que ponerme dura y obligarte.

—Está bien. Dile a María que me suba algo, intentaré hacer un esfuerzo.

—Así me gusta.

\*\*\*

Cuando más tarde subió María la cena, mientras le ponía la bandeja en las piernas le preguntó:

—¡Hola! ¿Estás mejor?

—Sí, pero no tengo ganas de bajar, prefiero estar aquí.

—Puedes bajar si quieres, Jaime no está, ni va a venir a cenar.

Nátali la miró sorprendida.

—¿Porqué crees que...?

—Yo estaba con Jaime esta mañana cuando ha entrado en la habitación, y cuando he visto su cara sabía que se iba a liar por eso me he marchado. Después, cuando se ha ido y tú te has encerrado aquí, he supuesto que la bronca solo había sido contigo.

—Debes pensar que soy una golfa, ¿verdad? Que igual estoy con uno que con el otro. Si no me costara tanto hacerle daño a Carlos y darles un disgusto a todos, todo sería muy distinto.

—Si no te importara hacer daño a la gente de esta casa yo misma te daría una paliza.—Nátali le sonrió con una sonrisa apagada—. Mira, niña, sé que Jaime cuando está enfadado puede ser muy bruto, pero en el fondo es un buenazo. Y tiene que quererte mucho para aguantar una situación como esta.

—Pues no, no me quiere lo suficiente. Ha roto conmigo.

—Espera que se le pase el enfado y cuando recapacite, volverá como un corderito. Dale tiempo, para él tampoco es fácil verte con su hermano en una situación tan delicada.

—Lo sé.

Esa misma noche, mientras estaba en la cama sin poder dormir, no dejaba de pensar en él, y en la discusión que habían tenido. Esperaba que se colara en su habitación como hacía siempre, que le pidiera perdón y que le hiciera el amor toda la noche. Pero él no llegaba y ella cada vez se ponía más triste. Al final, consiguió quedarse dormida.

## CAPÍTULO 27

Jaime estaba en una mesa en el bar de su primo con una botella de whisky y dos vasos. Cuando llegó su primo, le preguntó:

—¿Problemas con Natalia otra vez?

—¿Tan evidente es?

—Estás triste y abrazado a una botella... sí es evidente. ¿Qué ha pasado ahora?

—Que no entiendo porqué el destino es tan cruel, porqué ha vuelto a traerla a mi lado si no podemos estar juntos.

—No seas tan dramático. Ella está aquí y que yo sepa no va a casarse con tu hermano, o eso tengo entendido.

—Eso ya no importa, hemos roto —anunció muy serio mientras se acababa el vaso de whisky de golpe.

—¿Qué ha pasado? ¿Otro ataque de celos?

—¿Tú también con eso? ¿Qué sentirías si vieras a Lola en la cama medio desnuda y con un tío encima besándola y manoseándola por todos lados?

—Lo mataría a él y luego a ella. Pero no puedo creer que hayas pillado a Natalia y a tu hermano haciéndolo.

—Estaban vestidos. Bueno, ella tenía la blusa desabrochada y él estaba sobándole las tetas. Pero tienes razón, no puedo entender qué me hizo frenar. Debe ser porque se trata de mi hermano, porque te juro que quería matarlo. Y lo peor es que no se le ocurre otra cosa que decirme que estaba pensando en mí. ¿Sabes cómo me sentí cuando la oí decir eso?, me entraron ganas de matarla a ella también.

—¿Y tú no te has parado a pensar que se vio obligada? Es su prometida, ¿recuerdas?

—Mira, tío, estoy harto de ese cuento. Si de verdad me quisiera ya habría hablado con mi hermano. Se acabó, no quiero seguir con esta historia porque voy a acabar volviéndome loco. No quiero volver a casa. ¿Puedo quedarme en la tuya?

—Sabes que sí. Pero estoy seguro de que no vas a tardar ni dos días en buscarla de nuevo.

—No, esta vez no, ella ya ha elegido y prefiere hacerme daño a mí que

dejar a mi hermano. Como siempre, él acaba consiguiendo lo que quiere y yo tengo que resignarme.

—Vamos, no te lo tomes así, ella te quiere. Y yo doy fe de eso.

—Sí, pero es a mí al que deja por no hacerle daño a él. Ya no quiero seguir hablando de ella. Quiero emborracharme para no seguir pensando en ellos y en esa escena que no me puedo quitar de la cabeza.

—Te dije que no quería verte así otra vez, ¿por qué nunca me haces caso? Anda, llena dos copas.—Pasó el brazo por el hombro de su primo y bromeó al preguntarle—: ¿Por qué Natalia es la única mujer que acaba emborrachándonos a los dos? Lola va a matarnos, ¿lo sabías?

Se rieron y brindaron bebiéndose el whisky de golpe y llenándose los vasos de nuevo.

## CAPÍTULO 28

Dos días después, Nátali estaba desesperada, no había vuelto a ver a Jaime y no quería ver a Carlos. Siempre que iba, aprovechaba cuando él estaba acompañado para no estar a solas con él, y ponía cualquier excusa para abandonar la habitación antes de quedarse a solas.

Desesperada al pensar que entre ella y Jaime todo había terminado una vez más, decidió hablar con Carlos. Necesitaba marcharse de esa casa y nada se lo iba a impedir.

\*\*\*

Cuando Jaime regresó ese mismo día, María le dijo:

—Jaime, qué casualidad que hayas venido.

—Ahora no, tata, solo he venido a ducharme, cambiarme de ropa, y me voy.

—Tu hermano quiere hablar contigo, es por Nátali.

Jaime la miró muy serio.

—¿Ha pasado algo?

—Solo sé que Nátali se va.

Cuando escuchó esas palabras, el corazón se le encogió y preguntó nervioso:

—¿Qué quieres decir?

—Deberías hablar con tu hermano.

Sin decir nada más, se dirigió a la habitación de su hermano dispuesto a decirle todo. No sabía qué había pasado, pero no iba a dejar que Nátali se fuera.

—Hola, chiquitín. Tata me ha dicho que quieres hablar conmigo.

—¡Dios! Menos mal que has venido. Tienes que ayudarme. Te he estado llamando y no me lo coges.

—Me he quedado sin batería. ¿Qué ocurre?

—Nátali se va, y no sé qué más hacer para retenerla.

—¿Por qué se va?

Estaba deseando que él le dijera que ella había roto su compromiso y que

por eso se iba, y si hubiera sido capaz de haber hecho algo así subiría corriendo a buscarla y se la llevaría a casa para hacerle el amor y decirle lo mucho que la amaba. Pero se quedó helado cuando su hermano le dijo:

—Su jefe la ha llamado y como no hay boda no tiene derecho a vacaciones, así que si no vuelve, la despedirá. Y no atiende a razones. Le he dicho que no necesita trabajar, que yo puedo mantenerla, pero no quiere. Aunque no creo que sea ese el motivo por el cual quiere irse.

—¿Qué quieres decir?

—Tú has estado con ella más tiempo que yo últimamente. ¿Ha estado mucho con Josemi?

—¿Por qué dices eso?

—Cuando le presenté a Josemi, hubo mucho *feeling* entre ellos. No había hecho caso a nadie en toda la noche, sin embargo, con él fue como si se conocieran de toda la vida.

—¿Qué estas insinuando que tiene un lío con él? Pues te equivocas, Natalia no está con él y si quieres echarle la culpa a alguien puedes...

Estaba dispuesto a contarle la verdad al oírle decir eso, pero Carlos le cortó diciéndole:

—¡Lo sé, tío! Sé que es una locura, que no debería pensar eso de ella, pero es que no puedo entender qué le ha hecho cambiar tanto. Antes era cariñosa, alegre, divertida, pero desde que vinimos se ha vuelto fría. Para que me dé un beso tengo que pedírselo o forzarla como el otro día cuando nos pillaste, que desde ese día no he vuelto a estar a solas con ella, porque siempre tiene una excusa o viene cuando estoy acompañado y se va enseguida antes de tenerse que quedar a solas conmigo. Tengo la impresión de que ya no quiere casarse conmigo, y te juro que no lo soportaría. No podré estar aquí todos estos meses sin ella y sin la niña. Si ella se va, me iré detrás y no va a importarme lo que pase con mi pierna, como si me quedo cojo para toda la vida o tienen que cortármela, eso no me importa. Tienes que ayudarme, habla con ella, por favor, que no se vaya, porque no podré resistir esto sin ella.

En ese mismo instante Jaime entendió porqué le era tan difícil a Nátali decirle la verdad, ya que él había entrado convencido de que iba a contarle todo, pero al verle tan decaído y tan hecho polvo no pudo hacerlo.

—Está bien, hablaré con ella, pero no te prometo nada.

Cuando salió de la habitación se tropezó con su madre que le amenazó diciéndole:

—Mira, no sé qué ha pasado entre Nátali y tú, pero arréglalo. No quiero

perder a mi nieta. Nátali se va, ¿lo sabías?, y si no lo arreglas, seré yo la que hable con ella.

—Para marcharse tendrá que ser por encima de mi cadáver. No te preocupes, no voy a dejar que se vaya, voy hablar con ella. Pero eso, si no se te ocurra decirle nada. Ya te lo dije, si ella sospechara que alguien lo sabe no soportaría la vergüenza.

—Recuerda lo que te dije, no seas bruto porque así no conseguirás nada. Y la niña no quiere irse, está muy disgustada.

Antes de entrar en la habitación, respiró profundamente para intentar tranquilizarse. Estaba muy nervioso al enterarse de que Nátali quería irse. Le había pillado por sorpresa y estaba muy cabreado solo al pensar que ella fuera capaz otra vez de dejarle sin despedirse, y para colmo llevarse a su hija. No se lo iba a permitir, esta vez no.

Cuando entró en la habitación, su rabia fue creciendo por momentos al ver la maleta de ella y la de la niña encima de la cama con toda la ropa guardada. Cuando Nátali se giró y lo vio se quedó pálida, no quería hablar con él y siguió haciendo la maleta, ignorándole.

—¿Otra vez vuelves a irte sin despedirte? Ya puedes deshacer las maletas porque no vas a ir a ningún sitio.

Ella seguía haciendo la maleta sin decir nada, así que él se acercó y le quitó lo que llevaba en la mano tirándolo al suelo.

—Tengo que irme, porque si no me despedirán.

—No te creo, y no me importa. Ese cuento podrá servirte con mi hermano, no conmigo. Los dos sabemos porqué te vas, y no puedes huir cada vez que peleamos y no hago lo que tú quieres.

—No me importa lo que hagas y mucho menos lo que pienses. No puedo perder mi trabajo, ni por ti ni por tu hermano.

—No necesitas trabajar y lo sabes.

—¡No! Lo que no necesito es que nadie me mantenga, puedo hacerlo yo sola. La vida me ha enseñado a no confiar en nadie y a salir adelante por mí misma, sin depender de nadie. No te necesito a ti, y no necesito a tu hermano.

—Lo sé, y lo has demostrado. Pero no estás sola, ¡maldita sea! ¿Cuándo vas a darte cuenta de eso?

Cuando intentó cogerla por la cintura, ella se apartó y le dijo muy seria:

—No se te ocurra volver a camelarme. Entre tú y yo todo ha terminado, tú lo dijiste, y ya no pinto nada en esta casa, así que es mejor que me vaya. Con el tiempo tu hermano se olvidará de mí y todos los demás también.

—¿De verdad crees que voy a olvidar que tengo una hija?

—Lo siento, pero tengo que irme.

La furia le hizo cogerla del brazo con tanta rabia y tanta fuerza, que ella perdió el equilibrio, y para no caerse se agarró a su camisa y le gritó furiosa:

—¡Me haces daño!

—Lo siento, pero tú me obligas a hacerlo.—Inmediatamente dejó de apretarle el brazo—. No vas a llevarte a mi hija a ningún sitio.

—¿Entonces qué quieres, que me case con tu hermano? —le preguntó desafiante.

—Sabes que no. No necesitas casarte con nadie si no quieres, tienes tu casa. Y si no quieres que nadie te mantenga puedes trabajar, pero aquí, cerca de mí. No quiero perderos nena, otra vez no.

—Tú dijiste que lo nuestro se había terminado.

Jaime la rodeó con sus brazos y la acercó hacia él.

—No me hagas caso cuando estoy tan enfadado, los celos me hacen decir cosas que no siento. Tenías razón, nena, era un ataque de celos. Cuando me ha dicho mi hermano que te ibas me he dado cuenta de que pase lo que pase no puedo dejar de amarte.

Nátali puso sus brazos en su pecho intentando apartarle, pero no lo consiguió porque él la apretó con más fuerza.

—¡No... basta... no sigas! No puedo aguantar más esta situación. ¿No te das cuenta de que no podemos estar juntos? Estamos dos días bien y cuatro mal.

—Sí, pero no me puedes negar que por esos dos días buenos vale la pena los otros cuatro malos.

—No, ya no me valen la pena. Me he cansado, y quiero irme.

Él volvió a mirarla muy serio al escucharla decir eso.

—¡Bien!, pues si te vas te irás sola, porque no te voy a permitir que te lleves a mi hija. Puedes poner la excusa que quieras o podemos decir la verdad, pero mi hija se queda aquí. Y recuerda lo que te dije. Si intentas huir, esta vez te buscaré, te encontraré, y te quitaré a la niña. Ahora todo depende de ti.

De repente la soltó y salió de la habitación.

Ella se quedó pensando un momento en lo que él le había dicho. Sabía que hablaba en serio, que no la dejaría irse con su hija, así que decidió quedarse, pues no quería armar un escándalo y estropearles lo que quedaba de navidad a todos. Una cosa era irse con la excusa de que tenía que volver al trabajo,

eso les molestaría, pero no les causaría un dolor tan grande como la realidad. Porque ¿cómo podría ella hacerles entender que se iba porque ya no quería a Carlos, y por esa misma razón ya no quería casarse con él? No, eso jamás lo iban a entender, lo único que pensarían es que estaba loca, ya que nadie deja de querer a alguien de la noche a la mañana. Lo más difícil era cómo decirle a Carlos que ya no se iba.

Mientras bajaba las escaleras se iba poniendo muy nerviosa, no estaba segura de lo que iba a decirle a Carlos, por eso sus nervios aumentaban a cada paso que daba. Cuando entró en la habitación de Carlos y vio a su madre, aún se puso más nerviosa, porque no sabía si iba a poder mentir sin que se dieran cuenta.

—Hola.

—¿Vienes a despedirte o has cambiado de opinión? —le preguntó Carlos muy triste.

Nátali se acercó a la cama le cogió de la mano y de repente empezó a encontrarse mal.

—Yo...yo...

—¿Qué te pasa cariño? ¡Estás muy pálida!

—No lo sé, estoy mareada.

Su madre le ayudó a sentarse en una silla y le puso la cabeza hacia atrás dándole aire con una revista.

—Tranquila, respira...—Intentó tranquilizarla Elena—. ¿Estás mejor, querida?

Nátali respiró profundamente, antes de decir:

—Sí, creo que sí, solo ha sido un mareo.

—Vas a tener que hacerte un chequeo, últimamente te dan muchos mareos —protestó Carlos, preocupado.

—No te preocupes, estoy bien, solo son los nervios.

—¿Cuándo te vas? —preguntó muy triste.

—He vuelto a hablar con mi jefe y le he pedido unos días más por las vacaciones de verano.

—¿Eso quiere decir que ya no te vas?

—De momento, no.—Él le besó en las manos, diciéndole muy emocionado:

—Gracias, cariño, te quiero. Pensé que habías dejado de quererme y que por eso te ibas, ahora me doy cuenta de que estaba equivocado. Si eres capaz de arriesgar tu trabajo por mí es porque aún me quieres, ¿verdad?

—Bueno, me alegra que te quedes —dijo su madre dándole miedo lo que ella pudiera contestar—. Ahora, vamos a cenar.

Cuando llegaron al comedor y vio que no estaban ni su hija ni Jaime, se asustó pensando que se la había llevado para que no se fueran, así que preguntó, nerviosa:

—¿Y mi hija dónde está?

—Está con Jaime —dijo Jaime padre—, han ido a lavarse las manos.

—¡Mami! —gritó Sara llena de alegría echándose en los brazos de su madre—. Me ha dicho el tío Jaime que ya no nos vamos. Gracias, te quiero mucho.

—Lo sé, mi amor. Pero no era tu tío quien debería de haberte dado la noticia, sino yo.

Nátali miró a Jaime con reproche. No le gustaba que él le hubiera dicho a la niña que ya no se iban, ella sabía perfectamente que se lo había dicho adrede para obligarla a quedarse, y él no tenía ningún derecho a hacer eso.

—Creo que las gracias se las tenemos que dar a Jaime —dijo Carlos—. No sé lo que le has dicho, pero ha funcionado.

—Yo no he hecho nada. Cuando iba a hablar con ella, ya lo había resuelto. Debe de quererte mucho para dejar todo por ti.

Mientras decía eso, la miraba reprochándole con la mirada como ella le había reprochado a él. Los dos estaban tan enfadados que podía notarse la tensión que había entre ellos.

Él, porque ella no era capaz de enfrentar a su hermano y dejarlo todo por él, si tanto le amaba, y ella, porque no soportaba que utilizara a la niña para obligarla a quedarse.

Helen decidió cambiar de tema, porque conociendo a su hermano y viendo su cara, sabía que si seguían con ese tema se iba a armar una, y bien gorda.

—Bueno, ¿por qué no hablamos del baile de nochevieja?

Su madre, que también se había dado cuenta de la situación, le siguió el rollo.

—Sí, tienes razón. Tendremos que ir de compras, a Nátali le hace falta un vestido para ese baile.

Jaime cortó la conversación diciéndole muy serio a su hermano:

—Esta vez tendrás que buscarle otro acompañante a tu prometida, yo ya tengo pareja para ese baile.

—No necesito que nadie me acompañe, porque no pienso ir — protestó Nátali, enfadada y dolida.

No podía creer que fuera a ir con otra mujer, no hacía ni dos días que habían terminado y ya estaba saliendo con otras.

—Primero, no es necesario que tenga que ir acompañada a todos los sitios, y segundo —cogió la mano de Carlos entrelazando los dedos mientras le decía mimosa—, prefiero quedarme contigo. No te voy a dejar solo otra vez.

—No, esta vez no va a estar solo, nosotros vamos a estar aquí —dijo Jaime padre—. Esas fiestas son para los jóvenes. Empiezan demasiado tarde y a saber cuándo terminan. Estoy ya mayor y aún no me he recuperado de la nochebuena.

—Pero si estás estupendo. Hecho un chaval, diría yo —bromeó Nátali.

—¿Veis?, adoro a esta chica. Por mucho que busques Jaime, te va a ser muy difícil encontrar una nuera que me guste más que esta.

Todos se echaron a reír, menos Jaime.

—Hay que reconocer que Nátali tiene razón —dijo Kiko—, yo cuando sea mayor quiero ser como tú.

—¡Buuaaaggg! De eso nada. Me daría muy mal rollo si fueras igualito que mi padre —bromeó Helen riéndose.

—No seas pelota —le dijo Carlos a Kiko lanzándole una miga de pan—, tú ya tienes el puesto asegurado aquí.

Todos volvieron a reírse y el ambiente parecía haberse suavizado.

—Sí, además tú eres el único yerno que va a tener —aseguró Jaime cogiendo a su amigo por el cuello—, y aunque tuviera mil más, jamás te llegarían a la suela del zapato. Así que no necesitas hacerle la pelota.

—¡Oye! Dejad al muchacho.—Elena les siguió el juego—. Tiene toda la razón, ya quisieran muchos jóvenes estar como tu padre, que se conserva muy bien.

—Sí, tu madre me mete en formol todas las noches, así estoy de lozano —soltó Jaime haciéndoles reír a todos.

Había pasado la tempestad, y Nátali empezaba a relajarse evitando mirar a Jaime para no ponerse otra vez de mal humor. Le encantaba verlos a todos así. Cuando empezaban a bromear los unos con los otros. Se les veía tan felices juntos, y se llevaban todos tan bien, que le era imposible ni siquiera imaginar que por su culpa esa familia tuviera que padecer el enfrentamiento de sus dos hijos.

Ella estaba segura de que Carlos jamás perdonaría a ninguno de los dos, jamás volvería al pueblo estando ellos allí, y sus padres sufrirían al perder a uno de sus hijos. Por todos esos motivos le daba miedo que él se enterara y

que la verdad saliera a la luz.

\*\*\*

Nátali estaba acostada en la cama sin poder dormir, su cabeza no dejaba de pensar en lo que Jaime había dicho. Tenía una pareja para el baile, no quería acompañarla, y eso le dolía profundamente. Pero bueno, si él había decidido que ya no había nada entre ellos, que todo había acabado, ella volvería a su vida. Se casaría con Carlos y se iría de ese maldito pueblo para no volver a ver a Jaime nunca más en su vida. Aunque no estaba segura de poder hacer eso ya que no sabía fingir, y ya no se veía capaz de subirse a un altar con él y unirse para el resto de sus días a un hombre al que no amaba. Porque, aunque antes no estuviera locamente enamorada de él sabía que entre ellos todo podía ser muy bonito, y también sabía que no tendría problemas para entregarse a él. Sin embargo, ahora todo era distinto, ahora él era el hermano de Jaime y no sabía porqué, le resultaba tan difícil desde que había vuelto a esa casa mantener cualquier clase de relación con él.

Pero si Jaime era capaz de volver a rehacer su vida tan tranquilamente, ella también haría un esfuerzo por rehacer la suya. No tenía por qué volver a quedarse sola de nuevo, porque a él le diera la gana. Volvería otra vez a querer a Carlos, aunque nunca había dejado de quererle, el problema era saber si sería capaz de volver a estar entre sus brazos sin poder dejar de pensar en su hermano. Ese era su mayor problema y el que más miedo le daba, saber si era capaz nuevamente de olvidar a Jaime, y poder volver a sentir en los brazos de otro hombre.

Su vida se había vuelto a convertir en un infierno y todo se lo volvía a deber a la misma persona, al único hombre que cada vez que aparecía por su vida la volvía patas arriba.

## CAPÍTULO 29

Era el día de nochevieja y Nátali estaba triste y decaída, no había vuelto a hablar con Jaime y las pocas veces que se habían visto él la había ignorado. Casi todas las noches las pasaba fuera con alguna de sus amantes, pensaba ella, y eso aún la deprimía más. Pero el tiempo que estaba con la niña era encantador, jugaban, se reían, era tierno y cariñoso, la niña estaba loquita por él.

Cuando Nátali los observaba se moría de ganas de estar con ellos, de compartir esos momentos juntos, pero en cuanto ella se acercaba él ponía una excusa y se iba. Eso la ponía aún más triste porque le hacía darse cuenta de que era cierto que entre ellos todo había terminado, y no le quedaba más que desear que el tiempo pasara lo más rápido posible, para irse y no sentir ese dolor tan grande que sentía cada vez que él la ignoraba.

\*\*\*

Sentados todos en la mesa para cenar, Helen le preguntó a Nátali:

—¿Estás segura de que no quieres venir a la fiesta?

—Sí, estoy completamente segura. Voy a quedarme aquí con las niñas, con tu hermano, y con tus padres. Además, siempre hemos tomado las uvas juntas. ¿Verdad, mi amor? —le preguntó a su hija.

—Sí. ¿Cuándo vamos a tomarlas? ¿Falta mucho, mami?

—Pues tienes que esperar un poquito, aún faltan más de dos horas.

—Nosotros tenemos que darnos prisa si queremos llegar a tiempo —le advirtió Helen a su marido—. Dentro de un momento estarán aquí los demás.

—Deberías pensarlo mejor Nátali, aquí vas a aburrirte mucho —dijo Elena—. Las niñas están cansadas y seguro que se duermen pronto, no han parado de jugar en todo el día. Nosotros tampoco vamos a tardar mucho en irnos a dormir, y Carlos, ya sabes que cuando se toma los calmantes se queda dormido.

—Hoy no voy a tomarme los calmantes, así podré aguantar un poco más y estar contigo.

—De eso nada. Si te duermes, pues yo también me iré a dormir y ya está.

No quiero que te dejes los calmantes por mí, porque entonces te dolería la pierna y no pararías de quejarte.

—Tienes razón, el dolor me pone insoportable, ¿verdad?

—Un poquito. Pero se puede aguantar, no te preocupes.

—Está bien, me tomaré los calmantes, pero entonces haz caso a mi madre y ve a esa fiesta. Esta noche no es para quedarse en casa, sino para divertirse.

El único problema era que estuviera donde fuera, ella no iba a poder divertirse, pensando que Jaime estaba cenando con otra mujer, que después bailarían con otra mujer, y por último pasaría la noche con otra mujer. Cuando estaba a punto de contestarle entraron en el salón Josemi, Lola, Silvia y Pablo.

—¡Buenas noches! —saludaron todos al mismo tiempo.

Nátali se alegró al verlos.

—¡No puedo creer que aún no estéis preparados! —exclamó Silvia.

—Sí, estamos preparados —protestó Helen—. Solo tengo que pintarme los labios y ponerme los tacones.

—Pero tú, Nátali, no estás vestida.

—Yo no voy a ir.

—¿Por qué? —le preguntó Josemi.

—Porque no tengo ganas.

—Anda, a ver si la convencéis —dijo Carlos—. No quiero que se pase toda la noche aburrida a mi lado.

—Mejor la secuestramos —propuso Silvia acercándose y levantándola de la silla—. Vamos, no os quedéis ahí paradas, ayudadme. Lola y yo la subimos a su habitación, tú, Helen, encárgate del vestido.

—¡Di que sí, lleváosla de aquí! —gritó Jaime riéndose—. Que se divierta un poco, a ver si así le cambia esa cara de palo que lleva ya varios días así. Y estoy seguro que es por no salir de casa y estar tantos días encerrada.— Cuando vio que Nátali iba a protestar añadió muy serio—. Haz caso a tu suegro es una orden.

Mientras la subían por la escalera, Nátali iba protestando, pero ninguna le hacía caso. Cuando llegaron a la habitación y la soltaron, le insinuó Lola:

—Tienes dos opciones, o te vistes tú o lo hacemos nosotras.

—¿Estáis hablando en serio?

—¡Sííí! —contestaron las dos a la vez.

A Nátali le empezó a dar la risa y todas acabaron riéndose. Cuando llegó Helen con los vestidos, Nátali volvió a elegir el verde, el mismo que llevó la

primera noche.

—¿Vas a repetir vestido? —preguntó Helen espantada—. Habrá mucha gente que estuvo la misma noche que te lo pusiste.

—No me importa, me gusta mucho.

—Bueno, ¿qué importa si ella quiere volvérselo a poner?, déjala —dijo Silvia impaciente—. Además, le quedaba muy bien. Voy arreglándote el pelo.

—Yo puedo ir maquillándote —se ofreció Lola.

—Está bien, te traeré los zapatos. Ah, por cierto, ¿dónde está el aderezo que te regaló mi hermano?

—En el primer cajón. Pero no creo que pueda ponérmelo. Si lo perdiera, me moriría del disgusto.

—Carlos regalando joyas, no me lo puedo creer.—Silvia estaba bastante sorprendida.

—No fue Carlos, sino Jaime. ¿Desde cuándo Carlos puede regalar algo como esto?—Helen abrió la caja y les enseñó el aderezo dejando a las dos con la boca abierta.

—¡Guau! Es el aderezo más bonito que he visto en toda mi vida. ¿Porqué a mi marido no se le pega algo de su primo?—protestó Lola haciendo reír a todas.

—¡Joder!, es precioso. A mí nunca me regaló nada parecido en todos los años que estuvimos casados.

—Vaya, lo siento, yo no...

—No seas boba, él nunca sintió por mí lo que siente por ti —le dijo en voz baja.

—Las joyas están para lucirlas y si se pierden, pues mala suerte. Y si no, no te preocupes, seguro que mi hermano las ha asegurado, con lo que deben de haberle costado puedes estar tranquila de eso —le iba diciendo Helen mientras le ponía el collar. Al mirarla en el espejo le dijo mirando sus ojos—: Además, mi hermano tenía razón. Hacen que tus ojos resalten aún más, si eso es posible.

—Estás preciosa —comentó Lola—, parece como si el vestido y las joyas estuvieran diseñadas especialmente para ti.

Nátali sabía que el día que abandonara esa casa iba a echar muchísimo de menos a esas tres mujeres, que en tan poco tiempo se habían convertido en las mejores amigas que cualquier mujer desearía tener.

Cuando se miró en el espejo se dio cuenta de una cosa, tenían razón,

estaba muy cambiada, casi ni parecía ella. El maquillaje, el pelo, el vestido, las joyas, todo era perfecto y le quedaban muy bien. Solo esperaba que Jaime estuviera allí y que se quedara tan impresionado como ella misma lo estaba de verse sin vaqueros ni jersey, que era lo que normalmente llevaba. Para que así cayera rendido a sus pies y poder chafarle como a una vulgar cucaracha, que era lo que realmente se merecía por estar con otra mujer.

\*\*\*

Al bajar al salón, Carlos no podía dejar de mirarla diciéndole alucinado al verla tan hermosa:

—Estás impresionante. Creo que me estoy arrepintiendo, casi prefiero que no vayas. Hoy no tienes a mi hermano para espantarte a los moscones.

Kiko y Josemi se miraron, e inmediatamente dijo Kiko:

—No te preocupes, cuñadito, yo cuidaré de ella esta noche, y no dejaré que ningún moscón se le arrime, y si es necesario sacaré el matamoscas.— Todos se rieron al oír la gracia de Kiko—. Además, voy a ser el hombre más envidiado de la noche rodeado de tanta belleza. No me quites esa satisfacción.—Al decir eso, miró a su mujer y a Nátali, y les sonrió.

—Si no quieres que vaya, me quedaré. No es que tuviera muchas ganas de ir.

—Después de lo que les ha costado a las chicas convencerte, no, ve y disfruta. A mí ya me está dando el bajón.

—Ese es mi chico, los celos no son nada sanos —afirmó su padre—. Anda, será mejor que os vayáis, las niñas se están poniendo el pijama con la abuela y si cuando vuelvan aún estáis aquí, ya sabéis lo pesadas que se ponen, y no os dejarán ir.

—Pero quisiera despedirme y felicitarle el año, es el primero que vamos a estar separadas.

—¡Uy! Y no será el último.—Sonrió Helen cogiéndola del brazo y sacándola hacia el recibidor—. Vámonos ya. Si Noelia nos ve, se va a poner muy pesada y va a querer que nos la llevemos.

—Adiós, pasadlo bien. ¡Pero que conste que te vas sin darme un beso! —le gritó Carlos mientras se iban.

—¡Lo siento, pero estoy secuestrada! —le contestó a voces mientras salía de la casa— ¡Hasta mañana, dale un beso a la niña de mi parte!

—Lo haré.—Cuando se quedaron solos, le preguntó a su padre muy

orgullosa—: ¿No es la mujer más bonita que has visto nunca?

—Si he de serte sincero, te diré que sí, que nunca había visto una chica con unos ojos tan bonitos y tan guapa como Nátali. Entiendo que se te caiga la baba con ella. Eso sí, no se lo digas a tu madre —bromeó, haciéndole reír.

\*\*\*

Iba en el coche de Kiko sin fijarse en el camino, pero cuando aparcó el coche y Nátali bajó, se quedó pasmada. De repente, le vinieron tantos recuerdos a la mente.

Cuando Jaime se peleó con aquel hombre para defenderla y desde ese día quedó perdidamente enamorada de él. Cuando tuvieron su primera discusión por utilizar a una muchacha y dejarla tirada para marcharse con ella. Cuando por celos hubiera sido capaz de romperle el brazo a su primo para que no la acompañara a casa la noche antes de su boda. Todas esas cosas ocurrieron en ese mismo aparcamiento, y todas y cada una de ellas le hacían pensar en él.

Josemi le pasó un brazo por el hombro, preguntándole:

—¿Estás bien?

—Estoy impresionada de volver aquí después de tantos años. Está casi todo igual que antes.

—Bueno, ya me conoces, si algo funciona bien no hay que cambiarlo.— Los dos se rieron ante ese comentario.

—Tienes razón. No puedo creer que aún conserves el bar.

—Pues sí, es mi medio de vida y como ya te he dicho antes, funciona de maravilla.

—Me alegro un montón.

Cuando entraron al bar no podía dejar de observarlo todo. La pintura había cambiado, las cortinas y los manteles también, pero todo lo demás estaba igual que hacía seis años.

—¡Dios mío! Me trae tantos recuerdos. Es increíble. Tienes razón, no ha cambiado nada. ¿Por qué está tan vacío? —preguntó con curiosidad.

—La fiesta es en el pub, desde hace varios años celebramos aquí la nochevieja. Cenamos con los niños y la familia, y después venimos a montar la fiesta aquí solo para nosotros.

—¡Es estupendo!

Cuando entraron al pub había mucha gente, primos, amigos, muchas caras le sonaban de la fiesta de cumpleaños de Elena. Muchos le saludaban y

besaban, pero no podía acordarse de sus nombres. Y es que aquella noche no estaba ella como para que se le quedaran los nombres de nadie en la cabeza.

—Hola.

Nátali se quedó mirando a ese hombre que apenas podía recordar si lo conoció aquella noche o no.

—Hola.

Le respondió ella con timidez al ver su mirada tan penetrante recorrerla de arriba abajo. Era moreno, con ojos negros, muy guapo, bastante alto, y muy delgado. Su cara no le sonaba demasiado.

—Soy David, primo de Josemi.

—Entonces serás primo de Helen también. Yo soy Nátali, su futura cuñada.

—Encantado.—Le dio dos besos—. Pero muy decepcionado por lo que me acabas de decir.

Nátali le miró extrañada.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es una lástima que la muchacha más hermosa de la fiesta esté comprometida.

—Por favor, dime que este sinvergüenza no está ligando contigo —Le dijo Josemi a Nátali abrazando a su primo—. Estás perdiendo el tiempo, primo, esta chica ya está comprometida.

—Lo sé, acaba de decírmelo y de partirme el corazón. Jamás había visto unos ojos tan hermosos.

—No te preocupes, no eres el único que cae rendido por esas dos esmeraldas.

—Esto es increíble, todos tus primos son igualitos. Bueno, menos Carlos. Me voy con las chicas.

Se dirigió donde estaban las chicas un poco mosqueada, pues nunca le había gustado que sus ojos fueran tema de conversación, y mucho menos que los hombres se lanzaran sobre ella nada más verla y se creyeran con el derecho de mirarla de esa manera.

Cuando estaba a punto de llegar a la mesa donde estaban sentadas Lola, Silvia, y Helen, vio a Jaime en la mesa de al lado con una rubia despampanante de ojos azules, muy bonita. Estaba colgada de su cuello y en ese mismo instante se le cayó el mundo encima. No era lo mismo imaginarle con otras mujeres que estar viéndole en vivo y en directo, así que quería morir. Deseaba no haber ido jamás a esa maldita fiesta, y cuando se dio

cuenta de que él estaba mirándola muy fijamente de arriba abajo como su primo, se sentó inmediatamente en una silla disimulando su enfado y la impresión que le había causado verlo abrazando a otra mujer.

—No puedo creerlo. ¿Por qué no me dijiste que Jaime estaría aquí?

—No lo preguntaste. Estás blanca, ¿qué te pasa? —Cuando Silvia miró hacia donde Nátali lo estaba haciendo, vio cómo Jaime estaba besando a esa chica—. ¡Vaya! No me lo puedo creer.

—Tengo que irme.—Los ojos se le empezaban a llenar de lágrimas.

—No puedes hacer eso —le advirtió Silvia agarrando su brazo evitando que se levantara de la silla.

—¿Por qué no? No quiero seguir aquí.

—Tienes que recomponerte, y no se te ocurra llorar.

—Eso es muy fácil de decir.

—Si te vas, vas a demostrarle que él tenía razón. Que todas las veces que se ha enfadado y se ha ido hecho una furia cuando tú estabas con Carlos tenía sus motivos. ¿De verdad quieres que piense eso?

Nátali reaccionó al oírla decir eso, respiró profundamente y se obligó a sí misma a tranquilizarse, evitando mirar a la mesa de Jaime, pues sabía que si volvía a verle besando a esa chica no podría evitar echarse a llorar.

—No. Pero no puedo soportar verle así con esa chica, es muy doloroso.

—¿Ahora puedes entender cómo se sentía él cada vez que te encontraba con Carlos?

—Sí, ahora lo entiendo, pero ya es muy tarde.

—No seas boba, nunca es tarde cuando se quiere de veras.

—Sí, pero él ya no me quiere.

Silvia empezó a reírse al verla hacer pucheritos como una niña pequeña.

—¡Anda! ¿De verdad crees lo que estás diciendo? No pudieron seis años borrarte de su corazón, ¿crees que por una pequeña pelea va a dejar de quererte? Lo único que le pasa es que está dolido y enfadado porque piensa que no le quieres lo suficiente como para dejarlo todo por él, cuando él está dispuesto a dejarlo todo por ti. Incluso a su familia.

—¿Por qué dices eso?

—Soy su mejor amiga y me lo cuenta todo.

—Qué importa que me quiera, está con otra mujer y esta noche pasará la noche con ella. Y solo tengo ganas de una cosa.—Estaba muy cabreada al ver que él seguía besando a esa mujer.

—¿De qué?

—De matarla... y a él también.

Nátali estaba tan furiosa, que Silvia al verla en ese estado le aconsejó:

—No pasará la noche con ella si tú no quieres. Ve con él y demuéstrale lo mucho que le quieres.

—Yo no puedo hacer eso, me moriría de vergüenza. Además, está con... con esa mujer...

—¡Vamos, chicas coged las uvas, ya van a sonar las campanadas! —gritó Helen—. Dejad el cotilleo para luego, hemos venido a divertirnos, ¿recordáis?

Nátali cogió las uvas, pero no podía tragar por el nudo que tenía en la garganta y se le iban amontonando en la boca. Cuando terminaron de sonar las campanadas no pudo aguantar tantas uvas en la boca y le empezó a dar angustia, así que salió disparada hacia el cuarto de baño tirándolas todas al váter. Por un momento, pensó que iba a vomitar, pero se recuperó, se arregló un poco, y salió fuera de nuevo.

La gente seguía felicitándose el año nuevo y empezaron a felicitarla también a ella. Josemi, Helen, Lola, Silvia, todos estaban saludándose, pero ella no sentía nada, solo sonreía y decía mientras devolvía los besos:

—Igualmente.

No quería estar allí, quería irse y no seguir viendo cómo Jaime felicitaba a esa chica besándola con mucha pasión, y después a todos los demás, pero bastante alejado de ella.

Aunque no quería, no podía dejar de mirarle, de verle hablar con esa chica y sonreírle, mientras se acercaba al disc-jockey para pedirle una canción. Cuando la música empezó a sonar y vio cómo se acercaba a esa chica cogiéndola por la cintura se le partió el corazón. No podía creer que fuera a bailar su canción con otra mujer, que hubiera pedido su canción para otra mujer.

Justo en ese momento, alguien se puso delante tapándole la visión.

—Hola, ¿te acuerdas de mí? —Era David—. Eres muy escurridiza, te he estado buscando, pero no te encontraba. ¿Quieres que bailemos?

Estaba a punto de decirle que sí, nada más para que Jaime viera que a ella le importaba tan poco que él estuviera con otra, como a él le importaba bien poco lo que ella sintiera o hiciera. Pero cuando fue a decir que sí, se dio cuenta de que no podía hacerlo, porque con el único hombre con el que ella quería estar era con él, aunque él estuviera bailando su canción con otra. Entonces, le dijo a David:

—No, gracias, no me apetece.

—Vamos, no me digas que no, solo es un baile, y quisiera perderme en esos ojos tan hermosos.

—Te ha dicho que no.—Cuando oyó la voz de Jaime le dio un vuelco el corazón—. Además, en esos ojos tan hermosos solo me pierdo yo.—Le cogió de la mano y la arrastró hacia él—. ¿No es verdad, nena? —Ella asintió con la cabeza, pues no le salían las palabras al tenerlo allí frente a ella reclamándola—. Te lo dije, tendrás que probar suerte en otro lado.

—Te felicito, primo, te llevas a la chica más guapa de la fiesta.

—Gracias, ya lo sé.—Cogiendo a Nátali por la cintura, la llevó a la pista de baile y empezaron a bailar—. No puedo dejarte sola ni un momento, en cuanto me descuido se te echan encima.—Ella hizo una mueca con la boca en forma de sonrisa—. Feliz año nuevo, nena —le dijo, levantando su cara con los dedos en su barbilla para poder darle un beso suave en los labios—. Esta noche estás espectacular. Eres la única mujer que conozco que es capaz de repetir vestido, y encima, le sienta mejor que la primera vez. Sabía que ese aderezo estaba hecho para ti, tus ojos tienen un brillo especial esta noche, esas dos esmeraldas están más radiantes y luminosas que nunca. Estás preciosa.

—Déjame. ¿No estabas con esa chica?, pues ve a bailar con ella.

Cuando intentó soltarse, la abrazó con más fuerza.

—Sabes que esa chica no me interesa.—Puso la mano de ella en su corazón preguntándole—: ¿Lo notas? —Ella le miró y asintió con la cabeza—. Mi corazón solo late por ti, nena, tú eres su única dueña.—Cuando vio cómo se le llenaron los ojos de lágrimas, le habló suavemente—: ¡Sssh! No llores, por favor.—La abrazó fuerte contra su pecho y le besó la frente.

—Creí que ibas a bailar nuestra canción con esa chica.

Él besó sus lágrimas que corrían por sus mejillas, diciéndole con ternura:

—Nunca podría bailar con nadie esta canción, es nuestra canción, nena, y solo contigo quiero bailar pegados. Solo quería que sintieras por un momento lo que me pasa cuando te veo con mi hermano. Sé que me he pasado, pero te juro que para mí ha sido también muy difícil, porque ya no quiero besar otros labios que no sean los tuyos —al decir eso le dio un beso—. Ahora entiendo porqué pensabas en mí cuando estabas con mi...

Ella puso los dedos en sus labios para hacerle callar.

—Lo siento, perdóname.—Empezó a besarle con ternura—. Perdóname, por favor, he sido una estúpida. Mañana mismo hablaré con tu hermano, y le

contaré todo, te lo juro.

—No quiero que te precipites, puedo esperar unos días, quiero que estés segura.

—Jamás he estado más segura de nada en toda mi vida, te amo y no quiero volver a perderte. No puedo vivir sin ti... —Al oírla decir eso, Jaime empezó a besarla con tanta pasión que sintió cómo se estremeció en sus brazos—. Júrame que no vamos a volver a discutir ni a pelear, esta semana ha sido para mí, como vivir en un infierno.

—Te lo juro. Yo tampoco quiero más peleas, para mí también ha sido un infierno estar sin ti, nena. Si supieras lo difícil que ha sido para mí aguantarme las ganas de colarme en tu habitación todas estas noches, para pedirte perdón y hacerte el amor como un poseso.

Ella sonrió.

—Debiste hacerlo, no sabes cómo deseaba que lo hicieras. Te esperaba todas las noches y me desesperaba que no vinieras.

—Te juro por nuestra hija que no he estado con otra mujer en todos estos días, solo lo dije para molestarte porque estaba enfadado. He estado en casa, en nuestra cama, echándote de menos y mirando tu foto, abrazado a la almohada que aún olía a ti.

—Te creo, y ahora, ¿por qué no me llevas a casa y me haces el amor toda la noche?, te deseo y te necesito.

Le dijo en el oído muy bajito como si le diera vergüenza que alguien pudiera escucharla, volviéndolo loco con su pudor, como siempre le ocurría.

Empezó a besarla y abrazarla con tanta fuerza que la levantó del suelo dejándola en volandas, después le preguntó:

—¿Nos vamos a casa?

—Sí, por favor —Le sonrió.

Él le devolvió esa sonrisa que la volvía tonta mirándola con picardía, después le cogió de la mano y mientras salían, se despidieron de Josemi:

—Nos vamos. Si alguien pregunta por nosotros, invéntate algo.

—Está bien, no os preocupéis y pasadlo bien. Y a ver si esta vez es la definitiva, estoy harto de emborracharme por tu culpa —le reprendió, mientras le daba dos besos a Nátali, que se quedó muy sorprendida al oírle decir eso.

—De eso puedes estar seguro.—Sonrió Jaime.

—¡Vaya, veo que todo se ha arreglado! —exclamó Silvia detrás de ellos.

Cuando se volvieron, Jaime le dio un beso, diciéndole:

—Gracias a ti. Te debo una.

—¡Aaaaah! Y a ver si esta vez no vuelves a cagarla, esta chica no se merece tantos disgustos —dijo sonriendo y dándole un abrazo a Nátali susurrándole al oído—:¿Ves?, yo tenía razón. Te quiere. Todo esto no lo haría por ninguna otra.

—Gracias —le susurró Nátali devolviéndole el abrazo con mucho cariño.

—No te preocupes, esta vez nada va a salir mal —dijo Jaime mientras las dos se abrazaban.

Terminaron de despedirse y se fueron. Cuando estaban en el coche, Nátali le preguntó:

—¿Por qué le has dicho a Silvia que le debías una? ¿Y por qué Josemi dice que se emborracha por mi culpa?

Jaime empezó a reírse al oír esas preguntas.

—Sabía que no querías venir a la fiesta, así que le pedí a Silvia que te trajera como fuera, pero que te trajera.—Le cogió de la mano y empezó a besarla—. Todo ha sido un montaje, nena. Esa chica solo era una amiga que me debía un favor. Sabía que, si sentías lo mismo que yo cuando te veo con mi hermano, reaccionarías y te darías cuenta de que por muy doloroso que vaya a ser decir la verdad, es necesario hacerlo. No podemos seguir alargando esta situación.

—Tienes razón, cuanto más tiempo pasa más difícil resulta todo. Pero de mañana no pasa, te lo juro.

—¿Quieres que se lo digamos juntos?

—No, prefiero hacerlo yo sola.

—Como quieras.

—¿Y Josemi, qué quería decir con eso de que se emborracha por mi culpa? Yo aún no lo he visto borracho.

Jaime volvió a reírse al oír de nuevo esa pregunta.

—Es que cada vez que discutimos acabo en su bar, abrazado a una botella contándole mis penas obligándolo a emborracharse conmigo.

A Nátali le dio tanta risa imaginarse esa situación, que no pudo parar de reír contagiándole la risa.

—Qué gracioso, me gustaría veros por un agujerito.

—Pues yo espero que no tenga que volver a obligarlo, porque si no, Lola un día me va a matar.

Nátali volvió a reírse de nuevo al oírle decir eso.

—No me extraña.

Jaime aparcó el coche y entraron en la casa.

—Esta vez no he podido venir a calentarla.

—No importa, solo te necesito a ti para entrar en calor, aunque creo que ya te lo dije el otro día, ¿verdad?

Él le sonrió y empezaron a besarse.

Le quitó el abrigo dejándolo caer en el suelo y ella hizo lo mismo con su abrigo, después la chaqueta, la corbata, la camisa. Mientras iba desnudándole, iba dejando caer todo por el suelo, como pulgarcito dejando un rastro de miga de pan, y mientras, él iba ayudándola y dirigiéndola hacia el comedor sin dejar de besarla. Al llegar a la mesa la apoyó en ella y empezó a subirle el vestido hasta la cintura; después, sus manos volvían a bajar suavemente quitándole las medias y las bragas al mismo tiempo, mientras sus labios recorrían su cuello estremeciéndola al contacto de esa perilla que acariciaba su piel y la cosquilleaba al mismo tiempo.

Desesperado por hacerla suya la cogió por la cintura y la subió encima de la mesa.

—¿No vamos... a la cama? —le preguntó ella con la voz cortada por el deseo.

Él acarició su punto más delicado, haciéndola estremecer y gemir de placer al mismo tiempo, alegrándose al sentirla tan deseosa como él. Inmediatamente se bajó los pantalones y liberó su erección, diciéndole:

—No puedo esperar más.—Penetrándola con fuerza volvió a decirle—:Y tú tampoco.

Empezó a bajarle la cremallera besándole los hombros mientras le bajaba los tirantes sin dejar de moverse dentro de ella, con movimientos suaves pero profundos, mientras ella se movía para recibirlo más plenamente aferrándose a su espalda gimiendo de deseo. Él cogió sus manos y las retiró de su espalda, poniéndoselas en la mesa detrás de ella para que se sujetara, después bajó el escote de su vestido un poco, justo hasta debajo de esos increíbles pechos, consiguiendo que se alzaran hacia él duros y erectos por el deseo que crecía en su interior, y mientras los acariciaba con sus manos, con su boca bajaba poco a poco por su cuello en busca de ellos para atraparlos, besarlos, succionarlos, y acariciarlos con su lengua, y esa perilla que le provocaban escalofríos de placer. Sin dejar de torturarla con sus movimientos fuertes y profundos de cadera, hasta sentir esas pequeñas convulsiones en ella que le decían que estaba a punto de estallar en mil pedacitos.

Ese era el momento que él estaba esperando para poder liberar toda esa

tensión que sentía al impedir que su cuerpo se desahogara antes de tiempo para no tener que recorrer el camino del placer sin ella, y justo en ese momento, cuando la sintió completamente suya, la agarró fuerte de las caderas y se dejó llevar, rápido y con fuerza, consiguiendo así llegar a la cumbre del placer los dos juntos, exhaustos y temblorosos por el esfuerzo.

Al terminar, ella se dejó caer sin fuerza en la mesa por el esfuerzo y él la siguió recostándose en su pecho, pero apoyando los antebrazos en la mesa para no aplastarla. Los dos tenían las respiraciones aceleradas y tardaron un poco en poder volver a la normalidad. Jaime fue el primero en romper el silencio, diciéndole:

—Me vuelves loco, nena.—Le dio un beso—. Estar contigo, hacerte el amor, es lo único que quiero hacer el resto de mi vida.

—Pues entonces creo que vamos a llevar una vida muy ajetreada —le dijo riéndose y haciéndole reír a él.

De pronto, ella sintió un escalofrío y él le preguntó:

—¿Tienes frío?

—Un poquito. Tu cuerpo está ardiendo, pero la mesa está helada.

Jaime se levantó arrastrándola con él y subiéndola ahorrajadas en su cintura, se deshizo del pantalón y los calzoncillos antes de dar un paso y la llevó hasta el dormitorio. Una vez dentro, la tumbó en la cama, terminó de quitarle el vestido y volvió otra vez a besarla. Sin prisa, como si tuvieran todo el tiempo del mundo. Sus besos eran ardientes y sus manos aterciopeladas, tanto, que despertaban de nuevo el deseo en ella, al igual que el de él crecía dentro de ella fuerte y duro de nuevo, para volver a hacerle el amor.

Cuando acabaron, estaban exhaustos y se taparon con el edredón, él no dejaba de besarla mientras ella le susurró:

—Te amo.

—Yo también te amo, nena.

Ella empezó a acariciar su espalda con las uñas y a él se le puso la piel de gallina y un escalofrío recorrió todo su cuerpo.

—¡Dios mío! Para, no sigas.

Ella le dio un beso, preguntándole:

—¿Te gusta?

Sus uñas no dejaban de acariciarle la espalda muy lentamente consiguiendo hacerle estremecer de placer con cada caricia.

—¡Huuuummm!, me encanta —susurró con una voz ronca de satisfacción.

—Entonces, relájate. Quiero compensarte por todos los nervios que has

pasado esta semana por mi culpa.

Seguía arañándole suavemente la espalda y una de sus manos subió por su pelo masajeándolo y consiguiendo un gemido de placer por parte de él, con esa voz ronca que siempre ponía cuando se sentía excitado o relajado como estaba en ese momento y le dijo:

—Después de esta noche ya he olvidado todo lo malo, y hacerte el amor ya me deja superrelajado. Si sigues así solo vas a conseguir que me duerma y no quiero dormirme, aún necesito otro asalto más, nena, hoy no le he dado al saco.

Ella se rio, dándole otro beso.

—No te cansas nunca, ¡eh!

—No, porque contigo nunca sé cuándo voy a volver a disfrutar de ti. Por eso tengo que aprovechar hasta el último minuto cuando estás conmigo.

Ella volvió a sonreír.

—No te preocupes, tendrás todos los asaltos que quieras, solo necesito dormir un poco, estoy muy cansada. No sé qué me pasa últimamente, pero me canso enseguida. Debe de ser el estrés que he pasado toda esta semana pensando que te había perdido. Y ahí abajo ya me has dejado bastante hecha polvo.

Él se rio y le preguntó:

—¿Pero te ha gustado?

—Hacer el amor contigo siempre me gusta, pero acabas con todas mis energías. Por eso necesito descansar un poco. Después me encantará que me despiertes con tus besos y me vuelvas a hacer el amor, para que me vuelvas a dejar hecha polvo y sin energías nuevamente.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Nunca vas a perderme, no, mientras tú no quieras.—La abrazó con fuerza, la besó, y se quedaron dormidos.

Hasta que él se despertó con unas ganas locas de hacerle el amor y la despabiló con sus besos para amarla de nuevo, tal y como se lo había prometido, antes de volver a casa.

## CAPÍTULO 30

Habían llegado a casa a las siete de la mañana y aunque estaba muy cansada, Nátali no podía volver a dormirse, pues no dejaba de pensar cómo se iba a tomar Carlos la noticia. Sabía que al principio sería un golpe muy duro, pero lo conocía y estaba segura de que acabaría entendiéndolo, o por lo menos, eso era lo que ella deseaba creer; eso, y encontrar las palabras adecuadas para que Carlos pudiera entender toda esa locura.

Se llenó la bañera intentando relajarse un poco, pero ni si quiera eso pudo tranquilizarla, porque no había nada que pudiera prepararla para enfrentarse a lo que tenía que hacer.

Eran las ocho y media cuando ya no pudo aguantar más y decidió bajar para contárselo todo de una vez por todas, ya que no podía alargarlo más. Según iba bajando las escaleras, iba notando cómo un nudo le aprisionaba el estómago e incluso le costaba respirar.

Cuando entró en la habitación de Carlos, él ya estaba despierto. Al verla entrar le sonrió, diciéndole con alegría:

—Hola, cariño. Has venido muy temprano, y sola, no me lo puedo creer.

Cuando se fijó en su cara se dio cuenta de que algo le pasaba. Estaba muy pálida, seria, y bastante nerviosa. Lo sabía por la manera de mover el anillo de su madre, que, aunque nunca se lo hubiera dicho, él ya se había dado cuenta otras veces de que cada vez que se ponía nerviosa giraba el anillo de su madre por su dedo para tranquilizarse. Pero esta vez parecía no darle resultados.

—Carlos, yo... —empezó a decir muy nerviosa.

—¿Qué te pasa? —le preguntó nervioso al verla casi descompuesta—. ¿Te encuentras bien? Tienes muy mala cara. Estás muy pálida, cariño, me estás asustando.

—Estoy bien. Tengo que decirte algo y por favor no me interrumpas, si no, no voy a ser capaz de hacerlo.

—¿No quieres sentarte?, no tienes buena cara. Debe de ser muy grave para que estés tan seria y tan nerviosa. Ya sé, seguro que ayer alguien se propasó contigo. Si es que no me puedo fiar de mi cuñado. Luego le echaré la bronca. Cariño, si eso no me importa, no soy celoso.

Carlos hablaba y hablaba sin parar como si no quisiera escuchar lo que ella tenía que decirle, y ella le oía como si estuviera lejos, muy lejos, hasta que todo se le hizo negro y dejó de escucharle.

Cuando él vio cómo cayó al suelo desplomada, intentó levantarse, pero no podía. Su maldita pierna no le dejaba moverse. Empezó a gritar pidiendo ayuda y enseguida apareció María, que cuando la vio tirada en el suelo se agachó para ver cómo estaba.

—¡No te quedes ahí! ¡Llama a mi hermano, o a Kiko, al primero que encuentres que pueda levantarla!

María salió corriendo y fue a la habitación de Jaime que estaba durmiendo.

—Jaime, hijo, despierta.

Él miró el reloj.

—Vamos, tata, es muy pronto, déjame dormir un poco más. ¿Recuerdas que ayer fue nochevieja y que me acosté muy tarde?

—Es Nátali, se ha desmayado y no puedo con ella.

Antes de que terminara de hablar, él ya estaba en la puerta preguntándole:

—¿Dónde está?

—Está en el cuarto de tu hermano.

Su madre le vio pasar como una bala y fue detrás de él.

—¿Qué te pasa, por qué corres tanto?

—No lo sé, es Natalia. Reza para que tu hijo no le haya hecho nada porque lo mataré.

—No digas eso. ¿Y por qué tu hermano tendría que hacerle algo? No te entiendo.

—Ayer Natalia y yo nos reconciamos. Me prometió que se lo diría todo hoy, y no quiero ni pensar si le ha puesto una mano encima.

—¡Tranquilízate, por dios! Tu hermano no haría algo así, jamás le haría daño.

Cuando entraron en la habitación y vieron a Nátali en el suelo, Jaime se agachó y la incorporó un poco, intentando reanimarla.

—¿¿Qué coño ha pasado?! ¡¿Qué le has hecho?! —le preguntó gritando muy nervioso al ver a Nátali sin sentido.

—No le he hecho nada. Quería hablar conmigo, estaba muy nerviosa y se ha desmayado. He llamado al tío para que venga a examinarla. No es la primera vez que le pasa, y es mejor que le eche un vistazo.

—Has hecho bien, cariño —le apoyó su madre—. ¿Ha llegado a decirte

algo?

—No. No le ha dado tiempo a nada.—Cuando vio cómo Jaime la levantaba del suelo le dijo—: Tumbala aquí a mi lado.

—Es mejor que esté en su cama.—Mientras salía con Nátali en brazos le ordenó a María—: Tata, estate atenta, y cuando venga el tío que suba inmediatamente a verla.

—No te preocupes, estaré haciendo guardia.

—¿Por qué siempre me da la impresión de que él se preocupa más por ella que yo?

—No seas bobo. Eso es porque no puedes moverte, crees que no puedes hacer nada y que los demás hacemos demasiado.

—Puede que tengas razón. Pero me pone de muy mala leche no poder estar con ella y que sea otro el que esté cuidándola. Y menos mal que se trata de mi hermano, sino estaría pensando mal. ¿Has visto cómo se ha puesto? Si parece más él el novio que yo.

—No digas tonterías.

—Anda ve y me avisas en cuanto se sepa algo.

—No te preocupes, voy a ver cómo está.

Cuando subía las escaleras estaba decidida a decirle a Jaime que no volviera a ser tan transparente delante de su hermano. Pero cuando llegó y lo vio se quedó parada en el marco de la puerta, escuchándole.

—Vamos nena, por favor, reacciona, no me hagas esto.—Le acarició la cara y le besó la mejilla.

Ella empezó a reaccionar y a abrir los ojos.

—¡Joder! No vuelvas a darme otro susto así —le advirtió muy serio.

—¿Qué ha pasado?

—Te has desmayado y casi me matas del susto.

—Lo siento, perdóname. Últimamente no sirvo nada más que para darte disgustos.—Acarició su perilla con ternura.

—¡Ssshhh! No digas eso, no seas tonta.—Le dio un beso.

—Tengo que ir...

—No. No vas a moverte de esta cama hasta que no te vea mi tío, que estará a punto de llegar.

—Pero no he podido hablar con tu hermano.

—Lo sé y no me importa. Lo único que me importa es que estés bien.

—Pero te lo prometí...

—Tranquila, relájate. Hay tiempo, ya se lo dirás.

Se agachó poniendo los antebrazos en la almohada y acariciándole el pelo empezó a besarla.

—Pero no quiero que vuelvas a enfadarte, no podría soportarlo.

—Nada va hacer que vuelva a enfadarme contigo. He aprendido la lección, y morirme de celos no me sirve de nada, porque al final siempre acabo volviendo a ti como un corderito.

Ella le sonrió y él volvió a besarla.

—Además, acabo de decidir que cuando mi tío te vea y me asegure que estás bien, vas a levantarte de esta cama y los dos juntos vamos a hablar con mi hermano.—Cuando ella fue a decir algo, él le puso los dedos en la boca para que callara—. No. No voy a dejar que pases por esto sola, de esto depende nuestro futuro en común y vamos a afrontarlo juntos. Si quieres hablar tú, está bien, te dejaré hablar, pero voy a estar ahí a tu lado, apoyándote, y no voy a dejar que vuelvas a sentirte tan mal como para llegar al punto de volver a desmayarte. Porque estoy seguro de que te has desmayado a causa de los nervios al intentar hablar con mi hermano, ¿verdad?

—Lo siento. No soy tan fuerte como parezco.

Él se rio.

—Y eso lo dice la muchacha que fue capaz ella solita de criar a un bebé sin ayuda de nadie, y encima hacerlo mejor que cualquier otra mujer con el apoyo de su marido.

Su madre estaba alucinando. No quería ni respirar para que no se dieran cuenta de su presencia, pero no podía dejar de mirarlos. Le resultaba increíble ver a su hijo así, tan tierno, dulce, y cariñoso, y se dio cuenta inmediatamente que era inútil decirle que disimulara delante de su hermano porque él no iba a escucharla, así que decidió dejarlos solos.

Mientras volvía a la habitación de Carlos, rezaba para que se tomara la noticia con calma, porque de una cosa estaba segura: Jaime no iba a dejar que esa situación durara un día más, e incluso si peligraba los nervios de Nátali. Y ese desmayo era evidente, los nervios de Nátali estaban al límite.

Llevaba varios días mal y hasta ella misma se lo había notado. Como se notaba también que Nátali tampoco podía soportar más esa situación, porque cada vez se alejaba más de Carlos. Aunque eso no era demasiado malo, puesto que, si ella hubiera seguido siendo cariñosa con él, la ruptura sería mucho más dolorosa. Ella sabía que Carlos estaba mosqueado por la distancia que Nátali había ido poniendo poco a poco entre los dos, y se sentía

agradecida por eso, puesto que, gracias a ese enfriamiento entre los dos, la ruptura sería menos traumática para su hijo. Aunque también sabía que la primera impresión iba a ser muy dura para él.

Justo cuando estaba a punto de bajar las escaleras, subía su hermano.

—Vaya, por fin estás aquí. Nátali se ha desmayado, pero ya ha vuelto en sí. Aun así, quiero que le hagas un buen chequeo.

—No te preocupes, tu hijo ya me ha explicado más o menos.

Elena tocó a la puerta antes de entrar y Jaime se levantó de un brinco de la cama, diciendo al ver entrar a su tío, detrás de su madre.

—Ya era hora, tío. ¿La resaca no te dejaba levantarte hoy? —bromeó.

—Seguro que bebí mucho menos que tú.

—Yo no apostaría nada. Ayer me fui prontito a la cama.

—¡Sí, hombre! Y yo voy y me creo que tú vayas a dejar una noche de fiesta y borrachera para irte pronto a dormir.

—Yo no te he dicho que me fuera a dormir, sino que me fui pronto a la cama. Por esa mujer soy capaz de abandonar las fiestas e irme pronto a la cama. Pero no a dormir.

No dejaba de mirar a Nátali mientras hablaba y le divertía ver cómo ella se iba poniendo colorada. Su tío empezó a reírse.

—Eso ya es más creíble en ti —mientras hablaba le daba dos besos a Nátali para saludarla—. Hola, Nátali. Este sinvergüenza no me ha dejado ni saludarte, tanto charrar, tanto charrar. Hoy está demasiado contento, ¿no crees? Esa chica tiene que ser muy especial.

Nátali sonrió un poco avergonzada, diciéndole:

—Siento que te hayan hecho venir tan pronto, y justamente hoy el día de año nuevo. Pero ya estoy mejor no hay de qué preocuparse, solo ha sido un desmayo. Últimamente me encuentro un poco floja, pero se me pasará.

—Bueno, pero ya que he venido no voy a irme en balde. Además, tengo que hacerte un análisis de sangre, órdenes de tu médico personal.

—¿¿Carlos?! No, ¿para qué? No es necesario. Además, él sabe que odio las agujas. Siempre me desmayo cuando me hacen uno.

—Lo bueno es que, si te desmayas ahora, de la cama no te puedes caer, ¿no crees? —bromeó, haciéndole reír.

—No te asustes. Mi hermano pincha tan bien que ni te vas a enterar —habló con orgullo Elena, de su hermano.

Le tomó la tensión, la auscultó, y le miró la garganta y los ojos. Cuando Nátali vio cómo sacaba la jeringuilla, empezó a ponerse muy nerviosa y miró

a Jaime. Él se sentó a su lado y le cogió de la mano.

—Vamos, ne... Natalia, seguro que no es nada. No mires la aguja, mírame a mí. Nunca hay que mirar la aguja, ni siquiera yo la miro. ¿Te acuerdas cuando era pequeño que tenías que venir detrás de mí corriendo por toda la casa para poder pincharme? —le preguntó a su tío para distraer a Nátali—. Una vez me caí por las escaleras al intentar escapar y me rompí la clavícula. Fue peor el remedio que la enfermedad y para colmo de males me pincharon igualmente. Desde entonces, nunca más volví a escapar, solo miraba para otro lado.

Nátali se rio al oírle contar esa historia.

—No puedo creer que tú tengas miedo a algo.

—Miedo no, terror —confirmó Elena riéndose y haciendo reír a Nátali.

—Pues sí. Cuando era pequeño a él también le daban pánico las agujas. Con todo lo grande que es, echaba a correr y teníamos que perseguirle su madre y yo. ¿Verdad, hermanita?

—Verdad.

—No os burléis de mi —protestó Jaime, haciéndoles reír.

—¡Ya está! —anunció su tío.

—¡¿Ya?! —preguntó Nátali, sorprendida, pues no se había enterado ni del pinchazo.

—La próxima vez que tengas que hacerte un análisis ya sabes, puedes llamar a mi sobrino para que te entretenga, porque ni te has enterado.— Mientras se levantaba y guardaba las cosas en su maletín decía—: Lo raro es pillarle de tan buen humor.

—¿Cuándo tendrás los resultados? —le preguntó Jaime.

—Cuando tenga los resultados volveré.

—Pero ¿cuánto tardarán?

—Voy a encargarme personalmente así que en un par de días.—Mirando a Nátali añadió—: Mientras, te aconsejo que reposes estos dos días, porque tienes la tensión por los suelos y puede que el hierro también. Y estoy completamente seguro de que tu anemia es bastante alta, de ahí esos continuos desmayos y mareos. Te recomiendo que descanses y comas en condiciones, y también que reposes un par de días hasta que tenga los resultados. Volveré y te diré lo que debes hacer y comer para que te encuentres más fuerte. Ahora tengo que irme.

—Está bien, gracias.

—Gracias, tío, y no te preocupes, no va a moverse de la cama.

—Te acompaño.

Elena se fue con su hermano y los dejó solos.

—Pero si me encuentro bien.

—No quiero que te muevas de esta cama, ¿me has oído?—La miraba muy serio y entonces le preguntó—: ¿Has desayunado?

—No.

—¿Tú ves?, si es que no comes casi nada. Voy a subirte el desayuno y te lo vas a comer todo, y cuando vuelva, te quiero ver con el pijama puesto. Bueno, con esa camiseta tan sexi que me vuelve loco.—Ella sonrió, él le dio un beso y se fue.

Cuando se quedó sola no dejaba de pensar, que si algún día lograban estar juntos de verdad podían llegar a ser muy felices, porque cuando estaban de buenas, él era maravilloso y encantador.

\*\*\*

Cuando le subió el desayuno, lo hizo con las niñas.

—Mami, ¿qué te pasa?, ¿estás malita?

Sara se echó en la cama y le dio muchos besos.

—No, mi amor, estoy bien. Y con tanto beso, voy a recuperarme enseguida, ya lo verás.

—El tío Jaime ha dicho que tenemos que cuidarte y no dejar que salgas de la cama.

—Sí, igual que yo cuando tuve las *arginas*.

Nátali se rio y le dio un beso a Noelia.

—Se dice anginas, cariño.—Miró a Jaime y le preguntó—: ¿No vas a dejar que me levante de la cama, verdad? Por eso me traes a las niñas...

—Tengo que irme, y con ellas no te vas a aburrir.—Miró a las niñas y dijo muy serio, pero bromeando—. Chicas, quiero que se coma todo lo que le he subido, y si no lo hace, venís a chivármelo, y así entre los tres pensaremos qué castigo le ponemos.

—¡Eso! La dejaremos sin tele, como me hace a mí cuando no como.

—¡Buena idea! —gritó Jaime.

—Pero bueno, esto es un boicot —protestó Nátali haciendo reír a Jaime.

—¿Qué es un boicot, tía? —preguntó Noelia.

—Pues algo parecido a lo que tu tío y vosotras me estáis haciendo.

—¿Qué te estamos haciendo mami?, ¿es malo? —preguntó Sara,

preocupada.

—No, mi amor —le dijo a su hija abrazándola y dándole un beso para tranquilizarla—, estoy bromeando.

—Tengo que irme. Luego subiré a verte.—Se agachó para besarla y ella le miró asustada, pensando que no podía besarla delante de las niñas. Se había vuelto loco. Pero él le dio un beso en la frente, diciéndole—: Pórtate bien y comételo todo.—Dio un beso a las niñas y se fue diciendo—: Y vosotras, cuidádmela mucho y no la mareéis demasiado. Si sois buenas luego iremos a dar un paseo.

—¡Síiiii! —gritó Sara.

—¡Vale! —gritó Noelia también.

\*\*\*

Nátali pasó todo el día metida en la cama; los demás, pasaban por la habitación y estaban un rato con ella para entretenerla. Carlos le mandaba muchos besos con María y le decía que le gustaría estar con ella, sin embargo, ella daba gracias a dios por no tener que verle.

Después de que María se llevara la bandeja de la cena obligándola a comérselo todo, se quedó dormida. Hasta que Jaime se le coló en su cama y la despertó con sus besos.

—Buenas noches... ¿Cómo estás?

—Muy bien, ya no me siento cansada. Creo que mañana podré levantarme

—De eso nada. Hasta que mi tío no diga lo contrario no vas a levantarte de esta cama, y si tengo que quedarme contigo, lo haré.

—¿Eso te gustaría verdad?

—Ya sabes que sí.

Nada más decir eso empezó a besarla con mucha pasión.

—Para, ¿y si viene alguien?

—Es la una, así que todos están durmiendo. Pero yo no podía dormir pensando en ti. Necesitaba saber que estabas bien y dormirme entre tus brazos.

—¿Solo dormir? —le preguntó con picardía y le besó con ternura.

—No seas mala y no me tientes, sabes que no puedo controlarme contigo. —Ella no dejaba de besarle en el cuello—. Estás débil y tienes que descansar. Para, por favor, nena.

—Tengo todo el día mañana para descansar. Ya que no vas a dejar que me

mueva de la cama, ¿verdad? —Nada más decir eso empezó a besarle con pasión y metió su mano por dentro de los calzoncillos cogiendo su erección, acariciándole y provocándole descaradamente—. Ahora no quiero descansar. Quiero estar contigo y deseo que me hagas el amor. Así mañana tendré una excusa para estar cansada y quedarme en la cama.

Besaba su cuello con besos suaves, ardientes, y notaba cómo su erección crecía en su mano poco a poco por sus caricias. Era la primera vez que ella le seducía de esa manera, estaba volviéndolo loco, y no pudo evitar dejarse llevar por el deseo.

—Mañana vas a tener que hacer... reposo absoluto. ¡Dios... nena... cómo me gusta! —Su voz estaba entrecortada por el deseo tan grande que ella había hecho crecer en él, y mientras se ponía encima de ella le sonreía con picardía diciéndole—: No voy a darte tregua, nena, y voy a volverte tan loca como tú me estás volviendo a mí.

—No esperaba menos de ti, nene.

A Nátali le dio la risa cuando vio su cara de sorpresa al decirle eso y le hizo reír, hasta que dejó de reírse, la miró fijamente y le dijo con una voz ronca y melosa entrando dentro de ella sin piedad:

—Te amo, nena.

—¡Ooohh sííí! —gritó en silencio al sentirlo tan profundamente dentro de ella—. Yo... también te amo, nene.

Después de eso, la besó con mucha pasión y le hizo el amor volviéndola loca tal y como le había dicho que haría.

Se quedaron dormidos hasta que él tuvo que salir de puntillas de su habitación antes de que los demás empezaran a despertarse.

Cuando lo conoció le aterraba que él se fuera de puntillas en la madrugada y no volver a verlo más. Ahora sabía que, aunque se fuera de puntillas en la madrugada siempre volvería con ella, porque ahora estaba segura de que él la amaba y, eso era algo que nunca creyó que ocurriría. Por eso se sentía inmensamente feliz.

## CAPÍTULO 31

Al día siguiente, Nátali pasó todo el día en la cama, otra vez, y cuando llegó Jaime sobre las ocho y media de la tarde le pidió desesperada que la dejara bajar a cenar.

—Por favor. No aguanto más estar aquí encerrada.—Jaime le sonrió—. No te rías, no me gusta comer en la cama.

—Está bien. ¿Por qué siempre consigues lo que quieres de mí?

—¿Porque me quieres?

—¡No! Porque te amo.

Ella se puso una bata encima y poniéndose de puntillas le dio un beso. Él la cogió en brazos.

—Suéltame, no seas loco. No puedes bajarme así. Puedo andar, no voy a correr una maratón.

La soltó y los dos bajaron al salón.

—Habéis llegado justo a tiempo. Tu tío está con Carlos y ahora viene —les informó Elena.

\*\*\*

Cuando su tío entró en la habitación de Carlos, le dijo muy alegre:

—Bueno, sobrino, enhorabuena. Sabía que esa boda tan fugaz era por algo. Lo que no entiendo es por qué no habéis dicho nada, hoy en día hay muchas parejas que se casan así.

—¿De qué estás hablando? No te entiendo.

—Pues eres médico, solo tienes que mirar los resultados. He hecho la prueba solo por curiosidad. Mareos, desmayos, tensión baja y anemia. No necesito más para saber cuándo una mujer está embarazada.

Carlos se quedó petrificado, y en ese mismo momento vio el resultado de los análisis.

«PRUEBA DE EMBARAZO POSITIVO».

—¿Estás seguro de que no hay un error? —preguntó enfadado.

—Yo mismo lo he hecho y por dos veces, para estar seguro. Pero no pareces muy contento. Yo que quería ser el primero en felicitarte parece que hayas recibido la peor noticia de tu vida. ¿Qué estás haciendo? —le preguntó sorprendido al ver a Carlos levantarse de la cama y coger las muletas—.

Mejor usa la silla de ruedas, muchacho. ¿Te has vuelto loco?

—No, con la silla no puedo subir las escaleras.

—¿Y para qué quieres subir escaleras?

—Para verle la cara a esa zorra cuando vea los análisis.

—No entiendo nada. ¿Por qué no vuelves a la cama?

—No te metas en esto, tío.

Con mucha dificultad salió de la habitación. Su tío lo seguía preocupado, pues nunca había visto a su sobrino tan enfadado, pues no era común en él tomarse las cosas tan a la tremenda. Cuando María lo vio andando corrió a su lado y empezó a gritarle:

—¿¿Qué haces por dios?! ¡Vuelve a la cama inmediatamente! ¡¿Dónde crees que vas?!

—¡¡Déjame tata, tengo que hablar con Nátali!!

—Nátali está en el salón.

En cuanto la escuchó decir eso, cambió de dirección y se dirigió al salón. Cuando lo vieron entrar todos se quedaron mirándole boquiabiertos.

—¿¿Te has vuelto loco?! —le preguntó su madre muy alterada al verle fuera de la cama y con las muletas—. ¡¿Qué haces levantado?!

—¡No seas irresponsable hijo y haz caso a tu madre! Vuelve a la cama ahora mismo, podrías hacerte daño sin darte cuenta.

—Anda, vuelve a la cama. ¿Qué haces de pie? —le dijo Nátali acercándose a él.

Cuando Nátali fue a cogerle del brazo para acompañarlo, él se soltó de un tirón y le gritó:

—¡¡No me toques, no vuelvas a tocarme!!

Todos se quedaron callados y paralizados al oírle hablar así a Nátali.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué dices eso? —le preguntó Nátali confusa al verlo tan enfadado.

—¿¿Quieres saber qué me pasa?! —Le puso los papeles de los análisis en la cara y le dijo con muy mala leche—:¿Por qué no lees en voz alta los últimos resultados para que todos puedan saber qué es lo que me pasa?— Cuando Nátali leyó los resultados y se dio cuenta de lo que era, se quedó paralizada—. No puedes hablar,¿verdad? Te da miedo que todos sepan que eres una... ¡zorra!

—¡Si no cierras la boca voy a partirte la otra pierna! ¡Tata, llévate a las niñas! —le gritó Jaime imaginándose que su hermano se había enterado de todo.

María obedeció inmediatamente al imaginarse lo mismo que Jaime.

—¿Quieres hacer el favor de tranquilizarte y decirnos qué está pasando?— le exigió su padre—. ¿Por qué insultas a Nátali de esa manera?

—¿Porqué crees que es un insulto? ¡Claro! Parece una buena chica con esos ojos y esa cara de ángel, ¿verdad? Hasta a mí me ha tenido todo este tiempo bien engañado haciéndome creer que valdría la pena hacerme esperar hasta la noche de bodas.—Mirando a Jaime añadió—: Al final tú tenías razón, hermanito, y no es más que una mentirosa que se hace la puritana conmigo mientras se acuesta con cualquiera como una ¡puta!

—¡Hijo, por dios!

Le gritó Elena sintiendo una pena muy grande por Nátali al imaginarse lo mismo que María, que por fin Carlos había descubierto la verdad.

Nátali no podía reaccionar, las lágrimas le corrían por las mejillas y aunque lo único que deseaba era salir de allí y desaparecer, no podía moverse. Seguía mirando esos análisis intentando encontrar una explicación del por qué estaba embarazada. El por qué Jaime había vuelto a engañarla.

Jaime le arrancó de un tirón los papeles de las manos y empezó a leerlos. Enseguida se dio cuenta de lo que pasaba, justo cuando vio el último resultado, y la furia lo invadió. Así que cogiendo a su hermano del pecho lo arrastró hasta aplastarlo contra la pared, gritándole.

—¡Si vuelves a abrir la boca te juro que te la cerraré a puñetazos! ¡No te voy a permitir que la insultes! ¡¡Me entiendes!!

—¡¡Jaime!!

Gritaron su madre y su hermana aterradas al ver la furia con la que Jaime arremetía contra su hermano.

—¡¡Qué te importa!! —le gritó Carlos enfurecido—. Es a mí a quien ha engañado y exijo saber quién es el padre de su próximo bastardo. Aunque estoy seguro de que es de Josemi.

Jaime no pudo controlarse más y le dio un puñetazo partiéndole el labio. Su madre le gritó:

—¡¡Jaime, por favor, es tu hermano!!

Kiko y su padre lo separaron de él.

—¡¡Te has vuelto loco!! —le gritó su padre.

—¡Contrólate, tío, es tu hermano!! —le gritó Kiko al mismo tiempo.

—¡¡Está bien soltadme!! —gritó Jaime; después, mirando a su hermano añadió—: ¿Quieres saber quién es el padre?, pues yo te lo diré: ¡Soy yo! ¡Yo la he dejado embarazada! ¡Soy el mismo hijo de puta que la dejó embarazada

hace seis años! Ahora si quieres insultar a alguien, o desahogarte con alguien hazlo conmigo, pero no vuelvas a levantarle la voz y mucho menos a insultarla porque volveré a golpearlo...

—No puedo creer lo que estoy escuchando, es como una maldita pesadilla. ¿Cómo ha podido pasar algo así en mi propia casa y no darme cuenta?—dijo el padre de Jaime mirando a sus dos hijos con una decepción muy grande en su mirada.

—Y yo no puedo creer que tú —gritó Carlos mirando a su hermano destrozado—me hayas hecho algo así. ¡Joder, eres mi hermano! ¡Confiaba en ti, cómo pudiste...! —Estaba tan dolido que casi no podía hablar.

—Lo siento. Tú volviste a traerla de nuevo a mí y por más que quise evitarlo fue inútil. Nunca he dejado de amarla.

—¡Y tú! —le gritó a Nátali con rabia esta vez—. ¿Por qué no me lo dijiste? Siempre fuiste sincera conmigo. Ahora entiendo porqué me has estado evitando todo este tiempo, pensé que era culpa mía, pero no. ¡No podías estar conmigo porque te acostabas con él ¿verdad?!

Nátali sintió tanta vergüenza que salió corriendo para su habitación y se encerró dentro queriendo estar muerta. Cuando Jaime se dio cuenta salió corriendo detrás de ella, pero no llegó a tiempo, y ella le cerró la puerta en las narices.

—Nena, por favor, abre la puerta... Por favor,Natalia, ábreme... necesito hablar contigo.

—Déjame sola. Por favor, ahora no quiero hablar con nadie. ¡Y menos contigo! —le gritó dando una palmada en la puerta, después se echó a llorar diciendo—: Has vuelto a engañarme. Con...confié en ti. Me...me dijiste que no podías dejarme embarazada y te creí como una estúpida. ¡Has vuelto a utilizarme a tu antojo y nunca voy a perdonártelo!

—No digas eso, por favor, nena. Te juro que yo creí que...

—¡No sigas mintiéndome más, no quiero escucharte! ¡Vete de aquí, te odio! Esto no te lo voy a perdonar nunca. Nunca,¿me oyes?

Jaime bajó al salón para tomarse un whisky y poder tranquilizarse, porque de lo contrario, sería capaz de tirar la puerta abajo y eso aún empeoraría más las cosas.

Cuando llegó al salón, escuchó a su hermano decirle a su madre mientras le curaba el labio.

—Si mañana ella sigue en esta casa, seré yo el que se vaya.

—Pero, hijo, no podemos echarla es la madre de tu sobrina, de mi nieta.

—No te preocupes, mamá.—Jaime entró en la sala para ponerse un whisky—. Mañana mismo nos iremos los tres de aquí.

—Pero ¿dónde vais a ir?

—Tengo una casa, y creo que ya es hora de que me independice, ¿no crees?

—Bien. Pues cuando ellos estén fuera me avisas, hasta entonces estaré en mi habitación.—Cogió las muletas y se fue.

Helen le acompañó.

Jaime se tiró en el sofá con una botella de whisky y un vaso.

—No deberías beber, seguro que Nátali te necesita.

—Ahora mismo estará odiándome por haberla vuelto a dejar embarazada. Me lo dijo mamá. Me dijo que no quería volver a quedarse embarazada, y yo creí que no podía después de lo que pasó con Silvia.

—Ese ha sido tu error, no quererte hacer las pruebas en aquel momento. Que no pudieras tener hijos con Silvia no significaba que fueras estéril. Puede ser que simplemente no fuerais compatibles.

—¡Estéril! ¿Ves?, esa palabra suena fatal. Parece que, al serlo, dejas de ser hombre. Por eso no me hice las pruebas, a ningún hombre le hace gracia que un extraño le diga que es estéril. Y tampoco me importaba demasiado saberlo. Primero, porque no quería tener hijos con Silvia, y segundo, porque no pensaba volver a casarme. Entonces ¿para qué querer recibir una noticia tan desagradable? Después, Silvia se quedó embarazada nada más casarse, y yo no necesité ninguna prueba porque pensé que el problema era mío. Pero ahora sí tengo un gran problema, Natalia no va a perdonarme nunca.

—Espera a mañana para que las cosas se calmen un poco, y entonces habla con ella. Cuéntale todo lo que me has contado a mí y estoy segura de que te perdonará. Esa muchacha está loca por ti y espera otro hijo tuyo. Las mujeres nos ponemos muy blandas cuando estamos embarazadas, así que solo necesitas ser tierno y cariñoso para que te perdone.

—Gracias por tu apoyo, pero no va a perdonarme tan fácilmente. No, después de la vergüenza que ha tenido que pasar hace un momento. La conozco y debe de estar tan avergonzada que no va a poder mirarnos más a la cara a ninguno.

—Se le pasará.

Su madre le besó tiernamente en la mejilla.

—¿Dónde está papá? No quiere verme, ¿verdad?, debe de estar pensando lo mismo que Carlos, que soy de lo peor.

—No te preocupes por tu padre, hablaré con él. Lo único que te tiene que preocupar ahora es arreglar las cosas con Nátali. No quiero perder a mi nieta, adoro a esa niña y también a su madre. Quiero ver cómo crece esa barriga y estar en el parto de mi futuro nieto. Que estoy segura de que va a ser un varón. Y si es necesario, mañana mismo cuando se hayan calmado un poco las cosas, hablaré yo personalmente con ella para que no se sienta tan mal, y no pase tanta vergüenza.

—Gracias, mamá.—Jaime le sonrió y ella se levantó dándole otro beso en la frente.

—Voy a ver a tu padre. Y no bebas mucho, eso no te ayudará a solucionar nada.

Cuando se quedó solo la angustia de no poder ver a Nátali lo mataba, y le preocupaba que estuviera mal. Así que decidió subir a probar suerte de nuevo.

\*\*\*

Nátali seguía en la cama llorando y pegó un brinco asustada cuando oyó aporrear la puerta de nuevo.

—Nena, por favor, abre la puerta. Necesito hablar contigo. No puedes esconderte en tu habitación para siempre. Tendrás que salir y tendremos que hablar. Natalia, ¿estás bien? Si no me contestas, tiraré la puerta abajo.

Ella sabía que era capaz de hacerlo así que se acercó a la puerta.

—Vete, estoy bien. Pero no quiero hablar contigo, ahora no.

Por cómo sonaba su voz, él sabía que estaba llorando y podía sentir su cuerpo pegado a la puerta. Apoyó la cabeza en la puerta y recordando las palabras de su madre, intentó tranquilizarse y ser el hombre más tierno y cariñoso del mundo, para ablandarla y que le abriera la puerta.

—Nena, por favor, vamos a tener un bebé. Pídeme lo que quieras, lo que sea y lo haré por ti. Solo necesitas decirme qué quieres hacer y se hará lo que tú quieras. Abre la puerta y vámonos a casa. Los tres juntos, no necesitamos a nadie más.

—Déjame sola, por favor, mañana hablamos.

Podía oírle maldecir, pero al final escuchó sus pasos alejarse de la puerta.

Jaime se fue derrotado y esperando encontrar las palabras necesarias al día siguiente para poder conseguir de nuevo su perdón.

Nátali se dejó caer en la cama para poder tranquilizarse, pues su cabeza

parecía estallar por la presión. Se moría de ganas por estar con él, de que la abrazara, la consolara, y le diera fuerzas. Pero al mismo tiempo sentía tanta rabia de que hubiera sido tan egoísta, de que la hubiera mentido una vez más para conseguir acostarse con ella sin protección, como hizo seis años atrás.

Aún recordaba sus palabras después de tanto tiempo: «Tú eres la única mujer que me hace perder el norte en la cama. Contigo me gusta hacerlo a pelo. Estar dentro de ti es como estar en el paraíso». En ese momento se levantó de la cama y empezó hacer las maletas con furia.

\*\*\*

Eran las tres de la mañana cuando Nátali pasó con la niña dormida en sus brazos. Se quedó un instante mirando a Jaime que dormía la borrachera en el sillón abrazado a una botella de whisky. Después, salió de la casa, se metió en el taxi, y se fue.

## CAPÍTULO 32

A las nueve de la mañana, Helen despertó a Jaime que aún seguía en el sillón abrazado a la botella durmiendo la borrachera. Moviéndole como a un saco de patatas, le dijo:

—Jaime, despierta. Madre mía la que cogiste ayer. Ni siquiera te has enterado de que Nátali se ha ido.

Jaime abrió un ojo arqueando la ceja preguntándose confuso.

—¿De qué estás hablando?

—Nátali se ha ido. La niña no está, ella tampoco, ni su ropa, ni las maletas.

Jaime se levantó del sofá y subió las escaleras a zancadas deseando que todo fuera una broma pesada de su hermana, pero asustado recordando la noche que la encontró queriéndose ir para no enfrentarse a él y a su familia.

Cuando llegó a su habitación y vio el armario vacío quiso morir. Todo había desaparecido, exceptuando los vestidos de noche y el abrigo que le regaló su madre, se había llevado exactamente lo mismo que había traído. Pegó una mirada rápida a la habitación y vio la caja del aderezo que le había regalado con una carta encima con su nombre, al lado había otra con el nombre de su hermano y el anillo de compromiso que Carlos le había regalado. Se dejó caer en la silla, abrió la carta, y empezó a leerla.

*¡Hola Jaime!*

*Sientotener que dejarte otra vez y sin despedirme. Solo espero que me perdones. Por favor, despídeme de tus padres y diles que siento mucho todolo que ha pasado. Sé que deben de estar odiándome y les entiendo, pues deben estar culpándome de que su mundo perfecto se tambalee, ya que, gracias a mí, sus hijos van a estar odiándose toda la vida, y eso es algo con lo que yo no puedo vivir. Por eso tengo que irme.*

*Solo espero que con el tiempo puedas arreglar las cosas con él, para que tus padres no sufran. Que encuentres una buena chica con la que puedas ser feliz todos los días de tu vida y no solo dos días de inmensa felicidad, para luego pasar cuatro días en el mismísimo infierno.*

*Lo que sí tengo muy claro es que por mucho que nos empeñemos, tú y yo no podemos estar juntos. Siempre habrá algo que nos impedirá ser felices, y*

*no me quedan fuerzas para seguir así.*

*Yo sé lo importante que es la familia y tú jamás serías del todo feliz sin ellos, por eso te pido que no me obligues a sentirme culpable también de eso. Los días que he estado en tu casa me he sentido parte de ella, los quiero a todos como si fueran mi familia y no quiero verlos sufrir. Por eso tengo que dejarte otra vez, lo siento.*

*P.D. No te molestes en buscarme porque no vas a encontrarme.*

*ADIÓS.*

Cuando terminó de leer la carta, la arrugó entre sus manos y dio un puñetazo al escritorio. Metió la cabeza entre sus manos respirando profundamente, intentando conservar la poca calma que le quedaba. Tenía ganas de destrozar toda la habitación donde había pasado pocas, pero intensas noches con ella, y de repente vio la carta que había dejado para su hermano y la abrió, con la esperanza de que a él, sí le hubiera dicho dónde iba, así que la leyó atentamente.

*¡Hola Carlos!*

*Sé que no vas a querer volver a saber nada de mí. Solo espero que al menos quieras leer esta carta que me cuesta tanto escribir y que espero pueda darte la explicación que te mereces. Sobre todo, quiero pedirte perdón por ser tan cobarde.*

*Tú tenías razón, siempre fui sincera contigo, y ahora me doy cuenta que debí decirte inmediatamente que tu hermano era el padre de mi hija. Pero cuando lo vi después de tantos años no fui capaz de reaccionar, me quedé bloqueada, y después me daba vergüenza que tú y tus padres lo supierais. Pero lo peor fue el miedo que sentí al pensar que cuando te enteraras no quisieras saber nada mas de mí, al fin y al cabo, porque ibas a casarte con una antigua amante de tu hermano. Sé que, aun así, tuve que decírtelo, pero no fui capaz porque, aunque no puedas creerme, yo te quería y mucho. Luego la cosa se fue enredando y cada vez era más difícil salir de esa maldita pesadilla.*

*Yo siempre te dije que no sabía si había olvidado al padre de mi hija; bueno, ahora los dos sabemos que nunca lo hice. Por eso quiero pedirte perdón de nuevo.*

*Una vez te dije que hace tiempo creí tener una maldición y que todas las personas que quería se morían. Siempre estuve equivocada y tú tenías razón. No existen las maldiciones, es el destino, como tú mismo me dijiste. Y ahora sé que mi destino es estar sola con mi hija y olvidar esa tontería de formar*

*una familia. Por eso me voy.*

*Solo espero que puedas perdonar a tu hermano y que en tu casa vuelva a reinar esa alegría que siempre habéis tenido y que yo siempre añoré.*

*P.D. Espero que seas muy feliz porque te lo mereces. Y no culpes a tu hermano, la culpa solo fue mía, ya que nunca debí aceptar tu proposición de matrimonio, porque te quería mucho, pero no te amaba, y ese fue mi gran error. Perdóname.*

*ADIÓS.*

Jaime sintió una mano en el hombro y se limpió las lágrimas que le caían por las mejillas. Su madre se agachó y le abrazó, dándole un beso.

—Tu hermana me lo estaba contado y no podía creérmelo. ¿Por qué no vas a buscarla?

—¿Dónde? No sé dónde está y eso me está matando. No puedo volver a perderla. No creo que pueda soportarlo. Otra vez no.

—Tu hermano sabe dónde vive, ve a preguntarle. —Cuando vio cómo se levantaba, le dijo cogiéndole del brazo—. Prométeme que no vais a volver a pelear.

—No tengo intención de pelear con él.—Le dio un beso en la frente y se fue corriendo.

Cuando llegó a la habitación de su hermano los dos se miraron desafiantes. Con toda la calma que le fue posible reunir, le dijo:

—Buenos días.

—¿Qué quieres?

—Quiero que me des la dirección de Natalia. Seguro que ya te han dicho que se ha ido.

—Sí, acabo de enterarme. Lo que no sé es porqué tengo que darte su dirección, no creo que te lo merezcas, ni tú ni ella.

—Puede que no me lo merezca —le puso la carta de Nátali en las rodillas—, pero prefiero que me lo repitas cuando hayas leído esa carta.—Su hermano le miró muy serio—. ¿Qué te pasa, tienes miedo de leerla?

—No, no tengo miedo, y no creo que nada de lo que diga en ella hará que cambie de opinión.

Cogió la carta con mala leche y se puso a leerla. Mientras la leía, Jaime parecía un león enjaulado, no dejaba de pasarse las manos por el pelo y de dar vueltas. Cuando Carlos terminó de leerla, tenía un nudo en la garganta. Cogió un bolígrafo y escribió la dirección en la parte de atrás de la carta. Jaime le dio las gracias y salió en busca de Nátali.

\*\*\*

Cuando llegó a la ciudad eran casi las doce de la mañana, estaba nervioso pero contento de haber llegado al fin. Mientras subía las escaleras, iba pensando qué decirle. Le pediría perdón, le suplicaría, se arrodillaría. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para que volviera a su lado, incluso a acampar en la puerta de su casa hasta que le perdonara. Pero de repente, la alegría que llevaba se le desvaneció poco a poco, al ver que por más que llamara nadie le abría la puerta.

—Vamos, nena, ¿por qué no abres? ¿Dónde estás?

Jaime se giró al escuchar una voz que le preguntó:

—¿Busca a Nátali? Soy su vecina, y esta es mi hija Clara.

—Mucho gusto. ¿Sabe si Natalia ha llegado?

—Sí.

—¿Sabe dónde ha ido? ¿Podría decirme dónde puedo encontrarla? Es muy importante.

—Pues no lo sé. Vino de buena mañana, se llevó unas cuantas cosas y me dejó la llave para que se la devolviera a la dueña del piso. Se despidió de nosotras y se fue. Eso sí, estaba muy triste y Sara no hacía más que llorar porque quería volver a casa con sus abuelos y su tío... a ver si me acuerdo...

—Jaime, mamá, dijo Jaime.

A Jaime se le hizo un nudo en la garganta solo de imaginarse a su hija así, y casi sin poder hablar, le preguntó:

—¿Puede darme una pista? Cualquier cosa que recuerde para empezar a buscarla.

—Lo único que se me ocurre es su trabajo.

—Bien, con eso me vale.

Pero cuando llegó allí nadie sabía nada de ella desde que se había ido con su hermano para casarse.

Se sentía tan cansado y agotado que decidió volver a casa de Nátali, le pidió las llaves a su vecina y le pagó un mes de alquiler. No iba a irse sin ella, esta vez no. Iba a encontrarla costase lo que costase.

Cuando entró en el piso diminuto se sintió mejor, así que empezó a buscar por todos los sitios algo que le dijera dónde podía estar. Entonces vio una foto de Nátali con su hija, la cogió y se sentó en el sofá. No podía dejar de mirarlas, las dos tenían esos ojos tan increíbles que le volvían loco.

Nátali parecía muy feliz en esa foto, su sonrisa le recordaba a esa chiquilla que conoció en el bar de su primo. Alegre, divertida, ingenua, y que en todos estos días que habían pasado juntos no la había vuelto a ver sonreír así. Entonces, dijo en voz alta mirando la foto:

—Voy a encontrarte, nena. Y te juro que voy a conseguir que vuelvas a sonreír así. Como en los viejos tiempos cuando todo era perfecto.

Al final se acabó quedando dormido en el sofá abrazado a ese marco con la foto de las dos personas más importantes de su vida.

## CAPÍTULO 33

Jaime seguía viviendo en ese piso diminuto, sin dejar de buscarlas y sin ningún éxito después de tantos días, así que empezaba a desesperarse.

—Jaime, cariño, tienes que volver a casa. Llevas casi tres meses allí y no la has encontrado. Has buscado en cada bar, cada restaurante, pub, discoteca, y no has tenido suerte. ¿Por qué no vuelves? Te necesitamos. Tu padre no puede con todo, y desde aquí también puedes buscarla, yo misma te ayudaré. Te juro que no vamos a rendirnos hasta encontrarlas.—Se hizo un silencio muy grande y Helena volvió a insistir—: Por favor, hijo, vuelve.

—Está bien, dame un par de días.

Cuando colgó, su madre estaba contenta. Por fin lo había convencido para que volviera. Pero al mismo tiempo se sentía triste, porque su hijo regresaría siendo ese hombre triste y huraño, el mismo que hace seis años perdió a Nátali por primera vez.

## CAPÍTULO 34

Dos días después, a las seis de la tarde, Jaime regresaba a su casa. Cuando su madre le vio se quedó asombrada. Estaba más delgado, demacrado, y con una barba de muchas semanas. Se notaba que no había dormido casi y que tampoco se había alimentado bien.

—¡Dios mío! Menos mal que no has encontrado a Nátali. Si te viera con esas pintas se asustaría.—Le dio un abrazo muy fuerte y un beso.

—No estoy para bromas, mamá. Solo quiero una ducha y dormir, estoy cansado. ¿Dónde está papá?

—En el despacho.

Cuando le vio ir hacia allí se quedó hecha polvo, nunca se había imaginado ver a su hijo tan deprimido, y menos por una mujer.

—¡Hombre! Por fin estas aquí. —Su padre se levantó de la silla y le dio un abrazo largo y apretado—. Te he echado de menos. Vamos hacer todo lo posible para que encuentres a Nátali, pero no vuelvas a irte, ¿me lo prometes?

Jaime asintió con la cabeza y de repente escuchó un grito a su espalda reconociendo la voz de su hermana.

—¡Voy a matarte como vuelvas a hacernos algo así! —Se tiró a los brazos y empezó a darle muchos besos—. ¡Buag! Estás hecho un asco hermanito.

Él se rio forzosamente y miró a Kiko que estaba detrás de ella. Cuando su hermana lo soltó, se dieron un abrazo y Kiko bromeó al decir:

—Eres un capullo, ¿lo sabías? Sabes que no puedo llevar la empresa sin ti, no vuelvas a desaparecer, ¿vale? Te he echado de menos, tío.

—Me alegro de veros a todos, pero estoy cansado, necesito un baño, y dormir un poco. Mañana hablamos.

—Aprovecha y quítate esa barba que pareces el Yeti —bromeó su hermana sacándole una media sonrisa.

Cuando salió del despacho se cruzó con su hermano; los dos se miraron fijamente. Carlos andaba con un bastón y casi ni cojeaba, Jaime le habló muy serio:

—Me alegra ver que caminas bien. Sabía que lo conseguirías.

—¿Podemos hablar?

Jaime le cogió con una mano por la nuca y acercándose a él, le dijo al oído

lentamente:

—Lo siento, chiquitín, pero hoy no estoy para recriminaciones. ¡Hoy no! Volver aquí es como darme por vencido, porque sé que aquí no voy a encontrarlas. Y no necesito que echés sal en la herida.

Cuando Carlos vio alejarse a su hermano se dio cuenta de una cosa, de que no le gustaba verlo así. Nunca se hubiera imaginado ver a su hermano tan decaído y con esas pintas, y menos aún que fuera por una mujer. Aunque sabía que Nátali no era cualquier mujer para él, ya que como le pasó la primera vez volvía a estar destrozado al perderla de nuevo. Pero esta vez, aún parecía estar peor y es que esta vez no había perdido solo a Nátali, sino también a su hija, así que podía imaginar el dolor tan grande que sentía, ya que él también las echaba muchísimo de menos.

\*\*\*

Eran las tres de la mañana y Jaime no podía dormir, así que se fue al salón para tomarse un whisky y poder relajarse un poco. Estaba sentado enfrente de la chimenea con la vista perdida en el fuego y la foto de Nátali y de su hija en la mano, cuando de repente notó cómo le meneaban y gritaban su nombre.

—¡Jaime, Jaime!

—¿Qué pasa? ¡Qué susto me has dado!

—El susto me lo he llevado yo, parecías muerto, no reaccionabas —le habló nervioso, pues aún estaba asustado.

—Quizás eso te hubiera alegrado.

—No digas tonterías, no quiero verte muerto. ¿No puedes dormir?

—No sé lo que es dormir una noche entera desde que Natalia se fue. Si sigo así voy a acabar volviéndome loco.

—Estoy seguro de que vas a encontrarla, ya lo verás. Solo es cuestión de tiempo.

—El tiempo es el que me mata, ya tenía que haberla encontrado, ¡joder! Cuando se fue de aquí estaba muy mal, con una anemia de caballo, la tensión por los suelos, y con continuos mareos y desmayos. Si algo le pasa a ella o al bebé, jamás podré perdonármelo, no podría soportarlo...

No pudo seguir hablando, y se echó a llorar como un niño. A su hermano se le partió el alma al verle así, y en ese mismo instante se dio cuenta de que por mucho que él hubiese querido a Nátali, no podía compararse con lo que su hermano sentía por ella. Sin poder evitarlo, abrazó a su hermano, quería

consolarlo, que dejara de llorar, no podía soportar verle así. Cuando Jaime sintió su abrazo, se derrumbó como un niño pequeño y su llanto se hizo mucho más profundo.

Cuando Carlos consiguió tranquilizarlo simplemente abrazándolo con fuerza y dejándole que se desahogara le dijo, intentando animarle:

—No pienses esas cosas, seguro que está bien. Nátali es muy fuerte, y si la otra vez pudo superarlo, esta vez también lo hará. Ya lo verás.

Jaime se incorporó, se limpió la cara, y con la voz aún temblorosa le preguntó:

—¿Y si no puede...? Están solas, si le pasa algo ¿qué va a ser de Sara? Cuando pienso en eso me alegra que no estén aquí, porque me entran ganas de matarla. No entiendo cómo ha podido ser tan irresponsable. En el estado en que estaba, ¿cómo se le ocurrió irse y llevarse a la niña?

—Nátali jamás abandonaría a su hija. Y si se fue, fue por culpa nuestra. Yo me obsesioné con ella en cuanto la vi. Me quedé prendado de sus ojos, y por mucho que ella me dijera que no quería estar con nadie yo la convencía una y otra vez, hasta conseguir que me dijera que sí. Incluso cuando aceptó mi propuesta de matrimonio me dijo que no sabía si te había olvidado, pero yo estaba tan encaprichado con ella, deseaba tanto hacerla mía, que quise creer que acabaría enamorándose de mí. Y puede que hubiera sido así, si no fuera porque volviste a aparecer en su vida. Con eso no contábamos ninguno de los dos. ¡Quién iba a imaginarse que justamente tú, fueras él! Qué irónica es la vida, ¿verdad? Antes de venir le pregunté si había alguna posibilidad de que volvierais a encontraros y ella me dijo que jamás volvería a su pueblo, así que era imposible. A ninguno de los dos se nos ocurrió mencionar el nombre del pueblo, y si lo hicimos ni nos dimos cuenta. ¿Quién iba a pensar que nos criamos en pueblos vecinos?

—Tienes razón, yo también la presioné. Ella no quería estar conmigo hasta que no se hubiera terminado lo vuestro. Y no quería dejarte hasta que no te pusieras mejor y dejarás de estar tan decaído. Pero yo no pude aguantar tanto tiempo, la necesitaba, y sabía que si insistía ella acabaría cediendo, y así fue. Siento mucho todo lo que ha pasado, pero no puedo más que agradecerte que volvieras a traerla a mi lado. Y no me arrepiento de nada, porque sé que si volviera a pasar haría lo mismo. Conocer a mi hija y estar con Natalia de nuevo es lo mejor que me ha pasado en la vida, y lo supe en el primer momento en que volví a verla y la tuve de nuevo entre mis brazos. Cuando cayó desplomada al volverme a ver después de tantos años. En ese momento

supe que seguía amándola, como también supe que ella tampoco había podido olvidarme. Por eso hice todo lo que hice. Te juro que si ella te hubiera amado jamás la hubiera tocado, y por más que la hubiera deseado me habría aguantado las ganas. Pero saber que seguía amándome después de tantos años me hizo ser egoísta, y no pude pensar en ti. Solo tenía una cosa en mente, y era recuperarla a ella y a mi hija, aunque eso supusiera perderos a todos vosotros. Esa misma noche no pude dormir al pensar que solo me separaban de ella dos tabiques. Me daban ganas de coger el pico y la pala y echarlos abajo. Pero ahora todo eso ya no importa, porque nunca más volveré a tenerla, así que puedes darte por satisfecho, el castigo es demasiado duro.

—Pues no. No voy a darme por satisfecho hasta que no las encontremos, y tú tampoco deberías hacerlo.—Se levantó y cogió las páginas amarillas diciendo—: Ya sabes lo que dicen, la esperanza es lo último que se pierde.

—¿Qué haces?

Le tiró en las piernas las páginas amarillas, diciéndole:

—Cuando estás malo llamas al médico, ¿no es así? Pues ahora si queremos encontrarlas tendremos que buscar a un profesional, y creo que lo mejor es un detective, ¿no crees?

Jaime le miró extrañado.

—¿Por qué haces esto? Pensé que me odiabas.

—No puedo hacerlo, eres mi hermano preferido.

—No tienes otro —le dijo sonriendo.

—Aunque tuviera cien seguirías siendo el preferido. Gracias a ti perdí la virginidad, ¿recuerdas? —Con esa broma consiguió hacerle reír—. Además, quiero a mi sobrina, a Nátali, y a ti. Y aunque seas un capullo eres mi hermano y no me gusta verte así de hundido. Tú siempre estuviste ahí cuando te necesité, y si los dos tenemos la culpa de que se hayan ido, los dos tendremos que conseguir que vuelvan.

Jaime le sonrió de nuevo y le dio un abrazo.

—Gracias. Esto significa mucho para mí y nunca voy a olvidarlo.

—Eso sí, tendrás que quitarte esa barba antes de encontrarla, estás horrible.

Los dos volvieron a reírse, y se pusieron a buscar en las páginas amarillas un detective privado.

Jaime, al sentir el apoyo de su hermano empezó a animarse, pues una confianza lo colmaba y le hizo pensar que sí, que podría ser posible encontrarla, así que no iba a descansar hasta lograrlo.

## CAPÍTULO 35

Unos meses más tarde discutía con el detective, pues toda esa confianza empezaba a desmoronarse.

—¡Mira, no quiero más excusas! —gritaba Jaime al teléfono. Kiko, al oír los gritos, entró en su oficina—. ¡Hace más de dos meses que te estoy pagando una fortuna, y no me importa el dinero, pero encuéntralas, maldita sea! ¡Se supone que eres el mejor, así que tienes dos semanas, no me falles!

Colgó el teléfono con tanta fuerza que rebotó y cayó al suelo.

—¿Por qué dos semanas? Y no creo que el teléfono tenga la culpa de nada.—Kiko cogió el teléfono del suelo y lo puso en su sitio.

—Si no me fallan las cuentas, dentro de dos semanas Natalia estará de seis meses, y los tres últimos meses son los más pesados. Por eso quiero que esté aquí a mi lado, para cuidarla.

—Te has vuelto todo un entendido en embarazos, ¿no?

—Cuando no puedo dormir, y me pasa casi todas las noches, me pongo a leer revistas de embarazos y partos.

—¡Buuuf! Qué mal rollo, ¿no?

—Quiero estar preparado para que cuando la encuentre sepa todo lo que hay que hacer.

—Lo que más me sorprende de ti es que después de tanto tiempo no hayas perdido la esperanza. ¿Cómo lo haces?

—Eso se lo tengo que agradecer a mi hermano, que no ha dejado que me echara atrás ni un solo momento. Y antes de volver al trabajo me hizo prometerle que no pararía de buscarlas hasta encontrarlas. Incluso me llama todas las semanas para ver cómo va la búsqueda, como dice él. Para mí, que aún se siente más culpable que yo de que se fueran.

—Puede que tengas razón. Es tarde, ¿nos vamos a casa?

—Sí, tengo hambre.

## CAPÍTULO 36

Natalia salió de la ducha y cuando estaba secándose se dio un susto de muerte, porque en la toalla vio una mancha de color rosa fuerte. Asustada, cogió papel volvió a limpiarse y cuando lo hizo, volvió a verlo manchado. Se arregló, cogió a la niña, y se fueron al hospital.

—Mami, ¿qué hacemos aquí?, ¿hoy no vas a trabajar?

—Después. Antes quiero que me vea el doctor.

—¿Por qué? ¿Pasa algo?

—No, mi amor, solo es una revisión.

—¡Aaah!

Mientras le hacían la ecografía, el médico le iba diciendo a Sara cómo era el bebé. La niña preguntó muy asombrada:

—Mami, ¿de verdad mi hermanita va a ser así de rara?

Todos se echaron a reír al oír la gracia de la niña.

—No, mi amor, eso es solo en la tele. Seguro que es tan bonita como tú.—  
Con mucho miedo le preguntó al médico—. Doctor, ¿todo está bien, puedo irme?

—¿Trabajas?

—Sí, ¿por qué?

—¿Qué tipo de trabajo?

—Limpiando casas.

—¿Cuántas horas al día?

—Seis. ¿Pasa algo, doctor? Me está poniendo nerviosa.

—Tienes que dejar el trabajo hasta que des a luz. Estos últimos meses son los peores y cualquier esfuerzo podría adelantar el parto, y esto que te ha pasado solo ha sido un pequeño aviso. El cuerpo es muy sabio, y el tuyo te está diciendo que frenes un poco.

—Lo siento, pero no puedo hacerlo.

—Su marido...

—No estoy casada, y no tengo a nadie que pueda ayudarme. Por eso no puedo dejar de trabajar.

—¿El padre de sus hijas no puede ayudarla? Si quiere, puedo hablar con él.—Al verla hacer un gesto de negación con la cabeza le dijo muy serio—.

Si sigue esforzándose tanto, podría perder al bebé.

—No puedo hacer otra cosa, ya le he dicho que estamos solas.

—Mami. ¿Qué pasa? ¿Se va a morir mi hermanita?

—No, mi amor, no va a pasarle nada.

—¿Puedes llevarte a la niña de aquí?—le ordenó el médico a la enfermera. Cuando salieron, la niña estaba muy triste y preguntó a la enfermera:

—¿Mi mamá y mi hermanita se van a morir?

—No, pequeña, no pienses en eso.

—Entonces, ¿porqué el médico ha dicho eso? ¿Por qué quiere que venga el papá de mi hermanita?

—Cosas de médicos, no hagas caso. ¿Tú podrías llamar al papá de tu hermanita? ¿Él ayudaría a tu mamá?

—Sí. Carlos vendría enseguida, y mi tío Jaime también. Pero no sé el teléfono.

—Entonces poco podemos hacer, parece que tu madre no quiere avisarle.

—¿Tú no lo sabes?

—¿Por qué iba a saber yo el número de ese señor?

—Él también es médico, y también tiene enfermeras como tú.

—¿En este hospital?

—No. En Valencia, donde vivíamos antes.

—¿Cómo se llama? ¿Carlos qué más?

—De la Fuente. Y es médico de niños.

—Vaya, menos mal que no me has dicho García, no creo que haya muchos De la Fuente, es poco común, y más siendo pediatra. Seguro que podríamos encontrarlo. ¿Quieres que lo intente?

—¡Sííí! —gritó Sara entusiasmada.

—Vamos a mirar en el ordenador.

—Vale.

\*\*\*

Cuando consiguió dar con él, que no le fue demasiado difícil, lo llamó y le preguntó:

—Buenos días. ¿Eres el doctor Carlos de la Fuente?

—Sí. ¿Quién eres?

—Te llamo desde el hospital Virgen de las Nieves en Granada. ¿Conoces a una niña que se llama Sara? —A Carlos se le paró el pulso de golpe y

quedó enmudecido—. ¡Oye, ¿estás ahí?!

Cuando volvió a escuchar la voz de la enfermera, reaccionó y respondió nervioso esperando lo peor:

—Sí, sí, estoy aquí. ¿Cómo está la niña? ¿Qué le ha pasado? ¿Es grave?

—Tranquilo, tranquilo, la niña está bien. Solo quiere hablar contigo.

La enfermera le pasó el teléfono a Sara.

—¿Carlos, eres tú? Soy Sara.

—Sí, soy yo, preciosa. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué estás en un hospital? ¿Y tu madre?

—Mi mamá está muy malita y se va a morir —decía llorando y muy asustada—. Quiero volver a casa. Mi mamá llora todas las noches por ti, y te echa mucho de menos.

—No es por mí por quien llora, cariño. Pero no te preocupes, mañana mismo estaré allí.

—¿Me lo prometes?

—Sí. Te lo prometo. Pero con una condición. No puedes decirle nada a tu mamá, es un secreto. Porque si ella se entera de que voy a ir a veros, volverá a huir y no podremos vernos, ¿vale?

—Vale.

—¿Ahora puedes pasarme a la enfermera?

—Hola, soy Julia.

—Hola, Julia. Gracias por llamar.

—Bueno, la niña insistió, y no fue difícil encontrarte con el ordenador.

—¿Es muy grave? ¿Cómo está Nátali?

Carlos estaba asustado por lo que le había dicho la niña, pero la enfermera lo tranquilizó y le explicó todo.

—¿Podría hablar con el médico que está atendiéndola? Y por favor, no le diga a Nátali que ha contactado conmigo.

—Ahora mismo se lo paso. Está con ella en estos momentos.

La enfermera le pasó la llamada al doctor.

—Soy el doctor de la Fuente y necesito que me haga un pequeño favor. Eso sí, no diga mi nombre delante de su paciente.

—Usted dirá, doctor.—Natalia estaba sentada mientras el médico hablaba con esa persona mirándola muy extrañado—. Está bien, no se preocupe, haremos una excepción por ser colegas.—Cuando colgó el teléfono miró a Natalia sonriendo—. Quiero hacerte unos análisis, y para eso voy a tenerte que ingresar un día.

Natalia abrió unos ojos muy grandes y lo miró asustada.

—¿Pero por qué? ¿Qué ocurre? ¿Le pasa algo a mi bebé?

—No te asustes. Solo quiero estar seguro de que puedes seguir trabajando. Además, te vendrá bien descansar un día. Deja que cuidemos de ti.

—Pero mi hija... No tengo con quién dejarla.

—Tu hija puede estar contigo todo el tiempo que sea necesario.

—Gracias, doctor.

\*\*\*

Pasaron todo el día en el hospital en una habitación doble para ellas solas. Cuando Natalia le preguntó a la enfermera, extrañada al tener la habitación para ellas, esta le explicó que sobraban habitaciones y que podían estar tranquilas. A Natalia se le hizo raro, pues parecía estar en un hotel de lujo. La comida para las dos era exquisita y a la carta, y las atenciones inmejorables para ser un hospital público, pero estaba demasiado cansada para pensar en nada, así que decidió hacer caso al doctor y dejarse cuidar. Ya que necesitaba un día de descanso con urgencia, pues se sentía tan agotada que a veces le asustaba no poder seguir adelante.

Natalia se pasó casi todo el día dormitando, mientras Sara veía la televisión o charlaba con las enfermeras, ya que era encantadora y todas las enfermeras estaban locas con ella. Y como el doctor le había dicho que su mamá necesitaba descansar y ella no quería que nada malo le pasara a ella o a su hermanita, dejaba descansar a su madre y deseaba que llegara mañana y que Carlos fuera a por ellas para volver a casa. Pues no había otra cosa que ella más deseara que volver a casa de sus abuelos para estar con su tío Jaime, ya que era a la persona que más echaba de menos.

## CAPÍTULO 37

A la mañana siguiente cuando vino la enfermera, Natalia le preguntó:

—¿Cuándo me van hacer el análisis?

—En cuanto el médico nos dé la orden. Usted no se preocupe y descanse ahora que puede.

Natalia se había quedado dormida de nuevo cuando la despertó el grito de su hija al oírla gritar de alegría.

—¡¡Tío, has venido!!

Abrió los ojos y vio a su hija colgando de los brazos de alguien que no dejaba de besarla.

—Pues claro, princesa. Cómo no iba a venir si me moría de ganas de veros.

Cuando Natalia escuchó su voz el corazón le dio un vuelco. No podía ser él. ¿Cómo las había encontrado? Tenía que ser un sueño. Pero cuando bajó a la niña al suelo y la miró a los ojos, se dio cuenta de que no era un sueño. Era él, que la miraba muy serio, y, empezó a sentir mucho miedo. Varias veces le había dicho que, si se iba, la encontraría y le quitaría a la niña.

—Déjame saludar a tu madre.

—Vale.

Mientras se acercaba Natalia se iba poniendo cada vez más nerviosa, parecía que el corazón se le fuera a salir del pecho. Él se sentó a su lado y le dio un fuerte abrazo, diciéndole.

—Gracias a dios que estás bien. Te he buscado por todos los sitios. Contraté al mejor detective. He gastado una fortuna. Y finalmente ha sido la niña quien ha llamado.—Cuando volvió a mirarla, se dio cuenta de que algo le pasaba, porque estaba como paralizada—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué no dices nada?

—No voy a dejar que te lleves a mi hija. No sé cómo nos has encontrado, pero no vas a quitármela.

Los ojos se le empezaron a llenar de lágrimas. Él volvió a abrazarla y le susurró al oído:

—No quiero quitarte a la niña, quiero que volváis a casa las dos, conmigo. Ella le apartó bruscamente.

—No voy a volver a tu casa, y no puedes obligarme.

—Vamos, nena. Mis padres están deseando veros y mis hermanos...

—No te creo. Seguro que me odian. Además, no quiero volver contigo, tú y yo no podemos estar juntos. ¿Es que no te das cuenta?

—¡No! Tú eres la que no se da cuenta. ¿No ves que no tienes opción? ¿Qué no voy a irme sin vosotras? Y que, si no quieres volver conmigo, me quedare aquí.—Le puso las manos en la barriga y le dijo suavemente intentando tranquilizarla—: Vamos a tener otro hijo, nena. El médico te ha dicho que no puedes hacer esfuerzos y me necesitas, aunque no quieras admitirlo me necesitas. Pero está bien. Si no quieres volver, me quedaré aquí con las dos. Buscaré un trabajo y compraré una casa.

—No puedes hacer eso, tus padres se morirían...

—¡Quiero volver a casa, mami!

Los dos miraron a la niña que estaba llorando, ya que mientras discutían ninguno de los dos se había dado cuenta de que la niña estaba presente.

—Pero mi amor, esta es nuestra casa ahora...

—¡No, no quiero estar aquí! No quiero que trabajes. Quiero volver con los abuelos, allí no tenías que trabajar. Y...y...y si te mueres, ¿qué voy a hacer yo? No quiero que te mueras, no quiero que pierdas a mi hermanita. No...no quiero que estemos solas.

No podía dejar de llorar, así que su madre le dijo:

—Ven aquí, mi amor.—La niña se le tiró a los brazos llorando—. ¡Ssshhh! No llores, mi vida, no voy a morirte.—Se le partía el corazón al ver a su hija tan asustada.

—Pe...pero el doctor dijo que si seguías trabajando podías perder el bebé —seguía hablando sin dejar de llorar—. Por eso le dije a la enfermera que llamara a Carlos. No...no quiero que mi hermanita se muera, y no quiero que te pase nada. Por fi mami, por fi, quiero volver a casa con los abuelos, con los tíos, con mi prima, les echo mucho de menos.

Jaime le cogió a la niña de entre los brazos y sentándola en sus rodillas la abrazó muy fuerte besándola y secándole las lágrimas.

—No te preocupes, princesa, estoy aquí, y no voy a dejar que nada malo les pase ni a tu hermanita, ni a tu mamá —mientras decía eso miraba a Natalia—. De ti depende, nena, ¿nos quedamos aquí, o nos vamos a casa?

Natalia le miró muy seria y le preguntó a la niña:

—¿Puedes dejarnos un momento a solas? Tu tío y yo tenemos que hablar.

La niña salió de la habitación refunfuñando. Cuando se quedaron

solos, Natalia lo miró y le dijo muy seria:

—Si vuelvo es con una condición. Para estar en mi casa la niña y yo, solas. Y cuando dé a luz, buscaré trabajo. No quiero que me mantengas, ¿está claro?

—Si es lo que quieres.

—Hasta entonces no tengo más remedio, después podré apañármelas sola como siempre he hecho. Podrás venir a ver a tus hijas siempre que quieras, pero yo ya no quiero volver a estar contigo. Y si no puedes entenderlo, ni aceptarlo, es mejor que me lo digas ahora.

Él la miraba con cara de póker, y le preguntó:

—¿Por qué tienes miedo de estar conmigo?

—No es miedo, simplemente que lo que no puede ser no puede ser, y no hay que darle más vueltas.

—¿Por qué crees que esta vez no saldría bien? Ya no hay terceras personas entre nosotros, por lo menos por mi parte. ¿Tú estás con alguien?

—No, no es eso. Es que ya no quiero arriesgarme más contigo. No quiero volver a sufrir por ti. Además, prefiero estar sola, estoy más tranquila.

—No seas mentirosa, nunca te ha gustado estar sola.—Sonrió.

En ese momento, ella se dio cuenta de que estaba más delgado, tenía muchas ojeras, y ya no llevaba perilla. Pero, aun así, seguía estando guapísimo.

—Ahora sí. Como bien dice el refrán: «Más vale estar sola que mal acompañada».

Jaime sonrió de nuevo al oírla decir eso.

—Si quieres hacerme creer eso, está bien. Esperaré hasta que te des cuenta de que estamos hechos el uno para el otro. Porque, aunque siempre ha habido algo que nos ha separado, también siempre el destino nos ha vuelto a unir, y esta vez estoy seguro de que es para siempre. Y ya que estás refranera, no olvides este que dice: «A la tercera va la vencida», y esta es la tercera vez que volvemos a estar juntos.

Jaime se acercó lentamente hacia ella. Se moría de ganas de besarla, pero sabía que no podía intentarlo, por lo menos hasta que no estuvieran en casa, porque si no, ella se echaría atrás y no volvería con él. En casa tendría tiempo de volver a conquistarla, solo tenía que tener paciencia, porque todo tenía que salir bien esta vez.

Natalia, al ver que se acercaba a ella y la miraba de esa manera empezó a ponerse nerviosa, ya que conocía esa mirada en él y si dejaba que la besara

estaría perdida, así que le advirtió.

—Ni se te ocurra besarme.

Jaime se levantó de la cama.

—No pensaba hacerlo. Está bien, si es lo que quieres, yo viviré en casa de mis padres. Pero yo también pongo una condición. Quiero que le digamos a Sara la verdad. No quiero que vuelva a llamarme tío, soy su padre, y creo que ya es hora de que lo sepa.

—Me parece justo, estás en todo tu derecho. Además, siempre hubo algo muy especial entre vosotros, y sin saber nada, en unos pocos días te quiso más que a Carlos que iba a ser su padre.

—¿Puedo decírselo ahora?

—¡Ahora!

—Cuanto antes mejor. Además, no soporto que me llame tío.

—Está bien. ¿Quieres que se lo diga yo?

—No, déjame a mí por favor.—Se dirigió a la puerta, la abrió, y llamo a la niña—. Pasa, princesa, tenemos que contarte una cosa.

—¿Nos vamos a casa contigo?

Fue lo primero que le preguntó, y lo único que le interesaba. Jaime la cogió en brazos y la besó.

—Sí. Vais a venir conmigo y no voy a dejar que nada vuelva a separarnos.

Volvía a mirar a Natalia para hacerle entender que eso también iba por ella, y se sentó a su lado con la niña en brazos mientras gritaba emocionada por la noticia.

—¡Bieeen!

—Pero antes de eso tenemos que decirte una cosa, y espero que puedas perdonarnos por no habértelo dicho antes. Bueno, a ver por donde comienzo.

—Natalia se dio cuenta de que estaba nervioso y le sonrió para darle valor, y pareció conseguirlo porque él empezó a contarle—. Verás, hace casi siete años, antes de que tú nacieras, conocí a una muchacha que tenía los ojos más hermosos que había visto en mi vida.

—¿Era mi mami, verdad?

—Pues claro, princesa. Nadie tiene los ojos más hermosos que tu madre. Excepto tú, por supuesto.—Sara se rio y Natalia no pudo evitar sonreír también—. Pero tienes que dejarme que te cuente la historia.

—Vale.

—Bien. ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! Acabé enamorándome de ella como un tonto.—Sara volvió a reírse—. Sí, no te rías, es la verdad. Y aún sigo

enamorado de ella como un tonto —confesó mirando a Natalia dejándola pasmada por esas palabras.

—¿Estás enamorado de mi mami? —preguntó muy sorprendida.

—Sí. Y no creo que pueda dejar de estarlo nunca.—Volvió a mirarla otra vez poniéndola nerviosa, pues su mirada era tan intensa que a Natalia se le escapó un suspiro. Él le sonrió—. Tu mamá estaba embarazada de ti cuando tuvimos que separarnos.

—¿Por qué tuvisteis que separaros?

Jaime miró a la niña y no sabía qué decirle, ella no iba a entender la verdad.

—Tuvimos una pelea —siguió contándole Natalia—, y yo me fui muy lejos. Creía que ya no me quería y por eso me fui. Él nunca supo que tú habías nacido hasta que nos volvimos a encontrarnos en casa de tus abuelos, pero yo iba a casarme con tu tío Carlos. ¿Te acuerdas?

—Sí.

—No podíamos decirte la verdad. Porque tú querías mucho a Carlos y querías que él fuera tu papá.

Sara miró a Jaime asimilando todo lo que le estaban contando y entonces le preguntó:

—¿Tú eres mi papá?, ¿mi papá de verdad?

Jaime la miró a los ojos y con mucho miedo, por si ella le rechazaba, contestó:

—Sí, soy tu papá. Y también el papá de tu hermanita.

A Sara se le llenaron los ojos de lágrimas y le gritó emocionada:

—¡Papá!

—¡Hija! —soltó por fin, emocionado.

Sara le dio un abrazo tan fuerte que Jaime no podía respirar. Aunque no podía respirar por la emoción tan grande que sentía al escuchar a su hija por fin llamarle papá. Se le puso un nudo en la garganta y se le llenaron los ojos de lágrimas.

A Natalia también se le hizo un nudo en la garganta, porque también se había emocionado al verlos.

—¿Por qué lloras, papá? —le preguntó, quitándole las lágrimas con sus manitas y besándole otra vez.

—De alegría, princesa. No sabes las ganas que tenía de decirte la verdad. Me daba tanto miedo que no quisieras que fuera tu papá.

—No quisiera tener otro papá. Ningún papá en el mundo podría ser mejor

que tú, ni siquiera Carlos. Siempre he querido que tú fueras mi papá. ¡Te quiero mucho, papi!

—Yo también te quiero, y no puedes imaginarte cuánto, princesa.—No podía dejar de besarla—. Ahora, ¿porqué no llamas a la enfermera para que podamos irnos a casa? Los abuelos se mueren de ganas de veros, y tu prima más todavía.

—¡Vale! Quiero volver a casa.

Salió corriendo de la habitación dejándolos solos.

—Gracias por echarme un cable. Me había quedado bloqueado. No podía decirle que te dejé para casarme con otra. Me hubiera odiado, ¿no crees?

—Ella jamás podría odiarte. Bueno, todo ha salido bien y está arreglado, así que no volvamos hablar de eso. Además, te lo dije. La tienes loquita y sabía que no ibas a tener problemas, porque le encantaría que tú fueras su padre. En todo este tiempo al que más ha echado de menos es a ti.

Jaime sonrió con orgullo al oírle decir eso.

—Bueno, ¿tienes muchas cosas que llevarte? Porque si salimos pronto, podríamos estar en casa de mis padres para cenar.

Natalia le miró sorprendida.

—No puedo irme así tan de golpe.

—¿Hay alguien que te ate aquí?

—No, no hay nadie, ya te lo he dicho.

—Entonces, cuanto antes nos vayamos, mejor.

—Pero parece cansado, y son muchos kilómetros.

—No te preocupes, conduciré con cuidado. Vosotras tres sois mi mayor tesoro —confesó, poniendo las manos en su barriga—, y no voy arriesgarme a tener un accidente. Además, ya estoy acostumbrado a no dormir. Desde que te fuiste no he sido capaz de dormir una noche entera, y creo que no volveré a hacerlo hasta que no esté totalmente seguro de que no volverás a dejarme. Y por lo que veo, tú tampoco has dormido muy bien sin mí.—Levantó la mano y le acarició debajo de los ojos, donde podían verse unas sombras oscuras—. Ya te dije una vez que tus ojos eran demasiado hermosos para ponerles sombras. Así que cuando regresemos, tendré que asegurarme de que descansas lo suficiente hasta que desaparezcan.—Cuando vio que ella empezaba a ponerse nerviosa, volvió a poner la mano en su barriga y cambió de tema preguntándole—: ¿Es otra niña, verdad?

—Sí, lo siento. Sé que tu padre y tú queríais que fuera un niño, pero no, es otra niña.

—Por lo menos sabemos que tendrá unos ojos preciosos, como los de su madre.—Ella sonrió nerviosa—. Esas dos esmeraldas que hacen que me vuelva loco y pierda la razón.—Le dio un beso en la barriga y hablando a su barriga añadió—: Solo espero que no seas tan terca como ella y que no me hagas sufrir, y sobre todo, que me dejes quererte.

Los dos se miraron fijamente y él volvió a besarle la barriga, justo en ese momento, entró Sara diciendo:

—Me ha dicho la enfermera que ahora viene el doctor.

Inmediatamente detrás de la niña entraba el doctor con la enfermera.

—Es un placer conocerle, doctor De la Fuente.

Él médico alargó la mano para saludar a Jaime y este le aclaró:

—Yo no soy el doctor De la Fuente, soy su hermano. Pero no se preocupe, el donativo sigue en pie. Le firmaré un cheque mientras usted firma el alta de mi mujer. Tenemos prisa.

Los dos salieron de la habitación.

Natalia quedó asombrada al escuchar a Jaime decir que ella era su mujer. Y lo que había dicho de un donativo y de su hermano, la había dejado muy sorprendida, y no entendía nada.

—¿Ha dicho su mujer? —preguntó la enfermera—. Si yo tuviera un hombre como ese no me apartaría de él ni un solo instante, no fueran a robármelo.

—Sí, es mi papá —contestó Sara toda orgullosa.

—Sera mejor que se vaya arreglando, en cuanto traigan el alta podrá irse.

—Pero... ¿Y los análisis que tenían que hacerme?

—No son necesarios, está usted bien. Bueno, aunque debería ir con cuidado para no tener que llevarse otro susto como el que se llevó ayer. Simplemente, evite hacer esfuerzos, con eso será suficiente.

—¿El doctor me mintió? —preguntó sorprendida.

—Sí. Solo era una excusa para retenerla hasta que vinieran a buscarla. Órdenes del doctor De la Fuente. Eso, y una muy generosa donación para el departamento de investigación. ¿Porqué cree que tenía una habitación para usted sola y el mejor menú de la carta? Este es un hospital público y aquí no se hacen esas cosas. Pero con una suma tan escandalosa para seguir investigando, son capaces de convertir esto en el Ritz.

Natalia se quedó pasmada preguntándose: ¿Por qué Carlos haría algo así?

\*\*\*

Cuando llegaron al aparcamiento y se pararon delante de un monovolumen, Natalia le preguntó:

—¿La has alquilado? Porque no puedo creer que te hayas deshecho de tu coche.

—Y no lo he hecho. Este es familiar, perfecto para cuando vayamos todos juntos. He cambiado, nena. Ahora me he vuelto un padre responsable, y solo tú eres capaz de conseguir algo así.—Con esas palabras consiguió una sonrisa de ella—. El otro es solo para dos, para cuando consigas perdonarme y te lleve a cenar y a bailar pegados. Para después pasar una noche romántica y apasionada.

Siempre conseguía ponerla nerviosa cuando le decía esas cosas y él se daba cuenta enseguida. Acercándose a ella, le quitó un mechón de pelo que le caía por los ojos y la acercó hacia él. Ella se separó en cuanto oyó a su hija gritar dentro del monovolumen.

—¡Mami, tiene una tele aquí arriba!

—¡Ah,sí!

Natalia entró dentro y se sentó a su lado. Era la excusa perfecta para alejarse de él, ya que nunca había podido controlarse cada vez que él sacaba su vena romántica.

Se quedó muy sorprendida, pero encantada al ver que Jaime también había pensado en su hija. Si al final él iba a tener razón, e iba a convertirse en un padre responsable,¿cómo podía ser que cambiara tanto en tan poco tiempo? ¿De verdad ella podía conseguir que él cambiara de esa manera? Se preguntaba incrédula, pero complacida al mismo tiempo.

—Mira qué asiento más bonito —le dijo su hija sacándola de sus pensamientos.

—Sí, es muy bonito.

Era un asiento de seguridad para niños y era de princesas. Tenía hasta compartimentos a los lados para sujetar una botella de agua y guardar juguetes.

—Papá,¿la has comprado para mí?

—Pues claro. He comprado una silla de princesas para mi princesa.—Sara empezó a reírse—. En uno de los lados tienes una sorpresa para que no te aburras en el camino. Y también puedes ver la película que quieras en la tele que tienes ahí arriba.

Sara miró en uno de los compartimentos laterales, y había pinturas y libros

para pintar con pegatinas, y cómo no, también eran de princesas.

—¡Qué guay! Me encantan. Gracias, papi, te quiero.

Se levantó del asiento y le dio un beso y un abrazo muy fuerte.

—Yo también te quiero, princesa. Ahora siéntate y abróchate el cinturón, nos vamos.

Jaime se sentía inmensamente feliz. Le encantaba que su hija por fin le llamara papá. Se le caía la baba cada vez que lo hacía y le daba un beso y un abrazo, y sobre todo, se sentía tranquilo. Después de tantos meses de búsqueda, de angustia, por fin las tenía a su lado, y las tres estaban bien, y nada iba hacer que eso cambiara. Sobre todo, después del susto que se llevó el día antes, cuando su hermano le llamó y le dijo que Natalia estaba hospitalizada. Casi le dio un infarto. Podía recordar cada palabra porque las tenía en la mente grabadas a fuego.

## CAPÍTULO 38

Jaime estaba en su oficina cuando su secretaria le pasó una llamada de su hermano.

—¡Jaime!

—Hola, chiquitín —su voz sonaba triste y apagada como siempre. Estaba de pie revisando unos papeles en la mesa de su oficina—. Sigo sin tener noticias que darté, como todas las semanas. Creo que voy a acabar matando a ese detective. A veces pienso que todo es inútil, y que nunca voy a encontrarlas.

—Pues yo tengo una noticia que te va a alegrar.

—Lo dudo. He llegado a un punto en el que nada me alegra. Y no te ofendas, no tiene nada que ver contigo.

—Estoy seguro de que esta noticia sí va a alegrarte. ¡La encontré! Bueno, mejor dicho, ella me encontró a mí.

—¿Quién te encontró? ¿De quién hablas?

—¡Sara! Acaba de llamarme Sara, acabo de hablar con ella.

Jaime se dejó caer en la silla y se quedó mudo. No estaba seguro de si lo que le decía su hermano era una broma o hablaba en serio, lo que sabía era que si estaba bromeando lo mataría. El corazón le latía con fuerza, tanto, que pensaba que era una taquicardia, y la voz no le salía por el nudo en la garganta que parecía ahogarle. Cuando por fin volvió en sí podía oír los gritos de su hermano al otro lado del teléfono.

—¡Jaime, Jaime, Jaime! ¡¿Estás ahí?! ¡Maldita sea, contéstame!

—Te oigo.

—¡Dios bendito! Qué susto me has dado, creí que te habías muerto...

—¿Dónde está Sara? ¿Por qué te ha llamado? ¿Y Natalia? ¿Están bien?

—Tranquilo, tranquilo. Están bien. Sara me ha llamado desde un hospital.

—¡¿Un hospital?! ¡¿Por qué?! ¡¿Qué ha pasado?! ¡Es Natalia¿verdad?, ¿le ha pasado algo?!

No dejaba de gritar, estaba tan nervioso que no paraba de caminar como un loco por el despacho pasándose las manos por el pelo, solo al imaginarse de que a Natalia le hubiera podido pasar algo.

Kiko entró al oír los gritos y cuando lo vio se quedó paralizado al ver a su

cuñado así. Parecía un loco dando vueltas y por sus mejillas podía ver cómo le caían las lágrimas. No era capaz de decir una sola palabra, porque estaba muy impresionado al ver así a su cuñado, y sabía por experiencia que cuando estaba así de nervioso, no valía la pena hablar con él, pues era incapaz de atender a razones. Pero verle llorar era lo que más impresionado le tenía.

—¡Vamos, hermanito, si no dejas de gritar y suponer cosas no puedo contarte nada! —le gritó Carlos para que se callara. Entonces escuchó silencio, y a su hermano respirar hondo un par de veces intentando tranquilizarse—. Está bien, ¿me oyes?, las dos están bien. Solo que Nátali ha tenido un pequeño problema. Nada importante, te lo juro.

—¿Qué problema?

Su voz sonaba más calmada y su hermano empezó a contarle todo tal y como había ocurrido.

—Me ha localizado una enfermera desde un hospital de Granada. La niña le dio mi nombre y ella me buscó en internet. El caso es que Nátali, esta mañana ha sangrado un poco. Pero no te asustes, he hablado con su ginecólogo y no es grave, solo necesita tomarse las cosas con calma y dejar de trabajar de momento. Lo he arreglado todo y va a estar ingresada hasta que vayas a buscarla. Ella no sabe nada, o sea que no va a moverse de allí hasta que tú no llegues. Por eso te pido que no salgas como un loco a buscarlas y que vayas con cuidado, no quiero que tengas un accidente. Eso no te serviría de nada y a ellas tampoco. Vuelvo a repetirte que no van a ir a ningún sitio hasta que no llegues, así que prométeme que tendrás cuidado.

—Está bien, te lo prometo. Ahora dime, ¿dónde están?

—En granada, en el hospital Virgen de las Nieves.

—Gracias. Te llamaré para decirte cómo va todo. Te debo una, chiquitín.

—No, ahora estamos en paz. Tú por fin las has encontrado, y yo por fin podré tener la conciencia tranquila. Si yo no la hubiera atacado de esa manera cuando supe que estaba embarazada, puede que ella no se hubiera marchado así.

—Cualquier hombre en tu lugar hubiera reaccionado así, es nuestra naturaleza. Pero ahora todo está solucionado, así que es mejor olvidar el pasado y volver a empezar. Solo espero que no nos guardes rencor. No podría llegar a ser feliz con Natalia si perdiera a mi hermano.

—Como bien has dicho, todo está olvidado, y siempre serás mi hermano preferido.

—Te quiero, chiquitín.

—Y yo a ti. Ahora ve a buscarlas y sé feliz, te lo mereces.

—Gracias.

Cuando colgó, se quedó pasmado. Aún no podía creer que por fin Natalia hubiera aparecido. La voz de su cuñado lo sacó del aturdimiento, y quitándose las lágrimas de la cara se acercó a él con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué coño te pasa?! ¡Me has dado un susto de muerte! Estabas gritando como un loco, y jamás te he visto llorar. ¡Y ahora sonríes!

—¡Me siento feliz, muy feliz! —gritó, abrazando a su amigo y cuñado levantándolo del suelo.

—Pues me alegro.—Kiko, devolviéndole el abrazo le preguntó—: ¿Y se puede saber porqué?

—Por fin, por fin las he encontrado.

—¿Natalia y Sara han aparecido?

—¡Sí! Tengo que irme. Tengo que hacer algunas cosas antes de ir a buscarlas. Y te juro por dios, que voy a aprovechar que está en un hospital para implantarle un microchip y así saber dónde está las veinticuatro horas del día.

—¿En un hospital? ¿Le pasa algo?

—No. Gracias a Dios. Vamos a casa y te lo cuento por el camino.

## CAPÍTULO 39

Cuando llegaron al pueblo eran ya las diez menos cuarto de la noche. Les había costado un poco recoger todas las cosas de la casa de Natalia y ella no quería irse sin llamar a todas las personas que había conocido allí para despedirse. No eran muchas, pero no quería que se preocuparan por ella, ya que todas eran mujeres mayores, y ella iba a sus casas a limpiar. Sabía que si no volvía se preocuparían por ella, y por eso no podía irse sin despedirse de ellas.

Jaime aparcó el monovolumen en la puerta de la casa de sus padres. Cuando Natalia bajó, se quedó parada sin poder caminar. Al verla paralizada, Jaime le preguntó:

—¿Qué te pasa?

—No me hagas entrar, Jaime, por favor, me da mucha vergüenza. No creo que pueda mirarles a la cara después de lo que pasó, por favor.

Su voz sonaba tan desesperada y desgarradora que él no podía obligarla a pasar por eso. Sabía que necesitaba un poco más de tiempo para asimilarlo todo, ya que una vez más, él había vuelto a aparecer por su vida poniéndola nuevamente patas arriba. Pues acababa de desmontar su pequeño apartamento, y había dejado todo atrás una vez más para volver otra vez con él sin estar completamente segura de que las cosas fueran a salir bien una vez más.

Jaime la cogió por los hombros, intentando tranquilizarla.

—Está bien, no te pongas así, nos iremos. Verás a mis padres cuando estés preparada.—Cuando miró hacia la puerta para llamar a Sara la vio llamando al timbre y maldijo—. ¡Mierda! Demasiado tarde, la niña acaba de llamar.—Le cogió la cara con las manos y le habló tiernamente—. No tienes por qué avergonzarte, mis padres te adoran y ya han olvidado todo lo que pasó.

—No te creo, deben de estar odiándome...

—¡Yaya! —La niña pegó un grito y se le tiró en los brazos cuando Elena abrió la puerta.

—¡Hola, mi niña, cuánto te hemos echado de menos! —gritó Elena abrazando a su nieta.

—Y yo a vosotros. Me moría de ganas por volver.

—Pues tú no sabes las ganas que teníamos nosotros de que volvieras — dijo su abuelo abrazándola también.

Todo eran besos y abrazos para la niña. Sus abuelos, sus tíos Kiko y Helen, pero en especial el de su prima que después de su padre era a la persona que más había echado de menos.

Natalia sentía una emoción muy grande, y al mismo tiempo vergüenza y miedo de no ser bien recibida después de lo que pasó. Pero se quedó muy sorprendida cuando todos la abrazaron y la besaron igual que a la niña, y también le acariciaban la barriga dándole la bienvenida. Tan sincera sintió Natalia esa bienvenida que no pudo evitar echarse a llorar.

Siempre había deseado formar parte de una gran familia y ellos le acababan de demostrar que formaba parte de la suya. Porque la familia perdona y olvida los errores que uno comete, y eso era lo que ellos le estaban demostrando, que todo estaba olvidado.

—Vamos, no agobiéis a mi nuera —dijo el padre de Jaime mientras le pasaba el brazo por los hombros y la metía en la casa—. La estáis haciendo llorar. Vamos dentro, la cena está en la mesa y seguro que tienes mucha hambre.—La acompañó hasta el salón y la ayudó a sentarse en la mesa—. Venga, vamos a cenar, que se enfría todo. ¿Estás bien? —le preguntó acariciándole la mano.

—Sí... gracias —tenía la voz entrecortada por la emoción.

—Me alegra tenerte de vuelta, a mí y a todos. Te hemos echado de menos y en especial tu suegra.

Natalia miró a Elena.

—Cuando te fuiste, tenía la sensación de haber perdido una hija.

A Natalia se le llenaron los ojos de lágrimas otra vez y se levantó para darle un abrazo. Elena le devolvió el abrazo con mucho cariño.

—Yo también os he echado muchísimo de menos a todos. No os podéis imaginar cuánto.

Jaime la hizo sentarse de nuevo y se sentó a su lado cogiendo su mano y preguntándole:

—¿Estás bien?

—Sí, ahora sí. Solo un poquito nerviosa.

—¿Sabéis que mi papá de verdad es Jaime? —preguntó Sara toda orgullosa por si no lo sabían, haciendo reír a todos y calmando un poco los ánimos.

—Sí, preciosa, y estamos encantados de que seas nuestra nieta de verdad

—afirmó su abuelo con una gran sonrisa, después se dirigió a Natalia diciéndole—: Y hablando de nietos. Dime que por fin voy a tener un nieto varón.

Natalia le miró asustada, sabía que no le iba a gustar nada la noticia y no sabía cómo dársela. Sintió la mano de Jaime apretando la suya.

—Pues no, no tienes suerte, papá. Va a ser otra niña.

—¡Pero bueno, ¿lo hacéis adrede para fastidiarme?! —gritó bromeando; entonces, mirando a Natalia le dijo muy serio siguiendo con la broma—: Solo hay una solución para que pueda perdonarte.

—¿Cuál? —siguió Natalia con la broma.

—Si el próximo es un varón. ¿Trato hecho?

Su suegro le ofreció la mano para cerrar el trato y Natalia sonriendo, alargó la mano. Pero Jaime la detuvo, agarrándole la mano, mientras decía:

—De eso nada. Si llegara a arreglarse todo entre nosotros, te juro por dios que no voy a dejarla otra vez embarazada.

—¿Por qué?

Le preguntó su padre todo extrañado, al igual que se habían quedado todos, incluyendo a Natalia.

—Siempre creí que Nátali quería tener familia numerosa —dijo Elena—. Y para eso se necesitan por lo menos tres hijos. No le quites a tu padre la última esperanza que le queda de tener un nieto varón.

—Lo siento, mamá. Pero si queréis un nieto varón tendréis que esperar a que mi hermano se case y os lo dé él. Yo lo tengo muy claro, y no voy a volver a arriesgarme. Siempre que Natalia se queda embarazada, algo hace que nos separemos, y acaba huyendo de mí.

—Eso no va a volver a pasar. ¿Verdad Nátali? —le preguntó Elena.

Pero Natalia no podía contestarle, pues se había quedado pasmada al oír a Jaime decir eso, y lo miraba muy sorprendida. Podía ser cierto que de verdad tuviera tanto miedo de volver a perderla. Él apretó su mano, diciéndole:

—No me mires así, nena. Ahora que estás otra vez aquí conmigo no voy a dejar que nada lo estropee.

—Bueno, yo apoyo a mi hermano en esa decisión. No sabes lo insoportable que se pone cuando tú no estás, y la pena queda verlo, parece un alma en pena. Tenías que haberle visto cuando regresó de Valencia después de estar allí casi tres meses buscándote como un loco por todos los bares, restaurantes, y pubs.—Natalia lo miró más sorprendida todavía al escuchar eso—. Cuando por fin mi madre lo convenció y volvió, parecía un

vagabundo. Sin afeitarse y con seis kilos menos. La verdad, daba penita.

—Sí, daba penita —corroboró Kiko, las palabras de su mujer.

Justo al oír esas palabras, Natalia recordó que ella también había notado en el hospital que había adelgazado, pero lo que nunca se hubiera imaginado era el porqué, ya que nunca creyó ser tan sumamente importante para él.

—Así que lo mejor es que no vuelvas a quedarte embarazada. Y si lo haces, tendremos que encerrarte para que no vuelvas a escaparte —bromeó Helen.

—Bueno, eso también es una solución —comentó su padre, haciendo que todos volvieran a reírse.

—Bromas aparte, no entiendo porqué has dicho cuando se arregle todo entre vosotros. ¿Hay algún problema? —preguntó su madre, preocupada.

—No. Solo que hasta que Natalia no esté segura de que lo nuestro puede funcionar sin problemas, yo viviré aquí.

—¿No vas a estar con nosotras? —preguntó Sara.

—De momento no, princesa. Puede que más adelante.

—Pues entonces yo también viviré aquí contigo.

—Tú tienes que estar con tu madre, y cuidarla por mí cuando yo no esté. Además, voy a ir todos los días a verte.

La niña se levantó y se le echó en los brazos.

—¡No! Tú me lo prometiste. Me prometiste que nunca más íbamos a separarnos, y que cuidarías de nosotras. No puedes decirme que eres mi papá y luego no querer estar conmigo.

Jaime abrazó muy fuerte a su hija y le dio un beso en la frente, mirando a Natalia y suplicándole con la mirada. Natalia no podía soportar ver a su hija así, al fin y al cabo, tenía razón. No podía decirle que tenía un papá, hacerle la niña más feliz del planeta, para después decirle que no podía vivir con él.

—No llores, mi amor.—Natalia se acercó a ella y le dio un beso—. Tienes toda la razón, papá tiene que cuidar de nosotras y no creo que pueda hacerlo desde aquí, así que no tiene más remedio que venirse a casa con nosotras. ¿Verdad que sí? —le preguntó a Jaime.

Él le sonrió con esa sonrisa que sabía que le era irresistible diciéndole muy contento:

—Por supuesto que sí. Sabes que no hay nada que más desee en el mundo que estar con vosotras.

La niña se puso muy contenta y los demás siguieron hablando y bromeando para quitar la tensión del momento.

Después de cenar, se despidieron y volvieron a subir al monovolumen para ir todos juntos por primera vez a su casa.

Cuando llegaron, Natalia estaba agotada y se sentó en el sofá, mientras Jaime le enseñaba la casa a su hija y le contaba la historia de la misma. Cuando bajaron, le dijo Sara muy entusiasmada:

—¡Mami, me encanta esta casa! Papá me ha dicho que mi habitación era la misma que tú tenías cuando eras pequeña y vivías aquí. Me encanta mi habitación es superchula. ¿Has visto la piscina y los columpios? Papá me ha dicho que mañana podemos bañarnos.

—Sí, pero con mucho cuidado.

—Sí, ya lo sé, si no es con un adulto no puedo bañarme. Me lo ha dicho papá.

Empezó a bostezar, muerta de cansancio por tantas emociones.

—Es la una y media, estás hecha polvo y mañana no va a ver quién te levante. Vamos a dormir, anda.

—No te levantes, yo la llevo. Dale un beso a tu madre, nos vamos a dormir.

Sara se tiró encima de su madre y le dio un beso, diciéndole:

—Buenas noches, mami.

—Buenas noches, mi amor.

Jaime la cogió como a un saco de patatas y la niña subía las escaleras riéndose.

Natalia se quedó tumbada en el sofá pensando si de verdad era posible todo lo que había pasado en el día, si era real. Todo había pasado tan deprisa que parecía mentira que Jaime las hubiera encontrado. Que no estuviera enfadado. Que las hubiera llevado de vuelta a casa. Que su familia no le guardara rencor, sino todo lo contrario, estaban encantados de volver a verla. Eso era una de las cosas que más feliz la hacía, formar parte de esa familia tan maravillosa a la cual ella adoraba.

Pero lo que más le llenaba de alegría era ver a su hija así de feliz con su padre, pues se la veía encantada y orgullosa de tener a Jaime como padre. No había dejado de llamarle papá en todo el día, como si quisiera recuperar todos esos años que tanto deseó tener un padre, y Natalia sabía que jamás hubiera tenido mejor papá que Jaime. Porque a Carlos lo quería mucho, pero con Jaime desde el primer momento hubo algo muy especial entre los dos.

Ahora todo podría llegar a ser perfecto, podría llegar a tener lo que tanto había deseado. Estar con Jaime, formar un hogar, dejarse cuidar, sentirse

tranquila y protegida por él. Pero al mismo tiempo no podía volver a confiar en él, no podía volver a entregarse por completo a él, porque no podía volver a sufrir por él, ya que estaba segura de que no podría soportar otro desengaño. Así que tenía que ser fuerte y mantenerse alejada de él. Sí, eso sería lo mejor para ella.

Cuando Jaime bajó de acostar a la niña y vio a Natalia que se había quedado dormida en el sofá, le quitó las sandalias y empezó a darle masajes en los pies. Natalia se despertó y se incorporó un poco, diciéndole:

—Estate quieto.

—No, estate quieta tú. Tienes los tobillos hinchados y necesitas un masaje. A todas las embarazadas os pasa eso ahora en los últimos meses.

—¿Y tú como puedes saber eso?

—Todo, lo sé todo. No sabes la de revistas de embarazos que me he leído en estos meses. Quería estar preparado para cuando te encontrara.—Natalia se rio—. No te rías. Sé que estos tres últimos meses son los peores, porque vas a estar más cansada. Que no debes hacer esfuerzos y que debes estar muy tranquila para tener un parto sin complicaciones. Y yo voy a encargarme personalmente de que tengas todo eso. Estoy seguro de que con Sara tuviste que pasar por un infierno. Eras una cría, estabas sola con un bebé, y seguro que no tenías ni idea de qué hacer con él.

—Ella es lo mejor que me ha pasado en la vida.

—De eso estoy seguro, yo siento lo mismo. ¿Pero no puedes negar que tuvo que ser muy difícil? Muchas adolescentes en tu lugar hubieran tirado la toalla. Sin embargo, tú pudiste con todo, y lo más sorprendente es que si no te hubiera encontrado hubieras sido capaz de volver a pasar por todo eso tú sola de nuevo. Estoy orgulloso de ti, nena. Cualquiera en tu lugar hubiera intentado sacarme dinero, o que la mantuviera como a una reina por ese embarazo. Pero tú no, tú preferiste huir para no causar problemas, y eso es una de las cosas que más me gustan de ti, pero también es lo que más me cabrea, porque siempre te ha alejado de mí. No te puedes imaginar los meses tan horribles que he pasado buscándote.

—Lo siento.

—No te disculpes, la culpa de todo lo que nos ha pasado siempre ha sido mía. Por eso ahora quiero recompensarte y quiero que te olvides de esa tontería de trabajar.—Estaba tan relajada con sus masajes que no tenía fuerzas ni para protestar—. Quiero que cuando nazca la niña tengas todo el tiempo que necesites para ella y para Sara. Pero también espero que puedas

guardar un poco de energía para estar conmigo, porque ya sabes lo posesivo que soy contigo, y aunque con las únicas personas con las que puedo compartirte sean las niñas, sabes que te necesito y me conformaría con que estuvieras en mis brazos todas las noches.

Ella no pudo evitar sonreír.

—No quieras enredarme otra vez y vamos a dejar las cosas claras. Si estás aquí es por la niña, entre tú y yo no puede haber nada.—Él sonrió y ella suspiró profundamente, exigiéndole—: Y te prohíbo que me sonrías así.—Su sonrisa se ensanchó más todavía sabiendo que la desarmaba con ella. Ella, dando un suspiro de nuevo, se levantó del sofá y se fue a la habitación, mientras él la seguía—: ¿Por qué me sigues?

Cuando se giró lo tenía pegado a ella y con la puerta en su espalda.

—Es la única habitación con cama que hay aparte de la de la niña, y no quiero que se acostumbre a eso.

—Entonces te toca el sofá. Tienes suerte, es muy cómodo.

—Pero yo no quiero dormir en el sofá, quiero estar contigo, nena.—Al decir eso, la cogió por la cintura y la acercó hacia él. Podía sentir su gran barriga tropezando en la suya, así que rectificó—: Bueno, con las dos.

Natalia sonrió al oírle decir eso.

—Estate quieto.

—Déjame dormir contigo. Te necesito, nena, perdóname. Juro que nunca más volveré a cagarla —su voz era tan melosa que empezó a ponerse muy nerviosa—. Solo dormir. Quiero sentir que estás a mi lado, que no vas a escaparte en medio de la noche. Tengo miedo de despertarme y que te hayas marchado de nuevo.

—No voy a ir a ningún sitio —le habló con un hilo de voz—. Por favor, Jaime, no lo estropees.

Él le dio un beso en la frente y le dio las buenas noches.

Cuando se tumbó en el sofá, se sentía feliz. Había sentido cómo ella se le desarmaba en los brazos, por eso no había vuelto a insistir. Le había jurado que no iba a volver a cagarla y estaba dispuesto a cumplir esa promesa por mucho que le costara estar lejos de ella en ese momento. Si necesitaba tiempo se lo daría, aunque estaba seguro de que pronto volvería a ser suya, y sabía que esta vez sería para siempre. Eso era exactamente lo que tenía que hacerle entender a ella, para que se le fueran los miedos y cayera rendida en sus brazos.

## CAPÍTULO 40

Cuando Natalia se despertó y bajó por las escaleras, escuchó jaleo en la cocina. Vio a una mujer de unos cuarenta años, bajita, morena, y muy inquieta, que no paraba de arreglar cosas en la nevera.

—Buenos días.

La mujer se volvió y se acercó a ella dándole la mano.

—Hola, soy Ana, la sobrina de María. El señor me llamó esta mañana temprano para que empezara a trabajar y acabo de venir de hacer la compra. Espero no haberla despertado.

—No, tranquila. Me alegro de conocerte, y por favor, tutéame. Soy Natalia. ¿Sabes dónde está mi hija?

—Sí, en la piscina con su padre. ¿Quiere que le lleve el desayuno allí?

—Tranquila, puedo hacérmelo yo.

—¡Ah, no, de eso nada! Para eso estoy yo aquí. Además, el señor ya me ha dicho lo que a usted...perdón, lo que a ti te gusta desayunar.

—Está bien. Muchas gracias.

—No hay de qué, para eso estoy aquí.

—Estaré en la terraza.

Cuando Natalia llegó a la piscina vio a Jaime y a Sara. Estaban los dos jugando dentro del agua con una colchoneta hinchable. Sara le tiraba de la colchoneta y Jaime la lanzaba por los aires, lo estaban pasando genial. Se reían, gritaban, y jamás en la vida había visto a su hija tan feliz como en ese momento, y también sabía que Jaime no se había sentido jamás tan dichoso al compartir con su hija ese ratito de felicidad.

—¡Hola, mami! Tírate el agua, está buenísima.

—¡Noooooo! Gracias, mi amor. Tengo mucho calor, pero si me tirara, seguro que me hundiría como una ballena.—Con esa broma los hizo reír—. Sí reiros, reiros, que si tuvierais que cargar vosotros con esta barriga no os reiríais tanto.

Jaime salió de la piscina y se acercó hasta ella. Llevaba un bañador de pantalón corto negro y ella no podía dejar de mirarlo. Siempre le había impresionado verle desnudo, le encantaba su cuerpo, era tan perfecto. Así que cuando llegó a su altura y la rodeó con sus brazos, ella no pudo evitar soltar

un pequeño suspiro.

—Buenos días.

—¿Qué haces, me estás mojando?

—Quitarte el calor.

Empezó a sacudir la cabeza y el agua le cayó a ella en la cara.

—Estás loco.—Sonrió, porque en el fondo le gustaba esa sensación de frescura.

Todo su cuerpo estaba fresco y húmedo, y podía sentir cómo el calor desaparecía poco a poco.

—Debes de haber dormido bien, son las once y media.

—Pues sí, muy bien. Puedes soltarme, ya no tengo calor.

—Yo, sin embargo, he dormido fatal. Me duele la espalda y te echaba de menos. ¿Por qué siempre te haces de rogar tanto, si sabes que al final vas a acabar siendo mía?

—La niña, por favor.

—Seguro que a la niña le encantaría que tú y yo nos besáramos. ¿Quieres que se lo pregunte?

—No, quiero que te estés quietecito y que me sueltes.

—Está bien. Solo quería decirte que no pareces una ballena. Que estás preciosa. Y que me encanta tu barriga.

Ella le sonrió, él la besó en los labios y se tiró de cabeza a la piscina para seguir jugando con su hija, dejándola un poco aturdida.

Ana le trajo el desayuno y todo estaba perfecto, tal y como le gustaba a ella, pero se sentía un poco rara de que le sirvieran en su propia casa. Jaime se sentó a su lado, en el balancín.

—Yo puedo encargarme de la casa.

—No. Ya hemos hablado de eso. Además, necesita el trabajo, su marido está en el paro. Y cuando nazca el bebé, necesitarás ayuda, la casa es muy grande.

—Está bien. Solo que me siento rara, nunca he tenido sirvienta. ¿Y tú no deberías estar trabajando?

—Me he cogido unas vacaciones bastante largas para estar con vosotras, quiero recuperar el tiempo perdido. Además, he vuelto a poner a mi padre en plantilla.

A ella le dio la risa.

—¡Pero qué morro que tienes! Si yo fuera tu padre te mandaría a hacer puñetas.

—¿Por qué? Está encantado. Además, fue idea de mis padres. Quieren que esté contigo y que me olvide del trabajo, según ellos nos merecemos un poco de tiempo para arreglar nuestros asuntos, y tienen razón. Necesito arreglar lo nuestro, nena. Necesito que confíes en mí. Te necesito, nena.

Con todas esas palabras ya se la había ganado, pero, aun así, tenía que poner un poco de distancia entre los dos. No podía ponerle las cosas tan fáciles después de todo lo que había pasado.

—Y yo necesito un poco de tiempo, solo te pido eso.

—Está bien, tendrás todo el tiempo que necesites.

—Y no voy a escaparme de nuevo, puedes irte tranquilo.—Él se rio—. No quiero volver a ver a mi hija tan insegura y muerta de miedo como ayer en el hospital. Y sé que estar aquí contigo es lo mejor para ella, y ahora que sabe que eres su padre no voy a privarle de estar a tu lado. O sea, que puedes estar tranquilo, no voy a volver a escaparme de madrugada a hurtadillas de nuevo. Lo prometo.

—Estoy tranquilo, pero quiero pasar un tiempo con vosotras. Además, he decidido que voy a ponerte un microchip para saber dónde estás en todo momento.—ANatalia le volvió a dar la risa—. ¿No te parece gracioso? Antes era a ti a quien le daba miedo que yo saliera a hurtadillas, y ahora soy yo el que cree que vas a desaparecer cuando menos me lo espere. Aunque tú no tenías motivos porque yo jamás hui de ti. Pero tú me has dejado dos veces, y las dos han sido horribles.

—Para mí tampoco fue fácil abandonarte. Es lo más difícil que he hecho en toda mi vida, y te juro por la niña que no volveré a desaparecer. Ella te necesita.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Él la miró fijamente a los ojos dejándola absorta por su mirada y ella, para escapar de esa situación, le preguntó lo primero que le pasó por la cabeza:

—¿Estás seguro de que tu padre puede encargarse de todo? No querría que le pasara algo.

Jaime sonrió orgulloso al darse cuenta del poder que aún tenía sobre ella, ya que no podía disimular los nervios cada vez que él se arrimaba demasiado o la miraba intensamente, como le pasaba en ese momento. Eso le hacía feliz, pues sabía que pronto volvería a caer en sus brazos y esta vez era la definitiva, porque pasara lo que pasara, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para no volver a perderla.

—Está bien, no te preocupes. De todas formas, pasaré un poco todas las mañanas para vigilarlo, y también está Kiko, que lo tiene controlado. Pero el resto del día quiero aprovecharlo y pasarlo con vosotras. Han sido muchos meses de búsqueda, y ahora necesito teneros cerca.

Natalia estaba emocionada al oírle decir eso. Le gustaba saber que él las necesitaba así de esa manera. Saber que había estado buscándolas como un loco, como había dicho su hermana. Tenía ganas de abrazarlo, de besarle y decirle que no debía preocuparse, que nunca más iba a perderlas, pero había algo dentro de ella que le hacía ser prudente y sentir la necesidad de esperar hasta estar completamente segura de que esta vez las cosas serían distintas y para siempre.

—Está bien.

—Quiero hacer una fiesta. ¿Te apetece?

—¿Una fiesta? ¿Y qué vas a celebrar?

—¡Vamos a celebrar que estamos juntos, y mi cumpleaños!

—¿Cuándo es tu cumpleaños?

—El sábado.

—Vaya, es increíble, Fíjate si nos conocemos poco que ni siquiera sabemos cuándo es el cumpleaños del otro.

—¿Qué quieres saber de mí? Puedes preguntarme lo que quieras, nena.

—Ahora no se me ocurre nada. Pero me refiero a que si dos personas apenas se conocen es imposible que la cosa salga bien. Entre tú y yo, solo ha habido sexo y nada más.

—Eso no es cierto, entre tú y yo siempre ha habido amor. Nunca he sentido con otra mujer lo que siento cuando estoy contigo. Con ellas era sexo. Contigo siempre fue y será amor. Y yo te conozco muy bien. Sé que cuando estás nerviosa tocas el anillo de tu madre y le das vueltas en tu dedo para tranquilizarte. Que, aunque te regalaran los pijamas más hermosos y sensuales del mundo, tú seguirías durmiendo con la camiseta de tu padre.— Ella se rio, pues sabía que tenía razón—. Que te da miedo estar sola, aunque no quieras reconocerlo. Que serías capaz de cualquier cosa por tu hija, hasta de aguantarme a mí, o eso es lo que intentas hacerme creer. Porque en el fondo, sé que me sigues amando como yo te amo a ti, nena.

Jaime le apartó el pelo de la cara y le besó suavemente en la mejilla, pasándole el brazo por los hombros y recostándola sobre su pecho. Entonces, empezó a mover el balancín y a tocarle la barriga.

—Para, estate quieto. No puedo ver a la niña y me da miedo que le pase

algo.

—Yo la veo perfectamente, no le va a pasar nada. Además, nada muy bien.

—Lo sé, lleva yendo a natación desde los tres años.

—Déjame sentir a mi otra hija, quiero formar parte de este embarazo, aunque sea un poco tarde. Tendremos que pensar en un nombre. ¿O tú ya has pensado uno?

—No.

Estaba tan relajada que ni siquiera le salían las palabras, mientras él le hablaba suavemente en el oído y no dejaba de tocarle la barriga muy despacio. De repente, le pregunto asustado:

—¿Por qué no se mueve? ¿Es normal?

—Estará durmiendo.

—¿Estás segura? Podríamos ir a que mi tío te echara un vistazo a ver si todo está bien.

—Todo estaba bien ayer cuando salimos del hospital. Además, esta creo que va ser igual que su padre porque le gusta salir de noche, es cuando se mueve un montón, cuando yo intento dormir.

—Eso es porque echa de menos a su padre y quiere tenerme cerca. Bueno, ¿qué me dices de la fiesta?

—Que me encantan las fiestas. El problema es que solo faltan dos días y yo no tengo ni idea de preparar una fiesta para tanta gente. No sé si sabré...

—Tú no tienes que preocuparte de nada, solo de estar preciosa. Recuerda lo que te dijo el médico, no puedes hacer esfuerzos. Así que yo me encargaré de todo.

—Papi, ¿porqué no vienes al agua? —gritó Sara desde la piscina.

—¡Voooy! Esta niña nunca se cansa de nadar.

Natalia se rio.

—No, nunca. Le encanta el agua, es como un pez.

Jaime se tiró de nuevo a la piscina para poder disfrutar un rato más de su hija.

\*\*\*

Natalia estaba durmiendo; el día había sido muy agradable, pero agotador. Lo habían pasado muy bien los tres juntos, ya que habían ido de compras, comieron en un restaurante, y después fueron al cine. Jaime y Sara se habían

vuelto locos comprando cosas para el bebé. Él estaba tan pendiente de ella y de su barriga, era tan tierno y cariñoso, que le costaba un gran esfuerzo mantenerse alejada de él.

Jaime, sin embargo, estaba en el sofá sin poder dormir, pensando en lo cerca que la tenía, y recordando el día tan increíble que habían pasado juntos. Así que decidió subir a probar suerte. Odiaba ese sofá y quería dormir con ella. Cuando llegó, ella estaba dormida de lado, así que se tumbó muy despacio a su lado, le puso la mano en la barriga y empezó a besarle en el cuello. Ella se despertó de golpe al sentirlo.

—¡Ssshhh! No te asustes, soy yo.

—¿Qué haces aquí? Vete, por favor.

—Ten compasión de mí, nena. Tengo la espalda destrozada, ese sofá me está matando.

—Teníamos un trato. Podías quedarte, pero sabías que entre tú y yo no podía pasar nada.

—Me niego a aceptar ese punto, y no entiendo porqué tú crees que puedes hacerlo. Sigues estando enamorada de mí, lo veo en tus ojos cuando me miras. Dime qué es lo que te asusta y lo solucionaremos. Si es por tu estado, puedo esperar a que des a luz, pero no me pidas que vuelva al sofá. Necesito tenerte cerca, abrazarte, para ver si así puedo dormir una noche entera sin desvelarme. Antes era porque no te encontraba, y ahora porque no soporto que estés tan cerca de mí y tan lejos al mismo tiempo.

—Solo esta noche, y solo dormir, prométemelo.

—No puedo. No puedo prometerte algo que sé que no voy a cumplir como la última vez. Porque, aunque me rechaces un millón de veces, un millón y dos si hacen falta, seguiré insistiendo, hasta que seas mía de nuevo. Lo siento, nena, siento todo lo que pasó. Pero te juro por las niñas que yo estaba convencido de que no podía dejarte embarazada. Desde que me divorcié y me sentí libre, dejé de beber y de fumar, y puede que mis espermatozoides hayan vuelto a ser fuertes. Te juro que es la única explicación que encuentro a lo que ha pasado. Eso, o que mi madre tuviera razón y que Silvia y yo fuéramos incompatibles para procrear.

—Creo que tu madre tenía razón. Y tú te debiste hacer esas pruebas.

—Te juro que nunca fue mi intención dejarte embarazada. Aunque tengo que confesarte que soy el hombre más feliz del mundo. Nunca creí que ser padre me haría tan feliz y quiero darte las gracias por eso. Quiero compartir contigo todo lo que no pude hacer con Sara. Te necesito, nena, perdóname, y

dame otra oportunidad. Y te juro que jamás vas a arrepentirte de dármela.

Al oírle una vez más pedirle perdón de esa manera, volvía a estar desarmada ante él. Cada palabra que le susurraba al oído. Sus manos suaves tocando su barriga por debajo de la camiseta. Su cuerpo pegado al suyo, tan pegado que era casi imposible seguir resistiéndose a él. Se moría de ganas de volverse, besarle, y decirle cuánto le amaba, cuánto le había echado de menos, y olvidar ese miedo absurdo que tenía para decirle a gritos que ¡sí!, que le perdonaba.

—Jaime, yo...

Pero justo cuando iba a hacerlo, la niña empezó a moverse y él gritó emocionado, cortando sus palabras.

—¡Dios mío! ¿Has notado cómo se ha movido?

—Sí.

—¡Ssshhh! No te muevas, a ver si lo repite.—Los dos se quedaron en silencio y pudo volver a sentir cómo se movía la niña con mucha más fuerza —. ¡Es increíble! Parece que tengas un alienígena en la barriga.

Ella se echó a reír, diciéndole:

—Qué bruto eres.

—¿Es normal que se mueva tanto?

—Sí. Ya te dije que se parecía a ti, y que le gusta la noche.

—Ese era mi otro yo. Para mí se han acabado las juergas, a no ser que sean contigo. Ahora vamos a dormir, mañana tenemos mucho que hacer antes de que vengan todos. Buenas noches, nena, te amo.—Le dio un beso en el cuello y se quedaron dormidos pegados el uno al otro.

Jaime no podía dejar de tocarle la barriga y de dar gracias a Dios por tenerlas de nuevo a su lado. Sintiéndose pleno al tenerla entre sus brazos, acabó quedándose dormido, y por primera vez desde que la perdiera al casarse con Silvia, durmió toda la noche del tirón y sumamente relajado. Porque por primera vez sabía que esta vez nada podría separarlos.

# CAPÍTULO 41

Eran las once de la mañana cuando Sara se echó en la cama de golpe y despertó a su padre, gritando:

—¡¡Papi, felicidades!! —No dejaba de besarle y de pronto le preguntó—: ¿Tú y mamá por fin habéis hecho las paces?

—Eso espero. Ten cuidado, no la despiertes o le des en la barriga —dijo bajito.

—Estoy despierta. Buenos días.—Se volvió hacia los dos y le sonrió al decir—: ¡Felicidades!

—Buenos días, no, son perfectos.—Le dio un beso en los labios y Sara se rio—. No te rías, vas a tener que acostumbrarte a vernos así. Además, esta es la primera vez que tengo un despertar tan agradable, y quiero que sea así todos los días.—Cogió a su hija y empezó a comérsela a besos mientras le decía la niña, riéndose:

—Me gusta veros así. ¿Porqué no besas a mamá otra vez?—Jaime soltó a Sara y abrazó a Natalia, y volvió a besarla una y otra vez, mientras Sara se reía de nuevo—. ¿Ahora vas a dormir todas las noches aquí?

—Eso es lo que más me gustaría. ¿Porqué no bajas y le dices a Ana que vaya preparando el desayuno?—Cuando la niña se fue, Natalia le dio un puñetazo en el hombro—. ¡Ah!

—No vuelvas a aprovecharte porque esté la niña delante, y no vas a volver a dormir aquí.

Cuando fue a levantarse, él la volvió a recostar poniéndose casi encima de ella.

—No puedes negar que este momento te ha gustado tanto como a mí.—Él no pudo aguantarse más las ganas y empezó a besarla con pasión, con tanta pasión que ella se estremeció entre sus brazos, y cuando dejó de besarla, la miró a los ojos y le preguntó—: ¿Quieres casarte conmigo, nena? —Ella se quedó tan paralizada al oír esa pregunta, que no pudo contestar. Él sonrió al darse cuenta de su asombro y volvió a besarla—. No tienes que contestarme ahora si no estás preparada, tienes todo el día para hacerlo. Pero recuerda que sería el mejor regalo que podrías hacerme hoy.—Volvió a besarla y se levantó de la cama diciéndole—: Te espero abajo con la niña para desayunar.

Cuando se quedó sola, aún estaba alucinando. Entre ellos nunca nada había sido formal y ella se había acostumbrado a eso, a ser su amante. Pero ¡Dios mío!, quería casarse con ella. Eso era algo que ella siempre había deseado y que nunca creyó que pudiera suceder. Entonces, ¿por qué tenía tanto miedo?

Cuando bajó a desayunar, él se dio cuenta de que estaba nerviosa porque al sentarse en la mesa y poner las manos encima de ella, Jaime vio que no podía dejar de dar vueltas al anillo de su madre, así que le guiñó un ojo, le sonrió, y puso sus manos encima de las suyas hablándole de la fiesta y los preparativos para que se relajara.

El resto del día no volvió a sacar el tema.

\*\*\*

Cuando terminó de arreglarse y se miró en el espejo, se quedó sorprendida. Llevaba un vestido verde de palabra de honor, con un cinturón debajo del pecho negro y la falda de gasa con mucho vuelo por encima de las rodillas. Era muy sencillo, pero le quedaba muy bonito y le resaltaba bastante la barriga.

Jaime se había empeñado en comprárselo cuando estuvieron de compras la tarde anterior, decía que le quedaría genial con sus ojos y tenía razón. De pronto, sintió las manos de Jaime en su cintura y lo miró a través del espejo.

—Tengo una sorpresa para ti. Fui esta mañana a casa de mi madre para recogerlo.—Pasó las manos por encima de su cabeza y le puso la gargantilla de esmeraldas y diamantes dándole un beso en el cuello—. No te muevas — le susurró al oído.

Le quitó el pendiente que llevaba puesto y le puso el del aderezo, acariciándole el cuello al terminar con la punta de sus dedos, besándole y mordiéndole el lóbulo de la oreja al mismo tiempo, estremeciéndola con cada caricia. Después, hizo lo mismo con el otro consiguiendo que volviera otra vez a estremecerse.

Todo en él era tan sensual. Su manera de mirarla a través del espejo, de tocarla, de besarla, la desarmaba y la hacía desear más, más besos, más caricias, más de todo. Acariciándole el brazo y poniéndose delante de ella le puso el anillo y la pulsera, dándole un beso en la palma de la mano, y después otro en la muñeca, y así poco a poco subiendo lentamente por su brazo, hasta llegar al cuello de nuevo, y darle un mordisco lo suficientemente fuerte como

para hacerla soltar un pequeño gemido de placer. Sin poder detenerse, cogió su cara entre las manos y se apoderó de su boca con un beso, fuerte, enérgico, posesivo. Sus lenguas se movían al unísono, y con cada movimiento, el deseo crecía entre los dos como un fuego ardiente, haciéndoles hervir la sangre sin poder detenerse. Hasta que escucharon la voz de Sara detrás de ellos y se separaron bruscamente.

—Mami, ¿así es cómo se besan en las películas?

Los dos empezaron a reírse y Jaime cogió a la niña en brazos, diciéndole:

—Te esperamos abajo.

Mientras bajaban, podía oírlos hablar y no pudo evitar reírse por su conversación.

—¿Porqué besabas así a mamá?

—Porque la amo.

—Pero así se besan en el cine, ¿verdad?

—No, princesa. Así beso yo a tu madre.

—Pues besas igual que un actor de cine.

A Jaime le dio la risa.

—¿Por qué dices eso?

—Mi mami y yo una vez vimos una peli y el chico besaba así a la chica. Cuando le pregunté a mamá porqué hacían eso con la boca, me dijo que porque era un beso de amor. ¿Sabes qué?

—¿Qué?

—Me gusta que beses así a mamá.

—A mí también.

—Me gusta que estéis enamorados.

—A mí también.

No habían hecho más que bajar, cuando Sara volvió a subir a la habitación gritando:

—¡Mami, los abuelos ya han llegado! ¡Papá me ha dicho que te avisara!

—Bien, pues ya podemos bajar.

Cuando Jaime la vio entrar al comedor, la miró de arriba abajo. Ella podía ver aún en su mirada, esa pasión que la niña acababa de interrumpir hacía apenas unos minutos y le dedicó su mejor sonrisa.

—Estás preciosa —le susurró dándole un beso en los labios—. Me gusta cómo ese vestido hace resaltar tu barriga.

La llevó, entrelazando sus dedos a los de él, para que saludara a sus padres.

\*\*\*

Según venían los invitados y les enseñaban la casa, todos le decían lo mismo, que era una maravilla, alabando el buen gusto con el que Jaime había reformado toda la casa. Pero él contestaba:

—Bueno, yo solo me he limitado a construir la casa que Natalia siempre quiso. La casa de sus sueños.

—Pues ha quedado ¡preciosa! —exclamó Silvia—. Igual que tú, que esta barriguita te sienta muy bien.

Volvió a decir a Natalia tocándole la barriga, como el noventa por ciento de todos los invitados que habían llegado a la fiesta.

—Gracias. Y ahora, ¿por qué no vamos a comer?, me muero de hambre.

—Cuando yo estaba como tú, también tenía hambre a todas horas.

Jaime estaba hablando con sus tíos y Natalia se había sentado en una mesa con Lola, Helen y Silvia. Josemi había traído del bar sillas y mesas por la mañana, y le había echado una buena bronca por haberse vuelto a escapar. Pero después de hacerle prometer que no volvería a hacerlo, la abrazó y le dijo lo mucho que la habían echado de menos, y ella le había pedido un favor.

Las mesas y las sillas las habían colocado en el jardín para que la gente se sentara. Había dos mesas enormes con comida y bebidas en un lado del jardín, y dos camareros servían lo que la gente les pedía. Habían llenado el jardín de bombillas de colores, y como habían sacado el equipo, la música de fondo daba un ambiente muy agradable y acogedor.

—Y bien. ¿Cuándo es la boda? —preguntó Silvia.

—¿Lo sabes? ¿Te lo ha dicho?

—¿El qué? ¿Qué tenía que decirme?

—Pensé que lo sabías, como me has preguntado...

—Bueno, es lo único que os falta, la boda.

Natalia se quedó callada.

—Ya te lo ha pedido ¿verdad? —preguntó Lola.

Natalia asintió con la cabeza; Silvia y Helen pegaron un grito.

—¡Chiiiiissss! Callaos, no digáis nada —pidió Natalia, bajito—. Aún no le he contestado.

—¡¿Qué?! ¡¿Estás loca?! —gritó Helen en voz baja— ¿A qué estás esperando? Mira, ahora mismo vas a ir y le vas a decir a mi hermano que sí. Que sí quieres casarte con él. Que nos tenéis a todos en vilo. ¡Hostias! —

exclamó, haciéndolas reír.

—Anda, no seas burra, y deja que Nátali se explique —le pidió Lola.

—¿Qué es lo que te preocupa? —preguntó Silvia.

—Muchas cosas. Tengo pánico de volver a confiar en él. De volver a amarle. Entregarme a él en cuerpo y alma, y saber que cuando lo haga voy a perder otra vez el control de mi vida, como siempre he hecho cuando estoy con él. Pero lo que de verdad me da miedo es pensar que no va a funcionar. Que siempre va haber algo que nos separe, como siempre ha pasado. Y te juro que no podría volver a perderlo una vez más, porque no podría superarlo. Otra vez más no podría hacerlo.

—No tienes que pensar en esas cosas. Es normal que lo hagas después de todo lo que habéis vivido. Pero tienes que borrar eso de tu mente porque eso no va a ayudarte en nada. Él te ama, tú le amas, ya no hay nadie que se interponga entre vosotros. La vida es un riesgo y hay que arriesgarse, si no, nunca vas a ser feliz.

—Lola tiene razón. Cuando quieres a alguien y te casas no puedes estar segura al cien por cien de que todo va a salir bien. Pero si no lo intentas, nunca lo sabrás. Y si no, contéstame una cosa: ¿Eres feliz cuando no estás con él? —le preguntó Silvia.

—No. Sin él, es como si mi vida no tuviera sentido.

—¿Ves?, ahí lo tienes. Además, mírame a mí. Si después de cómo salió todo con Jaime hubiera tirado la toalla y no me hubiera vuelto a arriesgar con Pablo, ahora no tendría una familia tan maravillosa, ni sería tan inmensamente feliz.

—Lo sé, pero...

—No, no hay peros que valgan, y, ¿a qué esperas? Mi hermano está loco por ti, así que deja de pensar en desastres y dile que sí ¡ya! —Las cuatro se echaron a reír—. Mira, cuando empecé a salir con Kiko lo hacía a escondidas.—Natalia la miró extrañada—. Sí, no me mires así. Todas sabemos lo golfos que han sido mi hermano y Kiko, ¿verdad?

—Ya lo creo —dijo Lola.

—Los dos sabíamos que mi hermano no iba a querer que estuviera con él, y cuando se enteró, discutieron. Mi hermano dejó de hablarle, pero no les duró demasiado, ya sabes cómo son, no pueden estar el uno sin el otro. Sino fuera porque son mi marido y mi hermano, no sabría decir cuál de los dos es más machote, diría que son gais —bromeó haciéndolas reír de nuevo.

—Bueno, sigue. ¿Qué pasó? —preguntó Natalia con curiosidad.

—Pues, nada, que Kiko le juró y perjuró que no volvería a mirar a otra mujer y mi hermano le dijo —Helen puso una voz ronca y cara de mala leche imitando a su hermano mientras decía—: Más te vale, porque si le haces sufrir, te mataré.—Otra vez se echaron a reír—. Y mira por dónde, aún seguimos juntos. Y te puedo asegurar que Kiko no ha vuelto a mirar a otra mujer.

—No me extraña después de esa amenaza.—Esta vez fue Silvia la que les hizo reír a todas una vez más.

—Ya me parecía extraño —dijo Natalia—. Cuando supe que Kiko era tu marido, no podía creer que Jaime pudiera salir de parranda con su cuñado y dejar que te hiciera eso...

—Vamos, chicas, dejaos de tanto cotilleo. Las niñas quieren la tarta ¡ya! —anunció Kiko.

Cuando todo estaba preparado, empezaron a cantarle cumpleaños feliz, y cuando fue a soplar las velas, Sara le ayudó, y cómo no, fue la primera en felicitarle y darle su regalo.

—¡Vaya!, es precioso, princesa.

—¿Te gusta papi?

Era una taza de desayuno que ponía:«Para el mejor papá del mundo». La había comprado con su madre a escondidas cuando estaban de compras.

—Me encanta. Voy a desayunar con ella todos los días.

Al momento, todo eran besos, felicitaciones, y muchos regalos. Camisas, corbatas, camisetas, perfume, etc. Pero él buscaba a Natalia con la mirada, pues era la única que no le había felicitado aún y no quería regalo por su parte, solo un beso y una respuesta. De repente, la vio salir de la casa con Josemi y algo en las manos. Cuando se acercó a él, le dijo sonriendo:

—Felicidades. Espero que te guste, es bastante sencillo, pero bonito.—Le besó en los labios—. Pensé que no estaría a tiempo, pero menos mal que tu primo lo ha conseguido.

—Seguro que me encanta.

Cuando lo abrió se quedó mirándolo, emocionado.

Solo en ese momento se dio cuenta de que era la primera fotografía que tenía con su hija, y ni siquiera sabía cuándo Natalia se la había hecho, pero sí recordaba el momento. Era el primer día cuando habían salido de la piscina después de nadar. Los dos estaban en la tumbona del jardín secándose al sol. Sara estaba tumbada encima de él y lo besaba. Habían salido muy bien. Sin decir nada, se acercó a ella, le cogió la cara entre sus manos, y le dio un beso.

—Es perfecto, nena. Pero tú sabes cuál es el regalo que más ansío, ¿verdad?

Ella sabía lo que quería y cuando estaba a punto de decirle que sí, de repente se quedó sin habla, y sus mejillas empezaron a perder el color.

—¿Qué te pasa? Te has quedado pálida. ¿Estás bien? —le preguntó Jaime, preocupado.

Al darse cuenta de que no podía dejar de mirar a su espalda se giró y vio a su hermano detrás de él.

—Siento llegar tarde, pero tenía un caso complicado y no he podido dejarlo hasta ahora. ¡Felicidades, hermanito!

Natalia se dio cuenta de que andaba perfectamente y sin necesidad de muletas. Era como si nunca se hubiera partido la pierna.

—Por fin estás aquí, y eso es lo importante.

Los dos hermanos se abrazaron y Natalia aún no había vuelto en sí. Parecía como si entre ellos jamás hubiera habido antes un problema y eso la alegraba profundamente, pero le daba pánico el momento de tener que saludarle, porque estaba completamente segura de que él no querría ni mirarla, así que decidió esperar, y si él la ignoraba, ella lo entendería. Lo importante es que él estuviera ahí en el cumpleaños de su hermano, ella no importaba.

—¡Tío Carlos! Te he echado de menos —gritó Sara, echándosele en los brazos.

Él la abrazó y le dio muchos besos.

—Yo también te he echado muchísimo de menos, preciosa.

Todos empezaron a saludarle, sus padres, su hermana, sus tíos, todos menos ella, que era incapaz de moverse. Sentía tanta vergüenza hacia él que, aunque quisiera ir, los pies no le respondían. Sintió la mano de Jaime en su cintura.

—No tengas miedo, nena, ve a saludarle.

—¿Por qué no me dijiste que iba a venir? Me hubiera ido preparando para este momento. Casi me da algo cuando le he visto entrar.

—Si te lo hubiera dicho, habrías estado todo el día nerviosa.

No podía reprocharle nada porque tenía razón. Hubiera sido un día muy largo y desesperante hasta que él hubiera llegado.

—Tienes razón. Voy a saludar a tu hermano, deséame suerte.

Cuando estaba a punto de adelantarse, notó la mano de Jaime en la suya, entrelazando sus dedos con los suyos, diciéndole:

—Te acompaño.

—Gracias —le respondió, apretando su mano.

—Hola, Carlos, me alegro de verte.

Su voz sonaba temblorosa y asustada, esperando un desplante por su parte.

Sabía que todos los presentes estaban esperando ese momento, el momento en que su exprometido tenía que saludar a su futura cuñada. Ella empezó a apretar la mano de Jaime con más fuerza, pero él en ese mismo instante la soltó, justo cuando Carlos se agachó un poco para darle un fuerte abrazo. Ella le devolvió el abrazo y respiró profundamente. Se quedaron un instante abrazados, y ese abrazo hizo que ella sintiera una paz por dentro que hacía tiempo necesitaba.

—Sabía que lo conseguirías, que podrías volver a caminar sin problemas. Te lo dije, y no sabes cuánto me alegro —le susurró en el oído, emocionada.

—Gracias. ¿Estás bien?

—Sí, ahora sí.—Le sonrió.

—Ya me he enterado de que es otra niña —dijo, poniéndole las manos en la barriga como todo el mundo—. Seguro que mi padre te ha desheredado.

Todos empezaron a reírse.

—Seguro que lo ha pensado.—Jaime siguió la broma.

—Jaime, ¿podrías dejarme hablar con tu hermano a solas? —Jaime la miró muy serio—. Por favor, lo necesito.

—¿Estás segura? No quiero que te pongas nerviosa.

—¡Oye! ¿Qué clase de cuñado crees que soy?—bromeó de nuevo haciéndoles reír—. Yo no voy a ponerla nerviosa.

—Sí, estoy segura.—Ella le sonrió y él los dejó solos—. ¿Por qué no entramos en la casa?, aquí hay mucho jaleo.

—¿Estás segura? Mira que los dos conocemos a mi hermano y sus estúpidos celos —volvió a bromear.

—Sí.

Cuando entraron dentro, Natalia no se atrevía a hablar, y empezó a rodar el anillo de su madre por su dedo. Él, al darse cuenta de sus nervios, le dijo:

—Puedes decirme lo que quieras, podré soportarlo.

—Me alegra ver que todo está arreglado entre tu hermano y tú. Tenía miedo de que jamás pudieras perdonarle. Pero claro, es tu hermano, y si yo tuviera un hermano también podría perdonarle cualquier cosa. Quiero que sepas que sé que ha tenido que ser muy difícil hacer lo que acabas de realizar esta noche al venir aquí, y te lo agradezco. Estoy segura de que lo has hecho

por tu familia. Ahora quiero que seas sincero y que me digas la verdad. Quiero saber si mi presencia te molesta, porque si es así, solo tienes que decírmelo. No quiero que te sientas mal por mi culpa, así que evitaré ir a tu casa cuando tú estés. No es necesario que me veas si no quieres, puedo entenderlo.

Su voz sonaba muy triste y por sus mejillas empezaban a caer lágrimas. Él se acercó y le cogió la cara entre sus manos, le secó las lágrimas con sus dedos, y le dijo con mucho cariño:

—No quiero que llores más, creo que ya has llorado bastante en tu vida. Ahora quiero que seas muy feliz con mi hermano, y que no pienses en nadie más, ni siquiera en mí. Yo estoy bien. Y sí, tienes razón, si estoy aquí es por mi familia, y eso te incluye a ti y a tu hija, porque ahora también formáis parte de esta familia. Hubo un momento en que pensé que nunca iba a poder perdonar a mi hermano. Pero le perdoné la noche que le vi tan desesperado y llorando como un niño por ti, porque no lograba encontrarte.

—¿Eso es verdad? —preguntó muy sorprendida.

—Sí. Ahí me di cuenta de que nadie jamás iba a quererte tanto como te quería él, ni siquiera yo. Y también sabía que tú nunca ibas a querer a nadie que no fuera él. Así que esa misma noche os perdoné a los dos.

—Gracias.

—Cuando descubrí lo vuestro me sentí furioso, engañado, y con ganas de mataros, y cuando me di cuenta de que te había perdido, me sentí decepcionado, pero nunca tuve ganas de llorar. Por eso cuando le vi a él, inmediatamente comprendí que nunca había estado enamorado de ti, que más bien me obsesioné como un loco por tenerte al pecio que fuera.

—Yo...

—Déjame terminar, por favor. Ahora sé porqué el destino te puso en mi camino, para devolverle a mi hermano la felicidad. Desde que lo dejaste hace seis años, la primera vez que lo volví a ver sonreír de esa manera fue cuando tú volviste a aparecer por su vida. Antes él era alegre, divertido, y siempre estaba gastando bromas, hasta que te perdió y se volvió tosco y frío. Se lo advertí a mis padres, les dije que si se casaba con Silvia acabaría siendo infeliz, pero no les importó, y nunca les pude perdonar. Yo idolatraba a mi hermano y no soportaba verlo así. La primera vez que volví después de su boda, me llamó mi primo desde el bar para que fuera a recogerlo. Estaba tan borracho que no se mantenía en pie y lo único que decía era que la vida era una mierda y que no me casara nunca. Que no confiara en las mujeres porque

no cumplían sus promesas. Y eso que no llevaba ni dos semanas casado. Esa fue una de las razones por las que nunca quería venir, para no verlo así. Era como mirar a un extraño. Aun no comprendo cómo no me di cuenta antes, porque fue traerte a casa de mis padres y a los pocos días volver a verle sonreír e incluso bromear. Era como volver a tener al antiguo Jaime de nuevo. Pero mi pierna no me dejaba ver la realidad, porque en lo único que podía pensar era en recuperarme y pasar contigo esa noche de bodas que me fue arrebatada. Estaba obsesionado y cabreado...

—Tú no podías imaginarte algo así... ¿Cómo ibas a darte cuenta?

—Pues era evidente. Tú te alejabas cada vez más y más de mí, y mi hermano cada vez estaba más ligado a ti y a la niña, hasta un ciego se hubiera dado cuenta. Pero eso ya no importa.—Cogiendo sus manos le sonrió—. Tú me has devuelto a mi hermano, a ese hermano que yo adoraba, y no puedo más que agradecértelo. Eso sí, no vuelvas a dejarlo porque no creo que pueda volver a verlo tan hecho polvo.—Natalia le sonrió—. Además, tú tenías razón en tu carta, yo sabía que no estabas enamorada de mí y, aun así, me empeñé en tenerte. Creí que podías llegar a enamorarte de mí, y eso no me dejó ver que eres de las pocas mujeres que cuando se enamoran lo hacen para toda la vida y de una sola persona. Y no olvidemos que no se puede luchar contra el destino, y creo, que ha quedado bastante claro que, pase lo que pase, estáis unidos por el destino. Así es que solo me queda desearte cuñadita que seas muy feliz, y sobre todo que hagas muy feliz a mi hermano. Es una orden de tu médico personal.

Ella le sonrió de nuevo y le dio un beso en la mejilla.

—Sí, doctor.

—Te quiero a ti, le quiero a él, y adoro a mi sobrina. Sería muy egoísta de mi parte no querer veros juntos y felices, ¿no crees?

—Puede que tengas razón. Gracias. No sabes cuánto necesitaba esto. Creo que nunca hubiera podido ser feliz del todo con tu hermano sin saber que tú estás bien, y que me has perdonado, pero de corazón.

—Bueno, pues ya que hemos aclarado todo, será mejor que volvamos a la fiesta, porque si no, mi hermano va a empezar a mosquearse.

Mientras salían al patio, ella volvió a preguntarle:

—¿De verdad lloraba como un niño por mí?

—Sí. Como un niño que hubiera perdido su mayor tesoro.—Los dos se echaron a reír.

Ella buscó a Jaime con la mirada y lo vio observándolos sin perder detalle,

y con cara de preocupación.

—Tengo algo que hacer —le dijo a Carlos.

Se dirigió hacia Jaime sonriendo y cuando llegó a su lado, se colgó de su cuello besándole con tanta pasión que lo dejó sorprendido.

—Vaya. Sí que ha tenido que ser interesante esa conversación.

Natalia le dijo con una sonrisa en los labios:

—¡Sí! Sí quiero casarme contigo, es lo que más deseo en este mundo.

Jaime le sonrió con esa sonrisa que la volvía tonta y la besó con mucha pasión, levantándola del suelo.

—¿Ha dicho que quiere casarse con él, verdad? —le preguntó Elena a su marido.

—Sí. Creo que eso es lo que he oído.

—¡Gracias a dios! Nunca creí que iba a llegar este momento.

Elena fue corriendo a darles la enhorabuena y detrás de ella, todos los demás. Incluso Carlos también se acercó a dársela, y para Natalia fue la felicitación más importante de todas. Pero cuando fue a dársela a su hermano, este le abrazó con fuerza, diciéndole:

—No sé lo que le has dicho ahí dentro, chiquitín, y no me importa. Solo sé que cuando vuelva a tener problemas con ella y espero que eso no vuelva a pasar, tendré que hacerte venir para que me la ablandes.—Todos se echaron a reír, y Jaime la cogió por la cintura para decirle—. ¡Gracias! Es el mejor regalo que nadie me ha hecho jamás. Te amo, nena.

—Te amo, nene.—Volvieron a besarse y enseguida vino Sara gritando como una loca:

—¡Mami, mami! ¿Es verdad que tú y papá os casáis? Me lo ha dicho la prima.

—Sí, es verdad. ¡Por fin, tu madre y yo nos casamos! —cogiéndola en brazos le preguntó—. Espero que te guste la noticia.

—¿Esta vez podré llevar los anillos? —preguntó, haciendo reír a todos.

—No esperaba menos de ti, princesa.

—Me encanta que tú y mamá os caséis. Eso sí, no te caigas por las escaleras, ya no quiero tener que esperar más para tener un papá.

Todos volvieron a reírse al oír a Sara decirle eso muy seria a su padre, como si estuviera regañándole.

—Verás, princesa: primero, tú no tienes que esperar para tener un papá, tú ya tienes un papá que soy yo. Segundo, no tengo ninguna intención de caerme por las escaleras, así que iré con mucho cuidado. Y tercero, nada

podrá impedirme ir a esa boda, porque aunque fuera a rastras llegaría al altar —dijo mirando a Natalia consiguiendo una sonrisa—. Esta vez tu madre no tiene escapatoria.

—No, y tú tampoco. Porque si tú no pudieras llegar al altar, yo misma llevaría el altar hasta ti.

Todos volvieron a reír, hasta que Elena gritó:

—¡Bueno, bueno! Dejaos de tonterías, no vayáis a gafar esta boda también, y hablemos de otra cosa.

Todos le hicieron caso y cambiaron de conversación.

## CAPÍTULO 42

Eran las dos de la madrugada cuando Jaime se acostó a su lado, la tomó entre sus brazos, y la besó, diciéndole:

—Estaba tan cansada que ni siquiera se ha dado cuenta de que la he metido en la cama.

—Demasiadas emociones para un solo día. Y encima no ha parado de jugar con sus primos en toda la noche.

—Sí, demasiadas. Hoy ha sido un día muy especial. ¿Cuándo quieres que sea la boda?

—Cuando ya no tenga esta barriga, si no, voy a ser la novia más horrorosa del mundo.

—¡Uf! Tanto no puedo esperar. Además, estoy seguro de que vas a ser la novia más hermosa que jamás he visto.

—Abrázame, tengo miedo. Me da miedo de que algo pueda salir mal otra vez.

—¡Ssshhh! Eso no va a volver a ocurrir, no quiero que pienses en eso, ¿vale?

—Pero no puedo evitarlo. Si la primera vez que nos separamos fue lo peor que me pasó en la vida, esta vez aún lo pasé peor. Por las noches no podía dejar de pensar en ti, te echaba tanto de menos que me dolía y no podía dejar de llorar. No creo que pudiera volver a soportarlo una tercera vez, me moriría de pena si volviera a perderte.

—Solo hay una cosa que pueda hacer que volvamos a separarnos, y te puedo asegurar que será cuando ya seamos tan viejos que ya no tenga fuerzas para hacerte el amor, y eso, me matará de impotencia.—Ella empezó a reírse a carcajadas y a besarle. No podía dejar de besarle, ni de acariciarle el pecho, ese pecho fuerte y musculoso que la volvía loca. Él le cogió de las manos para detenerla diciéndole bajito—: Para, no sigas. Desde la última noche que estuvimos juntos no he vuelto a estar con nadie, y me estás poniendo a cien. Y de eso hace casi seis meses.

—No seas mentiroso. Tú no puedes estar tanto tiempo sin hacerlo.

—Pues es la verdad. Ya no quiero estar con nadie en la cama que no seas tú, nena. Ya te lo dije la otra vez y te lo puedo jurar si quieres.

—No es necesario, te creo. ¿Pero entonces por qué me dices que pare? — Volvió otra vez a besarle mientras le decía—: Hoy has sido un buen chico y quiero darte tu segundo regalo —su voz era sensual y sus besos ardientes mientras recorrían su cuello hasta su oreja, mordiéndole el lóbulo, poniéndole la carne de gallina—. Parece que ahora eres tú el que no puede evitar estremecerse.

—¿Quieres volverme loco, verdad?

—No. Solo quiero darte tu regalo, pero si no lo quieres...

Él no pudo soportar más esa tortura tan placentera y le selló la boca con un beso apasionado, pero al momento se separó diciéndole muy serio:

—No sé si podemos... No puedes hacer esfuerzos, ¿recuerdas?

—Estoy bien y la niña también, y yo no voy hacer esfuerzos, lo vas a hacer tú.

Él se rio y le dio un beso.

—¿Estás segura?

Ella le miró a los ojos con una sonrisa en los labios.

—Te necesito, nene.

A él le dio la risa.

—Estás usando mis propias armas contra mí.

—Sí, a ti te funcionan conmigo...

No la dejó acabar la frase y empezó a besarla con una pasión arrebatadora, mientras ella seguía provocándole metiendo su mano por dentro de sus calzoncillos, acariciando su erección que crecía tan deprisa como su propio deseo. Él, inmediatamente cogió su mano para que dejara de acariciarle diciéndole con la voz entrecortada:

—Si sigues acariciándome así, esto va a terminar antes de empezar... llevo seis meses de celibato, nena, algo que nunca creí que pudiera soportar, así que no necesito que me estimules, porque solo con tocarte ya me pongo como una moto.—Le sonrió con picardía diciéndole—: Además, es mi regalo, déjame disfrutarlo a mi manera. Y lo que más me gusta de los regalos, ¿sabes qué es?

—No. ¿Qué? —preguntó con la voz entrecortada por el deseo.

Su mirada, su voz, y sus besos, eran tan sensuales que la dejaban sin habla.

—Desenvolverlos —dijo, quitándole la camiseta y las bragas—. Observarlos —volvió a decirle mientras la miraba intensamente de arriba abajo poniéndola nerviosa y ruborizándola—. Y, por último, disfrutar de ellos.—Volvio otra vez a besarla.

Pero esta vez sus besos eran tiernos, suaves, tranquilos, y mientras la besaba iba acariciando sus pechos con la misma suavidad con la que la estaba besando, despacio, sin prisas, provocando en ella un placer inmenso. No parecía el mismo hombre que siempre la besaba y acariciaba con fuerza, con exigencia, con posesión. No, esta vez era muy delicado, y sus manos parecían terciopelo, pero, aun así, conseguía que ella se estremeciera de deseo y deseara siempre más.

Empezó a bajar lentamente su mano acariciando su barriga hasta llegar a su zona más sensible, para acariciarla y meter su dedo dentro estimulándola. Al sentir cómo ella ardía de placer igual que él, le dijo en el oído sin poder esperar más para estar dentro de ella:

—Ponte de lado, no quiero aplastarte la barriga.

Cuando ella se puso de lado, él se pegó a su espalda y volvió a acariciarla incitándola al deseo, mientras la penetraba muy lentamente. Sus movimientos eran suaves y delicados y ella los sentía hasta lo más profundo de su ser, mientras sus dedos le acariciaban con rapidez haciéndola llegar a un placer intenso, para después alzarla a lo más alto. Fue justo en ese momento cuando él aceleró un poco el ritmo, no demasiado, pero lo suficiente para poder perderse los dos en esa senda de placer que tanto habían anhelado.

Esta vez, Jaime había sido muy distinto al hombre que siempre le hacía el amor con esa pasión desenfrenada, y esa fuerza salvaje que lo descontrolaba. Esta vez no, esta vez se había controlado y había sido prudente, pero estar con él siempre era un placer fuera como fuese, ya que él sabía cómo hacer que se estremeciera de placer entre sus brazos, y siempre acababa volviéndola loca.

Estaban abrazados y él le llenaba el cuello de besos susurrándole al oído:

—Te amo, nena. ¿Estás bien?

—Sí, perfectamente. Nunca me he sentido mejor, ni tan feliz.

Ella se dio la vuelta y se fundieron en un beso largo mientras él la abrazaba con fuerza.

—Me daba miedo hacerte daño, a ti o a la niña.

—Lo he notado, has sido muy delicado. No tienes que preocuparte tanto solo estoy embarazada, no me pasa nada.

—Ya sabes que a veces soy muy bruto, por eso será mejor que me controle ahora. Pero te puedo asegurar que cuando nazca el bebé, volveré a hacerte el amor en plan salvaje una y otra vez.

Ella se rio.

—Eso espero. Me gustaba el antiguo Jaime.

—¡Oye! No seas mala —bromeó, haciéndole cosquillas.

—Para, basta, no me hagas cosquillas.

Volvió a abrazarla y a besarla.

—Sé que he estado un poco soso, pero te lo compensaré, dentro de más o menos cuatro meses, cuando estés recuperada y no tengas *aliens* en la barriga.—Los dos se rieron con ese comentario—. Entonces te arrepentirás de lo que acabas de decir.

Ella volvió a reírse.

—Todo ha sido perfecto como siempre. Me gusta este Jaime tierno y controlado, y también me gusta el otro fuerte y salvaje. Estar contigo siempre es un placer, y te amo.

Se quedaron abrazados en el silencio de la noche y de pronto él le preguntó:

—Carla. ¿Te gusta para la niña?

—Es muy bonito.

—Es como un homenaje a mi hermano, porque gracias a él estamos juntos de nuevo. Quiero que sea el padrino.

—Me parece perfecto.

—Y quiero reconocer a mi hija.

—Eso también me parece perfecto. Pensé que no me lo ibas a pedir nunca.

—Bueno, estabas muy estresada y no quería agobiarte. Pero ahora que todo está arreglado no quiero dejarlo pasar ni un día más, quiero ser su padre en todos los sentidos.

—No esperaba menos de ti, nene, y creo que ya va siendo hora de que tu hija lleve tus apellidos.

—Sí, ya va siendo hora. Buenas noches, nena.

—Buenas noches, nene.

—Te amo.

—Y yo a ti.

Se besaron y se quedaron dormidos, abrazados el uno al otro. Tranquilos, felices y relajados, como hacía mucho tiempo no lo estaban, y todo porque ahora sí estaban seguros de que esta vez todo era perfecto y definitivo.

## EPÍLOGO

Tres años más tarde, Natalia estaba apretando las manos de Jaime con todas sus fuerzas por el gran dolor que sentía al salir la cabeza del bebé. Jaime ya había olvidado después del nacimiento de Carla lo mal que lo pasaba al ver así a Natalia, por eso le decía:

—No sé cómo pude dejar que me convencieras.

—Un último empujón y está fuera, Natalia, lo estás haciendo muy bien — le animó la ginecóloga.

—Vamos, nena. Si has podido dos veces esta está chupada.—La mirada que le dedicó fue fulminante, ya que no podía hablar por el dolor—. Está bien, no me mires así, y concéntrate.

—¡Ahora empuja! —volvió a gritarle la ginecóloga al llegarle una nueva contracción.

Natalia empujaba con las últimas fuerzas que le quedaban y de pronto sintió un alivio muy grande al terminar de salir la cabeza del bebé. Un empujón más e inmediatamente se quedó sin fuerzas, pero relajada al mismo tiempo, y una emoción muy grande se apoderó de ella cuando se escucharon los lloros del bebé muy potentes.

—Vaya, tiene buenos pulmones, y es un niño precioso. ¡Enhorabuena!— les felicitó la ginecóloga.

Nada más decir eso, le puso el bebé encima del pecho. Natalia no pudo evitar llorar de la emoción.

—Es precioso... mírale es igual que tú... —le dijo a Jaime.

Casi no podía hablar de lo emocionada que estaba.

—Sí, es precioso.

—Tiene tus ojos y tu boca.

—Es perfecto. ¿Estás bien? —preguntó, mientras acariciaba la cabeza del bebé con su pulgar y le besaba la frente.

—Sí, ahora sí.

—No quiero que vuelvas a pasar por esto nunca más, ya tienes la familia numerosa que siempre has deseado, así que no me vuelvas a pedir que pase

por esto otra vez. Sabes que no soporto verte sufrir. Creo que voy a hacerme una vasectomía antes de salir de este hospital.

Natalia empezó a reírse.

—No te preocupes, ya tengo todo lo que siempre he deseado y todo gracias a ti. ¿Sabes ya cuánto te amo?

—Sí, lo sé. Igual que yo a ti.

Estaban besándose cuando oyeron la voz de Carlos entrando en la sala.

—¡Bien! ¿Dónde está mi sobrino? Quiero verlo. ¡Enhorabuena, hermanito!

—¿Qué haces aquí? —preguntó Jaime sonriendo y dándole un abrazo.

—¡Enhorabuena, cuñadita! —Le dio un beso a Natalia—. Cuando me llamó mamá y me dijo que Nátali estaba ingresada, dejé todo para venir a ver a mi sobrino y ser el primero en chequearlo, igual que hice con mi ahijada. Eso es lo bueno de tener al pediatra en la familia, ¿no crees? ¿Puedo? —le preguntó a Natalia, cogiendo al bebé.

—Por supuesto, no puede estar en mejores manos —le contestó Natalia con una sonrisa.

Después de observarle y revisarle detenidamente, le dijo a su hermano:

—Es sano, fuerte y robusto, igual que su padre. ¿Puedo salir con él y enseñárselo a todos? Están desesperados. Sobre todo, el abuelo. ¡Su primer nieto! —gritó, riéndose—. A ver si se le pasa esa obsesión por tener nietos varones. Solo faltan dos meses para que nazca el mío y ya le está dando la lata a Sonia para que le dé otro nieto en cuanto pueda.—Los tres se rieron.

—Sí, es incorregible. Va a tener dos nietos y no se conforma, aún quiere más —dijo Natalia.

Carlos por fin había encontrado a la mujer de su vida. Sonia, una que lo quería solo a él. Llevaban un año casados, y estaban esperando su primer hijo, y gracias a dios, era un varón. Su padre no podía estar más contento. Por fin tenía nietos varones y por partida doble, porque solo se iban a llevar seis meses.

Carlos se llevó al bebé y Jaime y Natalia se quedaron solos esperando que la trasladaran a una habitación.

—Mi padre debe de estar con la baba colgando —comentó, haciendo reír a su mujer—. Y estoy seguro de que lo primero que va a hacer es llamar al alcalde para que te hagan un monumento en la plaza.

—No seas exagerado.

Él le sonrió y le dio un beso.

—No soy exagerado. Mi padre en estos momentos debe de estar tan contento, que no habrá quien lo saque de este hospital.

Ella le acarició la perilla como siempre hacía antes de besarle. Jaime se había vuelto a dejar perilla por petición de su mujer, ya que no podía negarle nada, y a ella le gustaba cuando la llevaba.

—Si sale con tu sonrisa va a ser otro rompecorazones como su padre.

—Solo espero que tenga la misma suerte que yo, y que encuentre una mujer maravillosa que lo ponga en el buen camino. Como hizo su madre conmigo.

Ella volvió a reírse.

—Seguro que sí. Te amo.

—Y yo. Y no sabes lo mucho que te necesito, nena.

Jaime la besó con mucha pasión, demostrándole con su beso lo mucho que la necesitaba.

Cuando llegaron a la habitación todo era alegría, vítores, besos y abrazos para Natalia, al darle la enhorabuena por ese bebé tan esperado. Por fin Natalia tenía esa gran familia que siempre había deseado y se sentía inmensamente feliz.

# AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecerle a mi editora Bartomeva Oliver, a Xisca M. Esteva, y a todo el equipo de Romantic Ediciones, una vez más esta oportunidad que me brindáis. Con esta van tres y no tengo palabras para explicar lo importante que es todo esto para mí.

A mis lectoras 0, mi familia, mis amigos, y si estás leyendo esto a ti también. Pues que sería de los escritores, sin lectores. Gracias a todos.